# El corazón imprudente

Carmen Amoraga



Tina es una mujer al borde de los sesenta, con todo hecho y una vida razonablemente feliz.

José Manuel es un médico a quien se le han pasado de largo demasiadas cosas, encasquillado en un matrimonio incómodo en el que el amor solo ha sido un simulacro.

Ambos se conocen de una manera casual e, inevitablemente, caen en un espejismo amoroso que pondrá patas arriba lo que creían saber de sí mismos. Una historia que tendremos tan presente como si fuera la nuestra.

Carmen Amoraga

# El corazón imprudente

**ePub r1.0**

**Titivillus** 09.02.2024

Título original: *El corazón imprudente*
Carmen Amoraga, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



# Índice de contenido

El amor es un asteroide
El amor y sus síntomas
El amor es química
El amor y sus etapas
El amor, perpetuador de la especie
El amor es ver, recordar y mejorar
El amor y el odio
Agradecimientos
Sobre la autora

*A Carmen, mi madre, porque esta es la primera*
*de mis novelas que no leerá.*
*A Carmen, mi hija, porque esta es la primera*
*de mis novelas que ha podido leer.*
*A Joana y a Carlos, corazones limpios*
*e imprudentes.*

Tomé conciencia de que la fuerza invencible que ha impulsado al mundo no son los amores felices, sino los contrariados.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *Memorias de mis putas tristes*

Todas las divisiones son mentira salvo la que divide los cuerpos en dos grupos incomprensibles entre sí. Aquellos que se han roto y los que no.

BEN CLARK, «Los rotos», *La policía celeste*

Nada sabe de amor quien vuelve vivo.

ANTONIO SÁNCHEZ ZAMARREÑO, «70», *Fragmentos del romano*

# EL AMOR ES UN ASTEROIDE

El amor es un asteroide. Lo descubrió el 12 de marzo de 1932 el astrónomo belga Eugène Joseph Delporte. El asteroide Amor es pequeño. Tiene solo un kilómetro de diámetro y forma parte de un grupo de cuatro asteroides que se acerca a la órbita de la Tierra sin llegar a atravesarla.

Para encontrarlo, solo es necesario querer buscarlo y tener un telescopio.

El café se ha quedado frío. Ni lo ha probado. Piensa que debería pedirse otro, otra cosa para hacer tiempo, pero no sabe bien qué y prefiere esperar a que ella llegue para tomárselo juntos. Además, no le apetece nada. Tiene el estómago cerrado, la boca seca, ganas de mear. Solo son los nervios. No hace falta ser médico para saberlo. Se ríe. Se le borra la sonrisa. Le angustia que no aparezca.

No es la primera vez que han intentado verse y siempre ha surgido algo a última hora. Una factura urgente que hay que tramitar, la madre que se ha puesto enferma, el marido que le ha pedido que haga unos recados, la hija que le ha llevado a los nietos. Ella siempre tiene un pretexto para no acudir y los comprende, todos. Él también ha fallado y, por suerte, Tina nunca le ha preguntado el motivo porque cuando ha dado marcha atrás ha sido por miedo, y se ha hecho el firme propósito de no mentirle nunca. ¿Cómo va a decirle que es un cobarde, que es tan cobarde que en su cerebro no hay más que preguntas sin respuesta que le hacen cambiar los planes?

¿Y si alguien los ve y empieza a lanzar rumores? ¿Y si se da cuenta de que todo estaba en su imaginación y la realidad no sirve? Y el miedo más grande de todos. ¿Y si todo fluye, y si la química actúa y no les queda más remedio que acercarse y acercarse como se acercan los polos opuestos de los imanes hasta que ya no se pueden separar? Ese temor es el que, cada vez que han intentado quedar desde hace semanas, le ha causado una parálisis de tal calibre que solo ha sido capaz de recuperarse para marcar su teléfono a la hora en la que sabe que está en la piscina y decirle a su contestador:

—Hola, Tina, ¿cómo estás? Soy José Manuel. Vamos a tener que dejarlo, es imposible que quedemos. Hablamos mañana.

Y cuando cada día ha llegado la mañana, ha regresado la llamada y han vuelto a hablar de todo y de nada con el pretexto del control de glucosa de la madre de Tina, que es la señora con el

azúcar más monitorizada de todo el pueblo, y Tina actúa como si el nuevo día no les hubiera arrebatado la oportunidad de conocerse, o peor aún, como si verse o no verse no tuviera la menor importancia. Esa idea le martiriza, aunque la culpa de que no hayan quedado sea suya y no de ella, esa vez y todas las veces anteriores. La nota contenta y le da rabia porque él ha pasado la noche sin dormir castigándose por su cobardía dando vueltas en la cama, con cuidado, para no despertar a Victoria, porque si Victoria se despierta en una de esas noches y le pregunta qué le pasa, es más que probable que le diga la verdad: que es un estúpido, un inmaduro, un tarado que al borde de la jubilación se ha enamorado como un crío nada más que de una voz, del efecto que esa voz tiene sobre él, de lo que él es gracias a esa voz. Alguien importante, imprescindible, cuyo criterio sirve lo mismo para mejorar un estado físico que un decaimiento del ánimo o para decidirse por qué ordenador comprar; alguien en quien apoyarse porque es alguien que no juzga y que comprende y que sostiene; alguien con quien compartir la preocupación por la madre y el hastío por el trabajo, que si no fuera porque los lunes puede pasear a solas por las salas vacías del Museo de Bellas Artes, habría perdido el sentido. Con ella al otro lado del teléfono, José Manuel siente que sus palabras son un bálsamo y no algo que no se aprecia.

Las primeras conversaciones no hicieron suponer lo que vendría después. Fueron rápidas, asépticas, frías. Soy su nuevo médico, tómele el azúcar a su madre tres veces al día, anótela y dígamela en una semana, pero Tina tenía la voz dulce, risueña, amable, y él fue poco a poco alargando la llamada sin apenas darse cuenta hasta que un día, sin saber por qué, solo porque le apetecía saberlo, le preguntó:

—¿Y usted cómo está, Tina?

Como respuesta, ella empezó a sollozar. A él le pasó lo que solía pasarle, que no supo qué decir, pero pensó que tenía que llenar el silencio, hablar, hacer que se sintiera mejor. Recurrió a banalidades, a lugares comunes. Todo pasará, llore y desahóguese, nada es tan grave como nos parece, cosas por el estilo que ella creyó y agradeció cuando se calmó y dejó de llorar.

—Gracias —le dijo—. Hacía tiempo que no lloraba y más tiempo aún que nadie me consolaba.

Eso fue lo que pasó. Que él la consoló. Que ella se dejó consolar. Porque Victoria le ignora. Victoria no le ama y no es de ahora, ni tampoco desde que ocurrió el accidente, es de antes. Es más, puede que por eso pasara todo lo que pasó, porque no le quería. Porque podía haber ocurrido lo mismo, pero sintiendo algo por su marido. Eso le pasaba a él, que no había dejado de quererla. Tal vez entonces hubiera sido como dejó escrito Delibes, que las cosas podrían haber sucedido de cualquier otra manera. Y, sin embargo, sucedieron así. Por ella. Por ella que piensa que es un asesino, aunque no lo diga, aunque solo lo piense. Por esa falta de amor, porque cuando no duerme le da por pensar que realmente nunca le ha querido. Por esa intransigencia: ni hablar de animales, no me gusta el aire del mar, no quiero tener hijos, ahora sí quiero, y él, por no discutir, no ha paseado perros, ha pasado más de la mitad de su vida en el séptimo piso del diez de Blasco Ibáñez, frente al jardín de Viveros, y se hizo a la idea de no ser padre o de serlo si ella quería.

La casa está muy bien, es espaciosa y con vistas magníficas, y los perros son una obligación y los niños, un quebradero de cabeza, y han viajado por el mundo ligeros de equipaje, esa es la verdad, pero ahora piensa que no era esa la vida que hubiera querido vivir, y Victoria es la única responsable. De todo.

Cuando la noche se hace realmente larga, antes de que suene el despertador, acaba desmintiéndose un poco. Tal vez fue él quien no la quiso tanto, quien no la quiso bien. De haberla querido, piensa, se habría esforzado más. Se hubiera esforzado, sin más, en comprenderla. No se habría conformado con aceptarla, ella es *así*, como si ser *así* fuera algo irremediable contra lo que no se pudiera hacer nada. De haberla querido, se dice, hubiera sabido antes lo que sabe ahora, y la habría desnudado, despacio, hasta liberarla de su armadura. Del peto, de las hombreras, del yelmo, hasta que a Victoria no le hubiera quedado más remedio que confiar, que dejarse querer, que acabar queriendo. En esas madrugadas sabe que, de los dos, fue él quien más falló, quien más faltó a la verdad. Él decía amarla. No era cierto.

En cambio, no puede decir que Victoria le engañase porque siempre le insistió en que lo suyo no era amor, que si estaban juntos era porque era mejor ser dos que solo uno para enfrentar al mundo.

Victoria no es más que una víctima. Se corrige: otra víctima, quizá de él, como lo fue Roberto, también víctima suya, muerto de su mano. Le viene Roberto a la cabeza y trata de sacárselo. Si llega a ese punto, se asusta. Teme que esté volviendo esa oscuridad, esa negrura, a su mente. Entonces se esfuerza en regresar a Tina para anclarse a la cordura, aunque sepa que lo que le pasa no pasa en cabeza cabal. Él, que ha estado dos años sin poder trabajar, atontado por la medicación, yendo a terapia para salvar su salud mental, sopesando la idea de seguir vivo o renunciar, sabe que es ahora cuando está loco, pero sabe también que es ahora cuando está a salvo gracias a una bendita locura.

Pensar en su mujer mientras espera a la que se ha convertido en el amor de su vida en apenas unas semanas le parece una traición innecesaria para algo que está por nacer, así que hace un esfuerzo por sacar a Victoria de su mente y vuelve a Tina, a su voz. Al efecto de él en ella. Si dice que todo está bien, Tina confía. Como mucho le pregunta con timidez:

—¿De verdad todo irá bien?

Él le dice que sí. Que sí a la salud de la madre. Que sí a la melancolía de ella. Que sí al problema con María José, la de contabilidad. Que sí al desencuentro con el gerente. Que sí a todo lo referente a sus hijos. Que sí a que Javier dará la campanada con las pajaritas y podrá dejar el bar y vivir de sus diseños. Que sí a que el trabajo de Carlos es necesario, que rescatar a los muertos de las fosas es una cuestión de dignidad moral. Que sí a que Laura dejará de ser tan superficial y empatizará con el resto de seres humanos. Que sí a que el tema de próstata de Ángel no tiene por qué terminar en un cáncer. Tina insiste con esa preocupación y a él le da por el culo que repita siempre lo del marido, que si tiene diarrea, que si tiene calambres, que si está más cansado de lo normal, y por no decirle que le da lo mismo lo que le pase a ese hombre cuya vida en realidad le estorba, le dice algo que escuchó decir a un compañero, que cuando suenan los cascos pueden ser cebras pero que lo más normal es que sean caballos. Ella le cree y él consigue no ser un monstruo. Con eso le basta.

Hoy ha llegado más lejos que nunca, aunque ha estado a punto de marcharse cuando se ha dado cuenta de que las ganas de orinar no eran por los nervios, sino porque realmente tenía ganas de orinar

y al salir del baño ha visto a un hombre mayor y malhumorado, mirándole desde el espejo. Adónde vas, le ha preguntado, adónde crees que vas, con esas ojeras, con esas canas y esas entradas en la frente. Qué crees que va a pasar, a tu edad, si para ella no vas a significar nada y si significas algo, no merecerá la pena porque tú no sabes amar, y aunque supieras, le ha dicho, el amor no es para viejos, y menos para viejos como tú, cobardes, asustados, incapaces de plantarle cara a la vida. Ha salido del lavabo para no verse, aunque la voz ha seguido dándole la lata en su cabeza y ha pedido la cuenta, decidido a irse rápidamente, escapar de ahí, enmendar el error antes de cometerlo, pero el camarero tal vez no le ha oído o tal vez le ha ignorado, y las ganas de irse se le han ido pasando conforme transcurrían los minutos, y ahí sigue, sentado en la mesa frente a un café frío.

Ahí sigue, esperándola, porque ayer no hubo excusas en las palabras de Tina ni debilidad en las suyas, y ese a ver si nos ponemos cara que se repite desde hace meses parece que se va a hacer, por fin, realidad. Lo del Moma lo propuso él porque está cerca del ambulatorio. Quedar en otro sitio hubiera sido extraño, como si tuvieran algo que ocultar, como si se escondieran de alguien. Pensó en el Vivir Sin Dormir, por las copas, o en La Más Bonita, por las tartas, pero la playa un día cualquiera por la mañana le parecía un lugar propio de dos amantes y ellos no lo eran, aún. Por el centro hubiera estado bien, pero era fácil que les viese alguien del pueblo y volviese con el chisme del médico nuevo y la hija de la paciente, y no se le quitó la idea por más que se dijera que Tina vivía en los adosados y que no volvía nada más que para dormir y no la conocía nadie. Estaba también la cafetería del museo, un miércoles que él va de tardes, con el pretexto de que ella le acompañase a ver una exposición o para que le explicara uno de esos cuadros de Fillol que tanto le gustan, y de paso podría llevarle unas recetas para su madre e ir andando desde su casa. Pero era raro. Se imagina a sus compañeras de administración, extrañadas, haciendo comentarios del tipo: «Desde luego, sí que funciona bien la sanidad en este país», o «¿Recetas en papel? Pero si ahora te atienden por teléfono y las recetas van *online*».

Así era, ahora casi todo era por el *email* y por el teléfono. Por eso se habían conocido. Por eso tenían que ponerse cara, porque no

se habían visto aún. Porque entre llamada y llamada, entre correo y correo, habían tejido una relación que iba más allá de la salud de Consuelo Abril, pero que al mismo tiempo no iba a ningún sitio porque él no sabía si lo que le pasaba le pasaba solo a él o era cosa de los dos. Siempre era quien daba el primer paso, ella nunca tomaba la iniciativa, eso era cierto, pero también era cierto que podía haberlo cortado fingiendo que no podía atender el móvil, o siendo esquiva en sus *emails*, o cuando él le dijo directamente:

—¿Te molesta que te llame?

Y ella respondió:

—No, por favor, pero qué dices. Te estoy muy agradecida por todo lo que haces por mi madre.

Y él dijo:

—No hago más que mi trabajo, faltaría más. —Pero enseguida insistió—: Lo que pasa es que siempre que te llamo nos liamos, y acabamos hablando más de media hora. Para mí es un placer, y no pierdo tiempo porque aprovecho la pausa del café, pero no sé si a ti te retraso en el trabajo, o te incomoda hablar conmigo de otros temas que no sean estrictamente médicos…

Ella se rio al otro lado. La imaginó acariciándose el mentón, o retirándose un mechón de pelo, mientras le decía:

—Yo también aprovecho la hora del almuerzo. De hecho, desde que hablamos todos los días he adelgazado tres kilos. No solo cuidas de mi madre, sino que me has puesto a dieta.

Se rieron los dos.

—¿No te molesta, entonces?

—No solo no me molesta, José Manuel, sino que me gusta hablar contigo. Me gusta mucho.

Eso dijo. Me gusta mucho hablar contigo. Lo mismo que le pasaba a él. Que esa conversación se había convertido en el eje de su vida, el motor que le ayudaba a sobrellevar el exceso de pacientes, las quejas, el miedo a hacerse mayor, el desamor, la soledad. Su vida no tenía sentido y verse con los ojos de Tina se lo daba. A ella le gustaba hablar con él, le gustaba oírle, le esperaba, le acogía. Quizá no fuera un ser humano tan horrible, tan despreciable, si a ella le gustaba mucho hablar con él. Estar con ella, hablar con ella, era estar frente a una mirada que le devolvía la mejor versión de sí mismo y por eso tenían que verse, y por eso

temía que se vieran.

Así que la cafetería del Bellas Artes era una mala opción, los locales de la playa, una alternativa pésima y el centro, una idea peregrina. El bar de al lado del trabajo, un sábado en una mañana de guardia, en cambio, era el lugar perfecto para la cita perfecta. Ni siquiera era una cita. Una coincidencia, un encuentro fortuito, un «Hombre, Tina, por fin te veo». Un «Vaya, José Manuel, menuda casualidad».

Él había bajado con la chaqueta encima de la bata blanca, aunque se moría de calor, para que quedara claro que se tomaba un descanso breve. Delante de todos, a la vista de cualquiera que se preguntara qué hacía él fuera de la consulta. El pulso le latía fuerte. Antes de salir de la consulta, había estado tentado de tomarse un diazepam, pero lo descartó. Llevaba meses sin medicarse y no quería volver a depender de la química para estar bien. Respiró hondo, varias veces. Se lavó la cara, se mojó la nuca. No era para tanto, se dijo. No era para tanto. Un café nada más. Solo saber cómo era alguien que, por no tener, no tenía ni su foto en el perfil del WhatsApp y en lugar de una cara había un cuadro que luego le contaría que era *El amo*, de Antonio Fillol. Solo saber qué reacción le provocaba su cuerpo, su olor, su risa. Si se parecía a la que era cuando la imaginaba. O no.

Si Tina hubiera sentido curiosidad por él, saciarla le habría resultado sencillo. Bastaba con teclear su nombre en Google y ahí estaban sus redes sociales. En LinkedIn, una foto suya con la bata y el fonendoscopio, delante de una mesa, y una pequeña descripción de su currículum que desde hacía unos meses empezaba y terminaba así: médico de familia en el centro de salud de Miraval. Antes, había ejercido en varios ambulatorios, había sido profesor asociado en la Facultad de Medicina, y de vez en cuando publicaba artículos en revistas de investigación. Incluso había sido coordinador de área. Su carrera no había sido meteórica ni había llegado especialmente lejos, como Victoria, pero estaba satisfecho. Nunca había sido un hombre ambicioso, o sí: ambicionaba no tener problemas, llegar pronto a casa, salir a tomar una copa con algún amigo, ir al cine y al volver, si tenía suerte, hacerle el amor a su mujer.

Le gustaba ser médico. Hacía lo que quería, no perdía el trato

con los pacientes, les ayudaba en el presente y le gustaba pensar que también en el futuro, formando a los médicos del mañana. El primer día de clase les recitaba esa frase de José Narosky: «El médico que no entiende de almas no entenderá de cuerpos». La había encontrado por casualidad en internet, la cita, y no había leído nada más de él, pero le gustaba y la usaba cada año como si el autor fuera un premio nobel. No se le pasaba por la cabeza que mencionar esa frase sin saber más del tal Narosky era una prueba de su carácter vanidoso y superficial. Lo que creía es que esa era la medicina que él practicaba, no la de recetar los medicamentos que recomendaban los visitadores médicos. Le gustaba pensar que entendía de almas. Pero no. No debía saber demasiado. Por eso lo dejó todo cuando lo de Roberto y su vida se paró durante años, aunque esa parte no sale en LinkedIn. Por suerte.

En Facebook hay más fotos, aunque son todas de hace tiempo y en todas sale él solo. Cualquiera diría que está casado, que a Egipto ha ido con su mujer, que subió con ella a lo más alto del Empire State o de la Torre Eiffel o que recorrieron juntos la Gran Muralla china. Pero si Tina ha querido saber algo de su aspecto, ha podido averiguarlo. Alto, fuerte, moreno, exmiope gracias a la cirugía, ojos oscuros, verdes, cejas pobladas, nariz nubia, con alguna marca de varicela en las mejillas ocultas tras la barba canosa, y pelo ondulado, tal vez demasiado largo para su edad. Le cuesta sonreír. A lo mejor le ha llamado la atención. Que en las fotos está serio, pero con ella se ríe a carcajadas. Aunque tal vez no le haya buscado, eso lo sabe también y también lo teme porque quiere interesarle, quiere gustarle, quiere que piense en él todas las noches si no puede dormir, y, si puede, quiere que piense en él antes de quedarse dormida.

Con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, mira a la gente pasar. A la gente no: a las mujeres. Y no a todas, a las que caminan solas nada más. Y a las que no son gordas. No es que no le gusten las gordas. Victoria es alta y está demasiado delgada. Si pudiera, le diría: come más, engorda un poco, pero no se lo dijo cuando su intimidad era otra y ahora que ya no la tienen no le merece la pena iniciar una conversación que terminará en pelea. Le gustaría que su mujer tuviera más peso y no le importaría que Tina no estuviese flaca, pero es que sabe que Tina no es gorda porque se

lo ha dicho. Lo sabe igual que sabe que no vive más vida que la real y por eso solo puede figurarse si es rubia o morena o alta o baja porque no ha dejado huella en internet. Eso le gusta, aunque, al principio, le fastidió porque le mataba la curiosidad de saber cómo era el exterior de la mujer cuyo interior le había enamorado, y temía que al conocerla la magia se evaporase, pero no había ni rastro de ella en internet, ni en la web del museo, ni en ninguna red social. Así que no sabe de ella más que lo que ella le ha contado. Que tiene tres hijos; que cuida de su madre y le buscó una planta baja en Miraval para que no estuviera sola en Valencia cuando empezó a tener fallos de memoria; que toma escitalopram en dosis bajas desde hace un año, cuando la madre empeoró y fue la gota que colmó su vaso; que su marido tiene problemas de próstata; que no se queja de la vida, pero al mismo tiempo parece que la vida no le basta; que va a diario a nadar a la piscina para que la mente se le quede en blanco mientras su madre hace Aquaoro con otras señoras mayores. Le gusta que ella se desnude, poco a poco, que se muestre como es sin que medien las apariencias, y dejar a la imaginación todo lo demás. O le gustaba.

Ahora quiere más. Por eso escruta a las mujeres que llegan por el callejón, o por delante de la puerta de la biblioteca, y el corazón se le acelera cuando piensa que es ella, hasta que, por fin, una se detiene frente a él y le sonríe.

Su madre siempre le decía que iba a ser pintora. ¿Por qué? Porque sus mayores castigos le fueron impuestos por rayar paredes, deberes, libros de su hermano o documentos de su padre. Decía eso, documentos de su padre, como si su padre trabajara en la NASA en lugar de en la Ford. Los documentos de su padre eran sobre todo ensayos para las quinielas, combinaciones únicas que fueran más allá de la calidad de los equipos o de las habilidades de los jugadores y que le hicieran acertar catorce nada más que a él. Porque una de catorce la atinaba cualquiera, aunque fuera por suerte, como ese vecino que se cambió de coche o ese amigo de un amigo que dio la señal para un estudio de una habitación en la playa de Canet donde veraneaban hasta diez personas gracias al milagro de las camas mueble. El coche se lo renovaba si le daba la gana, que para eso se lo dejaban a precio de fábrica, y a la playa iban todos los domingos en el autobús y a comer a casa, que en casa es donde mejor se está, con el ventilador y el sofá para echar la siesta y una habitación para cada uno y no todos amontonados en el salón comedor como el del estudio. Para eso no necesitaba ensayar en los boletos. Él trabajaba para dejar de trabajar, para poder abandonar el turno de noche que le tenía mortificado, con el horario cambiado y un humor de perros. Eso Tina lo sabía bien. A las ocho se marchaba y a las ocho se volvía, y luego en casa había que andar de puntillas para no molestarle. Los días de escuela no había problema, pero ay de ellos si alguna vez estaban enfermos o les daban vacaciones: tenían que volverse mudos e invisibles hasta la hora de comer, que era cuando el padre se despertaba con unas ojeras azules y una apatía que le duraba hasta poco antes de marcharse. En realidad, nunca les riñó, y mucho menos a ella, que era la niña de sus ojos, ni por los ruidos ni por los desperfectos en sus experimentos para ser millonario.

Los castigos eran cosa de la madre, y tampoco es que fueran severos: no ver los dibujos un sábado, no salir con las amigas a

comer pipas el domingo, no darle un beso de buenas noches, como mucho, pero ella tenía miedo a que su padre se enfadara. No temía que le levantara la mano, como los padres de algunas de sus amigas, que a veces iban al colegio con cardenales, pero le tenía terror a que dejara de quererla. Porque el suyo la quería, muchísimo. Más que a su hermano. A pesar de que se pasaba la vida cansado, con sueño, enfadado con el mundo porque el mundo no le daba lo que merecía. Se lo decía:

—Nosotros no trabajamos solo para tener lo que tenemos, que es mucho. Mira. —Señalaba a su alrededor—. Este piso, por ejemplo, que ya casi es nuestro, que nos quedan cuatro letras por pagar. O la tele, que en cuanto podamos tiramos esta y la compramos a color. O la nevera —la señalaba—, que siempre está llena. O la luz —vuelta a señalar—, que se enciende y se apaga cada vez que queremos. Nosotros trabajamos para daros cosas que no se pueden pagar ni comprar: la seguridad, la tranquilidad, y que no le tengáis miedo a nada.

Lo recuerda como si lo estuviera oyendo, porque la conversación —más bien el monólogo— se repetía día tras día, año tras año, con periodicidad irregular.

—Tus abuelos sí que las pasaron canutas, los cuatro, y tu madre y yo también. Hambre y miedo, todo el tiempo. Hambre y miedo —repetía—. Yo no comí tres platos tres veces al día hasta que no hice la mili…

—En Salamanca —completaba la frase Tina.

El padre se reía.

—Eso es, en Salamanca. Tres platos, tres veces. Desayuno, comida y cena. Y ahí empecé a aprender de mecánica. Y por eso ahora esto es nuestro —repetía y señalaba, de nuevo—. Tu madre y yo nos conformamos, qué digo nos conformamos, tu madre y yo estamos felices. Tú tienes tu cuarto, tu hermano el suyo; estrenáis ropa cuando es necesario, vais a la escuela, no os faltan libros… Si queréis, iréis a la universidad porque para eso yo me deslomo día y noche y tu madre se priva de todo, porque sois lo más importante, más importante que nosotros mismos. Esa es la misión de los padres: hacer que la vida de los hijos sea mejor que la suya, y nosotros estamos cumpliendo nuestra parte, con los dos. —Le guiñaba el ojo—. Pero yo quiero que consigas todo lo que te

propongas, más que nada en este mundo. Lo que más quiero es que estudies mucho, que no dependas de nadie, que nadie te diga lo que tienes que hacer y, sobre todo, quiero que seas muy feliz y que sepas cuánto te quiero…

Ella sonreía.

—¿Por qué? ¿Porque me quieres más que a mamá?

Decía que sí.

—¿Porque me quieres más que a Carlos?

Decía que sí. Casi siempre le revolvía el pelo. Casi nunca le daba un beso.

—Te quiero más que a ninguno, pero no se lo digas a nadie.

La conversación se repetía, exacta cada vez a la anterior, pero a Tina se le aceleraba el corazón y se le encogía el estómago al intuir que llegaba ese momento, el de guardar ese secreto, ese tesoro de valor incalculable: no había nadie en este mundo a quien quisiera más que a ella. Esa certeza era la que le daba fuerzas para vivir sin hacer ruido cuando él dormía, para estar de buen humor cuando estaba despierto pero cansado, para esforzarse en el colegio y sacar buenas notas y para no darle ningún motivo para intuir que quizá no valía la pena quererla, y mucho menos quererla tanto. De pequeña creía que, si procuraba no estropearlo, su padre seguiría creyendo que era especial y nunca dejaría de ser su favorita. Al crecer le dio por pensar que tal vez no era que la quisiera más, sino que la quería proteger por el hecho de ser una chica, porque entonces las chicas todavía no podían hacer lo mismo que los chicos y nadie era capaz de imaginar que las cosas llegarían a ser diferentes. A menudo, ahora, cuando deja el coche en el aparcamiento del museo y el guardia jurado la saluda con respeto, buenos días, doña Tina, se acuerda de él. ¿Qué pensaría si viviera? ¿Le parecería bien cómo ha resuelto su vida? ¿Le gustaría más Ángel que antes? ¿Hablaría con él o le ignoraría como solía hacer? ¿Les transmitiría a sus nietos cómo acertar la quiniela, aunque él nunca adivinó los catorce?

¿Y de ella, estaría orgulloso? No fue a la universidad, pero ha llegado lejos. Tampoco es que sea la directora, pero todas las facturas pasan por sus manos, a veces resuelve temas vitales para el museo; una vez, por ejemplo, desatascó la compra de una climatizadora, y cuando se instaló, los periódicos dijeron que

gracias a la máquina se había evitado que los retablos góticos del Museo de Bellas Artes se deteriorasen. Y tiene un despacho acristalado solo para ella, muy cerca del director, y se lleva bien con él, tiene su confianza, comparten chistes, le pide consejo de vez en cuando. Junto al ordenador, retazos de su vida: alguna planta, una tarjeta de un ramo de flores que le mandó Ángel en su último cumpleaños, fotos de sus dos nietos y de sus tres hijos, y algún dibujo de los que le hacían cuando eran pequeños, sobre todo Javier, que es el único que ha heredado su pasión por los pinceles. Pero ella nunca le ha dicho que vaya a ser pintor y mucho menos uno de éxito. Con las pajaritas sí que le anima; le dice:

—Si es tu sueño, tienes que perseguirlo. —Pero luego añade—: Aunque ya sabes lo de Ítaca, que lo mejor es el camino.

Si su hijo le pregunta:

—¿Pero tú crees que me irá bien?

Ella contesta:

—Si no lo haces, nunca lo sabrás. Pero, por si acaso, búscate un plan b.

Ahora, el plan b es trabajar con su padre en la cafetería de San Miguel de los Reyes, que, al mismo tiempo, también es el plan b de su padre después de que le despidieran del banco. Fue ella la que se enteró de que la concesión del antiguo monasterio quedaba libre mientras almorzaba en el Bellas Artes, así que le gusta pensar que es cosa suya que la economía de la familia se haya mantenido a flote y que la estabilidad emocional de su marido no se fuera a pique. La decisión fue de él, y se animó a decir que sí porque de joven había ayudado a sus padres en el bar de la plaza de Patraix, así que le pareció una buena manera de cerrar el círculo de su vida laboral. No ganaba mucho dinero, esa era la verdad, pero estaba entretenido, se sentía útil, conocía a gente y le pagaba una nómina a Javier. El sueldo en la práctica salía de la cuenta conjunta de los dos, pero eso Javier no lo sabía y ella no se lo recordaba a Ángel cada vez que él se enorgullecía de tenerle como empleado.

Javier vende las pajaritas en una página de internet, y en un expositor de cartón de colores que está al lado de la pizarra del menú del mediodía. Durante la pandemia, también vendía mascarillas hechas a mano, con su filtro y todo, y diseños de fantasía para los modernos y discretos para los aburridos, pero, por

suerte, ahora solo se dedica al complemento de moda y no al de salud. No le va mal. Las primeras semanas le compraron pajaritas casi todos los que trabajan en San Miguel, los de la Biblioteca Valenciana y los de la Academia de la Lengua, los de patrimonio y los del libro. Incluso los visitantes se las llevan y cada dos por tres tiene que reponer material porque se sigue vendiendo, pero ella no se atreve a asegurarle que va a ser un diseñador de éxito, porque si luego no pasa no quiere que se frustre. ¿Se siente frustrada ella? Piensa en sus hijos, en los tres, todos con su profesión o con sus sueños. En sus nietos, dos, tan pequeños, tan monos, con esa vida por estrenar que aún no les ha revelado su peor cara. En su casa, con jardín delante y patio detrás. En su coche, un Cactus, que le den a la Ford. Se ríe. Se repite la pregunta. ¿Se siente frustrada, ella? Pues un poco sí. No por ser una funcionaria de vida monótona y no haberse convertido en la artista de éxito que pronosticaba su madre, o no solo por eso. A veces le cuesta salir de la cama.

Con los años ha comprendido que su padre le mentía, o que tal vez exageraba su amor, o tal vez a Carlos le decía lo mismo, a espaldas de ella. No se enfada. Lo comprende, porque ella no sabría decir a cuál de sus hijos quiere más. Otra cosa es que a uno le pase algo, lo que sea. Se quiere más al que más sufre, eso lo sabe de sobra. Al que se cae. Al que le duele una herida que aún no se ha convertido en cicatriz. Al que se le rompe, un poco, el corazón. A ese le quiere tanto que hasta lastima querer así. Por eso, cuando Carlos se mató, su padre murió con él. No del todo, pero sí en su mayor parte, como le pasaba a Westley cuando Max el Milagroso le devolvía a la vida en *La princesa prometida*. Solo que a su padre nadie le rescató de esa muerte a medias en la que vivía hasta que terminó muriendo del todo.

Lo que hacía parecía lo mismo que antes del accidente de moto de su hijo mayor. Trabajaba de noche, dormía hasta la hora de comer, comía, trajinaba con los boletos, se iba a trabajar, todo normal. Él no lloraba nunca, pero si su mujer se rompía en llanto, le ponía la mano en el hombro hasta que se le pasaba; si le pedía que le ayudase con la compra o que la acompañase al centro o que fueran a la playa, le ayudaba con la compra, la acompañaba al centro o se iban a la playa, pero la iniciativa nunca la tomaba él, y solo hubo una cosa en la que no pudo complacer a nadie: ir al

cementerio.

—Vamos a ver a Carlos —decía Consuelo.

—Carlos no está ahí —negaba con rotundidad.

Ningún 1 de noviembre, ningún aniversario de la muerte, mucho menos de su cumpleaños o de su santo. Ni con amenazas ni con chantajes, ni con súplicas ni con enfados conseguían que las acompañase. Solo en el día de su entierro fue al lugar donde estaba su hijo, y eso porque no pudo evitarlo. Como aún no habían pasado los años suficientes para meterlos juntos en el mismo nicho, se quedaron el de al lado y pusieron una lápida alargada que alcanzaba para los dos.

—Ya están juntos —dijo la madre.

—Carlos no está ahí —dijo Tina.

Consuelo la miró.

—Sí que están, sí. Míralos. —Señaló las lápidas.

Tina no daba su brazo a torcer, por más que su madre insistiera en que el cuerpo era el continente y el contenido, y que el espíritu que había estado en los dos hombres seguía ahí, de alguna manera, oculto detrás del mármol. «Carlos López Abril. † 7/6/1987, a los 24 años. Tus afligidos padres y hermana no te olvidan». «Carlos López Toledo. † 23/2/1989, a los 49 años. Tu esposa e hija no te olvidan».

La madre quiso poner también al nieto en la inscripción, pero Ángel la convenció de que no era conveniente. Tina no fue capaz de hacerla entrar en razón, todo era una discusión, pero Ángel hacía lo que quería con su suegra porque ella le veía tan guapo, tan listo, tan atento, tan enamorado de su hija y, sobre todo, tan amigo de su hijo Carlos que le decía que sí a todo lo que le pidiera.

—Mamá, si Carlos no es más que un bebé, ¿cómo vamos a poner en la lápida que no olvida a su abuelo? —protestaba Tina.

—Porque tu padre estaba como loco con él y se alegrará de que le tengamos en cuenta —decía la madre.

No era verdad, pero Tina no quería lastimar más a su madre, que se había quedado viuda con cuarenta y ocho años y había enterrado a un hijo con cuarenta y seis y eso era tan duro, tan terrorífico, que no tenía ni una palabra que lo describiera. Ella era huérfana, pero ¿y su madre? ¿Qué palabra puede representar el dolor desgarrador de despedirte para siempre de la carne de tu carne? En ese momento, que acababa de llevar la vida dentro, Tina

no podía hacerse a la idea. Por las noches, lloraba al pensar que algo tan horrible pudiera pasarle a ella. Luego se arrepentía de ser tan egoísta y lloraba más todavía al imaginar a su madre, sola en ese piso que había sido el orgullo de su padre, que todavía estaba lleno de recuerdos de su hijo y que ella había abandonado para vivir su vida. Ángel la abrazaba en la cama, medio dormido, y como si estuviese oyendo sus pensamientos le repetía que se habían ido a la calle de al lado, que su madre podía ir a vivir con ellos cuando quisiera, que era una mujer joven todavía, fuerte, que podía con todo lo que la vida le diera. La primera vez que la consoló con esas palabras, Tina le preguntó cómo sabía lo que estaba pensando y él le dijo la verdad: porque desde que murió su padre, hacía nueve días, siempre pasaba lo mismo: se peleaba con su madre cuando estaba con ella y por la noche lloraba arrepentida. Tenía razón, pero con lo de la lápida no quiso transigir por más que su madre se empeñara. Ella sabía que a su padre el primer nieto le resultaba indiferente porque la vida ya no le importaba.

—Si es niño, he pensado ponerle Carlos —le dijo.

Él se encogió de hombros.

—Por ti, y sobre todo por mi hermano —aclaró ella.

No dijo nada.

—¿Te parece bien?

Asintió con un gesto, pero era evidente que le daba lo mismo. Igual que le daba lo mismo Ángel, el perro de la abuela de Ángel, el perro de Carlos, que se hubieran conocido mientras los paseaban por la noche, que Tina, antes de pensar que se había enamorado hubiera pensado que Ángel era un regalo que le hacía su hermano desde el más allá, una señal; es este, Tina, este es mi amigo, aunque nunca te había hablado de él, ¿lo ves? Este es el hombre con el que debes compartir tu vida, o intentarlo al menos.

Cuando su padre murió nadie supo dar con la causa. Los médicos dijeron que fue por muerte súbita, como si el resto de las muertes se anunciaran con precisión de reloj suizo y al final no ocurrieran así, súbitamente, de un instante para otro. Pero ella piensa a menudo que en realidad se murió porque no era a ella a quien quería más y no supo aceptar la vida sin Carlos. Dejó de ser especial, con su muerte. A la orfandad de su padre se acostumbró, pero la otra todavía le duele.

La primera vez que se puso a llorar con José Manuel, al otro lado del teléfono, no supo cómo decirle que lloraba por eso y tampoco pudo explicarse a sí misma por qué lo que él le dijo, todo pasará, llora y desahógate, nada es tan grave como parece, lugares comunes que cualquiera podía haberle dicho, fueran para ella palabras nuevas, como si nadie antes las hubiera pronunciado y nadie después fuese a decirlas igual. Por eso esperó sus llamadas, una tras otra, semana a semana. ¿Cuántas? Ni lo sabe. Diez, veinte, treinta, quizá. El tiempo pasado entre escuchar su voz y volverla a escuchar se convirtió en la medida para cuantificar el resto de las cosas, los días lentos, las noches largas, el tedio en el trabajo, la monotonía de su relación con Ángel, la vida, en fin, que antes le bastaba y que empezó a quedársele corta.

No entiende lo que le pasa, pero tampoco antes entendía lo que ocurría a su alrededor, y se convenció de que eso que sentía no era importante, no interfería con el resto de su vida. No tenía nada que ver con su marido, igual que no afectaba a las facturas que tenía que tramitar. Era una relación inocente, inofensiva, que no les llevaría a ningún lado. O sí: al Moma, un sábado por la mañana, a tomar un aperitivo antes de comer. Nada más.

Le ve sentado. Se le encoge el corazón y le tiemblan las piernas.

Camina hacia él.

Ella se sienta frente a él. Sonríe sin parar. Habla y sonríe. Le tiembla levemente la comisura del labio superior, y sonríe. Está nerviosa, y eso le pone contento. Recuerda haber leído que quien siente un flechazo necesita medio segundo para caer rendido de amor, pero a él solo le hacen falta unas milésimas para que la oxitocina, la adrenalina o la dopamina campen a sus anchas por su organismo. Nada más verla ya se sabe enamorado. Le gusta lo que ve. Le gusta el tono de su piel, la forma de sus pechos, su voluptuosidad. Le gusta cómo le queda el vestido, la forma de llevar el bolso, de dejarlo sobre el respaldo de la silla. Y su olor también le gusta. Todo le gusta. Aunque sabe que ha llegado a la cita derrotado, entregado a la idea de enamorarse de Tina fuera como fuera Tina.

Al ver la taza de café de él sobre la mesa, Tina le ha pedido al camarero un cortado descafeinado de máquina con azúcar moreno, pero mira la hora y no sabe si cambiar la comanda.

—Ay —dice—, más que un café me apetece una cerveza.

El camarero, que la conoce de otras veces, la llama por su nombre y le gasta una broma.

—Ante la duda: cerveza siempre, Tina. Y hoy que estás con un doctor con más razón. —Ella se ríe—. La cerveza es buena para el riñón, para los huesos y para el corazón —recita el camarero—. ¿No es así, caballero?

José Manuel asiente con la cabeza y esboza algo parecido a una sonrisa, pero no le hace gracia. Le da rabia que no le conozca, que ni siquiera sea *el* doctor y sea *un* doctor, uno cualquiera, un caballero dicho con desprecio. Podría tratarle con familiaridad por cortesía. Él es cliente del bar desde hace más de medio año, aunque sea ocasionalmente. Cuando ha salido demasiado temprano, por no estar en casa, ha hecho tiempo allí antes de entrar en el ambulatorio, y una mañana acompañó a Luis, el enfermero, a que se tomara una Coca-Cola porque le había dado un bajón de azúcar.

Incluso una vez, cuando llevaba una semana en el centro de salud, se quedó a comer porque se había peleado con Victoria y ella le había dicho que para estar así lo mejor era separarse y él no tenía ganas de terminar la conversación. Tomó lentejas viudas de primero, lomo con patatas de segundo y tiramisú de postre. Se acuerda porque creía que no le entraría nada por el disgusto, pero pidió dos veces que le repusieran el pan, no dejó ni las migas, y se bebió el agua del menú y una copa de vino después. Luego se marchó a dar una vuelta por el pueblo, y cuando se cansó de ver casas cogió el coche y condujo hasta la playa, se bajó y volvió a pasear descalzo por la arena. El reloj le avisó de que había dado diez mil pasos, cuando lo normal en él era no llegar ni a tres mil. Se descalzó y se mojó los pies, aunque no hacía calor. Se sentó en la orilla y hundió la cabeza entre las rodillas y lloró como un crío, y cuando se dio cuenta de que nadie le miraba, temió ser de verdad invisible, invisible en su casa, invisible en esa playa. Primero le dio una pena infinita, tanto esfuerzo que le costaba vivir para nada, pero luego deshizo esa postura tan fastidiosa que le provocaba dolor de espalda, se estiró en el suelo y lloró más cómodo hasta que sintió que no le quedaban más lágrimas, como si fuera un adolescente con el corazón partido. Se le habían helado los riñones, el relente del anochecer se le metía en el cuerpo y decidió que era hora de volver a casa y de decirle a Victoria que sí, que tenía razón, que lo mejor era separarse, que no soportaba ese sentimiento de no formar parte de nada, de estar al margen de todo lo que no fuera sentirse tan tremendamente culpable y tan profundamente infeliz. ¿Sería infeliz ella? No se lo había preguntado, ni esas semanas ni los meses anteriores ni los años previos, nunca. Tal vez para Victoria también había sido difícil vivir a su lado, intentar quererle.

Ella llegó con su propia herida, y él nunca le había pasado el dedo por la marca, nunca se la había acariciado con ternura, nunca se había interesado por si todavía le hacía daño o la piel nueva ya había reemplazado a la vieja y le había dejado de doler. Él le reprochaba que no le quisiera, cuando la realidad era que él no la quería bien. Había menospreciado sus principios, su firmeza, convencido de que al final ella claudicaría y cambiaría y le querría de otra manera. Separémonos, pensaba decirle. Aún nos queda un buen trecho de vida por delante para ser felices, intentémoslo, pero

cuando abrió la puerta del piso, ya de noche, Victoria se lanzó a sus brazos.

—Te he llamado mil veces, pensé que te había pasado algo —le dijo.

Él rebuscó el teléfono en su chaqueta y lo sacó apagado.

—Lo siento —dijo mostrándoselo, como si no tener encendido el móvil hubiera sido el motivo de la pelea y no la apatía de él, las pocas ganas de vivir la vida que le habían quedado después del accidente.

—Si te hubiera pasado algo… José Manuel. —Victoria buscaba unas palabras que eran evidentes—. Si te pasa algo, yo me muero…

—Estoy bien, todo está bien. —Él no sabía bien qué responder y optó por decir la verdad—. Después de la bronca de esta mañana, creí que no querrías verme y he estado toda la tarde paseando. Siento no haberte avisado, siento no haber encendido el teléfono y siento estar así, Victoria.

Ella hablaba con la cara hundida en el pecho de él, sin soltarle, sin dejarle avanzar hacia la casa.

—Soy yo la que lo siente, José Manuel. Lo siento de verdad. No creas que soy insensible a lo que has pasado.

A él le volvieron las ganas de llorar.

—Los dos, Victoria. Lo que hemos pasado los dos…

—Sí, los dos. Pero eres tú el que ha estado a punto de ir a la cárcel, el que ha…

Victoria no se atrevió a terminar la frase, y José Manuel lo hizo por ella:

—El que ha matado a un hombre. A su mejor amigo —carraspeó—. Al mejor amigo de los dos, Victoria.

Ella le abrazó más fuerte, luego deshizo el abrazo, le cogió la mano y le condujo hasta el salón. Se sentaron.

—Tú no querías matar a nadie, José Manuel, fue una tragedia que nadie quería que ocurriera. No eres culpable de nada, no te han condenado por nada. Eres inocente.

José Manuel negó con un gesto. Se agarró la cabeza con las manos.

—No es verdad. No se pudo probar que el disparo saliese de mi escopeta, que no es lo mismo, pero la realidad es que fui yo quien le mató.

—¡Eso no lo sabes! Erais muchos los que estabais allí, y pudo hacerlo cualquiera. Y fuera quien fuera, fue un accidente que nadie quería que ocurriese. Eso lo tiene claro todo el mundo.

—Todo el mundo no —volvió a negar José Manuel.

—Todo el mundo —insistió Victoria—. Incluso la familia de Roberto… Pero estaban tan dolidos por la pérdida que no eran ellos —los justificó.

—¿Por eso se empeñaron en pedir cárcel para mí, porque pensaban que fue sin querer?

Victoria encogió los hombros, y repitió el mismo argumento que se había repetido a ella misma tantas veces para poder superar el dolor de haber perdido a Roberto.

—No estaban en sus cabales, José Manuel. Habían perdido a su marido, a su padre. Estaban en *shock* y se dejaron llevar por la rabia y por los malos consejos. Pero la justicia no les dio la razón, y lo único que consiguieron fue alargar el sufrimiento suyo y nuestro. Pero ya ha terminado, y tú tienes que hacer un esfuerzo para empezar a sobreponerte —le suplicó.

La miró sorprendido, aunque era algo que llevaba escuchando desde que ocurrió el incidente, hacía ya más de dos años. No le sorprendía que se lo pidiera, sino que ella lo hubiera superado tan pronto. Roberto era amigo de los dos. De hecho, Roberto era amigo de Victoria desde la facultad y fue esa amistad la que hizo que José Manuel y Pilar se unieran a ellos. Tuvieron una relación como las que se mantenían en aquella época de cabellos largos y de amores libres, y con el paso del tiempo no había quedado espacio para los celos. Trabajaban juntos en el Clínico, ella en cardiología y él en cirugía vascular, compartían horarios, jefes y almuerzos a media mañana en el bar de Sandro. Fueron escalando puestos al mismo tiempo, y se llevaban tan bien que Victoria fue la madrina de su primer hijo y José Manuel del segundo. Viajaban juntos casi todos los veranos, salían a cenar al menos una vez al mes, tenían un grupo de WhatsApp donde comentaban chistes, noticias y chismes. Fue en ese grupo donde se organizó el fin de semana en el coto de un amigo de un primo de Pilar que había montado una cacería. A José Manuel no le apetecía, no tenía licencia, no le venía bien matar a ningún animal. «No seas aguafiestas», escribió Victoria. «No tengo los permisos, no puedo cazar», protestó José Manuel. Pilar

dijo: «Eso te lo saca en un momento Roberto en la web de la *conselleria*, y luego no hace falta que lo vuelvas a usar». Roberto les dio la razón: «Si solo es para pasar unos días fuera; si bebemos más de la cuenta en la cena, igual ni nos apetece madrugar al día siguiente». A José Manuel no le hacía gracia: «Pues vamos a la playa, o a la nieve. Vamos a otro sitio, que a mí no me gusta matar y sabéis que no me siento cómodo entre desconocidos». «Pero si nunca has cazado, cómo vas a saber si te gusta o no te gusta», le criticó Victoria, y Pilar aplaudió y se rio con emoticonos y añadió: «Ni siquiera vamos a dormir en el mismo hotel, nosotros nos cogemos una casa rural para los cuatro y en el campo no vas a verlos». «No creas que es tan sencillo matar, no te preocupes por eso ahora. Seguro que no das en el blanco ni queriendo», bromeó Roberto. Lo convencieron. Fueron. Roberto se equivocaba. No era tan difícil acertar.

Luego vino el desastre. El accidente, como lo llamaban cuando no lo llamaban el incidente. El fin del mundo tal como lo conocía y como no conocía otro, para José Manuel fue peor que estar muerto. No podía dormir, no podía comer, era imposible respirar. Le dolía la piel, le quemaba. Cada vez que cerraba los ojos revivía el instante en el que apretó el gatillo. Pum. El ruido de la bala al salir, el grito del amigo, tan distinto al que debía emitir un jabalí. La voz de su abogado, tan fría, pudo ser cualquiera, todos llevabais la misma munición. La voz de Victoria, más fría aún que la del abogado, no has sido tú y si has sido tú, fue un accidente. La voz de Pilar, hijo de puta, has matado a Roberto. El silencio atronador de los hijos.

Victoria era implacable con su dolor: no le dejaba pasar. Tenía experiencia en bloquear sus sentimientos, empeñada como estaba en sobrevivir a lo que la vida le pusiera por delante.

—Él era cazador, sabía lo que podía ocurrir, sabía que corría un riesgo cada vez que salía —le decía—. Nosotros no hemos tenido la culpa de nada.

Victoria borró de un plumazo todos los años de relación, o esa fue la impresión que le quedó a su marido, que desconocía el titánico esfuerzo que hacía su mujer para seguir adelante refugiada en su frialdad. Murió Roberto y de Roberto no quedó ni la huella, y para compensar esa aparente falta de compasión, José Manuel la sintió por los dos. Solo cejó en sus intentos de contactar con Pilar y

sus ahijados cuando el abogado le comunicó que a la acusación de delito imprudente podía sumar la de acoso. Se asustó y dejó de escribirles pidiendo perdón, pero entonces fue cuando empezó a no poder parar de llorar. Lloraba tanto y tan ininterrumpidamente que por primera vez en su vida se cogió una baja porque le era imposible mantener una conversación y mucho menos atender a sus pacientes. Primero pensó que un virus cualquiera le había debilitado el cuerpo y el ánimo, pero al cabo de unas semanas Victoria le dijo que no tenía gripe, sino depresión. Un médico amigo corroboró su diagnóstico y cambió el objeto de la baja. Creyó que serían unos días, pero los días se convirtieron en semanas, las semanas en meses y los meses en casi dos años. Cuando no tenía terapia, no salía de la cama nada más que para ir al baño y para comer, y solo comía para poder seguir tomando medicamentos. Adelgazó, pero se hinchó y parecía obeso. Tenía el mismo aspecto que tienen esos famosos antes de entrar en la clínica de desintoxicación. Victoria lo pensaba a menudo y lo decía de vez en cuando, pero a él le daba lo mismo y, con el pretexto de que también era médico, se aumentó las dosis de las pastillas que más somnolencia le provocaban. Dormido estaba mejor, sobre todo si dormía sin sueños. Los sueños le mortificaban. El terapeuta sugirió que tal vez sería buena idea aumentar la actividad física, andar, o mejor aún, nadar, y si lo combinaba con un animal del que hacerse cargo, miel sobre hojuelas. José Manuel se ilusionó con la idea de tener un perro, quizá uno pequeño, que no ocupase espacio. Victoria dijo que los pequeños ladraban mucho. Pues uno mediano, casi suplicó José Manuel, pero Victoria dijo que los medianos soltaban pelo y ellos tenían los sofás blancos, y con el grande ya no se atrevió.

—¿Qué tal un gato? —le pidió a su mujer.

—¿Un gato? Un gato no tiene sentido. Los gatos van a su aire y lo único que necesitan de ti es que les pongas comida y agua —respondió ella.

—Pues entonces, un perro…

—¿Qué tipo de perro?

Y volvían a enredarse en una discusión que no tenía final, y que si lo tuvo fue porque a él las pastillas le atontaban y le quitaban las ganas de todo, incluidas las de pelear. Se quedó sin perro. Y sin

reñir. Y sin sexo. Él pronto dejó de protestar por lo del animal, y ella no le recriminó nunca que llevaran tanto tiempo sin follar. Cada uno se concentró en lo que pudo: ella en su trabajo para olvidar su dolor y él en su dolor para olvidar que no podía trabajar. Los días pasaban lentos, se confundían unos con los otros hasta parecer siempre el mismo, siempre el mismo día largo y borroso. Su vida era un bucle de reproches y miedos del que únicamente fue capaz de salir por un miedo mayor: ser declarado inválido por un tribunal médico.

Victoria le quitaba importancia.

—Si te dan la incapacidad permanente, no pasa nada. Total, unos pocos años más y estarás jubilado.

Pero José Manuel estaba convencido de que los últimos capítulos son los que dan sentido a todas las novelas y no quería que el libro de su vida terminase diciendo que no había sido capaz. Se esforzó, no en estar mejor porque eso era imposible, pero sí en hacer creer al psicólogo que había digerido la tragedia, que la había aceptado, que había comprendido que los accidentes son impredecibles y que él no era responsable de la muerte de nadie. Quería estar bien, volver a pasar consulta, recetar medicamentos y no solo tomarlos, decirles a otras personas lo que tenían que hacer para ver si así se le olvidaba que él no sabía por dónde tirar. Le salió bien. No tuvo que pasar el tribunal porque le dieron el alta antes de agotar el tiempo máximo de baja por enfermedad, y aún dispuso de un par de meses más para ponerse al día entre vacaciones y días de asuntos propios. Le asignaron una plaza en el ambulatorio de Miraval, un pueblo del que nunca había oído hablar y en el que pensó que tal vez podría empezar de nuevo.

El día de la pelea, el de las lentejas y el lomo con patatas, mientras le abrazaba en el sofá blanco en el que nunca se había acostado un perro, que en la cabeza de José Manuel se llamaba Snow si lo pensaba en inglés o Floc, si lo pensaba en valenciano, Victoria le besó con lengua y le acarició la nuca con una mano y la entrepierna con la otra. Él se dejó besar y acariciar y la siguió hasta la cama dócilmente; se desnudaron el uno al otro, despacio, más por falta de ganas que porque quisieran recrearse en la vieja coreografía. Ella quería hacerlo como si fuera la primera vez, y en realidad lo era, porque incluso antes del accidente el sexo entre

ellos era algo más que ocasional. Apenas reconocía ese cuerpo, de hombros anchos y pecho teñido de blanco, y lo encontró viejo y gastado. No le gustó la forma en la que se le hundía el vientre ni cómo se le marcaban las costillas ni tampoco sus dedos largos y huesudos, pero se esforzó en seguir adelante y en no pensar que tal vez a él tampoco le parecía hermosa la manera en la que le colgaban las tetas ni la flacidez de su barriga ni la avidez con la que su lengua se le metía en la boca, como si ya no supiera besar. Llevaban un rato en la cama, desnudos, abrazándose y besándose, tocándose un poco por aquí y un poco por allí cuando él la apartó ligeramente y trató de disfrazar de vergüenza su desgana.

—Todavía no me encuentro muy bien —le dijo.

Ella fingió que le creía porque era mejor acabar en tablas que en derrota.

—Los efectos secundarios de las pastillas a veces tardan muchísimo en desaparecer —convino Victoria.

—Lo siento —dijo José Manuel.

—Podemos estar abrazados un rato —sugirió ella.

Se quedaron en la cama unos minutos, hasta que les entró frío, hambre, calambres en los brazos, y se fueron separando mucho más armónicamente de lo que se habían acercado. José Manuel pensó que estar lejos era su estado natural. Victoria solo tenía cabeza para preguntarse mientras se vestía en lo que podría hacer para cenar con las pocas cosas que había en la nevera, porque por culpa de la inquietud que le había causado José Manuel no había bajado a hacer la compra. Tomaron espárragos de lata y croquetas de bacalao hechas en la freidora de aire, y de todas las cenas que han compartido juntos, en locales cutres, en restaurantes con estrellas Michelin, esa es la que más recuerdan ambos por la tristeza que envolvió todo.

Al día siguiente era martes, y José Manuel hizo el control telefónico a los pacientes diabéticos, tal como le había recomendado su predecesor, y esa fue la primera vez que habló con Tina. Aunque, como le pasa con él al camarero del bar de al lado del ambulatorio, tampoco se acuerda de eso.

# EL AMOR Y SUS SÍNTOMAS

El amor es sintomático, y sus síntomas varían desde un intenso deseo de intimidad hasta un terrible temor al rechazo. Se idealiza a la persona amada, en la que se piensa tanto que se pierde la capacidad de concentración en cualquier otro tema, objeto o persona. De hecho, un estudio de la University College of London ha demostrado que el amor romántico altera la actividad en las áreas del cerebro vinculadas con el pensamiento crítico.

En realidad, Tina ya le había visto antes, antes incluso de que la llamara la primera vez para conocer la evolución de su madre. Lo vio en esa misma cafetería en la que ahora comparten cervezas, patatas bravas y aceitunas sin hueso con sabor a anchoa y hablan de todo a trompicones, pero aquella vez ni se fijó en él.

Las confidencias son más fáciles cuando se hacen a la nada, a un vacío sin rostro al otro lado de quién sabe qué. Ella, cuando hablaba con él, se imaginaba nubes, olas, el cielo, el mar, un prado verde cubierto de lluvia con una vaca o un caballo al fondo, según el día. No pensaba en cómo sería su cara, ni se imaginaba que estaban en otro sitio haciendo otras cosas, paseando de la mano, besándose. No. Era como gritar en una montaña y que antes de diez segundos la montaña le devolviera el sonido de su voz. José Manuel permanecía al otro lado, era la superficie sobre la que chocaba, la reflejaba, la llevaba hasta el lugar en el que estaba y le traía de vuelta la imagen de una Tina mejor, más alegre, más viva.

Un día se lo dijo, que hablar con él era como escuchar un eco.

Él le respondió:

—¿Conoces el mito de Eco?

Ella le contestó:

—Conozco el cuadro de *Eco y Narciso* de Poussin, que está en el Louvre.

José Manuel la imaginó recorriendo el museo con su marido y le dio rabia, y se recordó a sí mismo paseando por sus pasillos con Victoria, Roberto y Pilar y le entró tanta pena que creyó que se iba a echar a llorar, por la vida que había perdido junto a ellos y por la vida que no tenía junto a Tina, pero no dijo nada de eso, sino:

—Yo también estuve hace años. Me encantó París.

—Como a todo el mundo…

—Como a todo el mundo no, que a todos no nos gustan las mismas cosas —respondió él, que de pronto odió la ciudad del amor y cualquier otro sitio en el que Tina hubiera estado sin él—. Bueno,

¿conoces entonces el mito, sí o no?

Tina afirmó con la cabeza, pero con la voz dijo que no porque le pareció que la historia sonaría mejor si se la contaba José Manuel.

—Explícamelo —le pidió.

—De acuerdo, pero porque insistes —rio, y ella también—. Eco era una ninfa, era muy bella y tenía el don de poder decir las palabras más hermosas del mundo. Zeus la utilizaba para tener distraída a Hera, su esposa, mientras él la engañaba con otras, y cuando Hera se enteró, la castigó quitándole lo más preciado para Eco: su voz. Solo podía repetir la última palabra que alguien dijera cerca de ella.

—Qué hija de puta.

—¡Esa boquita! Te la vas a tener que lavar con lejía —rio de nuevo José Manuel.

Con ella siempre reía. Si lo pensaba bien, no sabía decir si con ella reía más que con nadie o si solo reía con ella. Ya no recordaba cómo era antes, si había sido alegre o si la amargura le había acompañado siempre. Le gustaba pensar que todo empezaba con ella, con esa sensación que tanto se parecía a la felicidad.

—¿Qué necesidad tenía de hacerle daño a ella? Quien la engañaba era su marido, no la pobre Eco.

—Pues en la mitología, Hera es la protectora de la mujer en el matrimonio.

Tina soltó una carcajada.

—Menuda protectora, una cornuda de tres pares de narices que castigaba a quien menos lo merecía… Yo soy una señora casada y no quiero que me represente ni me proteja esa cabrona.

Los dos rieron con unas ganas que se fueron diluyendo al cabo de unos instantes. Ninguno quería pensar que en la vida del otro había alguien más. Ninguno sabía que el otro sentía lo mismo.

—Esa es otra historia —dijo, al fin, José Manuel—. La cuestión es que la pobre Eco se refugió en el campo, se escondió, para no tener ningún trato con las personas. Y allí conoció a Narciso. Bueno, no lo conoció exactamente: lo vio y se enamoró perdidamente de él.

Tina quiso decir: «¿Es que acaso hay otra forma de enamorarse?». Pero lo que dijo fue:

—Eso es lo que refleja el cuadro de Poussin: él dormido y ella observándole arrebatada de amor.

José Manuel se esforzó en dejar de sentir celos de la vida que Tina vivía sin él y continuó hablando:

—Hay muchas versiones que hablan del mito de Eco. A mí, la que más me gusta es la que cuenta que permaneció oculta mucho tiempo, sufriendo por su amor a escondidas, pero, al final, él se enteró y la ridiculizó, y Eco sufrió tanto que murió.

—Qué injusto —se quejó Tina.

—La vida es injusta, Tina. Pero Narciso también se llevó lo suyo. Otro joven que estaba enamorado de Eco pidió a los dioses que Narciso sufriera por amor lo mismo que él había hecho sufrir a Eco, y lo castigaron haciendo que se enamorase de sí mismo, hasta que se ahogó en un río tratando de besar su reflejo en el agua.

Hubo un silencio.

—¿Cómo sabes tanto de mitología? —preguntó Tina.

A él le vinieron a la cabeza las largas tardes en la Pilar Faus, leyendo un libro tras otro sentado en los sillones raídos de la biblioteca. Leía siempre delante de gente para forzarse a permanecer ahí, despierto, con un libro entre las manos. La presencia de otras personas le obligaba a hacer como que estaba ocupado en algo, lo que fuera, leer, si es que estaba allí, y al final, casi sin darse cuenta acabó leyendo. Leer le salvó durante la última época de su depresión, cuando se esforzó para evitar el tribunal médico y empezó a pasar más tiempo fuera de casa. Pero prefirió no confesarle eso, así que lo repitió:

—Porque la vida es injusta.

Tina intuyó que había algo que no le contaba, y se imaginó que tenía que ver con aquella desgracia de la que todos cuchicheaban. Porque ella, cuando le vio sin verle la primera vez, ya supo que la gente hablaba de él a sus espaldas.

—Mira, ese es el nuevo.

Se lo dijo su amiga Conchi, que trabajaba en el ambulatorio en la contrata de limpieza y quitaba el polvo y los gérmenes al mismo tiempo que se enteraba de todos los chismes.

—Todos hablan de él —dijo Conchi—. Dicen que ha estado de baja por depresión dos años —bajó la voz—. Al parecer, hubo un accidente con muertos y todo.

Le miró con curiosidad, pero no la suficiente como para retener su imagen en la memoria y poder recuperarla tiempo después.

Conchi siguió hablando mientras removía su café con leche.

—Le he preguntado a las cartas, pero no me sale nada claro. Se conoce que al no preguntarlo él mismo, no responden igual.

Eso es lo único que ignora de él en ese momento, mientras se ríen por quién pincha la última patata.

—Para ti, por favor —zanja José Manuel.

—Pues para ti la aceituna —bromea Tina.

El tarot de Conchi no había descubierto la causa de la depresión de José Manuel, pero las cartas sí sabían sin género de dudas que vivía en crisis con su mujer, que estaba bien dotado para el sexo y que se había enamorado de Tina, que llamaba a Conchi cada vez con más frecuencia para que le echara las cartas por teléfono. No creía en el esoterismo, pero estaba desesperada y la afición de su amiga por adivinar el futuro y por reconfortarla la aliviaban de su pesar. Tina había perdido la capacidad de estar en el mundo. Estaba su cuerpo, cierto. Su cuerpo ocupaba el mismo volumen que antes de sentir esa necesidad de escuchar a José Manuel, de tener su atención, de que ella llenara sus pensamientos. Hacía el mismo trabajo, llenaba la nevera, preparaba la comida, cuidaba a sus nietos, escuchaba a sus hijos y hacía como que atendía a las explicaciones de su marido, pero nada retenía su interés, excepto José Manuel. Si trataba de leer un libro, se distraía, y con el cine le pasaba lo mismo, se le iba el santo al cielo. Se olvidó de formalizar la matrícula para estudiar Historia del Arte en la Nau Gran de la Universidad de Valencia, a pesar de que llevaba años fantaseando con la idea de tener estudios superiores y a principios de año decidió que de ese no pasaba. Perdió la costumbre de leer los periódicos y, al ir a trabajar, no se ponía la SER porque prefería escuchar música melódica que le recordara lo enamorada que estaba. Sufría. Ella no era así. Ella, que sabía con exactitud las horas pico y las horas valle del precio de la electricidad, que seguía con interés todos los temas de actualidad y que podía hablar de cualquier asunto que surgiera en cualquier conversación, desde que él había entrado en su vida no le encontraba sentido a nada que no fuera pensar en lo que le diría a José Manuel la próxima vez que hablara con él, o en lo que haría o lo que se pondría si algún día conseguían quedar, o en cómo disimularía con su marido si tenía la suerte de que él sintiera lo mismo y se hicieran amantes.

Así que, por pura desesperación acudía a su amiga para escuchar lo que necesitaba oír. Y Conchi barajaba sin cuestionar que Tina estuviera tonteando en su cabeza con alguien a quien no conocía, porque sabía que el amor alteraba con fuerza la lucidez de las personas y hasta el ser más inteligente del mundo acababa enamorado como un gilipollas. A ella misma le había pasado varias veces, lo de la alteración de la lucidez, por eso se había quedado embarazada a los dieciséis de un bala perdida y a los veinte de un hombre casado, y ahora que tenía cuarenta años, dos hijos y varios abortos, ya había aprendido a no juzgar a los demás y a tomar precauciones cada vez que follaba.

—¿Crees que José Manuel siente algo por mí? —le preguntaba Tina.

—Yo ni creo ni dejo de creer, es lo que salga —contestaba.

—Vale, pues se lo pregunto a las cartas. ¿Siente algo José Manuel por mí?

Conchi barajaba y murmuraba, impostando un poco la voz.

—Valentina, tauro, de cincuenta y siete años, quiere saber si José Manuel, aries, de sesenta y tres, siente algo por ella. Otra vez, sí.

Se reían.

—¿Alma o corazón? —preguntaba.

—Corazón.

Cortaba el mazo de la baraja, sacaba cinco cartas y no tenía que esforzarse mucho para decirle a su amiga que sí, que José Manuel tenía sentimientos hacia ella.

Tina se conformaba con creer que lo que decía Conchi era igual de cierto tanto si lo veía en las cartas como si lo observaba mientras limpiaba la consulta o si se encontraba por casualidad con alguien que hablaba de él. Así que sabía que el sentimiento era mutuo, que esa necesidad de saber, que esa desazón cuando colgaban y habían de pasar siete días para volver a hablar, al principio, y le impedía comer y dormir y la hacía sentir mala persona cuando su marido le daba el beso de buenos días y también el de buenas noches, esa misma, también la tenía él, y era la verdad, porque se lo decían los arcanos.

Y también sabía que era ordenado, puntual, introvertido, pulcro, poco dado a las conversaciones intrascendentes y menos aún a las

profundas, huraño, según la mayoría. Sabía que sobre su mesa no había fotografías personales, ni en sus paredes dibujos de ningún niño agradecido al que hubiera regalado una piruleta después de atenderle, ya no él, sino el médico que anteriormente ocupaba esa consulta, porque los había arrancado. Sabía que era correcto en el trato, pero frío en la distancia corta, que no había aceptado los gestos de amistad que le había brindado algún compañero, ya fueran para almorzar juntos un día de trabajo o para comer en casa de cualquier colega el fin de semana. Su mujer se llamaba Victoria y era jefa de cardiología en el Clínico, y, al parecer, no tenía tiempo libre, porque siempre la ponía como excusa para no quedar.

—Dicen que es un prepotente y un antipático —le contaba Conchi.

Tina quería defenderle.

—A lo mejor es tímido. Vosotros lleváis mucho tiempo trabajando juntos y él ha sido el último en llegar.

—Qué va a ser tímido. Lo que pasa es que se cree que es el único que trabaja en el ambulatorio. No se habla con nadie, nos mira a todos por encima del hombro, como si no estuviésemos a su altura.

Pero no era ese el José Manuel que ella conocía. Era una voz cálida preocupada al otro lado del teléfono, hablando de la salud de su madre como si fuera la de él. Un silencio cómplice el día que se puso a llorar inconsolablemente cuando él le preguntó:

—Ya sé que no es paciente mía, que la atiende el doctor Alfaro, Tina, pero, si me permite la pregunta… Usted, ¿cómo está, Tina?

Se había hecho a la idea de que era un hombre atractivo, porque así se lo había descrito Conchi. Se lo imaginaba como Alfred Molina, que le gustaba mucho desde que lo vio haciendo de padre de la protagonista de *Mi vida sin mí*.

—Pero iguales no son. El actor es más guapo —dijo Conchi.

Conchi se ofreció a buscar alguna fotografía en internet, o hacerle alguna disimuladamente para enseñársela, pero Tina prefería fiarlo a la imaginación, no convertirle en alguien real, tangible. En alguien a quien pudiera desear.

Tina pensaba en él con la imagen del otro. Se lo imaginaba dibujando cosas sin sentido en la hoja de las citas de los pacientes, casas, árboles, ríos, puentes, corazones, su nombre, Tina, mientras hablaban por teléfono. Ella lo hacía, pero solo pintaba su nombre, o

sus iniciales entrelazadas, la J con la T, la M con la V, tonterías así. Ni siquiera sabía que era desgraciada cuando el médico le preguntó cómo estaba y ella le contestó primero con un silencio y luego con un llanto inconsolable que no sabía de dónde venía ni mucho menos por qué, con un dolor tan hondo, tan grande, que no se le ocurría dónde podía haber estado todo ese tiempo.

—¿Y se enterará Ángel? ¿Alguien sufrirá? —le preguntaba a Conchi cada vez con más frecuencia.

—Para eso no hace falta que te eche las cartas. ¿Quieres que te lo explique de nuevo?

No quería, no hacía falta. Alguien era un concepto demasiado amplio en el que cabía demasiada gente. Ella misma sufría ya. La duda la consumía por dentro, y no solo la duda de si a él le pasaría lo mismo que a ella o si la llamaría por compasión. Tal vez había intuido lo que estaba mal en ella. Todo. Tantas cosas que ni ella misma las conocía y que él, por su juramento hipocrático, se veía en la obligación de atender. Sufría por sentirse vulnerable al afecto de otra persona, por estar en sus manos, cuando hacía ya tanto tiempo que ese era un terreno seguro para ella. ¿Cuánto? Toda la vida, en realidad.

Tina no era especialmente guapa. Era como la canción de Sabina, una morena bajita que no estaba mal, y el mundo estaba lleno de hombres que huían del frío entrando en las rebajas de enero, así que no se podía quejar. Tampoco era que se conformase con los poco exigentes. En el instituto tenía fama de inteligente y divertida. Su sonrisa le formaba dos hoyuelos en las mejillas, era agradable y siempre estaba ahí, igual que ella, que siempre estaba dispuesta para acompañar a alguien adonde hiciera falta: una fiesta, una concentración para protestar contra cualquier cosa, una visita al médico, un mal momento.

Nadie diría de ella que era fea o, al menos, tan fea como ella se sentía. Creía que era fea, sobre todo en comparación con otras de su clase o de otras clases que tenían más dinero para arreglarse o mejor gusto que ella, aunque tuvieran el mismo poco dinero. Le hubiera gustado ser alta, rubia, con los ojos claros, o en todo caso con el pelo rizado. Ya desde pequeña quería lo que no tenía, aunque tampoco lo supiera entonces.

Lo de los ojos no tenía remedio, había de conformarse con el

vulgar marrón de toda la familia y con soñar por las noches que los tenía azules como el cielo o verdes como el mar de la niña que se quejaba en las rimas de Bécquer. Para lo del pelo pareció encontrar solución una vez que convenció a su madre para hacerse la permanente, pero fueron a una peluquera que solo peinaba a señoras mayores y se lo rizó como a una señora mayor, con rizos cortos pegados a la cabeza, y se le quitaron las ganas de hacer experimentos. Pensó que nunca superaría ese estropicio, pero por esas fechas fue cuando un chico que se llamaba David y que era un año mayor que ella le preguntó si quería salir con él, y le dijo que sí, aunque no le gustaba especialmente. Ya se había besado antes con un par, pero David fue el primero que le tocó los pechos y el primero con el que descubrió que le gustaba ser tocada, tanto que ella misma empezó a tocarse casi todas las noches, en su habitación. David se acabó muy pronto, pero la costumbre de masturbarse le dura hasta el día de hoy. Nunca lo ha hecho pensando en nadie, por eso, la primera vez que se acarició y se le cruzó la imagen de Alfred Molina haciendo de José Manuel, se echó a llorar.

José Manuel no puede creerse su suerte. Nunca ha tenido mucha, todo se lo ha tenido que trabajar. Nadie hubiera predicho que sería algo en la vida, mucho menos médico, no por falta de talento, sino de oportunidad. Su familia era de un pueblo pequeño, de Cuenca, que por no tener no tenía ni escuela y todos los críos repasaban la lección con la misma maestra; por eso cuando a su padre le salió una oferta de trabajo en Valencia no se lo pensó, y aunque su mujer no quería separarse de los suyos y le daba miedo una ciudad tan grande en la que no conocía a nadie y hablaban una lengua diferente, se montaron en la Catalana con todo lo que tenían, que era poco, y con bastante dificultad porque ella estaba embarazada de siete meses. Él nunca volvió, aunque la posibilidad de hacer un viaje de regreso nunca dejó de barajarse en su casa: volveremos y verán lo que hemos conseguido, volveremos y les demostraremos de lo que hemos sido capaces. Pero no. Nació aquí, y aquí nació también su hermana, y aquí su padre ahorró todo lo que pudo para que los dos pudieran hacer una carrera o dar la entrada de un piso, o lo que quisieran. Aquí él estudiaba día y noche, no salía con nadie, no se distraía, no se permitía bajar la nota de sobresaliente para no perder las becas y que el dinero de sus padres fuera para que ellos viviesen bien. Aquí se hizo médico. Aquí no pudo salvar a su padre, que murió de un infarto en las manos de otro doctor porque él estaba atendiendo en ese mismo momento a sus propios pacientes. Tampoco le sirvió de mucho a su madre. Él nunca tenía tiempo de visitarla en la residencia en la que la ingresaron cuando el Alzhéimer hizo imposible que su hermana la siguiera teniendo en casa. A su hermana sí que la cuidó, pero, por suerte, solo tuvo que enfrentarse a enfermedades banales: una hernia de hiato, un par de espolones, resfriados mal curados, adelantar pruebas que tardaban un siglo, cosas así, cosas compatibles con la vida. Porque él es un hombre de vida y la muerte le infunde terror, eso lo sabe ahora. No por lo de Roberto, que también, sino por el descenso a su propio

infierno, por esas horas y días y semanas y meses en los que no podía hacer otra cosa más que repasar una y otra vez todo lo hecho, todo lo que había dejado de hacer, y siempre llegaba a la conclusión de que su vida había sido una pérdida de tiempo. Elegir es renunciar, decía en la vida de antes, como sin miedo. Elegía y renunciaba sin volver la vista atrás, y citaba a Epicuro para despedirse de los que se iban: la muerte es una quimera porque mientras yo existo no existe la muerte, y cuando la muerte existe no existo yo. La muerte, decía, siempre les pasa a los otros. Con ese pensamiento afrontó la falta de sus padres y lo asumió como parte de su madurez, pero ahora lo que piensa es que siempre se ha puesto de perfil ante lo desagradable, ante lo inevitable. Por eso no quiso hacer una especialidad que le obligase a trabajar con las manos ensangrentadas y a limpiárselas un poco para asomarse a la sala de espera y decir a los familiares: lo siento, no ha habido nada que hacer. Él pensaba que era por el trato cercano del paciente, por lo del alma y demás, pero, si tenía que decir la verdad, era porque solo era un fraude, pura fachada, sin más.

—Mi hijo es la primera persona de la familia que ha podido estudiar —decía su padre con orgullo siempre que tenía ocasión.

—Es médico —añadía la madre.

Podía haber escogido cualquier carrera, porque en su vida no hizo más que formarse, pero optó por medicina porque salvar vidas tenía más lustre que ser economista, o ingeniero agrónomo, y le atraía, sobre todo, el respeto reverencial que suscitaban los doctores. Barajó derecho para hacerse juez o notario, pero eso le añadía años de sacrificio y estaba ya cansado de tanto hincar los codos. Ya le estaban entrando ganas de salir, de conocer gente, de perder la virginidad, de viajar y echarse novia, así que ser médico le resultó asequible: un esfuerzo más, el último, y a vivir la vida. Pero ya en la facultad descubrió que la vida y la muerte tenían una línea demasiado difusa que no le gustaba traspasar y comprendió que para su estabilidad emocional era más sencillo permanecer más cerca de la salud que de la enfermedad. No quiso hospitales, ni quirófanos, ni salas de rehabilitación. Pensó que era mejor recetar fármacos para los dolores sin importancia, darse cuenta de que un resfriado se convertiría en neumonía y prevenirla, distinguir entre una costocondritis y un infarto, adivinar en el ojo morado de una

mujer el maltrato de su marido y avisar a servicios sociales, cosas así, y en el peor de los casos, llamar a la ambulancia y ordenar el traslado del enfermo al hospital con la conciencia tranquila: más no había podido hacer. Eso pensaba antes, que había dado todo lo que tenía, que no se había quedado nada para él. Ahora piensa eso mismo, pero se da cuenta de que, de hecho, estaba vacío y había muy poco para compartir con nadie. Todo fue un error.

Tina, que se esfuerza por mostrarse interesante y seductora, le rescata de sus pensamientos.

—¿Sabes que nosotros tenemos una persona en común?

—¿Sí?

—Sí, se llama Conchi, y trabaja en el centro de salud. Es mi mejor amiga, aunque está como una cabra. Es aficionada a echar las cartas.

Él se burla.

—No me digas que crees en esas chorradas.

Tina dice no, hombre, cómo voy a creer, eso es una gilipollez, y le da la sensación de ser una persona de mierda. En un segundo tira por el suelo todas las conversaciones en las que ha animado a Conchi a perseguir sus sueños sean los que sean, todas las tardes en las que ha servido a su amiga de conejillo de indias para que cogiera soltura en la interpretación de las cartas, a veces en persona y a veces por teléfono porque lo que Conchi quería era dejar de limpiar y abrirse un consultorio, y ella, en lugar de decirle que la quiromancia era un engañabobos, la alentaba: «Claro que sí, Conchi, tú tienes intuición y buen corazón, tú tienes un don para ayudar a la gente», y Conchi le creía y cada vez que le echaba las cartas las interpretaba a su favor. José Manuel te querrá. Todo irá bien. Cierra un poco los ojos, porque quiere gustarle a José Manuel, pero no quiere ver que no se gusta a sí misma.

Continúa hablando:

—Ella cree que la mayor parte de las cosas que nos pasan están escritas antes de que sucedan, que tenemos poco margen de acción. Aunque, claro, siempre está nuestra capacidad de decidir cambiar algo en el último momento. ¿A ti qué te parece?

No es que crea que el destino está marcado antes de que nazcamos, pero un poco sí que lo piensa. Una vez tuvo un paciente que le contó en la consulta que acababa de heredar un Ribalta que

había pasado al primogénito de cada generación desde el siglo XVII. Lo dijo como si fuera un problema, a ver qué iba a hacer él con un cuadro de tanto valor.

—En el comedor no lo voy a poner, ya me dirá usted —protestó el paciente.

—Pues dónelo a un museo —sugirió, por decir algo.

—Es que pertenece a mi familia, tampoco me voy a desprender de él así como así.

Ya no le contestó. A él no le gustaba el arte y lo único que se heredaba en su familia era un lunar en la espalda, justo encima del riñón. Entonces no imaginaba que tiempo después conocería a Tina, que, al trabajar en el Museo de Bellas Artes, hizo que le interesara no solo Ribalta, sino el Barroco entero y hasta los planes de peatonalizar la entrada. Todo le interesa. Se lo cuenta. No lo del interés, ni lo de la suerte. Lo del hombre del Ribalta. Ella asiente varias veces con la cabeza mientras mastica una patata brava de la ración que acaban de pedir, junto a otras dos cervezas.

—¡Qué casualidad! —dice—. No lo donó, pero firmamos un comodato con él.

—¿Un comodato? —se sorprende José Manuel—. ¿Qué es eso?

Tina sonríe. Le gusta que no solo él pueda dar lecciones.

—Una especie de contrato de cesión por un tiempo sin que haya necesariamente dinero de por medio. En este caso, el dueño lo deposita en el museo por unos años, depende de cada obra, y el museo se encarga de mantenerlo y de exponerlo.

—Así todos salen ganando.

—Exacto, así todos salen ganando. Sobre todo, el público, que de otra manera no habría visto nunca esta obra de Ribalta que estaba en un domicilio particular.

—No puedo creer que hayamos tenido contacto con la misma persona —dice José Manuel.

—¿Lo ves? Tiene razón Conchi con el destino. Y nosotros estábamos predestinados —se ríe otra vez Tina—. En realidad, ya sabes lo de la teoría del sexto grado de separación. —Él pone cara de que no la conoce—. Sí, hombre, esa que dice que cualquier persona de la Tierra está conectada a otra, aunque no se conozcan, y que entre ellos no hay nada más que cinco intermediarios. Es una teoría científica que viene a validar lo que se ha dicho toda la vida:

el mundo es un pañuelo.

De nuevo, se ríen, pero a José Manuel le gusta más la magia que la ciencia por primera vez en su vida. Por eso cree que es verdad lo que dice esa Conchi a la que debería conocer, pero no conoce: estaban predestinados y el hombre del Ribalta no fue más que una señal que entonces no supo interpretar. Él nunca ha creído en la suerte, pero ahora, hoy, en este instante, la mira comer y beber y reír con despreocupación, y no puede evitar sentir que la tiene, suerte, que está de su lado por primera vez en su vida. Y si no por primera vez en su vida, por primera vez en mucho tiempo.

Se acerca el camarero y se dirige solo a ella:

—Tina, ¿vais a quedaros a comer? Vamos a montar las mesas.

A José Manuel empieza a enfadarle su actitud hostil, pero a medio camino se le cruza el pensamiento de que quizá Tina acude a ese bar con su marido, con sus hijos, con otras parejas, desde hace tiempo. ¿Cuánto le dijo que llevaba viviendo allí? ¿Diez años? ¿Quince? Tal vez es amigo de Ángel, de los que salen en bicicleta los domingos por la mañana, casi de madrugada, que también son ganas. Quizá se ha dado cuenta desde el principio de que ahí pasa algo, algo raro, algo malo.

Tina mira su reloj y habla:

—Hostia, ¡si son casi las dos! Se me ha pasado la mañana volando.

El hombre se dirige a él por una vez:

—¿Y usted, doctor, no tiene pacientes esperando?

José Manuel dice que no hay nadie sin atender. Le muestra el teléfono.

—No me han llamado, así que no hay problema. —Mira a Tina—. ¿Qué dices? ¿Comemos aquí?

Tina mira de nuevo su reloj, y hace una mueca con los labios que él no sabe interpretar bien.

—Danos unos minutos —le pide al camarero, que se retira.

—Este hombre me odia —dice José Manuel cuando se va.

—¡Qué va! ¿Cómo te va a odiar, si eres médico? ¿No te has fijado en que te mira con respeto? —Él niega con un gesto leve y se queda con las ganas de decir que no ha tenido ojos nada más que para ella en estas dos horas—. ¿Te apetece que comamos?

—¿No tienes que volver a casa? —le pregunta.

—No, hoy es uno de esos extraños días en la vida en los que estoy sola. Mi hija no me ha pedido que me quede con los niños; Carlos a saber dónde está y Javier y Ángel hoy servían una comida en el bar. Así que mi idea era pasar la mañana en la piscina y la tarde en el sofá, pero cuando ayer me propusiste que nos viésemos me pareció mucho mejor plan.

—Tenía muchas ganas de conocerte —dice, por primera vez desde que, por fin, la ha conocido.

—¿Y la consulta?

Se mira la bata bajo la chaqueta y decide decir la verdad.

—Si te soy sincero, no tengo guardia. —Ella se ríe—. En casa he dicho que me había cambiado el turno con un compañero, y aquí he dicho que tenía que poner orden en algunos informes. Pero solo he venido para estar contigo, si es que aparecías.

Ella se queda callada.

—Temía que no vinieras —confiesa, mirándola a los ojos.

Tina traga saliva y también decide decir la verdad.

—He ido a nadar un rato para decidir si era mejor venir o no venir. —Hace un gesto con las manos—. Pero aquí estoy.

—No estamos haciendo nada malo —dice José Manuel.

—No, no. ¿Qué mal hay en que dos amigos se tomen algo juntos?

—Ninguno.

—Pues eso. Somos dos amigos que van a comer juntos y ya está.

Tina zanja el tema y llama al camarero. Pide dos cervezas más, pero cuando echa cuentas de todas las que se ha bebido, sustituye la cerveza por un agua con gas, y José Manuel le dice que mejor así. Cambian también las patatas bravas por un calamar a la plancha, un crujiente de morcilla y una carne trinchada para compartir. El camarero les reemplaza el mantel de papel por otro mantel de papel, pero rojo, y les pone cubiertos nuevos.

—Ángel pone el mantel rojo desde el principio del servicio —dice Tina, por hablar de algo y por dejar claro que solo son lo que ha dicho, dos amigos que van a comer, trae a su marido a la conversación e incorpora también a la mujer de él—. ¿Cómo se llama tu mujer?

José Manuel sabe que lo sabe y sabe también que está haciendo un esfuerzo para que parezca que, de verdad, no están haciendo

nada malo, sea lo que sea lo que estén haciendo en la terraza de ese bar, hablando de tonterías, después de haberse contado la vida entera a través del teléfono.

—Victoria.

—Eso, Victoria, tengo la memoria fatal, ya lo sabes —ríe—. ¿Verdad que me dijiste que también es médico?

—Sí, es cardióloga en el Clínico.

Guardan silencio un instante.

—¿Y Ángel? ¿Siempre ha tenido un bar?

—No, qué va. Ángel trabajaba en un banco, pero hubo despidos. De joven había ayudado a sus padres, que tenían un bar. Salió la oportunidad de optar a la concesión de la cafetería de San Miguel de los Reyes, y se la quedó.

José Manuel se sorprende.

—¿San Miguel de los Reyes?

—Sí.

—¿El monasterio?

—Sí, el monasterio. Ahora es la sede de la Biblioteca Valenciana, y además es un edificio administrativo de la Conselleria de Educación y Cultura.

—¿La antigua cárcel?

—Sí, la antigua cárcel. ¿Por qué te sorprende tanto?

Él tampoco sabe por qué le sorprende, mucho menos por qué le sorprende tanto. No hay una conexión entre la cárcel y él. Y, sin embargo.

Miguel nunca pensó que alguien que no le conoció se acordaría de él cuando estaba sentado en una mesa, frente a la mujer de la que se había enamorado mientras estaba casado con su hija, tantos años después de su muerte. Pero José Manuel se acuerda de él. De hecho, José Manuel no tiene otra cosa en la cabeza desde que Tina le ha dicho que su marido trabaja en ese lugar. Puede que ya lo hubiera mencionado, alguna vez, en algún punto de alguna conversación en la que él anduviera distraído con el sonido de sus palabras más que con las propias palabras. Porque a José Manuel lo que más le gustaba era su voz, aterciopelada, como de niña pequeña. Las palabras en su boca sonaban a cosas buenas, a vida por estrenar, a también esto pasará, incluso cuando expresaban duda o preocupación. Solía hacer bromas, chistes malos. Me río por no llorar, decía a menudo. Él contestaba con un halago y con la verdad: «El sentido del humor es una de las herramientas más poderosas de las personas inteligentes». Y: «Tina, no exageres, que nada de lo que te ocurre es tan grave».

Si ella insistía en la importancia del problema, por banal que fuera, José Manuel no le quitaba importancia ni decía nada que pudiera hacerla sentir pesada o estúpida y recurría a las citas literarias.

—Confía en el tiempo —le decía—, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades.

Tina sabía que no hacía falta haber leído a Cervantes para comprender que el tiempo lo ponía todo en su lugar y que lo que un día parecía mortal de necesidad al cabo de poco se revelaba como una soberana gilipollez. Eso también le gustaba: esa capacidad para adaptarse y para reponerse que le parecía asombrosa. Él, que había vivido instalado en estados de ánimo que parecían inalterables —excitado en su juventud, deprimido en su madurez—, la volatilidad de Tina le parecía más una virtud que un defecto. Su facilidad para dejarse sorprender por él también le volvía loco. A menudo pensaba

que fingía, que era imposible que a su edad todo lo estuviera aprendiendo en esas conversaciones. Pero eso también le encantaba. Cuando dudaba de ella, siempre acababa diciéndose que no le mentía, que solo le mostraba su mejor cara, y que estaban viviendo esa parte del amor que tanto le gustaba: la que les convertía en territorio inexplorado, desconocido, que hacía posible convertirse en otra persona y dejar que el otro fuera también alguien distinto, alguien mejor.

Pero eso era antes, antes de verla. Ahora que la ha visto, le gusta todo de ella. Le gustan sus hombros, redondos. Las clavículas, marcadas. Le gusta la ligera papada que recuerda que ya no es una niña, que es una mujer con una vida tras ella, con una vida en la que ahora ha entrado él. Se ha fijado en sus pechos, en sus caderas, en sus tobillos, tan finos. Se los ha mirado cuando se ha levantado para ir al baño, las dos veces, y la segunda le han parecido mejor aún que la primera. La culminación perfecta de una pierna que solo intuye por debajo del vestido. Se lo dice. Qué pies más bonitos tienes, Tina, y ella, a cambio, le dice que le gustan sus manos de dedos largos, y se las imagina acariciándole todo el cuerpo.

Hace calor, y las sandalias también le han dejado ver que tiene las uñas pintadas de negro y que se cuida los pies porque no tiene durezas en los talones. A veces, cuando Victoria le roza en la cama, se pregunta cómo será su piel, ya que siempre duerme con calcetines porque no se quita el frío de encima. El vestido es de tirantes, y se ha fijado en que tiene una marca, tal vez un antojo, en la axila derecha, cuando se ha recogido el pelo con las manos para disimular un desperezo. Le cuelgan un poco las mollas de los brazos, pero no mucho, por la natación. No es una joven de veinte años, pero tampoco es una señora. Tiene cincuenta y siete, y es una chica, una chica hermosa, en la plenitud de la vida, en la plenitud para él.

Le gusta su cuerpo. Se nota que es aficionada al deporte, tiene los hombros fuertes, los brazos tersos. Ella dice que va para no pensar, para que le descanse la cabeza, para llenar la mente de números: uno, dos, tres, respira, uno, dos, tres, respira.

—¿Y qué piensas normalmente? —quiso saber él cuando se lo contó.

—Nada, chorradas —respondió ella—, no voy a diseccionar el

átomo ni tengo grandes problemas de los que evadirme ni voy a inventar una vacuna contra un mal que no tenga cura… Pero no puedo dejar de pensar, y es agotador.

La comprende, ahora, al recordar la conversación. No es que en aquel momento no la comprendiera, porque para entonces ya le pasaba que no era capaz de sacarla de su cabeza y antes le había pasado con Roberto y demás, y antes le había pasado con Victoria, y antes le había pasado con los estudios, y así la vida entera. Pero es que ahora, desde hace un momento, cada vez que mira a Tina, y la mira cada segundo de cada minuto de cada hora que están pasando juntos, no puede evitar acordarse de Miguel de una forma extraña, con una extraña familiaridad. Piensa en él como si le hubiera tratado, como si le hubiera conocido, como si le debiera un respeto que no le tiene ni a su mujer. Piensa en Miguel y las ganas de besar a Tina le estorban, se le va la urgencia por desnudarla, por pedirle que le desnude, con palabras o con gestos, con la mirada, desnúdame, Tina, mira cómo vengo a ti, en carne viva, sin doblez, deja que entre en ti como entran los conquistadores en las tierras en las que no han entrado antes, con la firmeza de saber que ese momento tenía que llegar, y dame todo lo que tengas porque todo lo que tengo yo ya es tuyo, y cosas así, horteradas que se le estaban viniendo a la mente desde que se ha sentado frente a él con esa fingida naturalidad hace ¿cuánto?, ¿cuatro horas?, ¿la vida entera?

Pero llega Miguel a su cabeza, como reconviniéndole por lo que está haciendo, como diciéndole, pero qué le vas a hacer a mi hija, desalmado, pedazo de cabrón. Viene en forma de fotografía desgastada que le enseñó Carmina, con camisa clara y chaqueta oscura, la frente ancha, el pelo engominado peinado hacia atrás, el mentón recio y los labios prietos, sin formar una sonrisa ni tampoco un gesto de disgusto. Es guapo, en la foto, Miguel. Los ojos azules no se le ven, pero él sabe que son azules porque Victoria le ha dicho que los heredó de su padre. Se lo dijo la única vez que le habló de él, aunque tal vez le habló más veces y solo recuerda esa porque se despertó llorando después de una pesadilla y no estaba acostumbrado a verla así, débil y vulnerable. Puede que no fuera la primera, sino la última. Sí. Eso es. Hubo otras veces a lo largo de los años, pequeñas pistas sobre la relación con su madre, tan fría, siendo su madre una señora encantadora.

—Sí, encantadora —decía Victoria—. Encantadora cuando no miente.

A él le parecía imposible que esa mujer tuviera nada que ocultar. Cocinaba como una profesional, los trataba con cariño, recordaba sus cumpleaños, aguantaba los malos modos y el trato helado de su hija, los miraba con amor, a los dos, como si fueran una moneda que nunca pierde valor. Pero el día de la pesadilla, Victoria le contó la verdad y le enseñó la foto que le atormenta esta mañana, en la que Miguel le observa con mirada atenta y sostiene un cigarro entre los dedos, apoyado en la pared de una academia de música en la calle de la Paz y le reconviene por estar pensando en hacerle a otra lo que esquiva hacerle a su mujer desde hace meses.

—Eso debió de ser poco antes de que estallara la guerra —le contó Victoria—. La academia era de su familia, todos eran músicos: su padre, su madre, su hermana pequeña. Él tocaba el trombón de varas. Después de la foto, todos murieron y él se fue voluntario al frente.

Le explicó que su madre le había mentido y que por su culpa ella no era capaz de confiar ni de creer, que por eso ella era como era, una persona de mierda, un desastre en las relaciones con los demás, una enemiga para sí misma. Le pidió perdón esa noche, entre lágrimas y mocos, por no saber ser de otra manera, porque ella, le dijo, llevaba tanto tiempo siendo así, extraña, esquiva, egoísta, introvertida, intratable, fría y distante, que ya no era capaz de recordar si era así ya de antes o si había acumulado todos esos defectos después de descubrir toda la verdad. Le pidió perdón por cualquier ofensa presente, pasada o futura, como si esas disculpas y esa confesión fueran una coartada, una bula papal, porque, hiciera lo que hiciera, la culpa no era suya.

Él la consoló como supo: escasamente. En ese momento le pareció que lo hizo bien porque al cabo de un rato Victoria se durmió de nuevo y al día siguiente se despertó como siempre, como si aquella catarsis no se hubiera producido, pero ahora comprende que fue insuficiente. Quizá debió abrazarla más, darle más besos, hacer más preguntas, diseccionar esa pena hasta hacerla minúscula y desintegrarla; preguntarle qué había soñado, cómo se mató su padre, dónde estaba enterrado, cómo había sido su vida cuando pensaba que era un representante de hilos, si había sido mejor o

peor que después de saber la verdad, hasta hacerle entender por qué su madre había inventado una historia tan distinta a la auténtica. Debía haberle dicho que la ficción siempre se usa para mejorar la realidad, para dulcificarla, y convencerla, con razón, de que ese fue el motivo de aquella mentira.

Tina le mira y le pregunta en qué piensa. Él sonríe y contesta:

—En nada.

Le miente y se reafirma: mejor mentir que hablar claro y reconocer que piensa en su mujer, en sus suegros, en que se le están quitando las ganas de hacerle el amor. Si le reconociera eso, tampoco podría explicar por qué el padre le provoca una congoja que no le ha causado la hija, por qué pensar en su suegro le devuelve una imagen negativa de lo que siente, de lo que quiere hacer.

Le cree y la mentira se vuelve verdad porque el engaño necesita siempre de la complicidad del engañado. Si no, es imposible. Tina trincha la carne que han pedido ya trinchada, pero la convierte en pedazos más pequeños con la intención de que la comida tarde más en acabarse y se demore la decisión que la asusta. A ella las ganas de acostarse con él no se le han quitado, crecen exponencialmente, y solo duda sobre dónde hacerlo para que la traición parezca menor. Se pone nerviosa y habla sin parar, de cualquier cosa. Habla de la cantidad de hormonas que les dan a los animales, que pones un filete en una sartén y enseguida sale agua, y dice que a las chicas les baja antes la regla por los pollos hormonados, y otro tanto con los bigotes y el vello corporal.

—Pero eso lo sabrás mejor tú que yo, que eres el médico —dice con una sonrisa.

Él no sabe qué decir, y alaba el trozo del entrecot que se mete en la boca.

—Pues no sé qué le habrán dado al animal, pero este está muy bueno. —Ella asiente mientras él mastica y dice—: Además, a nosotros las hormonas ya…

Los dos se ríen y ella continúa hablando de la carne, que ha leído en el Instagram del bar que es carne de vaca de entre veintiún y treinta días de maduración, que no sabe lo que es, pero que debe ser algo cojonudo porque tiene buena pinta.

A él le pasa como cuando se relacionan por teléfono, que le

gusta escucharla sea lo que sea lo que diga, y se deja mecer por el sonido de su voz y el movimiento de sus labios al mismo tiempo que sigue pensando en aquella noche que no supo consolar a su mujer. ¿Qué habría pasado si lo hubiera hecho bien, si hubiera hallado las palabras adecuadas, si las hubiera buscado, mejor dicho, si la hubiera convencido de que estaba equivocada y ella también merecía sentir amor y podía darle al mundo un voto de confianza? ¿Habrían vivido la misma vida, seguiría vivo Roberto, quizá? ¿Estaría él en esa mesa, sentado frente a Tina? Elegir es renunciar, lo sabe bien porque lleva toda la vida diciéndolo. Roberto no está vivo, así lo escogió. Él, en parte, también está muerto. Excepto cuando está con Tina.

Tardó mucho tiempo en preguntarle a Carmina, no por falta de valor, sino porque no se le ocurrió que fuera de su incumbencia. De hecho, no le preguntó: fue ella quien sacó el tema, mientras paseaban por el Botánico, y le habló dando por hecho que conocía el tema al detalle. Pasó a visitarla después de una de sus mañanas en la biblioteca haciendo como que leía. Gladys se quedó en la casa preparando la comida y Carmina caminaba cogida de su brazo. Los padres de él ya habían muerto y a ella le dio por lamentar que estuviera pasando por todo eso sin los consejos que podrían darle.

—Ellos sabrían bien qué decirte para que estuvieras mejor. —Se quedó pensativa un instante—. Aunque ya ves yo lo mal que lo he hecho con mi hija.

Se encogió de hombros y, sin que la voz le saliera de los labios, dijo bah.

—No está tan mal, Carmina, después del aborto, Victoria viene mucho a verla.

—Eso es verdad —reconoció su suegra—. Viene a verme y pasamos un buen rato juntas sin decirnos nada, y en esos momentos yo siento como si de verdad me hubiera vuelto a querer.

José Manuel ve el vaso medio lleno en los demás.

—Es que la quiere.

—Me quiere cuando viene, lo noto. Pero han sido muchos años de un desprecio que yo no merecía, aunque también me acostumbré a él. Te parecerá que voy a decirte una barbaridad, pero al cabo del tiempo normalizas el dolor, es como si no existiera —le dijo. Se sentó en uno de los bancos, sacó una botella de agua del bolso,

bebió y siguió hablando—: No es una decisión que tomes, no es que digas: hasta aquí sufro y a partir de aquí ya no quiero saber nada. Ojalá. Pero no. Es lo mismo que con ese cuento de que el dolor es obligatorio y el sufrimiento opcional. Y una mierda. Te duele y sufres, no lo puedes escoger. Vives con el dolor como si fuera parte de ti, lo sientes como sientes una quemadura en la piel, como sientes si tienes hambre, o sed, o sueño. Como eso que dicen que les pasa a los que les cortan una extremidad, que les pica y todo después de que se la hayan cortado. Está ahí contigo, hagas lo que hagas, esa pena inmensa que no solo no se va, sino que hace que te preguntes por qué no te vas tú, qué es lo que te retiene aquí. —Le miró—. ¿Verdad, José Manuel?

José Manuel se ha hecho muchas veces esa pregunta y solo ha sido capaz de encontrar una respuesta. Una que no le gusta: nada, nada le retiene, nada le ata a esta vida de mierda. Decidió decir la verdad.

—A mí aquí no me retiene nada. Lo que pasa es que me da miedo morirme. Me da miedo morirme y encontrarme con Roberto y que me diga: «Pero ¿qué has hecho, cabrón?».

—No va a decirte nada, parece mentira que siendo médico seas tan ignorante. No hay otra vida. No tenemos más que una y, cuando se acaba —dio una palmada—, pum. Se acabó. —Bebió más agua y continuó su relato—: Durante mucho tiempo deseé que no fuera así, ¿sabes? Deseé que el espíritu de Miguel se hubiera quedado por aquí, anclado a la vida. Que, al llegar al cielo, porque estaba segura de que iría al cielo, san Pedro, al verle llegar, le dijera, pero dónde vas tú, alma de cántaro, si acabas de dejar embarazada a una mujer. Y no digo yo que le devolviera la vida, porque del Miguelete no sale vivo nadie, pero un dejarle con nosotras, un soplo de aire que fuera él, un apagar un fuego que se ha quedado encendido para salvarnos la vida, una intuición para comprar un número de la lotería o, ya, por pedir un imposible, un aparecérsele en sueños a Victoria para decirle, oye que el que se tiró de la torre fui yo y tu madre fue la que se quedó a cuidarte. Pero ni eso.

Se rieron los dos.

—A lo mejor pasó así cuando Victoria se quedó embarazada, porque fue como un milagro. Y se acercó a ti y no se ha ido —dijo él.

—Pues menuda birria de milagro, porque al niño se lo llevó. —Guardaron silencio—. No hay más que una vida, José Manuel. Y si tú le arrebataste la suya a Roberto, fue culpa de un accidente, y aunque él te maldijese en sus instantes finales no te lo vas a encontrar en ningún sitio para que te lo reproche. Sin embargo, yo, aquí, en este banco, sí que te digo que estás echando a perder la tuya, y no encuentro que haya en el mundo un crimen mayor. Y a mí ya no es Miguel el que me retiene en la vida. A mí, como a ti, la que me hace seguir viviendo es Victoria.

José Manuel sonríe. La sonrisa le llena la cara, le ilumina los ojos, más por el recuerdo de Carmina cuando se vuelve locuaz que por la idea de que sea su mujer la que le mantiene vivo. Tina le observa extrañada y le pregunta otra vez qué es lo que tiene en la cabeza y él le responde con la verdad:

—Mi suegro estuvo condenado a muerte en San Miguel por adhesión a la rebelión. Luego le conmutaron la pena por treinta años de prisión y le soltaron cuando cumplió dieciséis años de condena. Por las noches le hacían creer que le sacaban para fusilarle, sobre todo al principio. Al salir de la cárcel, se quitó la vida. Vivir le daba terror.

A Tina no le gusta que hable de su suegro, porque su suegro es el padre de su mujer y su mujer es la persona con la que José Manuel vive en lugar de vivir con ella, pero se estremece por la desgracia de ese hombre, y por la casualidad que vuelve a unir sus vidas más allá de ellos mismos.

—Perdona que te hable de mi familia, pero no quería mentirte. No hago más que pensar en él desde que me has dicho que tu marido trabaja allí.

—Menuda broma del destino —dice Tina.

A José Manuel, en cambio, no le parece que el destino les gaste una broma, sino que les brinda una oportunidad.

—Yo a Miguel ni le conocí, pero me parece que, si no te hablo de él, es como si no tuviera a nadie para recordarle —afirma, y se le quitan las ganas de mentir y le vuelven las ganas de besarla.

Victoria piensa cada día en su padre. Piensa en él con dolorosa compasión, la única que siente por las personas con las que convive porque con el tiempo se ha convertido en una experta en bloquear cualquier sentimiento para poder seguir adelante. A diario se enfrenta a la muerte y al desgarro que comporta y consigue que ninguna le afecte, ni las que ha sufrido cerca ni la de los pacientes a los que se afana en curar. Victoria está emocionalmente desconectada, mantiene a raya sus pensamientos, no los deja ir. Para morir solo hace falta estar vivo, dice siempre, pero para su padre quisiera tener algún tipo de poder sobre la linealidad del tiempo, volver atrás, estar con él en la trinchera, en la celda atestada de miseria y de piojos, mientras subía las escaleras del campanario, cuando vio la ciudad a sus pies y a la gente abajo caminando como pequeñas hormigas y se preparó para saltar y morir. No piensa nunca en cambiar su destino. Ella acepta que el suyo era sufrir, despedirse, luchar, engendrarla, irse, pero se rebela contra tanta soledad, contra tanta amargura. Asume que el dolor forma parte de la vida: sin sufrimiento no hay gozo y sin tristeza no hay alegría, pero mira la fotografía de su padre apoyado en la pared de la academia de música cuando nada había pasado y se pregunta por qué una sola persona debe acumular tanta desolación sin poder compartirla con nadie. De su familia solo sobrevivió él, a su madre ni siquiera la quiso, y murió sin imaginar que mientras se desprendía de su vida otra vida estaba prendiendo en el vientre de la mujer con la que acababa de acostarse. Está segura de que ninguno de los dos relacionó el sexo con la vida, ni mucho menos con la muerte, aunque él ya tuviera pensado terminar con todo cuando fue a buscar a su madre.

Ella le habló de su historia con una naturalidad que contrastaba con tantos años de silencios y de mentiras.

—Lo habíamos decidido así. Mi padre se lo dijo: cuando salgas libre ven a mi casa. Y cuando le soltaron fue a la casa de mi padre

sin saber él que ya no estaba porque yo no había querido añadir más muertos a su lista y le contaba que estaba enfermo, que estaba liado con un campo o lo que se me ocurriera. Aprendí a disimular.

Aprendió a disimular desde que se enamoró.

—Yo me enamoré de él como en las películas, al verle pasar delante de mí tocando el trombón de varas en las fiestas del pueblo. Tocaban *Amparito Roca*. Mi amiga me cogió y nos pusimos a bailar, y él sonrió. Y yo he pasado la vida buscando volver a ver esa sonrisa. Y le vi otras, otras sonrisas, pero nunca una como aquella, despreocupada, generosa, como si fuera una promesa.

El pueblo era pequeño, todos se conocían, no le fue difícil acercarse a él con el pretexto de empezar a tocar un instrumento.

—Ellos tenían una academia, pero a mi padre no le parecía bien que yo fuese sola a Valencia, así que le convencí para que sus padres me dieran clases en su casa. Le veía entrar y salir, o le escuchaba tocar el trombón en su cuarto. Si tocaba *Amparito Roca*, pensaba que era porque sabía que estaba yo allí y el corazón se me desbocaba, pero nunca pasó nada. Yo era una cría y enseguida estalló la guerra, y se marchó voluntario. Ni me despedí de él. La guerra para mí solo era eso: que se había ido de mi lado, ya ves. No eran las bombas, ni los aviones que pasaban, ni la gente que de repente desaparecía y ya no volvía más, ni el hambre, ni el miedo. El único miedo que yo tenía era no volver a verle. Sus padres cerraron la academia porque todo el mundo se había dado de baja. El día que cayó la bomba, iban a recoger algunas partituras. Su padre me dijo que traería un clarinete para mí. No me los quito de la cabeza, uno al lado del otro en tres cajas cerradas en el comedor. Decían que estaban quemados y con el cuerpo tan roto que no tenían claro si en cada ataúd había una sola persona o estaban todos mezclados. Yo me pasé allí todo el velatorio, con mi madre. Me daba lástima lo que les había ocurrido, pero, en realidad, estaba esperando que él apareciera. El amor es generoso, o algo así dice la Biblia, generoso y servicial, pero no es cierto. No hay nada más egoísta que el acto de amar. A mí, en ese momento tan doloroso, lo único que me importaba era que él viniera. Ahora me doy cuenta de lo insensible que fui, pero entonces… Cuando la gente se fue quedando dormida, aproveché para ir a su habitación y cogí esa fotografía, que es la única que tenemos de él.

Viste camisa clara y chaqueta oscura. Tiene la frente ancha, el pelo engominado peinado hacia atrás, el mentón recio y los labios prietos, sin formar una sonrisa ni tampoco un gesto de disgusto. Los ojos azules no se le ven.

—La guerra terminó y Miguel volvió al pueblo. En cuanto nos enteramos, mi padre y yo fuimos a su casa. Estaba demacrado, flaco como un perro y tan triste como no había visto a nadie en toda mi vida. Nos contó que pensaba irse lejos, a América, o a África, donde nadie le conociera y pudiera empezar de nuevo. Mi padre le pidió que no se precipitase, que eso podía hacerlo aquí, donde todavía quedaba gente que le apreciaba y que apreciaba la memoria de sus padres. Luego salimos los dos a pasear y él se pasó todo el tiempo llorando. Yo era una niña, quince años tenía, y en lugar de sentir tristeza por lo que estaba ocurriendo no pensaba nada más que en atreverme a cogerle la mano, en cogérsela, en acercarme a él para abrazarle, en abrazarle… Ese fue el primer momento más feliz de mi vida: tenerle cerca, entre mis brazos, olerle, consolarle, acariciarle el pelo, decirle que no iba a pasar nada más, que todo iba a salir bien. Miguel se dejaba convencer, tenía ganas de creerme, y en lugar de decirme: «¿Qué sabrás tú?», me decía: «¿De verdad lo crees, Carmina?», y yo contestaba: «Pues claro que sí, ya ha pasado lo más gordo, nada peor puede venir».

Pero se equivocaba, porque lo peor no había hecho más que comenzar.

—Cuando volvimos del paseo, los civiles le estaban esperando. Un vecino le denunció y le condenaron a muerte porque se había presentado voluntario para ir al frente. Al principio, parece que querían dar buenos escarmientos. No hubo ni juicio, y al poco tiempo le cambiaron la pena por treinta años que luego se quedaron en la mitad, porque el pobre mío se portaba tan bien que no tuvieron más remedio. Ese vecino también debió decir que mi padre y yo habíamos ido a su casa nada más llegar y se nos llevaron al cuartel. A mi padre le rompieron los dedos de las dos manos, por ser amigo de un rojo y por no haber ido a la guerra porque estaba muy mal de la vista, y a mí me raparon el pelo, pero nuestras heridas acabaron cicatrizando. Mi padre iba a visitarle a San Miguel de los Reyes cuando podía y de vez en cuando me dejaba acompañarle. Yo le llevaba ropa, comida, tabaco, y en los

dobladillos de los pantalones le cosía cartas con letra diminuta escritas en papel de fumar y le ponía papel, por si él me quería decir algo y todo lo que me decía era triste, era un alma en pena. Nos pedía que no fuésemos, que no nos señalásemos, que no nos esforzásemos en ir, pero mi padre le había cogido aprecio y se sentía muy culpable porque decía: «Ay, si no le hubiera dicho que se quedara, si le hubiera animado a irse en ese momento, corre, huye, ahora mismo, si le hubiera dicho eso, habría tenido una oportunidad», y yo replicaba: «Padre, pero si ya le estaban esperando, no tenía escapatoria». Así que le contestaba: «Hombre, si vivimos aquí al lado, si desde nuestra casa se ven los muros del penal, y si no podemos señalarnos por ayudar a una persona, no sé por qué se va a poder señalar un ser humano». A veces añadía: «Además, la niña te quiere como a un hermano», pero yo le miraba desde el otro lado y negaba con la cabeza y él sonreía, con tristeza, pero sonreía. No sabíamos lo que éramos, pero hermanos sí que sabíamos que no. A pesar de todos nuestros esfuerzos, Miguel estaba siempre triste. Le conmutaron la condena, le dejaron vivir, pero convirtieron su vida en un infierno durante quince años hasta que le dejaron sin ganas de seguir viviendo.

Eso fue lo que le pasó: que se le quitaron las ganas.

—Cuando lo dejaron libre vino a mi casa. No fue una sorpresa, ya lo habíamos pactado así. Mi padre le hizo prometer que, antes de marcharse lejos, volvería al pueblo y entre todos intentaríamos encontrar la mejor salida. Nos habíamos convertido en lo único que el otro tenía. Para mí, además, él era lo único que yo quería. Porque yo le quería. Al principio, como una tonta, sin saber nada de él, pero conforme lo fui conociendo me enamoré cada vez más. Estaba convencida de que cuando saliera de la cárcel podríamos empezar de cero, los dos juntos. Yo le decía: «Miguel, yo venderé la casa y con ese dinero nos iremos a Francia, o a Argentina, y así no tenemos que aprender el idioma, y tú enseñarás música y yo seré peluquera, y si quieres fingiremos que somos hermanos y tendremos una vida nueva», y él solo decía: «No, no, hermanos no, que yo no quiero tener una hermana tan guapa», y lo mismo se reía que lloraba porque se acordaba de su hermana de verdad y se preguntaba cómo sería si no hubiera muerto. Y yo le consolaba y le decía: «Mira, no vale la pena que te martirices por lo que ya es

imposible, piensa en el futuro, constrúyete un futuro, es la mejor forma que tienes de honrar a tu hermana, y a tus padres, y a todos los que ya no están porque ellos no querrían otra cosa para ti más que la felicidad que seas capaz de sentir».

Pero no era capaz de sentir felicidad, ni mucha ni poca.

—Pasamos varios días sin salir de la cama. Ese fue el segundo momento más feliz de mi vida. Las clientas de la peluquería llamaban a la puerta y yo les decía que estaba enferma y volvía para estar con él. No quería ni dormir, solo quería mirarle y disfrutar de él, besarle, acariciarle, y él parecía sentir lo mismo: apenas durmió ni comió, y se le notaba contento. Me pidió que le arreglara el pelo, que lo tenía cortado a trasquilones, y con la ropa de mi padre le hice un par de pantalones, una camisa, una chaqueta, mientras él descansaba a mi lado y me miraba coser. Así podría estar toda la vida, me dijo. No vi venir lo que iba a pasar. Tampoco sé si lo tenía planeado o lo decidió en el último momento, si tuvo un pensamiento o un sueño que le hizo hacer lo que hizo, ni sé si salió de la cama despacio o sin cuidado, o si me dio un beso o me acarició la frente o tuvo ganas de dejarme una nota o ni siquiera lo pensó. Lo único que sé es que cuando me desperté ya no estaba, y que al cabo de unos días en el pueblo empezaron a decir que el hijo de los músicos se había tirado de lo alto del campanario del Miguelete, muy cerca de donde había muerto toda la familia. Yo quise morirme también y creo que me morí un poco, porque la vida que viví en ese tiempo no puede llamarse vida. Me levantaba, comía, trabajaba. Al principio no salía, pero pronto me enteré de que la gente comentaba que Miguel había estado conmigo antes de morir, como echándome la culpa. Los chismosos recuperaron las visitas de mi padre y mías a la cárcel y se inventaban historias sin pies ni cabeza: que nos debían dinero, que le debíamos dinero, que él nos chantajeaba con revelar un secreto, que yo les había robado algo mientras sus padres me daban clases, que mi padre había saldado la deuda ofreciéndome a mí y que él, incapaz de soportarme, se había tirado de lo alto de la torre. Yo qué sé. Los mismos que días antes eran personas normales, en un abrir y cerrar de ojos se convirtieron en malas personas, en seres capaces de sacar lo peor de sí mismos para hacer daño a los demás, a mí, en concreto. Entonces salí a la calle, a comprar cosas que no necesitaba

solo para demostrarles que me importaban poco sus habladurías, y me dediqué a tramar venganzas contra ellos. Aún no me había decidido por ninguno de los planes absurdos que estaban en mi cabeza, cuando ocurrió lo que menos me esperaba, llegó el tercer momento más feliz de mi vida. El último momento más feliz de mi vida, y en comparación con los otros dos, parecía ser también el único, porque era superior a todos los demás, y durante mucho tiempo no fue un momento: fue una felicidad constante, continua, que parecía no tener fin.

Estaba embarazada.

—Enseguida comprendí que no podías criarte allí, en ese pueblo tan ligado a todo ese dolor que te acabaría doliendo a ti sin ser tuyo. Que no podías ser la hija del suicida, siempre expuesta a los rumores que quisieran difundir. Yo ya era mayor, tenía edad para ser madre y para ser viuda, así que antes de que se me empezara a notar fui a buscar a una amiga de mi madre que durante la guerra se refugiaba de las bombas en nuestra casa y de paso se llevaba comida de la huerta. Le conté que me había casado sin el permiso de mis padres y que por eso no le habíamos avisado, y que mi marido había fallecido en un accidente hacía unas semanas. Le dije que estaba embarazada, que no quería que nacieras en medio de todo ese sufrimiento, que quería empezar una vida nueva, y le pedí que me dejara estar de aprendiza en su peluquería. No sé si me creyó o no, pero me dio trabajo y me alquiló su viejo piso porque ella ahora vivía con su hija. Naciste tú y me di cuenta de que era un milagro, pero no te quise llamar así, Milagros, porque me parecía que a tu padre no le hubiese gustado, así que te llamé Victoria, porque en el fondo lo eras: una victoria de la vida frente a la muerte.

Era una victoria de la vida frente a la muerte.

—Decidí mantenerte alejada de todo, decidí construirte un pasado bueno, bonito, en el que solo hubiera amor. Porque amor hubo, eso te lo puedo garantizar. El mío valía por un regimiento. ¿Me equivoqué? Seguramente. Nunca pensé que mi mentira podía dañarte tanto. Solo pensaba que no eran buenos tiempos para esa verdad, que la realidad era que tu padre estaba muerto y que para ti era mejor pensar que había sido un accidente y no una decisión. Construí un mundo demasiado pequeño, un mundo nada más que

de las dos. La vida era nuestra, la mía empezaba en ti y la tuya acababa en mí. Le quité importancia a tu miedo a que me pasara algo; me halagaba lo incondicional de tu amor. Me decía que no podíamos ser más felices, que no te faltaba nada porque yo te lo daba todo.

Victoria sabía que su madre tenía razón. No hubo una niña más feliz que ella.

—Con tus primeras preguntas empezaron las primeras mentiras, y es verdad que cada vez fueron más y cada vez eran más grandes, porque tú no te conformabas con lo que te contaba. Pero nunca dejaron de ser mentiras inocentes con las que intenté hacer que tuvieras la mejor de las vidas posibles. Quería protegerte, hacerte creer que el mundo era un lugar amable, acogedor, en el que podías tener sueños, perseguirlos. ¿Quieres ser peluquera? ¿Quieres ser médico? ¿Quieres ser libre? Todo lo que quieras, todo lo que esté en mi mano. Y te he dado todo, menos una cosa, porque solo había una cosa que no te podía dar: no a tu padre vivo, sino a tu padre con ganas de vivir, a tu padre con ganas de construir conmigo un espacio pequeño para los tres en el que ser felices. Para eso preferí darte un padre muerto entre bobinas de hilo y telas de seda.

Victoria recuerda a su padre, a diario, y a diario recuerda a su madre. Y a diario quiere volver atrás en el tiempo para que él no estuviera tan solo y ella no tuviese que inventar aquellas mentiras que convirtieron sus vidas en un error que no sabe cómo enmendar.

Tina come con alegría. Le gusta comer y se nota, saborea cada bocado y sonríe mientras mastica. Al principio, comer delante de él le dio vergüenza, pero eso es algo que José Manuel no llegó a sospechar. No se dio cuenta del tremendo esfuerzo de ella por parecer cordial, natural. Estaba muerta de miedo. Agarraba los cubiertos o el vaso para que no se notara su mano temblar. Llevaban juntos unas horas y ya se había enamorado, no le cabía duda. Amaba su forma de hablar, desde antes, pero ahora amaba la forma en la que sus labios se movían para dejar salir sus palabras. Y sus manos, que gesticulaban al compás de su voz y traían la promesa de acariciar con destreza. El sonido de su risa, lo amaba también. Y verse a través de sus ojos. Y querer ser mejor, más amable, más lista, más tierna. Todo lo amaba.

Se había enamorado, y se quería acostar con él. Lo único que se preguntaba es dónde. A su casa no lo quería llevar, no quería hacerlo en su cama por respeto a Ángel. Era lo mínimo.

José Manuel, en cambio, se mostró como es, contenido. Aunque a lo mejor no es contenido, ya no lo sabe. Lo que es cierto es que lleva tanto tiempo conteniéndose que le resulta más sencillo mantener sus sentimientos amortiguados, como los disparos que salen de una pistola con silenciador y no hacen ruido. Así que no está seguro de lo que siente en realidad. Que le gusta está claro. Que le gusta mucho es un hecho. Que la ve comer y piensa que si es verdad que las personas comen como hacen el amor, Tina debe ser como una explosión de sabores, como un *coulant* de chocolate. Caliente.

Se imagina desnudo con ella en una cama revuelta, pero el pensamiento le dura muy poco porque la comida le trae el recuerdo de su mujer. Victoria podría pasar días sin comer y noches sin dormir, o eso parece. Es alta, delgada. Nunca ha tomado el sol. De joven porque no tenía tiempo, y ya de mayor, porque conocía los estragos de los rayos y se embadurnaba de crema protectora cada

vez que iba a la playa. Su piel es tan blanca que en algunos puntos es casi transparente y deja entrever pequeñas venas que hacen juego con los ojos, que a ratos son azules y según les dé la luz, morados. El pelo antes era rubio y largo y siempre lo llevaba en una cola de caballo, y ahora es blanco y corto, un *pixie* perfecto que causa admiración en doctoras y enfermeras más jóvenes y más guapas, y eso le gusta, aunque también hay quien a sus espaldas dice que Victoria es más espectro que persona y sabe que le han puesto de apodo Annabelle por su apariencia fantasmal y porque siempre está en el hospital, sin necesidad de descanso ni alimento. No tiene que fingir que no le afecta porque la verdad es que no le afecta. Conoce de lo que son capaces la envidia y la mezquindad, y esas maldades le parecen maldades menores, maldades de aficionado a la maldad.

Victoria es tan liviana que no parece de este mundo y tal vez por eso da la sensación de que este mundo le importa más bien poco, pero no hay nada más lejos de la realidad. Le resulta curiosa esa expresión, lejos de la realidad, porque lo que la aflige en su vida tiene mucho que ver con la distancia: la que mantiene entre ella y el resto de los seres humanos, la que mantiene entre ella y sus sueños. Una vez leyó que la separación más grande del mundo no era la que dista entre ciudades o continentes, sino que la que media entre la vida que quieres y la vida que tienes. Puede ser. En su caso, es grande. Pero más grande aún es la que hay entre la vida que vive y la que no ha conocido. Cuando duerme, a menudo, sueña que está en una isla desierta en mitad del océano. Solo está ella. Si mira hacia delante, ve un trozo de tierra y si mira hacia atrás, aparece otra orilla en la que también se puede salvar. Pero ella permanece inmóvil, sin atreverse a avanzar ni a retroceder para salir de ese atolladero. No hace falta ser Freud ni psicoanalista experto en sueños para saber que el pasado la daña y el futuro la aterra. El presente lo tiene controlado: es buena en su trabajo, la mayoría de los colegas la tratan con respeto, le piden opinión, y cuando los pacientes saben que es ella quien les va a atender, se sienten aliviados porque su reputación la precede, y eso le gusta tanto como la admiración de su aspecto en las compañeras más jóvenes. Con José Manuel ha sido sencillo, pero ahora teme lo que puede estar por llegar, y si echa la vista atrás, como en la isla de sus sueños, le

da miedo la certeza de no haberlo hecho bien, de ser responsable de todo lo que le ha pasado. Tampoco sabe qué les ha pasado, aunque sí sabe en qué momento pasó. Aquella mañana de invierno, mientras Pilar y ella desayunaban en la casa rural, cuando sonó su teléfono, todo acabó. Pero ¿y antes? Lo que acabó ese día nació ya torcido.

Una vez por semana va a ver a su madre. Se esfuerza en aparentar que todo es normal, que todo está bien, que la quiere y no le guarda rencor, pero no siempre le sale bien. A su madre le faltan tres años para cumplir los cien, pero nadie lo diría al verla. Camina bien, no oye lo que no le interesa aunque no tiene ningún problema de audición, pasea todas las tardes siempre que no llueva y nunca sale de su casa sin peinar ni maquillar. De hecho, a menudo ella misma peina y maquilla a Gladys. Gladys ocupa la habitación que fue de Victoria y trata a su madre como si fuera la suya. La cuida, le da conversación, le muestra afecto, respeto y consideración. A Victoria le cuesta. Se consuela pensando que ya es lo normal, que su madre se ha acostumbrado a esa frialdad.

Vive en el mismo piso de siempre, en la calle Turia. Desde la ventana de la cocina se ve el Jardín Botánico, y en los días de viento, llega a la casa el rumor de las palmeras y el olor de algunas rosas. Desde pequeña, el ginkgo biloba es el árbol que más le gusta por el color de las hojas antes de caer al suelo y tejer un manto dorado, y porque sabe que fue el primer aliento de vida en resurgir tras la bomba de Hiroshima. «Ojalá yo sea igual de fuerte que ese árbol», pensaba mientras lo admiraba.

Le gustaba mirar por la ventana, y le sigue gustando, cuando visita a su madre. Lo único que ha cambiado es que ahora la casa tiene ascensor, por suerte para su madre. Eso, y que Victoria ya no la quiere como la quería antes. No es que no la quiera. Es que no puede quererla como la quería antes, como la quiso toda la vida. La quiere, pero la culpa de todo. De mentirle, de convertirla en lo que es, de hacer que se casara con José Manuel. Todo lo ha hecho por ella, o por su culpa.

Decidió ser cardióloga después de que a su madre le diera un infarto que casi le cuesta la vida. Antes había querido ser peluquera para ser como su madre. Victoria pasaba las horas en un rincón de la peluquería desde que era un bebé viendo a su madre teñir, cortar,

marcar, hacer la toga, poner rulos, dar conversación a las clientas con buena fe y aguantar las embestidas de las mujeres que venían de mal humor y que se quejaban de todo: de que estuviera la niña por ahí molestando, de que el tinte no les cogiera bien, de que las atendiera una viuda que no rehacía nunca su vida.

—¿Y no te vas a volver a casar, Carmina? Con la de hombres solos que hay por ahí deseando encontrar a una mujer que les atienda —le decían.

Su madre contestaba con amabilidad.

—Nosotras estamos muy bien así, ¿verdad, Victoria?

A ella no le daba tiempo a responder, porque, por lo general, la clienta chismosa era más rápida.

—Pues a esta niña le hace falta un padre, que está siempre ahí tan sola y tan asilvestrada.

Su madre no perdía la compostura para dar la misma respuesta de siempre.

—Victoria ya tuvo un padre, y lo sigue teniendo, aunque esté enterrado, ¿verdad, cariño? —Aquí solía mentir—. Rezamos por él todas las noches, las dos juntitas.

Se sonreían. La otra no cedía en su ataque.

—Deberías buscarte un marido. No es bueno que estés sola con los tiempos que corren.

—Es que ya tuve un marido. Uno buenísimo: alto, guapo, buena persona, que me quería muchísimo, igual que yo a él. Cualquiera que haya vivido una historia de amor como la nuestra no querría nada más, mucho menos un viudo que quisiera que le cuidasen.

Así había sido su historia de amor: Carmina y Miguel, sus padres, se conocían desde pequeños. Ella le quiso de antes, y vivió su amor en secreto. Él era mayor, no tenía ojos para ella, pero ella le esperó. Llegó la guerra, que lo destrozó todo y la dejó sin él porque se alistó voluntario. La familia de él murió en un bombardeo mientras viajaban en un tranvía, frente a la catedral, se quedó solo en el mundo y allí estuvo ella para sostenerlo, hasta que también Miguel se enamoró. Se escribían cartas de amor de las que no quedaron restos ni tampoco de sus fotografías, excepto de una, porque se perdieron en una mudanza. La guerra acabó. Se casaron. Pasaron los años y los hijos no llegaban. Pasaron más años, y los hijos seguían sin llegar. Tenían paciencia. A veces la perdían. Él era

representante de lanas e hilos de seda, viajaba mucho. Tenían un coche, un mil cuatrocientos, azul oscuro. Se dejó la vida en una carretera de Madrid sin saber que Carmina estaba, por fin, embarazada de él. Cuando enviudó, se fue del pueblo porque todo le recordaba a él. No fue muy lejos, a la ciudad. Buscó trabajo y lo encontró de aprendiza en una peluquería que con el tiempo acabaría siendo de su propiedad, aunque entonces no lo sabía. Su jefa le alquiló el piso de la calle Turia por cuatro perras porque se apiadó de ella y no tardó en pagarle lo mismo que cobraba una oficiala. Nació una niña. La llamó Victoria, porque eso era lo que significaba su hija: la victoria de la vida, del amor, de la esperanza. Miguel había vencido, vivía a través de ella. La niña tenía sus ojos, azules.

Las clientas conocían los titulares del periódico de la vida de la peluquera: su viudedad, su esfuerzo por sacar adelante a su hija, su obstinación en poner siempre buena cara para que la peluquería estuviera siempre llena de mujeres chismosas que querían salir más guapas y sintiéndose superiores a la mujer que las peinaba, pero nunca habían leído la noticia completa. Carmina había conocido un tipo de amor que no estaba al alcance de cualquiera. Carmina sabía que no todos los corazones están hechos para amar de forma imprudente, sin ver las consecuencias de sus acciones, o tal vez viéndolas e ignorándolas después. Eso no lo sabían las clientas que venían con ganas de humillar a su madre, del mismo modo que ella no sabía que todo era mentira.

Victoria creció deseando verle. Quería saber si de verdad se le parecía, tal como siempre repetía, su madre.

—Tu padre era como tú: guapo y bueno —le decía su madre, y le mostraba la única foto que conservaba de él.

Ella quería dejar de imaginar cómo era el hombre a quien su madre amó de esa manera para saber cómo tenía que ser el que ella debía amar. Porque no aspiraba a otra cosa distinta a la que habían tenido sus padres, a la que ellos habían sentido. Cuando su madre le decía que no podían ir a Madrid, ella le rogaba que le contase otra vez algo de ellos, lo que fuera: cómo se habían conocido, cómo se enamoró de él y él de ella, cómo fue su primer beso, su boda, su funeral, cómo se sobrevivía después de haber tenido un amor así. Le pedía que le describiera el color de su pelo, el tono de su piel, el

timbre de su voz; que le hablara de sus canciones favoritas, de sus palabras de amor, de sus ganas de tenerla, y Carmina respondía a cada pregunta, a cada petición, sin que le temblara la voz. Hasta el día en que Victoria terminó la carrera de medicina y Carmina le dijo:

—Estoy tan orgullosa de ti… Pídeme lo que quieras, un viaje, una joya…, ¡lo que quieras!

Victoria no se lo pensó, hacía mucho tiempo que sabía lo que quería cuando llegase el momento del premio.

—Ya tengo los billetes de tren y he reservado una habitación en un hotel en Madrid.

—¿Para qué? —preguntó Carmina, aunque sabía de sobra la respuesta.

—¿Cómo que para qué? Pues para que vayamos juntas a ver un musical, o una obra de teatro, y entremos al Prado y nos tomemos un bocadillo de calamares y unas porras con chocolate, y cuando hayamos hecho todo eso, vayamos a llevar unas flores a la tumba de papá.

Para cuando su madre le dijo que no podían hacer ese viaje y le contó la verdad, ya se había acostado varias veces con José Manuel, unas cuantas con Roberto y varias con cualquiera que se le hubiera puesto por delante. Con José Manuel, la primera fue una noche de fallas que se encontraron por casualidad en una verbena. Hombre, José Manuel; vaya, Victoria. Se habían visto por los pasillos de la facultad. Ella era un año mayor y él era tan guapo que llamaba la atención de todo el mundo. Habían bebido un poco y, sin saber cómo, acabaron en el piso de unos compañeros de él. Si recuerda aquella vez no es porque fuera un desastre o una maravilla, sino porque, al acabar, cuando todavía le tenía dentro, le pidió perdón.

—¿Perdón por qué? —preguntó ella sorprendida.

—Porque es la primera vez que estoy con una mujer.

—¿Y qué te preocupa?

—No sé si lo he hecho todo lo bien que podría hacerlo.

A Victoria le hizo gracia ese aplomo disfrazado de falsa modestia, y aunque en honor a la verdad había toreado en peores plazas, le propuso darle un par de lecciones no porque pensara que tenía nada que enseñarle, sino porque le apetecía estar más rato junto a ese cuerpo desnudo. Le gustaban sus hombros anchos, sus

manos venosas, sus dedos largos coronados por uñas romas. La nariz era grande, eso seguro, porque se la notaba cuando sus caras chocaban y porque hacía bueno ese dicho de que los hombres con narices grandes también tenían grande el sexo.

No recordaba el color de sus ojos, pero le parecía que eran oscuros. No hacía falta luz para saber cómo eran sus labios, el superior más fino que el inferior, grueso y sabroso. Era, con diferencia, el chico más guapo con el que se había acostado y solo por eso se acostó más veces con él, por guapo, porque, por lo demás, no le gustaba demasiado. Victoria, entonces, era así: inconsciente, superficial, con esa felicidad despreocupada, casi impúdica, de quien cree que no se va a terminar.

Si lo piensa bien, esa fue la mejor época de su vida. La única feliz, para ser exactos. Porque hasta ese momento siempre estuvo aterrada por si le pasaba algo a su madre. Vigilaba que todo estuviera en orden, la ayudaba con las bolsas de la compra, aprendió a cocinar muy pronto para descargarla de trabajo, tenía la casa como una patena para que no tuviera que limpiar al llegar de la peluquería, y en la peluquería pronto se encargó de lavar cabezas o de preparar las mezclas del tinte. Cuando tuvo el infarto, todas aquellas precauciones se revelaron inútiles y empezó a desarrollar un pensamiento absurdo y mágico: si abro la puerta de casa antes de que el reloj dé la última campanada, si aguanto un minuto sin respirar, si hoy solo pronuncio palabras que empiecen por la a, si no me rasco en todo el día, si no me lavo el pelo en semana y media, si no me visto nunca con algo verde o rojo, si no como pescado ni cerdo ni chocolate, si no me hablo más con mi amiga Lourdes, si hago todo eso, mi madre no morirá. Y como esas medidas sí eran efectivas porque seguía viva, las cumplió a rajatabla durante años y se forjó una fama de excéntrica que la acompañó hasta que entró en la universidad y fue comprendiendo que las manías tenían muy poca base científica y se relajó. Empezó a salir, a beber sin moderación, a enzarzarse en debates sobre política, sobre sexo, sobre libertad. Fumó marihuana sin tragarse el humo y se afilió al Partido Comunista porque le pareció que quedaba bien. Conoció a Roberto. Sacó medicina a curso por año con la nota suficiente para escoger la especialidad. Lo había hecho todo, y todo lo había hecho bien, así que pidió su premio, y a cambio su madre le contó toda la

verdad.

Por eso está con José Manuel, aunque eso él no lo sabe. Ni lo sospecha. No imagina que se quedó con él porque se le rompió el corazón, perdió la capacidad para confiar en nadie y él parecía ser el único del que se podía fiar. Todo le parecía bien, no cuestionaba sus cambios de humor ni pretendía enfrentarse a su afán por dominar cualquier situación, por llevar la voz cantante y tener el control. Si ella era quien decidía, nada se le volvería en contra. Y José Manuel aceptó.

José Manuel cree que le eligió como él la eligió a ella: mal, sin fijarse en los detalles, sin medir las consecuencias, sin darse cuenta de que el tiempo pasaba y era más fácil seguir que parar. José Manuel sí sabe que Victoria estuvo con otros hombres antes de que pasara lo de Roberto, pero eso formaba parte de su relación. Victoria lo dejó claro desde el principio: la suya era una relación abierta, sin ataduras. La única regla era ser honestos, no engañar. A ella parecía que no le costaba. Si le gustaba alguien, se lo decía y no le ocultaba por qué llegaba tarde a casa ni inventaba excusas para pasar fuera un fin de semana. No ocurrió muchas veces, y a él tampoco le importaba demasiado. La quería, pero con lo que tenía de ella le bastaba. No la necesitaba solo para él. Ella decía que su amor era libre y a él le parecía bien.

José Manuel a veces conseguía la cuadratura del círculo, y era deshonesto para no ser infiel. Se inventaba una amante para pasar dos días en la playa él solo, caminando o comiendo en un restaurante de estrellas Michelin sin tener que dar cuentas a nadie de lo que se gastaba en el menú, o para aprender a esquiar en la Virgen de la Vega sin que su mujer se riera de sus torpezas, o para ir a Madrid y hartarse de ver musicales en la Gran Vía, que a ella no le gustaban. Tampoco entró al trapo en lo de los intercambios de pareja. A ella le hacía una ilusión enfermiza, pero él siempre decía que no y ponía de excusa a los carniceros donde compraban la carne, que después de una de esas citas se cambiaron de verdad las parejas y cada uno se fue con la del otro.

—Qué antiguo eres, no disfrutas de la libertad —le decía Victoria.

En realidad, no le daba miedo que se fuera con el marido de la otra, pero no quería que supiera que él lo del amor libre no lo

entendía como lo entendía ella. Para él amar libremente era como decía la canción, que si le daban a elegir entre ella y ese cielo donde libre es el vuelo para ir a otros nidos, ay, amor, me quedo contigo. Le daba risa pensar eso, porque Victoria habría puesto el grito en el cielo si hubiera sabido que le gustaban Los Chunguitos, porque ella era muy liberal con el sexo, pero con la música el listón estaba mínimo en Bach; lo otro, lo de que no estuviera con otras mujeres, le habría dado lo mismo si no ponía en peligro su libertad para hacerlo. No era el caso. José Manuel con un poco de sexo de vez en cuando tenía más que suficiente. Solo una vez tuvo una aventura que duró unos meses con una enfermera de su ambulatorio que se llamaba Marisa, y no se lo contó porque pensó que eso era algo tan íntimo entre Marisa y él que no era bueno compartirlo con nadie más. Lo de Marisa se terminó cuando ella le pidió que dejara a su mujer. Se llevaban bien, compartían aficiones y amigos. Tenían el mismo sentido del humor y el mismo carácter complaciente, pero él no estaba enamorado de ella y no encontró ningún motivo para cambiarla por Victoria porque lo que tenía con su mujer le parecía suficiente. Pensaba que estaba bien, que había encontrado lo que siempre había buscado, una mujer brillante que le alentase a ser mejor, a no quedarse siempre en su zona de confort, a ver cine sueco, aunque tuviera que fingir que lo entendía, que todavía le buscaba sentido a *El séptimo sello* de los cojones. Le gustaba su casa. Ser doctor. El pelo de su mujer, siempre limpio, tan rubio. Los ojos, tan azules que a veces parecían el mar. Pero la vida superficial es como las mentiras, que tienen las patas cortas y cansan más pronto que tarde. Sin darse cuenta fueron pasando los años y se encontró viviendo una vida que no era la que había imaginado, pero de la que no sabía cómo salir. Exactamente lo mismo que le ocurría a Victoria.

Ahora ella echa la vista atrás y se dice que, siendo como era una doctora, podía haberse diagnosticado a sí misma una depresión, haberse aconsejado medicamentos o terapias y no recurrir a dejarse llevar. Ahora que sabe que es tarde, también sabe cómo debía haber resuelto aquel trauma que tanto la dañó y que convirtió su vida en una concatenación de malas decisiones. Ahora se pregunta por qué estaba tan convencida de que vivir sin amor la alejaría del sufrimiento, por qué no quiso empezar una vida distinta con

Roberto, por qué se rio cuando una noche en un hotel de Menorca él le dijo yo no quiero a Pilar, yo creo que te quiero a ti. Por qué se esforzó tanto en fingir que la muerte de su amante no la había matado también a ella. Se lo pregunta sabiendo que la respuesta no cambiará ni sus errores ni su realidad. Escogió mal, eligió no sentir, pensando que de esa manera se evitaría el sufrimiento.

Ahora que es tan tarde, que no tiene margen para cambiar, comprende que el origen de todos sus males, de todos sus errores, de todos sus problemas, estuvo en el día en el que se enteró de que su padre no había muerto en un accidente de coche, sino estrellado contra el suelo al caer desde una torre de más de cincuenta metros de altura y más de doscientos escalones porque le daba más miedo la vida que la muerte.

# EL AMOR ES QUÍMICA

Desde el punto de vista bioquímico, el enamoramiento es un proceso que se inicia en la corteza cerebral, pasa al sistema endocrino y se transforma en respuestas fisiológicas y cambios químicos en el hipotálamo mediante la segregación de dopamina.

Recientes estudios en neurociencia han indicado que, a medida que las personas se enamoran, el cerebro segrega en crecientes cantidades una serie de sustancias químicas. Se trata de drogas naturales que quitan el apetito y el sueño, que provocan un estado de permanente excitación. Y que son adictivas.

Ángel es un buen hombre. Tina no tiene ningún motivo para haberse enamorado de otro, y, de hecho, hasta que empezaron con el lío de las llamadas, creía que todavía estaba enamorada de él. Hasta que empezaron las llamadas, no: hasta que empezó a esperar que llegaran las llamadas, hasta que empezó a desear que llegaran, hasta que los días que solía contactar con ella se arreglaba más de la cuenta, o estrenaba un pantalón o un vestido o una blusa o el día anterior iba al salón de belleza Novejarque para que Lorena le hiciera una limpieza de cutis con ácido cítrico y de paso se llevaba un labial permanente o un perfilador de ojos que no fuera graso y no dejase mancha en el párpado móvil. Hasta que empezó a fantasear con que José Manuel le dijera: «Oye, mira, y si hacemos un *zoom* y así me enseñas los papeles del geriatra o la placa de tórax que se hizo en el setenta y tres y que no aparece en los archivos». Hasta que se ponía triste si no llamaba o llamaba al día siguiente. Hasta que empezó a pensar en él todo el tiempo. Porque antes de que pasara todo eso, no había interpretado que esa sensación que le recorría el cuerpo como un escalofrío tuviera que ver con su matrimonio. Pensaba que era algo suyo, de ella. Agradecimiento a la atención, correspondencia a la amabilidad, sintonía que venía de quién sabía dónde, complicidad por preocuparse por la misma persona que era un ser humano débil que necesitaba cuidados y se los daban los dos, juntos. El doctor y la paciente. José Manuel y Tina. Un hombre y una mujer.

Ángel es una buena persona. Una persona valiente que no se amedrenta ni por los reveses de la vida ni por la ciclotimia de ella. Han tenido una vida buena, que no les ha dado tregua ni razones para el aburrimiento. No han descubierto la fórmula secreta de la felicidad ni tampoco han patentado un artilugio que les haya hecho ricos o famosos y les permita vivir de las rentas, pero desde que se conocieron no ha quedado hueco para la monotonía. Murió su hermano. Se casaron. Se mudaron a la casa de la abuela de él.

Tuvieron un hijo, una hija y un hijo más. Murieron los padres de Ángel, y con la herencia y lo que les dieron por su vieja casa se compraron un adosado en Miraval y una planta baja para la madre de ella en la calle de al lado, para que no se sintiera sola, para poder cuidarla con facilidad y para que se hiciera cargo de los niños si a ellos les salían viajes o cenas o les entraban ganas de ir al cine. Tienen una vida buena, sin estrecheces. Han viajado lejos cada dos años. Fueron a Nueva York, al Caribe, a Moscú, al fin del mundo, a la Patagonia, de crucero por los países nórdicos. Ella se sacó una oposición cuando los niños eran aún pequeños, ganó una plaza de administrativa y después de dar algunas vueltas en el mercado persa de los funcionarios, acabó en el Museo de Bellas Artes. Les iba tan bien que tres veces por semana iba a limpiar la casa una chica que además planchaba mejor que ella y les llenaba el congelador y la nevera de comidas y cenas que luego solo tenían que calentar y, en el peor de los casos, rectificar de sal. Conchi se convirtió en un apoyo, en una amiga, en familia. Apenas hablaba de sí misma, lo mío no es interesante, decía, y a una Tina acostumbrada a dar le venía bien formar parte de una relación en la que le tocaba recibir. Conchi le ayudaba con los niños cuando su madre no podía y le echaba las cartas en los ratos libres. Si salían torcidas, las enderezaba para ella. Todo es interpretable, le decía, y le dibujaba un futuro prometedor. Si le salía la muerte o la torre, explicaba: «Esos solo son comienzos, cambios de signo que siempre puedes aprovechar para mejorar», y si eran cartas buenas, le prometía dinero o viajes o sorpresas agradables. «Nunca te va a faltar el amor —le decía Conchi—, porque tu capacidad de amar no tiene límite». Eso es lo que necesita: confiar en que las cosas saldrán bien, porque de lo contrario las dudas no la dejan avanzar.

Le ha pasado una vez y media. La media fue cuando murió su hermano. La vida le pareció una broma absurda, y cruel. Tenía la sensación de ser el sueño loco de alguien que al despertar le diría a quien tuviera al lado: «Pfff, no sabes la noche que he pasado, nada tenía sentido». Nada tenía sentido, era la verdad, y estuvo a punto de dejarse caer, pero conoció a Ángel y le devolvió a Carlos vivo y risueño, como debía ser él cuando cada noche coincidía con ese amigo que pasó a ser el suyo, su mejor amigo, su punto de apoyo con la realidad. Le parecía que hacer bromas con Ángel mientras

Elvis intentaba montar a la perra de su abuela era como hacerlas con su hermano. Hablaba de Carlos con Ángel como no podía hacerlo con ninguna otra persona. No con sus padres, por supuesto, porque los dos cargaban un duelo negro que cada uno sobrellevaba como podía. Su madre se lo había echado a cuestas: la muerte forma parte de la vida, nacemos, morimos, permanecemos en el recuerdo de quienes nos quieren, decía.

Su padre no tenía problema con la memoria, pero sí con el afecto. Ni siquiera con Carlos, el único de los nietos que le conoció. Lo cogía con cuidado, poco rato, no fuera a caérsele, decía, le besaba mucho, pero con besos cortos sin hacer ruido porque no quería despertarle, aunque ya estuviera despierto, y más que tocarle pasaba las manos por encima sin apenas rozarle para no pegarle sus gérmenes. Pretextos no le faltaban para no dar cariño ni recibirlo. Y con la alegría, otro tanto. No se rio ni siquiera el día que le estaban cambiando el pañal en la mesa del comedor y se meó con tanta fuerza que le mojó la cara a su abuela y dejó empapado todo el sofá en el que le cambiaban, porque Carlos, con aquella moto, mató también la felicidad de su padre.

Tampoco con sus amigas podía hablar del dolor de no tener a su hermano, porque ellas sabían que su relación era distante y fría, nada que ver con cuando eran pequeños y hacían equipo frente al mundo, y jugaban a ser Jonny Quest y Hadji Sinhg en el comedor de casa y luchaban contra maleantes e indeseables. Pobres, decía Carlos, que no tienen padres. Ella decía que Jonny sí tenía, que lo que le faltaba era la madre, pero Carlos insistía en que como el hombre estaba todo el tiempo ocupado en ser uno de los tres mejores científicos del planeta era como si los dos fuesen huérfanos, sin saber que al cabo de muy poco tiempo también moriría y los dejaría a todos desamparados sin él. Luego creció más rápido que ella, quiso ser músico, quiso ir con chicas, fumar, llevar el pelo largo y tontear con las drogas, pero Tina sabía que aquella etapa pasaría y tendrían toda la vida para volver a ser más que amigos. Soñaba con que su hermano se echase una novia que fuera una hermana para ella, con tener hijos casi a la vez, con que los primos crecieran juntos, que forjasen un vínculo, un clan, con que las cenas de Nochebuena y las comidas de Navidad resultaran interminables y fueran tantos que no les quedase más remedio que encargar a un

ebanista una mesa enorme para que cupieran todos. Cosas así. No era capaz de compartir esos deseos que ya no podrían ser ni con sus padres, para no dañarlos más, ni con sus amigas porque no la habían escuchado antes decir que esos eran sus planes, ni la habían oído hablar de Carlos nada más que para echar pestes de él. Pero Ángel la compadecía de verdad, porque había soñado siempre con lo que ella soñaba: una familia grande, una algarabía de niños corriendo por todos lados y de cuñados bebiendo cerveza en el balcón, haciendo concurso de eructos o de pedos o de chistes guarros o de todo a la vez, y había crecido con la pena de saber que no lo tendría nunca porque su familia era corta. También a Ángel podía contarle las veces que se habían enfadado, las que se habían peleado a bofetada limpia, el mediodía que le rompió en la cabeza un tercio del Águila que se estaba bebiendo su padre porque no dejaba de chincharla y ella le juró que si no paraba le partiría la crisma. Podía contarle que no le quería, pero que tenía la firme intención de quererle cuando sus mentes se acompasaran, que solo era una cuestión de tiempo que el tiempo mismo les habían arrebatado. Podía decirle eso y todo lo que se le ocurriera, porque Ángel parecía entenderla sin apenas esfuerzo. Todos los hermanos se pelean. Eres una mujer de palabra. Le querías, aunque no te dieras cuenta, y él lo sabía. Y lo más importante, él querría tener con ella todos los hijos que les nacieran, y con eso y un poco de tiempo, Tina tuvo bastante. Tuvo sus propias rebajas de enero, como lo cantaba Sabina, sin las emociones fuertes que estaban en otras canciones, y le vino bien. Se enamoró de Ángel y la ilusión de una cosa le quitó el chasco de la otra. La vida siguió pareciéndole un sueño, pero ya no el sueño loco de otro, sino el suyo propio. Un sueño razonable, manejable, en el que las cosas tenían sentido, encajaban. Fantaseaba con crear algo con Ángel, una familia, un hogar feliz. Quería que dejaran de tener perros por separado para criarlos juntos, y que al de su hermano y al de la abuela de él se le sumara uno que sería de los dos, pero antes de que eso pasara se quedó embarazada y comprendió que la vida y la muerte se necesitan la una a la otra igual que la fealdad es indispensable para que sepamos apreciar la belleza. Nació su hijo y le puso Carlos. Murió su padre, pero ya se sabía la lección, la muerte forma parte de la vida y blablablá.

Ángel es un buen hombre y es un buen padre. Uno de esos que se quedan hasta las tantas explicando matemáticas o repasando historia, de los que no cuestiona si su hijo mayor quiere ser arqueólogo forense porque eso no vale para nada porque los muertos muertos están, ni si el pequeño quiere ser diseñador de pajaritas porque eso es de maricas de medio pelo, hacerlas y llevarlas. De los que se hace mediador de la ONU si su hija se pelea con Tina o con su marido o con sus hermanos. Y antes, un buen padre que no se planteó que el mayor no quisiera tener novias y que le diese fiebre si no sacaba la nota más alta de la clase, que el pequeño fuese homosexual y a veces se le rompiera el corazón, y que la mediana no se tomara en serio los estudios y tuviera que hacer de taxista para llevarla a conciertos o para traerla de las discotecas. De los que aprendió a la carrera lo que significa memoria democrática, que no histórica, porque esa es la de todos, y la democrática es solo la de los que esperan en fosas comunes o en cunetas de carretera; de los que se interesó por la política para entender mejor a Carlos; de los que dejó de ir al bar de siempre porque el dueño era un homófobo de manual; de los que continuaba leyendo a escondidas en el baño libros sobre cómo entender a los adolescentes porque la adolescencia, ahora, acababa a los treinta, aunque a los treinta ya tuvieras hijos. Antes, a Ángel, la política se la traía al pairo, de la guerra lo único que le interesaban eran las películas, *¡Ay, Carmela!* o *La vaquilla*, que eran muy buenas, y más de una vez, de dos, de tres, de diez, había insultado a quien fuera diciendo menudo maricón, y los jóvenes, sobre todo las jóvenes, le parecían unas locas de atar con las que no había manera de acertar, que por algo no había tenido más que una novia, sin contar a Tina. Y no es que Ángel no tenga personalidad o carezca de principios. Es que solo tiene uno: hacer felices a quienes tiene cerca. Y cerca, cerca, solamente tiene a Tina, a Carlos, a Laura y a Javier, y si tiene que darse la vuelta como un calcetín, pues se la da; y si tiene que hacer como que no se da cuenta de que su mujer no quiere acostarse con él, pues lo hace; y si tiene que hacerse socialista, pues se hace; y si su hijo se casa con el hijo de otro, pues será el padrino; y si su hija no deja nunca de ser gilipollas, pues se aguantará y hará todos los esfuerzos del mundo por ser socialista, por no cerrarse, por ser también gilipollas para que tengan

gilipolleces de las que hablar, por acostumbrarse sin rechistar a esa falta de pasión y por estar dispuesto cuando Tina le acaricie la nuca y le diga. «Ay, Ángel», y en vez de un beso rápido de buenas noches le bese con los labios abiertos y no cerrados y haga que sus lenguas se encuentren en ese punto exacto en el que el corazón empieza a latir más deprisa, más deprisa, como si fuera a cortocircuitar, y las yemas de los dedos no son yemas, sino llamas, porque incendian la piel que rozan, la del cuello si es el cuello, la de la cadera si es la cadera. Queman los muslos, quema el sexo, y todo arde.

Ángel es bueno, la cuida, le presta su hombro si quiere llorar y le ríe las gracias cuando está de buen humor. No le reprocha que ya no se acuesten juntos tanto como antes, y se gastan la broma de que fornicar es una empresa de alquiler de coches, porque, la verdad, ella a la noche llega reventada, en la tarde no coinciden y por las mañanas no se levanta con cuerpo de nada. Le cuesta arrancar, llegar a la ducha, untarse de cremas, que si para las arrugas, que si para la celulitis, que si para reafirmar los brazos y para tensar la piel del cuello; el maquillaje, el corrector de ojeras, el rímel, el colorete, los labios. Por no hablar del mal aliento o del pijama que se ha quedado pegado al cuerpo, empapada en sudor. Ángel no se queja, lo comprende.

A él le dice que es por la menopausia, no lo de los sudores, que también, lo de la falta de ganas. Él lo comprende.

—Lo comprendo —le dice.

Y, además, está lo de las pastillas.

—El médico dice que el escitalopram puede inhibir el deseo sexual —se excusa ella.

Él la besa en la frente.

—No te preocupes por nada, lo importante es que estés mejor.

Ángel la mira con amor, le gasta una broma, se viste deprisa y la espera en la cocina haciendo café. Él se levanta antes que ella, y se pone a hacer ejercicio en la cinta de andar que está en el garaje, que no le hace falta, porque en el bar otra cosa no hace, pero andar, anda. Cuando ella entra en el baño, Ángel sale de la ducha, siempre de buen humor y con ganas de comerse el día. A ella se le atraganta ese entusiasmo mañanero, ese optimismo vital. No es que no sea optimista, pero no nada más levantarse, porque las pastillas se las toma en el desayuno. Al menos, no está empalmado. Eso le gusta,

pero también le disgusta. Le disgusta que no tenga ganas de empotrarla a diario, o cada dos días como mínimo, pero le gusta que no la apremie ni le recrimine que llevan tres, cuatro días, una semana, dos, sin hacer el amor, porque entonces ella tendría que fingir que se muere de ganas y decirle:

—Déjame que me dé una ducha y espérame en la cama.

Alguna vez lo ha hecho y después se ha alegrado. Primero, porque le gusta por mucha pereza que le dé, y segundo, porque Ángel es que tiene un doctorado *cum laude* en su cuerpo. Sabe bien dónde pulsar, cómo ponerse, de qué manera besar, qué palabras usar. A ella le sorprende que reconozca un espacio que tanto ha cambiado al cabo de los años, que no se pierda en ese mapa que conserva intacto en su memoria por más que terremotos, tsunamis y otras catástrofes naturales que se resumen en tres partos y dos abortos hayan alzado montañas donde antes había valles y ríos con sus arroyos surquen ahora un vientre que en su día fue terso. La recorre sin dejarse intimidar porque las carreteras sean sinuosas, con socavones y baches. Ella cierra los ojos, pero vence su vergüenza y los abre para verle a él, porque él, el muy cabrón, está igual. Bueno. Igual no. Está más viejo, más blando, más blanco, pero si no fuera de ella, no le importaría hacerlo suyo, ligárselo en un bar, en una red social de solteros maduros. Está guapo. Es guapo. Tiene las manos fuertes, los ojos verdes, y la sonrisa, joder, que no se le quita. A veces lo piensa. ¿Y si le deja, a quién le hará lo que le hace a ella? No se refiere solo a tocarla donde le toca ni a dejarla pasar cuando nota que no tiene ganas. Se refiere también al café. Cuando baja a la cocina, vestida, peinada, maquillada, lista para el día nuevo, de mal humor, pero de menos mal humor que recién levantada, ha dejado su taza preparada. Y se refiere también a las flores que recoge cuando pasea al perro, amapolas, dientes de león o jaramago blanco, que las roba de la verja de los vecinos, rosas, achicoria dulce, geranios, pasionarias, o las gerberas naranjas que compra en la floristería o en el chino si las ve por el escaparate. Las gerberas son sus favoritas.

Le dice:

—Me traes flores como un enamorado.

Él contesta que está enamorado.

Por eso, ahora le pasa del todo lo que le pasó a medias cuando

su hermano murió con su moto: que no sabe qué hacer, que no encuentra respuestas y no ve la salida ni siquiera en las cartas que le echa Conchi y que interpreta a su favor. Se abren dos caminos, dice Conchi, y tienes que elegir uno, pero tomarás la mejor decisión.

¿Y si deja a su marido? ¿Se enamorará de otra? ¿Se lo dirá? ¿Cuánto tardará en prepararle un café y en dejar sobre la encimera su flor preferida? Si se imagina que sí, que poco, no quiere dejarlo. Quiere seguir con él, pero también avanzar con José Manuel, más todavía desde que tomó ese café que se convirtió en comida que se convirtió en paseo que se convirtió en torpe despedida delante del coche de él. Casi se besaron, pero por accidente. Quisieron ir hacia la misma mejilla, un poco porque habían bebido más de la cuenta y un poco porque querían comerse la boca como dos adolescentes atolondrados, pero solo chocaron las narices y se rieron tontamente hasta que dejaron de reírse y él prefirió no decir la verdad: que quería besarla.

—Lo he pasado muy bien, Tina. Tenemos que repetir.

Tina también quería besarle, pero tampoco se lo dijo porque estuvieron mucho tiempo hablando de su suegro, de su suegra, de su mujer. Todo había sido interesante, pero hablar de esa otra vida justo cuando estaban tanteando el terreno para pasar a la otra, más peligrosa, más resbaladiza, más excitante fue como un frenazo brusco.

Se abrazaron, eso sí, con un abrazo largo, medio triste y medio alegre.

Cuando Ángel llegó a casa esa noche, le contó que habían hecho una buena caja con la comida del arqueólogo que se jubilaba, que dos jefes de servicio se habían emborrachado, que habían tenido que atender en la cocina a una mujer que casi se había desmayado, que se daba una ducha porque estaba molido y olía a fritanga, y desde el baño le gritó: «¿Y tu día qué tal?», y ella no supo qué contestar. Qué tal mi día. Bien, porque me he enamorado y no puedo pensar en otra cosa más que en cómo podré verle de nuevo, hacer que lo nuestro avance, besarle, que me bese, que me toque, que le ponga fin a esta inquietud. Mal, porque no es como cuando haces algo que me sorprende y noto un pellizco en el estómago que me hace pensar que aún queda algo de lo que hubo entre tú y yo.

Mal, Ángel, porque me he enamorado de otro y me siento tan culpable y tengo tanto miedo de que lo notes que no sé qué voy a hacer para evitarlo. Y cuando Ángel salió con el pijama puesto y los ojos enrojecidos por el sueño y porque se le había metido jabón, Tina le miró y le dijo: «Ay, Ángel». E hicieron el amor.

Victoria nunca quiso tener hijos, ni siquiera de pequeña. Al crecer, a su falta de instinto maternal se sumó la distancia que interpuso entre ella y su madre y, de haber sido posible, habría querido haber nacido de la nada, transportada a una flor o a otra por las patas de un insecto. O como las arañas cuyas hembras devoran al macho una vez las ha fecundado. O como los pulpos: que nada se supiera de quién es su padre y que su madre se hubiera dejado morir después tenerla, sin comer y sin hacer otra cosa más que protegerla. Tardó mucho tiempo en comprender que, en realidad, y excepto en lo tocante a lo de morir de hambre, su madre no había hecho nada distinto de lo que hacían las hembras del pulpo ni el resto de los seres vivos cuando generaban vida: mantenerla a salvo. Cuando se dio cuenta de su error, le entraron las prisas, pero ya era tarde para tener un hijo, no por problemas físicos, sino mentales. Y no es que tuviera problemas mentales: es que no podía dar marcha atrás, revolver la vida, decir digo donde tantas veces había dicho Diego. Por poder, podía. Todavía tenía la regla y la maternidad cada vez se retrasaba más. Por aquel entonces, una médica de Lugo había dado a luz a los sesenta y dos años y una señora de Cádiz había parido gemelos a los sesenta y siete, aunque había tenido que mentir a la clínica de fertilidad y decir que tenía cincuenta y cinco. Lo suyo no sería tan complicado. Podía fingir un descuido, o echarle la culpa al DIU, decir que se había movido, que eso era algo que también podía pasar.

Pero ¿cómo hubiera explicado lo otro, ese cambio, ese no querer saber nada de nadie que no fuera ella para entregárselo todo a un cigoto, a un blastocito, a un embrión, a un feto, a un ser vivo que saldría de ella, que la partiría y se la comería entera, poco a poco, porque dejaría de ser, de existir, y solo sería la madre de él? Porque tendría un niño, estaba segura, un niño de ojos azules y de manos grandes, y le llamaría Miguel, o a lo mejor no, a lo mejor le pondría otro nombre porque ella no quería tener a su padre, quería tener a

su hijo, y enseñarle palabras y juegos, a comer sin ensuciarse y a hacer caca en un váter pequeño. Consolarle si algo le dolía, curarle, cuidarle. Verle crecer, estudiar, echarse novia o novio o las dos cosas. Animarle a marchar, observarle mientras se alejaba y llorar luego su ausencia.

Ahora ya no hay remedio, con sesenta y cuatro años, pero cuando lo empezó a pensar, ella misma se decía, ¿y por qué no? Y no es que hubiera perdonado a su madre, que no, ni que se hubiera enfadado con el recuerdo de su padre, que tampoco, ni que pasara nada en concreto que la removiera por dentro o que le provocara una contrarrevolución que hiciera añicos sus principios de antes, los que la volvieron egoísta, invulnerable, intocable, inaccesible. No quiero querer, ni que me quieran. No lo decía, pero lo pensaba. El amor libre, el sexo libre, fue el único modo que encontró de canalizar sus sentimientos. Dar y buscar placer, y, además, sin necesidad de filosofía: es que le gustaba follar.

Cuando cambió, fue por pequeños detalles, naderías, una hija que le coloca a su madre la chaqueta con delicadeza al salir de la consulta en la que le acaban de decir que a ese corazón le quedan pocos latidos. O un niño que se cae en el parque y se hace sangre en las rodillas y va a buscar a su mamá que está sentada en un banco mirando el móvil y comiendo pipas. O un padre que corre empujando un carro de bebé con el bebé dentro porque se ha puesto a llover a cántaros y no lleva paraguas y una chica que se cruza con él le da el suyo y se guarece debajo del que lleva un señor con barba cana que camina a su lado. Ella quiere ser la hija que le pone la chaqueta a su madre tragándose las lágrimas; y quiere ser la madre que se deja vestir dócilmente y que no acaba de entender que se va a morir; y quiere ser el niño que se ha hecho daño y la mamá distraída que no ha sabido ver el peligro y que se funden en un abrazo que a los dos les alivia el dolor, a uno en la rodilla raspada y a la otra en el alma por haberse despistado; y quiere ser el padre descuidado que corre y el niño que se moja, pero poco, porque el padre corre mucho para ponerle a salvo y porque alguien que no tiene por qué se queda sin su paraguas. Pero sobre todo quiere ser la chica que se lo da. O mejor aún. Quiere ser la madre de la chica y haberle dicho alguna vez: ayuda a todo el que puedas, no te quedes con las ganas, haz siempre el bien, hacer el bien es

bueno, es bueno para ti porque te sientes de puta madre, pero es bueno para el que lo recibe porque le das lo que le hace falta. Quiere saber dar y saber recibir, porque no sabe, no ha aprendido, y si aprendió, se le ha olvidado al cabo de tanto tiempo de no sentir nada más que resquemor.

Ahora que ya no puede tener hijos, que por no tener no tiene ni sobrinos, ni amigos que tengan hijos que la llamen tía Victoria, le entra la congoja de saber que ha perdido el tiempo. No. Peor aún. Que lo ha echado a perder. Cuando le empezaron a entrar ganas, ni siquiera tenía que haber sido un hijo de José Manuel porque a José Manuel le quería menos que a nadie. Lo suyo era un pacto, como el de Benedetti. Compañera, usted sabe que puede contar conmigo. Él lo sabía: ella siempre estaba ahí cuando la necesitaba, para echar un polvo; para salir; para viajar; para aceptar un trabajo nuevo; para hacer que se sintiera más que él, porque ella ascendía en el hospital y él seguía siempre en el lugar en el que se encontraba tan cómodo; para echar un polvo, otra vez; para ir a restaurantes buenos; para comprarse un piso; para casarse; para follar, más veces, porque era lo que más hacían. Se les daba bien convertirse en animales que arañaban y mordían y solo obedecían al instinto primario de satisfacer esa necesidad de buscar el placer, de encontrarlo, de entregarse a él. Dame placer, te doy placer. Pero no lo quería. No lo había querido nunca, y él lo sabía. Habían hecho ese trato, vamos a estar juntos, vamos a permanecer juntos, vamos a seguir juntos porque estando juntos seremos más que amigos, más que amantes, seremos aliados y todo nos hará menos daño que por separado, nada más.

Así que el acuerdo consistía en estar unidos para hacerle frente a un mundo hostil, sobre todo con ella, que se encontraba de repente viviendo una vida que no era ni suya. Porque se había hecho médico para salvar a su madre en caso de enfermedad y una vez licenciada se enteraba de que su madre era una mentirosa. Pero la carrera ya la tenía, y había sido la número uno en todos los cursos, así que había que sacarle partido. El MIR no fue un problema, ni la especialidad, ni la oposición, aunque a ella las vidas de los demás le traían sin cuidado. Una vez, cuando fue nombrada jefa de servicio de cardiología y resultó ser la primera mujer tan joven en llegar al puesto, una estudiante de periodismo le hizo una entrevista para

clase y le preguntó: «Y usted por qué es médico, en general, y cardióloga, en concreto», y ella dudó entre decir la verdad o algo que se le pareciera, y respondió: «Porque el corazón es lo que más fácilmente se nos rompe a los seres humanos». Le pareció poético, y también cierto. Ella tenía el corazón hecho pedazos y no había forma de arreglarlo, pero en una sala de operaciones, o en una consulta si no era tan grave, era posible devolver el pulso, retomar el compás de la vida. Otra cosa era la alegría de vivirla. Ella no la tenía. Había una palabra que definía su estado, anhedonia. Nada le daba placer, excepto el placer.

José Manuel siempre estaba para dárselo y parecía no importarle que ahí estuvieran también siempre otros con el mismo objetivo. El trato incluía que él hiciera lo mismo, y lo hacía. A veces se marchaba fines de semana enteros, y a la vuelta le contaba que había estado en la playa con tal o cual compañera, incluso con alguna alumna de la facultad. Un par de veces repitió con la misma, y ella le gastaba la broma: a ver si te vas a enamorar, que el amor lo complica todo. José Manuel se reía. Victoria pensaba que eran felices, dentro de un mundo en el que la felicidad tenía que ser por fuerza pequeña para poder controlarla y evitar así los daños. A veces lo hablaban, con una copa de vino, o con varias, después de ver una película o haber leído el mismo libro.

—Es mejor la ficción que la realidad —decía ella.

—¿Por qué? ¿Porque todo acaba bien? —preguntaba él.

—No, eso da igual. La película o el libro acaban porque tienen que acabar, y nos dejan a nosotros que imaginemos cómo siguen las vidas de los protagonistas. Pero todo lo que pasa tiene siempre explicación, mientras que, en la vida real, si lo entiendes, bien, y si no… te aguantas.

Así era. Si su vida hubiera sido una novela, su padre le habría dejado escrita una carta de despedida y ella la habría conservado siempre, y presidiría la pared de todos los despachos en los que trabajase. Su padre le diría: «Te quiero, no me arrepiento de nada, vive con la cabeza alta, no tengas miedo a la muerte, pero no la busques, no seas como yo». Añadiría: «Enamórate de una buena persona y reparte tu amor a manos llenas como si no valiese nada, pero sabiendo que es el objeto más preciado». Habría agregado: «No te culpes ni te tortures porque nada de lo que ha pasado tiene que

ver contigo, solo es que a mí me pesa la vida más que la ilusión». Y para acabar: «Sigue adelante, sé mejor que yo, esa es mi herencia». Al quedar escrita esa carta, ella no hubiera tenido necesidad de echar la culpa a su madre de algo que no era responsabilidad suya, y ese amor que era al mismo tiempo terror a perderla y la hacía abrir la puerta antes de que el reloj diera la última campanada, no pronunciar palabras que empezaran por la a, no rascarse en todo el día, no lavarse el pelo en semana y media, no vestirse nunca con nada verde o rojo, no comer pescado ni cerdo ni chocolate, no hablarse más con su amiga Lourdes para que no muriera; no hubiera muerto nunca y la hubiera querido todos esos años con la gratitud de saber que su madre lo había hecho todo, lo había dado todo, nada más que por ella, y entonces ella no tendría que hacer ese esfuerzo tan sobrehumano por dejar a un lado las emociones y podría volver a sentirlas, todas, las que provoca el placer y también las que nos causa el dolor.

Pero, como su vida era su vida y no una novela, por no tener no tenía ni un lugar donde ir a llevar flores, o a llorar, o a cagarse en su padre por haber saltado desde lo alto del Miguelete sin esperarla, y había decidido dejar de querer a su madre y a la humanidad entera, y de paso había elegido no permitir que ninguna persona la quisiera, ya que, al parecer, no lo merecía. En caso contrario, su padre no habría querido saltar, o, si de todas formas hubiera querido, le hubiera dejado la carta. Y ya que todo era absurdo, no le importaba que el pobre hombre no hubiera sido capaz de imaginar que mientras subía los escalones de la torre, el espermatozoide que había depositado en las trompas de la mujer que le amaba todavía estaba temblando y sin saber hacia dónde ir. Bah. Eso qué más daba. El odio y el amor no necesitan justificación. Ella culpó a su madre de algo que no era su culpa y perdonó a su padre por algo que no necesitaba su perdón.

Para lo de ser madre sí era preciso encontrar explicación. A José Manuel no podía decírselo porque a él era a quien llevaba años negándoselo sin esforzarse en poner excusas: no quería ser madre porque estaba en su derecho, y él lo sabía cuando hicieron ese compromiso al que le dieron forma de matrimonio civil, y de nada servía que él insistiera en que todos los acuerdos de la historia se habían revisado para corregir errores y el no tener hijos lo era. Ella

le abrió la puerta a hacer una enmienda a la totalidad:

—Si no te gusta, te puedes marchar.

Él dudó, se entristeció, estuvo varios días encadenando guardias que eran claramente falsas, porque nadie trabaja cuarenta y ocho horas seguidas en un ambulatorio, y ahí descubrió la falla en lo que consideraba un terreno sólido en la corteza terrestre sobre la que se asentaba su casa, su vida, su trato: él sí que la quería; por eso, si la opción era dejarla, prefirió olvidarse de ser padre.

Cierto que podía haber fingido que el DIU había dado de sí, o haber hablado con alguien de ginecología y forzar una prescripción para retirar el aparato y que descansara el útero y entonces, zas, broma de la naturaleza, maternidad tardía, un poco de desconcierto para disimular y después todos tan contentos. Pero es que José Manuel no le gustaba como padre. Era guapo y tenía buenos genes, eso se notaba, que en todos esos años no se había puesto enfermo ni una sola vez, pero era demasiado serio, reconcentrado, nunca se sabía bien en qué estaba pensando, dónde tenía la cabeza, y para eso ya estaba ella, que fingía indiferencia por un mundo del que abominaba.

La mejor opción era Roberto. Roberto y ella no habían dejado de verse ni con parejas anteriores ni con los respectivos matrimonios ni tampoco cuando Pilar y ella se hicieron amigas y los cuatro salían de viaje una semana al año cada verano, ni cuando nacieron los hijos y los apadrinaron. José Manuel sabía que la suya era una relación abierta, que Roberto no era el único y lo mismo ocurría con Pilar, y nunca habían ocultado que entre ellos hubiera algo, aunque cuando salían juntos cada oveja se quedaba con su pareja, excepto una madrugada en Menorca en la que se bebieron hasta el agua de los floreros y decidieron intercambiar las habitaciones y ninguno puso pegas. Roberto y Victoria se fueron a la de él, que tenía balcón al mar, y José Manuel y Pilar se quedaron en la otra, que era fea de cojones y daba a un patio interior lleno de aparatos de aire acondicionado. Ella y Roberto no tardaron ni tres segundos en quitarse la ropa y meterse uno en el cuerpo del otro porque frecuentaban los caminos y reconocían las ganas; sabían la intención oculta en un leve roce de pie, o en el inocente aficionado a sumiller que derramaba algo de vino en la camisa de ella al servir la copa y, mientras se la limpiaba con la servilleta humedecida en

agua con gas, le tocaba el pecho con una sonrisa. Nunca lo habían hecho estando los cuatro por una elemental regla de cortesía no escrita, pero, precisamente por no estar escrita, aquella vez dejaron que las palabras se las llevara el viento. Roberto y Victoria no durmieron en toda la noche, excepto por breves instantes en los que uno cerraba los ojos de puro agotamiento y se despertaba mientras soñaba que alguien le recorría la polla con la lengua de arriba abajo, muy lentamente, y resultaba que no era un sueño, sino la realidad, o en los que una echaba la cabeza hacia atrás por imposibilidad física de mantenerla erguida y el cansancio la vencía y se despertaba por el calor que los dedos de él provocaban en su sexo al masajear lentamente su clítoris antes de penetrarla de nuevo. Bajaron a desayunar y en el bufé comieron como animales hambrientos, con la piel tan reluciente que parecía haber hecho desaparecer el bronceado de las mañanas de playa. En la mesa les esperaban José Manuel y Pilar, risueños, cómplices también. Él le trajo zumo de naranja cada vez que se levantó a por el suyo y antes de sentarse le acarició la cabeza o le apretó un poco el hombro y sonreían sin parar. Parecían lo que eran: dos parejas, cuatro amigos, disfrutando de la vida. Solo que de los cuatro dos no habían podido dormir y los otros dos habían dormido como marmotas porque habían compartido los orfidales que José Manuel siempre llevaba en el neceser, y habían llorado un rato juntos antes de quedarse fritos, pero nadie, ni en el comedor ni en la isla ni en la mesa del desayuno, sabía de verdad lo que había pasado en las dos habitaciones.

Así que, después de darle muchas vueltas y de perder el miedo a cambiar de decisión, llegó a la conclusión de que Roberto era el mejor candidato para ser el padre. Ya tenía hijos, le habían salido guapos, listos y sanos, y aunque nunca supiera que el espermatozoide fecundador era suyo estaría siempre cerca para cuidar al niño, orientarlo, llamarlo al orden si fuera preciso. Lo hablaría con José Manuel y le diría: lo justo es que ellos sean los padrinos del nuestro, ya que nosotros lo somos del suyo. No tenía mucho tiempo, se quitó el DIU, le pidió a Roberto que inventaran un congreso que hizo coincidir con sus días fértiles y ya en el avión de vuelta supo que estaba en estado.

Tenía cuarenta y un años, era primavera. Las calles olían a

azahar, o eso le parecía a ella. Se lo contó a José Manuel, que tenía cuarenta y rejuveneció veinte. No le pidió explicaciones, se concentró en disfrutar de ese regalo que le brindaba la vida cuando no se lo esperaba. Estaba tan feliz que decir que estaba feliz no le hacía justicia. También habló con su madre: vas a ser abuela, le dijo, y lo repitió añadiendo una palabra que llevaba media vida sin decir: vas a ser abuela, mamá. Durante unas semanas, su vida, las vidas de todos, fueron una fiesta. Eligieron una habitación para convertirla en la del niño, el carrito para sacarlo a pasear con todos los complementos, el capazo, el maxicosi, la silla, la cuna, la guardería, el colegio, la universidad, la ropa para nada más nacer y para los próximos treinta años, y el nombre, o los nombres, para poder escoger cuando le vieran la cara: Juan, Andrés, Leo, Javier, Carlos, José, Antonio, Joana, Clara, Marta, Martina, Carmen, Julia, Lorena, Paula, María. Fueron semanas frenéticas en las que todos parecían ser personas distintas a las que eran, personas alegres, normales, contentas con la vida que les había tocado en suerte y que les daba una nueva oportunidad: cambiar, olvidar, quién sabe si perdonar. Carmina y Victoria volvieron a pasear por el Botánico, a alimentar a los gatos, a sentarse a la sombra del ginkgo biloba, a hablar de cómo les había ido el día y poco más, como si el rencor de Victoria se hubiera evaporado con su menstruación y como si el corazón de Carmina, que había desaparecido de su pecho el día que ella se marchó, se hubiera regenerado como se regeneran los corazones de los peces cebra después de que los sometan a experimentos científicos y la vida siga para ellos como si no hubiera pasado nada. Pum. Pum. Pum. El corazón que latía. Y eso era. Que la vida seguía. No había pasado nada.

Victoria iba a ser madre, volvía a ser hija, creía que el amor era un regalo que no hay que merecer para ser recibido y estaba convencida de que el primer día que lloviera y se cruzara con alguien que no llevara paraguas, le daría el suyo. ¿Qué era la vida si no? ¿Qué hacían las flores sino abrirse, ofrecer su belleza y marchitar? ¿Qué otra cosa podía hacer ella? Había pasado la mitad de su existencia equivocada, pero aún le quedaba la otra mitad, con suerte, más de la mitad, para poder hacerlo de otra manera. No se refería a portarse bien todo el tiempo, a ser amorosa, a empezar a pensar que estaba mal acostarse con cualquiera que se le pusiera

por delante. Se refería a perdonar, a perdonarse, a dejar que pasaran las cosas que tuvieran que pasar sin tener que buscar un culpable al que odiar.

Fueron solo tres meses. Tal vez cuatro, ya no lo recuerda bien. Ha pasado más de media vida y si piensa en ello, únicamente le viene a la cabeza que hacía un sol luminoso, de esos en los que el día parece lleno de promesas. Recuerda también que José Manuel la acompañó a la consulta por si acaso al bebé se le ocurría ponerse de cara al ecógrafo y podían empezar a descartar nombres. Recuerda el gel frío sobre el vientre, la camilla, incómoda, la sonrisa amable de la doctora, la enfermera llamando a la puerta de la sala para preguntar si el doctor Marzal podía entrar y a José Manuel adelantándose a su respuesta.

—Por supuesto, ¡que pase Roberto a conocer ya a su sobrino!

De no haber sido la vida de su propio hijo, Victoria habría comprendido antes que nadie que el corazón que latía dentro del suyo ya había dejado de latir, así que fue Roberto quien le cogió de la mano, apretándosela con suave firmeza. La ginecóloga le retiraba el gel con un papel seco y le pedía con esa fría dulzura del que está acostumbrado a dar ese tipo de noticias que fuera al baño a terminar de vestirse antes de pasar a la consulta, y José Manuel bromeaba: va a ser chica seguro, las chicas siempre vienen con misterio.

De toda aquella alegría casi todo quedó en nada. Casi todo murió, como murió su bebé, que murió por su culpa, que no sabía ser buena, que no le salía. De toda aquella vida que parecía ir a durar siempre solo permanecieron los paseos en silencio con su madre, sin palabras, sin reproches, en ese jardín lleno de gatos y de árboles que sobreviven a las bombas atómicas y que a veces a ellas les hacían pensar que se parecían a ellos. Eso, y que desde entonces Victoria nunca salió de casa con paraguas, aunque anunciaran tormentas.

José Manuel se martiriza pensando que el día del café que fue almuerzo que fue comida que fue paseo no debería haber acabado así. Tina le dijo que no había nadie en casa, que su marido estaba sirviendo una comida en San Miguel, y a él eso le sonó a invitación y después de un rato hablando comprendió que se había equivocado de fiesta, que en la propuesta decía te invito a mi cama y él había leído te invito a que me hables de temas inconvenientes. Y no es que su suegro lo fuera. Es que no era el momento. Lo notó en su cara, que no fue de fastidio, o no el tipo de cara de fastidio al que estaba acostumbrado. Dejó de sonreír, que tampoco es que fuera raro porque el asunto era serio, pero también dejó de balancear el pie tal como estaba haciendo, que de vez en cuando se rozaba con el suyo, y al terminar de comer enseguida le entraron ganas de marcharse, y aunque pasearon un poco fue ella la que dijo te acompaño al coche, que le pareció muy bonito porque lo dijo varias veces, uy, qué bonito, me encanta este coche, qué bonito, no dejaba de repetirlo, y, total, era un coche normal, pero no mencionó nada de meterse dentro para que se despidieran bien o de que la llevara a casa. Dos besos y adiós. Cierto que hubo confusión y casi los dan en los labios, y si se esfuerza un poco en distorsionar el recuerdo, puede pensar que fue a propósito y que llegó a rozar levemente las comisuras de los suyos, y cierto también que cuando él sugirió darle su teléfono, que aún no lo tenía porque siempre la llamaba él desde el fijo de la consulta, ella dijo que sí enseguida y lo guardó en su agenda como José Manuel y el emoticono de una patata y de un calamar. O sea, que enfadada no estaba, que lo había pasado bien en la comida, y por eso ligaba su nombre con la imagen de un buen momento, pero cierto también que no le llamó ni le escribió al poco rato de despedirse, que era lo que él esperaba que ocurriera, y le condenó a la terrible tortura de intuir que tendría que esperar a que llegara el lunes, de buscar un pretexto para llamarla, de aguantar a Victoria que estaba de morros porque llegó tarde y oliendo a

alcohol.

La culpa y la pena no las olfateó. Dicen que los perros sí que pueden, que detectan con la nariz el cáncer y enfermedades de los huesos, pero, como ella se había empeñado, no tenían ninguno y no hubo peligro de que Snow o Floc notara que le pasara cualquier cosa que no fuera su apatía habitual. ¿Quieres cenar? No. ¿Quieres ir al cine? No. ¿Quieres que veamos una película o una serie en Netflix? No. ¿Quieres algo? No. Victoria se encogió de hombros y siguió leyendo lo que estuviera leyendo.

José Manuel se metió en la ducha para despejarse, pero no usó nada más que agua porque no quería que ningún jabón le quitara el olor que Tina hubiera podido dejar en él, por improbable que fuera. Desnudo, olisqueó la ropa arrugada en el suelo, pensó en los tobillos de Tina, en su boca, en su risa contagiosa, y se empalmó sin darse cuenta. Le pidió a Alexa que pusiera a Pablo Milanés, y mientras el agua caía sobre su piel, Pablo decía que todavía quedaban restos de humedad y que sus olores llenan ya su soledad. Así iba a ser. Ella ya formaba parte de él, y la prefería compartida antes que vaciar su vida. Pablo cantaba, su pena crecía y su pene también. Se preguntó cómo era eso posible, después de darlo tanto tiempo por muerto. Le pidió a Alexa que pusiera otra canción triste, más triste aún que la primera, para ver si la tristeza le hacía llorar y le quitaba las ganas de masturbarse, y Silvio Rodríguez y su *Óleo de mujer con sombrero* eran una apuesta segura porque justo esa tarde una mujer se había perdido esa bella locura, su breve cintura debajo de él, su forma de amar, su huella en su mar. Cantó en la ducha que la cobardía era asunto de los hombres, no de los amantes, y que los amores cobardes no llegan a amores ni a historias, se quedan allí, y lloró un poco, pero la erección no se le fue, así que no le quedó más remedio que apoyarse con una mano en la pared de la ducha y usar la otra con los ojos cerrados y la cabeza levantada, un poco hacia arriba, un poco hacia atrás, e imaginar que era la mano de Tina la que se movía arriba y abajo al compás de Silvio, la mano de una mujer con sombrero al estilo del viejo Chagall que le hacía una paja, que, en el caso de existir el libro de las pajas antológicas, ocuparía sin duda uno de los primeros lugares.

Estaba contento porque era la primera vez que se excitaba, la primera vez que se corría después de haber matado a Roberto.

Había pensado muchas veces que esa gran muerte le había hecho perder las muertes pequeñas que eran los orgasmos y le parecía un justo castigo. De hecho, le parecía un castigo menor en comparación con el daño que había causado y más después del pedazo de mancha que había dejado en la mampara del baño. Le temblaban las piernas, y una pregunta le martilleaba la cabeza: ¿ya está? ¿Es esto todo? Porque, aunque había decidido que no iba a morir, aunque había vuelto a trabajar, aunque recetaba pastillas y trataba de resolver con paciencia los problemas de las personas que no se podían curar con química, aunque Victoria y él habían decidido darse una tregua, aunque cuando menos lo esperaba había conocido a una persona que le había hecho sentir ilusión y que al verla, hacía un rato, la ilusión se había vuelto amor, aún a pesar de todo eso, ¿ya estaba?, ¿eso era todo? El cuerpo tenía memoria, lo sabía bien. Lo había estudiado. Todo cuanto pasa en la vida de un ser humano desde su concepción hasta la muerte se va transmitiendo al resto de las células y queda archivado en la memoria orgánica para siempre, un día tras otro, un día tras otro, hasta que dejamos de existir. También sabía que había posibilidades de reparación humana que nada tenían que envidiar a las estrellas de mar, que en caso de ser partidas en dos volvían a desarrollar la mitad que les faltaba. Sabía que era posible soldar huesos rotos, pero no tenía tan claro que las cicatrices del alma borrasen su huella, y por eso a él le dolía todo, de la cabeza a los pies. Pero entonces, lo de hoy ¿qué significaba? Había leído con interés acerca del mapa del placer, que la memoria guarda como el plano de un tesoro a partir de imágenes y vivencias, las asociaba con un sentimiento o sensación concreto y así era como un olor o un sabor o una canción o el tacto de una tela te llevaban de la mano a un instante de gozo sin pensarlo siquiera. Él todo lo había ligado a Victoria. A él y a Victoria. A Victoria y a Roberto. A Roberto y a él. Pero lo de la ducha lo cambiaba todo. La certeza de saber que ahí fuera, fuera de esa casa, fuera de esa cárcel en la que se había convertido su cuerpo después de lo de Roberto, había una posibilidad de volver a ser feliz gracias a Tina. Pasara lo que pasara con ella, le correspondiese o no, estaba vivo.

El fin de semana fue un infierno, tal como había supuesto. Por la tarde fingió que le dolía la cabeza y se tomó varias pastillas para

dormir. También hacía tiempo que no las usaba, pero prefirió inducirse el sueño a vivir atormentado por el miedo a que Tina hubiera dejado de quererle, o peor aún, a que no le hubiera querido nunca y todo hubiera estado en su imaginación. Estuvo tentado de mandarle un WhatsApp montones de veces, pero desistió al ver que ella estaba en línea y no le escribía. Pasó el día amodorrado, por la resaca de lo bebido y lo vivido y por el efecto de las pastillas también, pero amodorrado incluso supo que todo había acabado antes de empezar, que lo había echado a perder y que su vida desde ese instante sería peor, porque sabiendo que existía ya no podría tenerla. No quiso comer, le dijo a Victoria que tenía unas décimas y se quedó en la cama. Lloró. Más tarde, casi de noche, sintió un rayo de esperanza al ver que Tina tenía otra foto de perfil: había quitado a Fillol y había puesto una imagen de sus pies y pensó que el cambio era por él, porque le había dicho que los tenía preciosos. El corazón se le aceleró, se puso tan contento que se levantó de la cama para picar algo de la nevera porque le entraron ganas de comer, de beber, de vivir. Estaba contento de verdad, feliz, más de lo que podía imaginar unos minutos antes, tan contento que cuando Victoria se metió en la cama no pudo evitar darse cuenta del tremendo abultamiento que sobresalía bajo las sábanas y sin mediar palabra se quitó las bragas, se subió el camisón, le bajó el pijama y los calzoncillos y se montó a horcajadas sobre él. José Manuel no se esperaba la reacción de su mujer. La sorpresa le impidió pararla, y la costumbre de tantos años, un poco, también. Era verdad que el cuerpo tenía memoria. Victoria lo hizo todo. José Manuel trató de hacer como hacen en las películas, y se esforzó en imaginar la cara de Tina en la cara de Victoria, pero no le salió y sobre él era Victoria quien cabalgaba, quien se apoyaba con una mano en su muslo y con la otra le cogía la suya para que le amasara las tetas o se la bajaba a su sexo para que la acariciara mientras ella se movía al ritmo que le daba la gana. Él quería que no le gustase, pero le gustaba. Estaba oscuro, solo se veían los cuerpos recortados por las luces que se habían quedado encendidas en el salón. Fue rápido, feo y placentero, como echar un polvo con alguien a quien acabas de conocer una noche en la que no querías salir y acabas diciendo que no hay gente fea, sino falta de alcohol. Ella se corrió enseguida y él no se hizo esperar. Luego Victoria se dejó caer sobre su pecho, le

besó en el cuello, le dijo: «Bienvenido», y se quedó dormida tan rápido que no se dio ni cuenta de que él se había puesto a llorar, medio apenado y medio perplejo. Se durmió muy pronto, también, y no se despertó en toda la noche.

El lunes salió de casa muy temprano. Casi vio salir el sol. Condujo un buen rato sin rumbo fijo tratando de analizar lo que le estaba pasando. José Manuel sabía de sobra lo que era el amor: química, hormonas, conexiones neuronales, respuesta a estímulos, algunas carencias, mucha literatura y una pizca de imaginación. Lo sabría de todas formas, que para eso es médico, pero Victoria se lo ha recalcado toda la vida cuando él le ha reclamado un poco de romanticismo en su relación. Sabía que el cuerpo reacciona al amor exactamente como a los adictos les ocurre con las drogas. La idea de depender de algo o de alguien nunca le gustó. No le gustó con los medicamentos cuando pasó lo de Roberto y no le gusta con el teléfono cuando espera la llamada de Tina, pero no puede evitarlo. Es adicto a Tina. No hay solución.

Cerca de las ocho de la mañana se dirigió a Miraval porque las limpiadoras ya estarían trajinando por el ambulatorio y podrían abrirle la puerta. Dio una excusa, que tenía que ordenar unos papeles, aunque nadie le preguntó qué hacía tan temprano allí, les pidió perdón por pisarles lo fregado y buscó a Conchi, que estaba con los baños del tercer piso. Su consulta estaba en el segundo, pero subió a por ella y la llevó a su despacho con el pretexto de enseñarle una mancha de humedad. Había leído alguna vez que el cerebro del ser humano estaba diseñado para tener un número limitado de amistades, de relaciones íntimas, que podemos conocer a mucha gente y sentir su cercanía, pero que la amistad de verdad nunca podía pasar de cinco personas. Había leído también que la amistad se estrecha cuando reconoces en el otro un espejo y dejas de sentirte solo. Mientras bajaba a su consulta con Conchi, se preguntaba si los estudiosos deberían conocer su caso, si deberían saber que él existía, que había una persona con capacidad para intimar con cero personas, que siempre estaba solo, que nunca había encontrado a nadie que le hiciera preguntarse ¿tú también? No contaba a Victoria, porque era su mujer, ni a Roberto, porque estaba muerto, ni a Pilar, porque en términos de amistad la había matado con el mismo disparo que a su marido. Tampoco contaba a

Tina, porque no quería ser su amigo, sino su pareja, y pensó que tal vez Conchi podría serle de utilidad. No para crear vínculos, sino porque no tenía a quién preguntarle cómo estaba Tina.

—¿Y por qué no se lo preguntas a Tina? —le dijo Conchi.

Se fijó en ella por primera vez. Llevaba una bata blanca con su nombre bordado en letras azules, tenía el pelo rubio, rizado, peinado con una coleta. Era más baja que él, pero algo más alta que Tina, corpulenta pero proporcionada. Los ojos los tenía azules, pero no como Victoria, porque Victoria los tenía del mismo color que los mares del norte y los de Conchi eran más cálidos, y usaba unas gafas de montura negra. Le pareció que si quería una verdad, lo mejor era corresponder con otra.

—Porque no me atrevo.

Ella asintió varias veces con la cabeza como indicando: «Ay, pringado, cómo te vas a atrever», pero dijo:

—Está bien, aunque algo desconcertada. Como tú, imagino.

José Manuel siguió diciendo la verdad.

—Sí, desconcertado es una buena manera de definir mi estado. Estoy contento, casi feliz, pero no sé qué hacer a partir de ahora. Estoy paralizado. —Dijo algo más por añadir algo—: Me vendría bien que me echaras las cartas. No sé qué hacer.

Él se rio, pero Conchi no.

—Esto no es cuestión de cartas, parece mentira que me salgas con esto. Tú eres un médico, eres un científico, una persona con estudios que no puede creer en esto. Y aunque fueras un obrero de la construcción…, ¿acaso no sabes que nadie más que tú puede decidir lo que quieres que pase en tu vida?

José Manuel se sintió ridículo, torpe, absurdo. Lo admitió:

—Me siento como un gilipollas.

—Te sientes como un gilipollas porque seguramente lo seas —dijo Conchi—. No sé qué es lo que te pasa, ni sé qué es lo que Tina ha visto en ti, pero está claro que los dos sentís lo mismo, sea lo que sea.

José Manuel sonrió, satisfecho.

—Es que no sé qué puedo hacer, ni sé cómo hacerlo. No quiero precipitarme ni presionar a Tina, pero no quiero perder el tiempo. —Conchi le miró con odio—. No quiero decir que estar con Tina sea perder el tiempo —se disculpó—. Pero no somos unos chiquillos, no

podemos demorarnos en cada decisión que tomemos ni podemos dedicar tiempo a pensar en los demás… Sé que suena egoísta.

—Suena egoísta, efectivamente. Eres un egoísta. Y Tina es una buena persona que no merece sufrir y tú estás recibiendo un regalo del universo que no pareces merecer.

Conchi salió dando un portazo. José Manuel se quedó dentro, con una sonrisa en la cara, decidido a aceptar ese regalo lo mereciera o no.

Victoria y Ángel se conocen, aunque no saben que son Victoria y Ángel e ignoran que lo que tienen en común podría cambiarles la vida tal como la conciben. Para Ángel, Victoria es la del cortado de los miércoles, porque Victoria va todos los miércoles a San Miguel y se pide un cortado. Para Victoria, Ángel es el del bar de San Miguel, porque es el que le sirve el cortado los miércoles, cuando va a la que fue la prisión de su padre.

La primera vez, Victoria no sabía que sería la primera. No se le ocurrió que después de esa mañana vendrían otras. Llevaba tiempo pensándolo, pensando en estar al menos una mañana en el lugar en el que su padre pasó tanto miedo, tanta soledad. Lo pensaba y le daba vergüenza solo de pensarlo, porque era una mujer de ciencia, de certezas demostrables, vivía en un mundo en el que las excepciones confirmaban las reglas y no las estremecían, pero, se preguntaba, ¿y si es verdad que somos energía y que esa energía es capaz de permanecer en los lugares?, ¿y si de la energía que fue mi padre queda aún un resto pequeño y la energía que soy yo puede rozarle, aunque sea un instante, aunque yo no me dé ni cuenta? Tanto se lo preguntó, tantas veces con la misma matraca que, al final, por dejar de oírse, por dejar de parecerse a José Manuel que estaba todo el rato oyendo voces en su cabeza, decidió ir. Voy, y me lo quito de encima.

A su madre no se lo quiso contar, ni siquiera en los paseos por el jardín, porque esos ratos eran para callar y no para hablar, o para comentar el tiempo o como mucho del trabajo de ella, sus éxitos, o para discutir sobre el origen de los pacientes a los que había salvado y que se notaba que eran de pueblo porque luego le mandaban un regalo, casi siempre cosas de comer, en señal de gratitud: cajas de naranjas, limones, botellas de vino y alguna vez un jamón, y su madre estaba de acuerdo a veces sí y a veces no, porque, según le daba, decía que la gente de capital era estirada y que los de pueblo eran generosos o decía lo contrario, que los de

pueblo tenían todos los defectos del mundo, envidia y maldad especialmente, pero casi siempre acababa reconociendo que ellas también eran en parte de pueblo y tenían un poco de todo, un poco de lo bueno y un poco de lo malo. Victoria la escuchaba sin cambiar de opinión: si había regalo, no eran pacientes de ciudad. En ocasiones también hablaba de los que se morían, de los que llegaban con el corazón tan roto que era imposible salvarlos. Carmina le pedía que le hablase de esas enfermedades y, sobre todo, de esas formas de morir, si dolía, si se sufría, porque ella ya estaba cerca del final y no le temía a la muerte, sino al sufrimiento. Victoria se reía.

—Llevas años cerca del final y nunca te vas —le decía.

Pero el tiempo pasaba. Al principio de los paseos, Victoria tenía cuarenta y pocos y su madre pasaba de los setenta. Luego, enseguida, rápidamente, sin darse cuenta, tuvieron más de cincuenta y ochenta y muchos, sesenta y pico y más de noventa, y según ese final estaba más cerca, Victoria empezó a tomársela más en serio y comenzó a explicarle que la inmensa mayoría de las muertes se producían sin dolor, que, a medida que avanzaban las enfermedades, los pacientes pasaban cada vez más tiempo dormidos hasta que la muerte se producía como una parte más del sueño, y que cuando no ocurría así, el médico se encargaba de que no sufriera gracias a los medicamentos.

—Yo es que no quiero sufrir para morirme —decía Carmina—. Que bastante he sufrido para vivir. No quiero pasar miedo.

Victoria entonces le enumeraba las enfermedades cardíacas que conocía, y le hablaba de malformaciones arteriovenosas, de anginas de pecho, de insuficiencias, de infartos, de aneurismas de aorta y le aseguraba que, si llegaba el caso, con ninguna de ellas sentiría dolor, o no demasiado, y moriría sin darse cuenta, sin que el temor pudiera entrar en su cabeza. En todos esos años, hablando de enfermedades, o de la muerte, o callando, nunca pasó nada excepto el tiempo, hasta que una tarde Victoria le contó algo distinto, algo insustancial a lo que ella nunca había dado importancia ni credibilidad.

—¿Has oído alguna vez hablar de la miocardiopatía de Takotsubo? —Carmina le dijo que no—. Parece un infarto, porque los pacientes sienten dolor de pecho, falta de aire… y se produce un

daño miocárdico. Si se trata como un infarto, es probable que el paciente muera, porque no lo es. Aquí no se bloquea una arteria coronaria, no se obstruyen.

—Hija, que no estás hablando con otro médico —protestó Carmina—. No entiendo la mitad de las palabras que dices.

Se rieron y Victoria cambió el tono.

—Lo que le pasa a este corazón es que se abomba y parece una vasija con el cuello estrecho. Takotsubo es como se llama a esas vasijas en Japón. Y, lo más importante: los pacientes casi siempre tienen en común que antes del ataque han sufrido un revés de la vida, un disgusto, una desgracia, una muerte, y ese gran estrés emocional hace que se libere una cantidad excesiva de adrenalina que daña el corazón. Por eso, a esta miocardiopatía se la llama también el síndrome del corazón roto.

A Carmina le cambió la cara, como cuando una nube tapa el sol por un instante y oscurece lo que antes era un espacio iluminado. Era la misma cara, llena de arrugas, los mismos ojos, la misma nariz, el mismo cuerpo que cada vez era más pequeño, pero al mismo tiempo era otra cara, otros ojos, otra nariz, otro cuerpo. Se quedaron calladas las dos, dieron el resto del paseo en silencio, y solo por la noche, ya tumbada en la cama, mientras José Manuel fingía dormir y ella fingía leer para mortificarle con la luz encendida, comprendió lo que había pasado esa tarde: su madre había descubierto que llevaba sufriendo toda la vida los efectos de tener el corazón roto, y como si una idea llevase aparejada la otra, decidió que la mañana siguiente llamaría al hospital para decir que no se encontraba bien e iría a San Miguel de los Reyes, para ver cómo era, para tratar de imaginar cómo fue.

Ángel no recuerda ese día. Seguramente fue uno de tantos, de los que van después del martes y antes del jueves, de hacer tortillas de patatas, de habas y de espinacas, embutido, tostadas con jamón o con tomate, cafés con leche, cortados, carajillos; de escribir en la pizarra: «*Hui de menú: amanida i lluç, beguda i café, sis euros; quatre euros mig menú i per a emportar*», en las dos lenguas, para que nadie se molestara: «Hoy de menú: ensalada y merluza y café o postre, seis euros; cuatro el medio menú y para llevar», al lado del expositor de las pajaritas. Uno de esos días de cruzar los dedos para tener los suficientes clientes como para que el negocio saliera

rentable, para que no se estropeara nada de la cocina, para que la cafetera tuviese bastante presión y sacase buen café porque la gente a la hora de quejarse no se cortaba un pelo y él estaba ya un poco hasta los huevos de los joder, Ángel, vaya café te saca ese cacharro, a ver si lo cambias, porque él lo cambiaría, pero su proveedor no quería hacerse cargo porque decía que en otros sitios no se quejaban y la máquina era la misma, y con el agua tres cuartos de lo mismo, que si es dura, que si es blanda, que si le hace daño al café y él no puede pagar una cafetera nueva. Un miércoles de esos en los que Javi está contento así sin más, porque Javi es de naturaleza feliz, y siempre está canturreando, o sonriendo, o explicando chistes o aguantando los problemas que le cuentan los clientes con mirada amable, como si lo que le contaran fuera lo más grave del mundo, o lo más gracioso del mundo, o lo más importante del mundo.

—Has nacido para la hostelería —le decía de vez en cuando.

Javi levantaba el dedo corazón y, para dárselas de listo, contestaba siempre:

—Te digo lo mismo que le diría Aristófanes a Sócrates.

Se reían porque ninguno de los dos pensaba que Javi acabaría siendo un hombre de bar y porque se acordaban del día que habían leído ese artículo en la pantalla del móvil descojonándose de la mala educación con la que Aznar se había enfrentado a los abucheos de unos estudiantes de la Universidad de Oviedo, y de la pericia del periodista para darle la vuelta a la noticia y escribir un reportaje sobre la que, según él, fuera la primera peineta de la historia.

—Y no es que no me guste el bar —añadía—, porque me gusta el trato con la gente y me gusta vender pajaritas en persona: así me preparo para cuando tenga mi tienda y me critiquen y pueda responderles mejor que Aznar.

Ángel se preguntaba de dónde habría sacado Javi esa forma de ser. De pequeño tuvo bronquiolitis, paperas, mononucleosis, se rompió la muñeca izquierda al tratar de esquivar una mierda de perro que había en el suelo mientras estrenaba unos patines que le dejaron los Reyes Magos, pero, a pesar de todo, no es capaz de recordarlo como un niño frágil o llorón o quejica. Se tomaba los medicamentos sin rechistar, los reveses con paciencia, entendía que

ser diferente era mejor que ser como el resto, y siempre supo que el sentido del humor era la mejor medicina para todo. Había tenido varios novios. El primero, a él, la verdad, le costó aceptarlo. Javi tenía dieciséis años y el otro uno más. Le daba lo mismo con quién se metía en la cama, pero tenía miedo de no ser capaz de estar a la altura para defenderle de la mala gente que todavía quedaba en el mundo, pero no hubo necesidad de defensa porque no se produjo ningún ataque, o, al menos, ninguno del que él fuese consciente. Eso le hizo pensar. ¿Qué habían sabido sus padres de él, de las veces que le habían roto el corazón, o de las que le habían hecho una mamada en el coche, aunque no hubiese sentimientos por medio? ¿Qué sabía él de Carlos o de Laura? Carlos no salía con nadie porque no concebía una relación estrecha que no fuera con los libros, y Laura era una de esas crías pijas que, si fuera de otros, sería una repelente, pero como era de él la tenía que querer por fuerza, y la quería, la verdad. ¿Por qué tenía que preocuparse por Javi más que por los otros dos? Se sintió de pronto más cerca de los homófobos que de los que vivían la homosexualidad con normalidad, porque dio por hecho que su hijo tendría problemas, y no le gustó, así que llamó a la de recursos humanos del banco, que era psicóloga, y se lo contó. Bueno, casi se lo contó. Que el hijo de un amigo era homosexual, le dijo, y que no sabía cómo tratarlo para tratarlo con naturalidad. Ella le dijo que lo suyo eran los problemas de personal, no los que el personal tuviera en su casa, la muy cabrona, pero, en el fondo, le ayudó porque comprendió que estaba creando una dificultad donde no la había. Al poco el banco hizo un ERE y le despidieron. Él cree que la consulta a la de recursos humanos tuvo algo que ver, aunque si se la encontrara por la calle, o si entrase en la cafetería, le daría las gracias por el favor que le hizo.

Ahora sufre cuando piensa si llegará a final de mes, y luego se relaja porque con el sueldo de Tina no tienen problemas, pero disfruta de un tiempo con su hijo que nunca antes había pasado. A veces se pelean, lógico, desde las ocho hasta las cuatro sin separarse nada más que para ir a mear, pero, por lo general, no comparten más que risas, confidencias, chismes que escuchan de los clientes, la mayoría hablando mal unos de otros y unos pocos hablando bien de alguien. Ponen juntos los apodos. El del medio bocadillo a las

nueve, el Menué porque es calvo y lleva perilla y a Ángel le recuerda al autor de un libro sobre masonería, Konrad Menué, que quién sabe por qué está en las estanterías de casa y siempre lo ven cuando buscan otro libro. Al que deja pagadas dos cervezas y se lleva la segunda cuando finge que vuelve del baño, Depardieu, porque es algo obeso y, obviamente, le gusta beber. La del café con leche para llevar, excepto los viernes que llega con resaca y se lleva un poleo, la Madonna. La que siempre tiene prisa porque parece que todo depende de ella, la Reina Madre. El que siempre está enfadado, Pitufo Gruñón. Las que los jueves no almuerzan y van al mercado ambulante, las Escapistas. La del cortado de los miércoles, que si le preguntas si quiere tomar lo de siempre, te dice que no y se pide un café con leche para fastidiar, la Malfo, por malfollada. Aciertan.

A Victoria le gusta que no la conozcan, que nadie intuya cuál puede ser su reacción. Si lo pensara bien, si fuera psicóloga en lugar de cardióloga, diría que no es más que una técnica de autodefensa: si no pueden anticiparse a sus movimientos, es imposible que la lastimen. Eso es lo único que le pasa, que le da miedo el dolor, pero su coraza es tan grande que no lo sabe ni ella. Por eso cuando Ángel le dice:

—¿Un cortadito, como siempre?

Ella contesta con un poco de mala hostia:

—No, hoy un café con leche.

Y no se da cuenta de que Javi, detrás de la barra, ya tiene hecho el café con leche y se lo da a su padre al mismo tiempo que su padre le da los cinco euros que se han apostado, como cada miércoles, y que como cada miércoles pierde porque siempre confía en que ese día ella no le pegará una coz. También pierde cuando la atiende Javier y le dice simplemente:

—Buenos días, ¿qué le apetece, señora?

Y ella responde:

—Buenos días, un cortado con poca leche, por favor.

Y en la barra Ángel le espera con el cortado con poca leche y con los cinco euros.

La esperan los miércoles por echarse unas risas sin maldad a su costa. Llega sobre las once, cuando los funcionarios ya han terminado de almorzar, y a menos que el sol caiga a plomo o llueva

esa lluvia que como cantaba Raimon en este país no sabía llover, es decir, a cántaros, se sienta siempre frente al monolito que recuerda que aquello que hoy custodia libros y carteles y da o quita permisos patrimoniales fue en su tiempo un centro de represión. Tristes armas si no son las palabras, estaba escrito sobre el mármol, y recordaba a los cientos de hombres libres que no dejaron de serlo entre esos muros. Lo pone en castellano, en valenciano y en inglés, porque ahí estuvieron hacinados presos de todas las nacionalidades. Lo saben los tres, Ángel, Javi, Victoria, porque lo han leído. Ellos desde que les salió la concesión de la cafetería, y ella desde que en el perdón a su padre empezó a caber, un poco, una minúscula parte, de perdón a la madre. Entonces aún no se le había ocurrido pasar allí las mañanas de los miércoles. Ellos no fueron el día que la placa se instaló, porque él aún trabajaba en el banco y lo de la memoria democrática no estaba entre sus prioridades. Carlos sí quiso ir, pero esa tarde tenía una reunión que no pudo perderse ni cambiar de fecha. Victoria acudió porque escuchó en la radio que se estaba preparando un homenaje, que pedían a los familiares de los presos sus nombres, sus historias, fotografías de todo lo que tuvieran, y que entre todos les rendirían el homenaje que la vida les había arrebatado. Victoria no sabía de su padre nada más que el nombre de pila, Miguel, porque los suyos, González López, eran los de su madre, que la había inscrito en el registro civil como hija de padre desconocido, pero la foto sí que la mandó. Fue a visitar a su madre, y en un descuido de Gladys le hizo una foto a la foto del marco de plata, la de su padre apoyado en la pared de la academia, y la envió a la dirección que ponía en el periódico explicando que ese era su padre, que se llamaba Miguel y que estuvo preso entre 1939 y 1955.

La noche del homenaje hacía frío, pero tampoco demasiado para ser noviembre. Había un coro que cantaba canciones republicanas, *¡Ay, Carmela!*, *Bella, ciao*, *Si me quieres escribir*, *La Internacional*, cosas así. La música paró y comenzó a hablar una mujer rodeada de políticos y de algunas personas mayores, varios en sillas de ruedas que Victoria identificó como presos o familiares de presos. La mujer llevaba una camisa morada y unos pendientes rojos y amarillos, en un intento, pensó Victoria, de rendir homenaje a la República que en la oscuridad de la noche pasaba algo

desapercibido, y decía que, a pesar de que ahí había demasiados políticos, los protagonistas eran ellos, todos los familiares que no habían consentido que el nombre de sus abuelos, de sus padres, de sus amigos, se borrase de la historia. Se despidió como les hubiera gustado despedirse a ellos, y levantó el puño y dijo: «Salud y República, compañeros»; luego dos de los ancianos descorrieron la cortina que tapaba el monolito frente al que tiempo después tomaría café con leche o cortado corto de leche todos los miércoles. Y en las paredes del monasterio emitían sin cesar imágenes con los nombres, fotografías y objetos que la gente había ido mandando. Esperó un buen rato y finalmente pudo ver a su padre reflejado en las mismas paredes que habían sido su prisión, fuera de ellas, tan grande, tan libre, que Victoria, que nunca lloraba, tuvo que taparse la cara con las dos manos para que nadie la viera llorar, llorar como si todas las lágrimas que no había vertido en años estuvieran esperando ese momento para salir, todas juntas, todas de golpe, todas a la vez. Lloró tanto, durante tanto rato, que sin que se diera cuenta la gente se metió dentro de la iglesia para que continuara el acto, los del coro, los antiguos presos, los políticos, los familiares que señalaban la pared sobre la que se proyectaban en bucle los nombres y decían mira, el abuelo, mira, tu padre, mira el tío Manolo. Fue entonces, al quedarse vacía la explanada, cuando vio a su madre apoyada en el brazo de Gladys y haciéndole un gesto para que se acercara a ellas. Su madre estaba sonriendo, y su sonrisa la contagió y se puso a su lado.

—Mira —le dijo Carmina, señalando hacia la pared—. Ahí está tu padre, fíjate: Miguel González Puig. —Notó su cara de extrañeza —. Tú llevas su apellido, aunque lleves los míos. La vida parece absurda muchas veces, Victoria, pero si le tienes paciencia, al final, todo encaja.

La cogió del brazo que quedaba libre y estuvieron un buen rato así, mirando el nombre y la fotografía, la fotografía y el nombre, imaginando cada una por su lado qué habría pensado ese hombre tan triste, que tan poco jugo le pudo sacar a la vida, si hubiera imaginado que un día, al cabo de tantos años, su cuerpo delgado, sus ojos azules, su mirada de desdén, su cigarro en la mano, su pelo echado hacia atrás, su tristeza, su nombre, llenarían aquel muro que le mató poco a poco, mucho antes de que su cuerpo se estrellara

contra el suelo, mucho antes de que muriera en ese accidente de coche con muestras de hilos y telas. Qué pensaría al verse, entre la foto de un cómic o de un poema que otro había pintado o escrito en la misma celda, su nombre entre los de los demás, siempre en la memoria, venciendo al fin a sus verdugos.

—Hace fresco —dijo Gladys—. ¿Nos vamos?

Fueron en el mismo taxi para volver a casa, sin hablar de nada, compartiendo un silencio que era cómplice por primera vez. Miguel González Puig. No te vamos a olvidar.

Mucho después de esa tarde fría de otoño, empezó a tomar el café en la antigua cárcel y decidió hacerlo sola. No le apetece arrastrar a su madre y que le cuente las veces que la hacían esperar, que no la dejaban entrar, o las que escupían en la comida que le llevaba o que restregaban las manos sucias en las camisas que llevaba remendadas, blanqueadas con ceniza de carrasca y planchadas con esmero, o que le decían si quieres verle a solas tendrás que verme a solas a mí antes, obligándola a manosearles la entrepierna. No quería que le contase las penas de ella ni las de él, porque desde el día del homenaje intuía que no podría soportarlas y no quería llorar más.

Se contentaba con ir, con sentarse frente al monolito, con recordar la imagen de su padre sobre la pared, qué guapo, joder, qué pinta de hombre poderoso tenía, qué atractivo le volvía esa atormentada tristeza, qué lástima que fuera un pobre republicano y no un actor de Hollywood. Se reía si lo pensaba.

Si se reía, Ángel o Javi se acercaban a ella y le preguntaban si quería algo más para darle conversación y ella decía: «Nada, cóbrame», porque no quería que nadie la viese llorar, pero tampoco quería que nadie la viese reír.

Un sábado por la mañana que José Manuel le dijo que tenía que ir al ambulatorio porque le habían cambiado el turno de repente, se apuntó a toda prisa a una visita guiada porque nunca había entrado al monasterio. No pudo pasar del primer claustro, la iglesia, la escalera imperial, porque cuando el guía dijo que en el segundo patio estaban las celdas, su corazón empezó a latir tan deprisa que sintió que le faltaba el aire. Había otra persona, otro ser vivo, que respiraba el oxígeno que entraba por su nariz antes de que llegase a sus pulmones. Las piernas tampoco parecían tener fuerza para

sostenerla y apenas podía con el bolso. Las llaves, el móvil, el monedero, el paquete de pañuelos, la funda de las gafas de sol suponían un peso imposible de cargar. De no haber sido cardióloga, habría pensado que le estaba dando un infarto, pero como lo era sabía que tenía un ataque de ansiedad. Abandonó el grupo y fue a buscar refugio en su mesa, pero estaba ocupada por la gente que se arremolinaba fuera de la cafetería esperando el segundo turno para acceder al monasterio. Javi la reconoció y sin pedirle permiso, la entró prácticamente en volandas a la cocina. Mala idea, porque su padre preparaba allí una paella para un arqueólogo que se jubilaba y hacía calor, pero le mojaron la nuca con un trapo empapado en agua, la abanicaron con *El País* y le ofrecieron una Coca-Cola, hasta que se le pasó el mareo y también la vergüenza y encontró la fuerza para marcharse por la puerta de atrás de la cafetería, por entre los coches aparcados, por la salida de los automóviles, como si escondiera algo.

Al día siguiente iba a follar con José Manuel, pero entonces no lo sabía, igual que tampoco sabía que al siguiente miércoles, cuando Ángel le llevara el cortado corto de leche, le contaría su historia y su historia empezaría a cambiar.

# EL AMOR Y SUS ETAPAS

El amor tiene tres etapas.

La primera es la lujuria. El impulso sexual continuo y exacerbado. Dura pocas semanas.

La segunda es la atracción sexual, inusualmente prolongada en el ser humano. Consiste en un deseo más romántico. Las investigaciones han indicado que esta etapa generalmente dura entre un año y medio y tres años.

La última es el cariño. El apego, que implica la tolerancia hacia la pareja. Podría ser que durase toda la vida.

Ángel sabe que está pasando algo. Lo sospecha, lo intuye y lo teme. Se pregunta cuánto tiempo lleva con Tina y se responde que toda la vida, aunque sabe que no es verdad, que hubo vida antes de ella y que si ella se va habrá vida también después, porque él es de los que sabe que a este mundo venimos a sobrevivir y por eso hay gente que se levanta después de cada caída sin quejarse, y aunque hay otros que permanecen hundidos un tiempo, la mayoría termina por levantarse también. Él quiere creer que es de los primeros, que es capaz de afrontar lo que la vida le ponga por delante, pero si piensa en él sin Tina, se le abre un agujero en el pecho que no le deja respirar.

Se dice que, si Tina le abandona, se querrá morir, pero sabiendo que no se morirá. Que saltará de un avión y verá acercarse la tierra y se le pondrán los huevos por corbata, pero en el último momento recordará que tiene una cuerda de la que cuelga una anilla, y tirará, y caerá como un fardo y se romperá algo, algo que pueda arreglarse con yeso y paciencia, tal vez un tobillo, puede que la pierna entera, pero se levantará y seguirá caminando, y cuando pase mucho tiempo lo contará sin rencor y sin dolor. Estuve casado, dirá. Treinta y cuatro años. Uno de novios. Fui muy feliz, pero se terminó. Se imagina que Tina le deja y que conocerá a otras mujeres, con algunas le saldrá mal y con otras regular, y tarde o temprano se encontrará con alguien que le devuelva la ilusión, la alegría de vivir, y el dolor de haber perdido a Tina no será más que un recuerdo borroso, y la vida seguirá.

Se casaron en la iglesia del Sagrado Corazón, y el convite les costó un disgusto porque sus padres querían darlo en el bar, pero él se negaba a que tuvieran que trabajar en un día tan importante. Quería que fueran a mesa puesta, que comieran y bebieran y rieran tanto que su alegría contagiase un poco a sus suegros y a Tina, que parecía que en lugar de una boda estuvieran preparando otro funeral. A ver. Que lo comprendía, que hacía un año que Carlos

había muerto, que sabía que si Tina había accedido a casarse tan pronto, era porque le quería, sí, pero también para salir de esa casa donde todo era tristeza, a ratos contenida y a ratos desenfrenada. Fue una boda íntima, los padres, los abuelos, algún tío, unos pocos amigos. La comida la hicieron en un restaurante griego que a Tina le gustaba mucho, pero fue un fracaso. Entre que sus padres estaban molestos porque como en su bar no se comía en ningún sitio, y que a sus suegros todo les parecía bueno, pero tenían el estómago cerrado por la pena, y que a Tina tampoco le entraba nada porque estaba nerviosa por la boda y por el panorama, casi todo sobró y nadie bailó. Se fueron de viaje de novios a Italia, en autobús, Milán, Venecia, Florencia, Nápoles, Roma. Hicieron amistad con dos parejas más, unos de Sevilla y los otros de Zaragoza, y para las bodas de plata se juntaron los seis y se fueron a París porque Ángel insistió en que las relaciones hay que cuidarlas aunque no te gusten demasiado. Disfrutaron mucho, aunque el autobús era un coñazo y él no tenía demasiado en común con los otros cuatro, pero todo le venía bien. Por las noches hicieron el amor en todas las habitaciones de todos los hoteles de todas las ciudades por cansados que estuvieran porque se tenían ganas todo el tiempo, y lo mismo pasó cuando llegaron a casa, que no dejaban escapar ninguna ocasión para reconocer ese cuerpo que era del uno pero era del otro, porque para eso se habían entregado y se habían recibido en la ceremonia, yo, Tina, me entrego a ti, Ángel, y prometo amarte y serte fiel, y él, Ángel, se había entregado a ella de la misma manera. Lo hicieron tanto y se quisieron tanto que se olvidaron de la tristeza de la boda, de las incomodidades del viaje, de los defectos de los amigos nuevos y de los que iban descubriendo el uno en el otro, y recordaban esos principios como todos los principios deberían ser, luminosos, radiantes, alegres. No dejaron de ser felices ni siquiera cuando ella tuvo un desarreglo que resultó ser un embarazo, normal, si estaban todo el día dale que dale. No era lo que habían planeado, pero, mira, los hijos son regalos, y mejor si empezaban pronto porque así tendrían muchos y serían padres jóvenes, y él, para hacer reír a Tina, decía que se los llevaría a los toros y los entrenaría para que fueran pelotaris porque futbolistas ya había bastantes. Tina se reía porque sabía que a Ángel no le gustaban los toros, y porque se imaginaba cómo les haría el guante para darle a

la pelota y porque estaba segura de que sería un padrazo, uno de esos juguetones y consentidores, y que a ella le tocaría ser la mala, la que ponía normas y reglas y la que imponía castigos, la que evitaría que les pasara algo malo porque siempre estaría vigilando, pero le parecía bien el reparto. Joder. Qué felices fueron. O a lo mejor ahora le parece que fueron más felices de lo que fueron en realidad, porque el tiempo es como esos programas de convivencia de la tele en los que todo el mundo dice que en la casa se magnifican las cosas. El tiempo lo magnifica todo, para él. Y no se refiere al tiempo de hace veinte años o treinta, que también, sino al tiempo de hace unos días, unas semanas, cuando Tina no tenía solo dos velocidades: cero y cien, desgana y follemos.

Él finge que no se da cuenta, que no encuentra nada de extraño en su melancolía y que no le parece raro que haya recuperado la pasión de los primeros momentos sin venir a cuento, a una edad en la que el sexo no es tan importante como la ternura. Una tarde, al volver del trabajo, Tina estaba sacando la ropa de la lavadora y, al verle llegar, se quitó las bragas y se sentó encima de la máquina. Él venía cansado de estar todo el día detrás de la barra, pero no tuvo ganas de decirle que no tenía ganas y se acercó a ella con una sonrisa. Empezó a besarla, pero ella estaba más interesada en que se la metiera y él la obedeció, dócilmente. Con una mano, Tina le acariciaba la nuca y con la otra se masturbaba mientras él empujaba como podía, porque se hacía daño en un huevo con el cajón para el detergente, que se había quedado medio abierto. Ladeó un poco la cabeza para mirarla porque notó que estaba a punto de correrse, y la vio tan triste, tan desvalida, mientras tenía el orgasmo, que él falseó el suyo para terminar rápidamente y encerrarse en el baño a llorar y a temer que su matrimonio se estuviera acabando y a convencerse de que no era más que un bache de Tina, o de los dos, y que todo volvería a su cauce. Cuando salió, la mesa estaba puesta y Tina parecía contenta, no dejó de hablar durante toda la cena de sus compañeras, de Conchi, de su hija que la había llamado para contarle que pensaban irse a Croacia de vacaciones, a la costa dálmata, y que sus hijos pensaban que estaba llena de perros y preguntaban si podrían traerse uno, un dálmata, o uno para cada uno. Se reía y decía: «Les quiero porque son nuestros nietos, pero madre mía qué tontos que son», y se reía

más, tanto que la risa parecía impostada. También había hablado con Carlos y también de Carlos tenía noticias, porque justo ese día habían entregado los cuerpos de varios fusilados a sus familiares y el pobre, ya ves, que no se acostumbraba a esa emoción de ver a un hombre que a lo mejor había medido dos metros metido dentro de una cajita envuelta con la bandera de la República, tantos años después de haber sido asesinado por un pelotón en el muro de cualquier cementerio. Ay, mi Carlos, dijo, es todo empatía. Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en las lágrimas de su hijo. A él también le emocionaba ese coraje, esa permanente búsqueda de la justicia, aunque no le gustaba que la pusiera por encima de todo, sobre todo por encima de sí mismo. Lo verbalizó:

—Carlos debería preocuparse un poco más por él, por su vida.

Ella se molestó.

—¿Qué quieres decir?

Después de lo de la lavadora, no quería discutir, pero conociendo a su mujer sabía que quedarse callado no le iba a evitar la bronca.

—Pues que es fantástico que se empeñe tanto en recuperar la memoria de esas personas, en hacer que las familias estén juntas, aunque sea en otro lugar del mismo cementerio. Todo eso es magnífico y estoy orgullosísimo de él. Solo digo que tampoco estaría de más que se preocupase algo de su propia vida. Que vivir como un monje en una cueva, descuidar su aspecto y sus relaciones personales no va a hacer que se exhumen más cuerpos ni que las leyes cambien y dejen de fastidiar a los familiares.

Tina le dio la razón porque a ella también le gustaría ver a Carlos feliz o emocionado por algo más que no fuera desenterrar huesos, me gustaría saber que se ha enamorado, dijo, como si estar enamorado contuviera el resto de las felicidades dispersas por el mundo, y guardó un silencio triste que le contagió. Se le quitaron las ganas de preguntarle qué le pasaba, de averiguar por qué estaba así, por qué su vida parecía irremediablemente diferente desde hacía unos días, por qué unos días se habían convertido en la vida entera, por qué ella parecía otra persona, tan distante. Y, de paso, por qué se creía que él era tan idiota, tan elemental, que si le echaba cuatro polvos o le hacía un par de mamadas antes de ir a currar se iba a quedar tan tranquilo y no se daría cuenta de nada.

Le ocultaba algo, pero más que eso le dolía comprender que no se conocían o no tanto como pensaba. Él no era capaz de desenredar la madeja de su pena y ella creía que su marido era un neandertal. Tina jugueteó con la cena, pero apenas la probó. Le recordó que justo esa noche hacía una semana que se había cortado en un dedo al intentar abrir un sobre de kétchup para la hamburguesa y le preguntó que cómo tenía la herida y él se la mostró, y al verla, ella dijo:

—Ya está curada.

Ángel se acordó que cuando el filo del cuchillo le atravesó la yema del corazón, el dedo había empezado a sangrar como si el corte se lo hubiera hecho en el corazón de verdad. Se puso una tirita y se la tuvo que cambiar al poco rato porque se empapó de sangre y el pegamento se deterioró. Le estuvo escociendo un par de días, pero en solo siete apenas se le notaba la cicatriz. Pensó que cuando ocurrió aquello aún no había pasado nada, o él no era consciente de que nada pasara, y deseó que en una semana más la zozobra que ahora sentía fuera igual que la marca de su dedo, que no había dejado huella. Se le humedecieron los ojos y Tina se dio cuenta, pero como con descuido le preguntó por su día y él le dijo: «Bah, bien, un miércoles más».

Ese miércoles había hecho mucho calor. En la televisión dijeron que, en algunos puntos del país, Córdoba y demás, habían alcanzado los cuarenta grados. En San Miguel siempre hacía más fresco, pero el sol abrasaba el aluminio de las mesas, las bebidas se calentaban nada más sacarlas de la barra y era imposible mantenerse sentados si la sombrilla dejaba pasar un mínimo rayo. De hecho, solo tuvo que salir dos veces: la primera para servir el café con leche de todos los miércoles y la segunda para pedirle a la mujer que hiciera el favor de pasar dentro, con el aire acondicionado, porque si se empeñaba en quedarse fuera, se iba a morir y haría que ellos murieran también al salir a atenderla. Victoria sonrió y Ángel pensó que al sonreír la cara se le transformaba como si fuera una persona distinta, más amable, más cercana, más guapa, y mientras le ponía otro café con leche y la veía mirar por el cristal hacia el monolito y, más lejos, hacia la pared del claustro en el que estuvieron los presos y ahora estaban los fondos de la Biblioteca Valenciana, se preguntó cuál sería su

historia, qué le habría pasado a una mujer como ella, que parecía culta y de buen nivel económico, que era educada aunque reservada, que tenía estilo y conservaba belleza, que parecía vivir una buena vida, qué le habría pasado, insistía su mente, para ser tan infeliz. Para no pensar en sí mismo, o para dejar por un momento de pensar en sí mismo, estuvo un rato elucubrando en lo que le habría pasado a ella: un familiar, tal vez su padre, estuvo preso allí. Eso seguro. Y a lo mejor no salió vivo, y por eso ella tenía ese peculiar modo de rendirle homenaje, cada miércoles, con un café con leche y una mala hostia tremenda. Sintió tanta pena por ella que se lo preguntó. «¿Qué la trae por aquí todos los miércoles? Cuéntemelo». Y Victoria, desarmada por una pregunta que no se esperaba, no tuvo más remedio que responderle con la verdad, pero Ángel, por la noche, no tuvo ganas de compartir esos pensamientos con Tina. Tampoco los otros.

Tina sabe cómo son sus hijos. Los ha parido a unos con más dolor que a otros, y conoce bien a los tres. Los conoce y los intuye. A veces se equivoca, pero no es lo habitual. De pequeños se daba cuenta de la enfermedad antes de que la enfermedad apareciera, un leve cambio en el tono al hablar, un enfado sin motivo precedía a una noche de fiebre o de vómitos o de las dos cosas a la vez; un insomnio de varios días ocultaba a una mentira que ella siempre descubría; un beso inesperado, una petición tan imposible que ni Santa Rita la podría cumplir.

Los conoce y los quiere. Quiere a Carlos, aunque odia sus arranques de mal humor, su hermetismo, su falta de interés por cualquier cosa que esté viva y no permanezca oculta bajo montones de tierra, pero ama su compromiso, su determinación, su entrega a las causas nobles. Se lo imagina con cincuenta años, con sesenta, más solo que la una, exhumando fosas. Él le dice que cuando tenga cincuenta años no habrá muertos en las cunetas ni en cementerios enteros debajo de otras tumbas, pero lo de la soledad no se lo niega. No ha tenido nunca novia, que ella sepa, y si no lo sabe, es que no ha existido. Alguna aventura, seguro, porque es guapo como él solo. Los tres son guapos, aunque ninguno tiene los ojos azules que ella deseaba de pequeña. Tampoco parecen echarlos en falta. Carlos es espectacular: rubio, pelo rizado, ojos color miel, espalda ancha, manos grandes, piernas fuertes. Cierto que le ve con ojos de madre, pero incluso con esos ojos no le ha visto nunca enamorado de otra cosa que no fuera su trabajo. No quiero que nada me distraiga, decía cuando estudiaba. No quiero que nada me quite tiempo, decía cuando trabajaba. Comparte piso con dos compañeros de la empresa, y de vez en cuando pasa por casa con el pretexto de verlos, pero lo que quiere es llevarse comida para llenar la nevera y la despensa y no perder ese tiempo tan valioso que es el suyo en ir a comprar.

Su padre se reía y le decía: «Hombre, Carlos, ya que trabajas

entre tanto polvo, alguno que otro podías echar», pero a él no le hacía gracia la broma porque su trabajo era lo más importante del mundo.

—A esa gente la enterraron peor que si fueran animales, sin que su familia sepa ni dónde, haz el favor de respetar su memoria —se quejaba, muy serio.

Una vez, Ángel le dejó una caja de preservativos en un cajón de su mesita de noche, y años después ahí siguen, sin abrir. Tina conocía a su hijo y sabía que para Carlos el sexo no tenía importancia y que, aunque no usara aquel regalo de su padre, tenía mucho cuidado de no perpetuar la especie porque la especie misma le daba mucho asco. *Homo homini lupus* ha sido su estado de WhatsApp desde que tiene WhatsApp, y ella ha pensado siempre que, si tan malo es el mundo, si tan malo es el hombre, él debería hacer algo para mejorarlo, y que si no lo hace, es porque él mismo es un egoísta y eso le jode, pero Carlos tiene las ideas tan claras que sabe que no le va a dar disgustos ni problemas que no se espere.

En cambio, sabía que tenía que preocuparse por Laura, porque Laura era guapa y alocada. Todo era demasiado fácil para ella. La vida le ha resultado sencilla de vivir desde que nació. Ningún problema grave, ninguna fractura de corazón, nada que no se solucionase con tres carantoñas y con promesas que no siempre se iban a cumplir. Ángel dice que eso es porque tiene don de gentes, pero Tina sabe que tenerlo, el don, lo tiene, pero que el egoísmo también. Les encasqueta a los niños sin preguntarles si les viene bien o si tenían ya planes. Les avisa cuando va de camino —«Mami, que te dejo a los niños a dormir»—, y ella encantada porque adora a sus nietos, pero al mismo tiempo le da por culo que piense que no tienen vida propia. Se los deja fines de semana, vacaciones, alguna noche de entre semana para salir con su marido y mantener viva la llama sin pensar que ellos han de hacer malabares para llevarlos luego al colegio y también tienen una llama que se les puede apagar. Antes tampoco pensaba en sus hermanos cuando se llevaba el coche sin preguntar si ellos tenían intención de usarlo, porque solo había uno y se suponía que se lo tenían que repartir. Y con su marido, lo mismo. Conoció a Pepe en una fiesta de la facultad. Los dos estudiaban arquitectura, ella con buenas notas y él con buen futuro porque su padre era el dueño de una de las constructoras

más potentes de la zona. A ella él le hacía gracia, le parecía mono, pero no estaba enamorada, no como él, que estaba loco por Laura desde el primer momento. Ella dice que la conquistó poco a poco, pero, en realidad, no se comprometieron hasta que la hicieron fija en la empresa del suegro. Tina no piensa que fuera por interés. Solo cree que el amor nace de muchas maneras y el de ella brotó abonado por el egoísmo. Se casaron como Laura quiso y cuando quiso Laura, no le dio la gana comprarse un piso porque decía que era mejor alquilar para no estar atados a una hipoteca y a la misma casa para siempre, pero cuando sus suegros decidieron regalarles un chalé en Los Monasterios no le pareció mal plan pasar el resto de la vida en una vivienda de dos plantas y piscina, ni escolarizar a los niños conforme nacían, uno detrás del otro como si no existiera la palabra cuarentena, en el colegio privado que estaba al lado de la urbanización. En el trabajo, da cuatro ideas para los proyectos que les llegan y se olvida de ellos hasta el momento de la firma, que eso sí lo recuerda. El resto del tiempo lo pasa poniendo fotos en su Instagram, que si en la piscina, que si en la cocina, que si con esta ropa, que si con los críos con la cara tapada con un tomate, pero ideales a más no poder. Es tan feliz que da grima. O al menos parece tan feliz que a Tina le da miedo. Si no hubiera tenido el mundo siempre a sus pies, tal vez sabría que las cosas cuestan esfuerzo, que cuanto mejores son esas cosas más empeño hay que poner. Y de las personas, mejor no hablemos. Es su hija y Tina la quiere. Es tan guapa, tan lista, sabe fingir que es tan buena que saca del mundo todo lo que necesita, desde pequeña. Es rubia, alta, delgada, tiene los ojos pardos, el pelo rizado, la sonrisa franca. Qué fácil quererla. Qué fácil decirle a todo que sí. Tina teme que llegue el momento en el que la vida se le ponga cuesta arriba o la lleve por carreteras con curvas. Que Pepe la deje, que tenga que trabajar para un jefe que no sea su suegro y la putee como putean los jefes que no son los abuelos de tus hijos, que los niños no saquen buenas notas o le digan que no quieren montar a caballo, que se le descompensen las tiroides y empiece a engordar y tenga que hacerse *influencer* de mujeres de verdad, de las normales, de las que son más fáciles de saltar que de rodear. Ángel la tranquiliza: nada va a pasar, pero tal vez algún día quiera algo que no pueda tener y se le caerán los palos del sombrajo. Laura es la más egoísta de los tres.

Se ríen, pero saben que es verdad. Que la vida es seria y que lo serio no es fácil y que cuanto antes se aprenda, mejor. Javi lo aprendió pronto, la primera vez que le llamaron maricón en el patio del colegio y no supo si reír con los que reían o echarse a llorar él solo. No entendía que lo que le estaban diciendo fuera un insulto, porque era como gritar «¡rubio!» a un rubio o «¡alto!» a un alto, pero tampoco se sentía parte de la broma. Al llegar a casa se lo dijo a su padre, Ángel a Tina y ella a la directora del colegio, que le contestó que no eran más que cosas de críos, que no había que darle importancia. Trataron de no dársela, ni cuando le robaron la mochila y se la devolvieron con la palabrita de los cojones en letras mayúsculas con rotulador permanente por todos los lados, ni cuando lo escribieron en la puerta de los baños ni cuando hicieron una pintada en una de las paredes del patio. A Javier le gustan los *ravos* con el dibujo de una polla bien grande. «Puede ser cualquier Javier», dijo la directora, y Tina se aguantó las ganas de decirle que si ese Javier podía ser cualquiera, el padre de ella también podía serlo, porque la directora era un pedazo de hija de la grandísima puta. Lo que sí le dijo fue que el nivel del colegio dejaba mucho que desear, no en cuanto al respeto por los demás, que también, sino en cuanto a ortografía porque rabos se escribía con b. No quisieron sacar a Javi de la escuela inmediatamente porque eso hubiera significado enseñarle que huir era la primera opción. Tampoco le preguntaron si le gustaban o no los chicos, porque a los ocho años lo único que estaba claro que le gustaba era dibujar, leer, coleccionar cromos y ver la película de Harry Potter, pero en cuanto pudieron se mudaron a Miraval con la esperanza de que allí dejasen de meterse con él. Javi era simpático, es simpático, no tanto como Laura, y es guapo, no tanto como Carlos, pero con lo que tiene le basta. Alto, enclenque, ojos marrones, pelo de cualquier color porque se lo tiñe a menudo, a veces con barba, a veces con bigote, voz grave, risa contagiosa. Hizo amigos que le duran hasta hoy, que nunca le han dado de lado, que cuando él se enamoró de un compañero de clase lo vieron con normalidad, aunque el compañero en cuestión tenía novia y no le hizo ni caso, que cuando al tercer o cuarto intento consiguió salir con un chico lo celebraron con él, que cuando se le rompía el corazón le atenuaban el golpe con borracheras o fiestas o viajes o con las tres cosas a la vez. Javi no

encuentra ningún motivo para no ser feliz, y cuando se preocupa se conforma con cualquier consejo que le haga sentir mejor por marciano que sea. «¿Me irá bien como diseñador?», «Claro, porque eres el mejor diseñador del planeta», «Ay, es verdad». Se le acaban las dudas.

Ahora que ha pasado el tiempo, recuerda aquellos meses de la infancia de Javi como si no hubieran ocurrido, como si otra mujer hubiese pasado noches sin dormir deseando matar a niños que se parecían al suyo o a madres que no eran diferentes a ella. Se despertaba y veía a Javi en la cama, soñando con quién sabe qué, tan tranquilo, sin que nada le perturbara. Si le preguntan ahora, no es capaz de recordar aquellos meses de angustia en los que ella estuvo muy cerca de convertirse en una asesina. A veces lo piensa. ¿Lo hubiera hecho? Ya no matar. Pegar, por ejemplo, ¿lo habría hecho?, ¿le habría partido la cara a uno de esos niños, niños como su hijo solo que un poco más cabrones, si les hubiera pillado haciendo esas pintadas? ¿Y con sus padres? ¿Se habría liado a hostias con ellos después de pegarles a sus hijos? Pensaba en una tía de su marido, Paula, a la que no había llegado a conocer, pero que había matado a un tipo de una patada en los huevos precisamente por una pelea de críos. La tía Paula fue a la cárcel, pero la amnistía por la muerte de Franco la liberó. ¿Y si le hubiese pasado a ella? ¿Y si ella hubiera acabado matando al padre del niño que se metía con el suyo? ¿Y si le hubiese reventado la nariz a un crío que no hubiera sido cabrón, sino solamente cobarde, un niño normal, de los que son cariñosos con sus padres y sus hermanos y sus demás amigos, buen estudiante, de los que le gustan los animales, que no supiera lo que significaba la palabra maricón y solo se hubiese dejado arrastrar por otro cabrón de verdad que, al verla llegar, habría salido corriendo y se habría salvado del bofetón y de quedarse sin padre porque Tina hubiera acabado matándolo? ¿Y si hubiese pasado? Años de pena, de cárcel, de vergüenza, de perderse la infancia de sus hijos, de no mudarse a Miraval, de no conocer a Conchi, de no comprarle a su madre la planta baja, de no tener depresión porque no asimilaba que se hiciera vieja y que se le olvidaran poco a poco las cosas, su marido, su hijo muerto sin empezar a vivir, el nombre de sus nietos, de los días de la semana, la calle en la que vive su hija, ella, ay, mamá, cómo me haces esto

que no sé gestionar y me convierte en una mala hija, en una gruñona de mierda, ay, mamá. Si hubiera asesinado al padre de ese niño, no habría sabido que la vida no le gustaba, pero no encontraba las palabras para decirlo, no habría conocido a José Manuel. ¿Y si hubiese pasado? Su hijo diría mi madre está presa porque mató a un hombre para defenderme, pero en realidad no recordaría de qué. Hubiera podido hacerlo, matarlo. No le hubiera costado nada. Una orden del cerebro a la pierna. Levanta, empuja, bien fuerte. Zas. Javi no es menos egoísta que los demás.

Quiere a sus hijos, a los tres. Por encima de todas las cosas, de todos los defectos, de cualquier decepción. Lo ha dado todo por ellos, siempre. Se ha puesto la última de la lista. La última para la ducha aún a riesgo de quedarse sin agua caliente cuando el termo era eléctrico, la última para escoger la comida, la que nunca tenía ganas del último trozo de lo que quedase en la mesa, de la última croqueta, de la última cerveza, la última en ir a dormir, pero también muchas veces ha sido la primera: la primera en levantarse, en levantar a toda la casa, en ponerla en pie, en saber lo que a cada uno le gustaba comer y lo que no podía soportar, en aprender los nombres de los actores y los cantantes favoritos por más que cambiasen cada semana, de los amigos y de los enemigos y sobre todo de los que no se podían nombrar porque dolían como una bofetada. Ha sido chófer, psicóloga, saco de boxeo en el que descargar los golpes que no se atrevían a dar a quienes de verdad lo merecían. Ha estado siempre ahí para ellos, y ahora no es más que eso, una persona que siempre está ahí, con la única utilidad que ser útil para ellos. «Te dejo a los niños», «Prepárame comida para una semana», «Llévate estas pajaritas para tus compañeros del museo».

Lo ha pensado mucho. Así lo ha pensado, toda la vida: que lo ha dado todo por sus hijos y que ellos son unos egoístas. Como si fuera algo malo, un error imperdonable para una madre, un fallo grave de sus hijos, pero ahora, hoy, que mira continuamente el móvil por si José Manuel llama o escribe, hoy, que hace ya tantos días que no sabe nada de él, hoy, que lleva noches sin dormir o durmiendo mal, que se siente tan traidora que para sentirse menos traidora ha hecho el amor con su marido a diario, como cuando empezaban a estar juntos, y que le nota contento, pero al mismo tiempo extrañado, porque le gusta follar y está más relajado, pero tanto folleteo

también le escama un poco y está empezando a plantearse si Tina no estará tratando de ocultarle algo y se acuesta con él para que no se dé cuenta. Así que hoy, cuando vuelve a pensar en el egoísmo que la rodea, que la envuelve, que condiciona su vida, piensa por primera vez en que sus hijos, tan egoístas, parecen mucho más felices que ella. Carlos con sus rasquetas y sus pinceles y sus fémures y sus cráneos con agujero de bala y sus húmeros y sus cúbitos molidos a golpes revelando la verdad después de tantos años escondidos bajo tierra, cubiertos con las tumbas de otras personas que también se murieron, pero se murieron bien; Laura con su belleza y su vida social y sus redes sociales y sus combinaciones de ropa que a veces hace que se agoten en las tiendas las prendas que lleva, y que las tiendas le pagan para que se las ponga; Javi con sus pajaritas y sus sueños de vender pajaritas y otros complementos en el mundo entero. Joder. Lo piensa. Parecen felices. Son felices. Más que ella. Ninguno toma escitalopram. Ninguno parece pequeño en comparación con la vida que les queda grande. Piensa, por primera vez, que puede que el egoísmo sea el acierto en vez del error. Que tal vez ella haya sido la equivocada, siempre, toda la vida, la vida entera.

Así que coge el móvil y escribe a José Manuel.

José Manuel ha perdido la esperanza de tener noticias de Tina. Han pasado nueve días desde que comieron, siete desde que Conchi le dijo que aceptase los cambios que le proponía la vida, y lo único que ha cambiado ha sido su dieta porque le ha dicho a Victoria que le han ampliado el horario y se queda a comer en el Moma con la esperanza de que Tina acuda a almorzar o a tomar café, o a comer, o que vaya por ahí solamente para acordarse de él, del buen rato que pasaron, de las horas que compartieron, de cómo les creció el amor en una mañana soleada de sábado como crecen las plantas mágicas en los cuentos, una semilla, un poco de agua y ya están listas para llegar al cielo. Va a engordar, porque a diario se pide un pincho de tortilla a media mañana, come dos platos y postre y se bebe una o dos copas de vino, ya que no encuentra otra vía para reunir el ánimo de volver a casa y pasar la tarde entera con su mujer, y lo que es peor: la noche. No quiere verla, ni tocarla, ni mucho menos hacer el amor con ella otra vez porque siente que si lo hace, será como engañar a Tina y él con Tina quiere hacerlo todo bien, decirle toda la verdad, amarla como debe ser el amor, sin doblez ni mezquindad. Mira hacia atrás y no ve más que desperdicio: de vida, de tiempo, de sentimientos. Si lo piensa un poco, se siente triste, pero, si lo piensa más, se siente feliz porque aún le queda tiempo para rectificar con Tina, o incluso, sin Tina, porque, aunque ella no le quiera o no quiera una vida con él, José Manuel ya sabe que lo suyo con Victoria es un libro con final cerrado. Por eso hace tiempo en el Moma, y come, y bebe, y engorda y se achispa para llegar a casa adormecido y no enfrentarse a algo que no se produce porque se anticipa todas las sobremesas a un horror que nunca vive. Victoria llega tarde a casa y no dice de dónde viene ni qué le pasa, porque nadie le pregunta de dónde viene ni qué le pasa. Entra y dice hola, hay alguien, y José Manuel responde hola, estoy en la cocina o en el sillón o en la terraza o dondequiera que esté, fingiendo que prepara su cena o que ve la

tele o que lee un libro, porque, para ser exactos, está pensando qué estará haciendo Tina o qué estará pensando o si le añorará o si se habrá dado cuenta de que lo mejor es dejar de hacer el idiota a la edad que tienen y, como él, también se preguntará, a diario, pero qué haces, pero qué estás haciendo.

Por la mañana, cuando se levanta, decide que, a menos que Tina o su madre hayan pedido cita, no la va a llamar. Se lo promete a sí mismo, se dice: José Manuel, prométeme que si no han pedido cita, no la vas a llamar, y se contesta, sí, lo prometo, lo prometo. José Manuel ha incumplido su palabra muchas veces, ha defraudado a muchas personas, es experto en decepcionar, pero si hay alguien a quien nunca ha fallado, es a sí mismo. Con lo de Roberto, sí. No es que se hubiera comprometido a no matarlo, más bien todo lo contrario. Verlo muerto lo deseó muchas veces, no solo la noche de Menorca, sino muchas noches, muchos días, muchos fines de semana que sabía que Victoria estaba con él. Incluso cuando estaban juntos, cuando Victoria dormía junto a él en la cama, o cuando era con él con quien hacía el amor, José Manuel sabía que pensaba en Roberto y deseaba que muriera, pero nunca pensó en ser él quien lo matase. Eso ocurrió en una décima de segundo. Ni siquiera fue una decisión, no lo decidió, no pensó voy a matar a este cabrón que se folla sin parar a mi mujer. Y si lo pensó, fue tan rápido que no se dio ni cuenta. Pum. Pam. Bang. Tampoco sonó como nada que hubiera sonado antes cerca de él, ni siquiera en una película. Fue un sonido como de viento, como un portazo, y luego vino el silencio que dicen que es eterno, que precede a la tormenta y que en realidad es fugaz y está lleno de ruido, de gritos, de voces, y no hay ni tormenta ni nada que se le parezca, solo gente moviéndose a la velocidad habitual, coches que vienen y van, sirenas, mantas térmicas y una única pregunta: pero ¿qué has hecho?

No es que piense más ahora en Roberto que antes, porque Roberto no se le va de la cabeza, no desde que lo mató, sino desde que se conocieron. Piensa en Roberto como si pensara en subir al Himalaya sin preparación, con cansancio y con sensación de derrota, porque fingir ser su amigo le costó tanto esfuerzo como superar su muerte. Más, si cabe, porque para lo de la muerte contó con apoyo de la química y de expertos que le ayudaban a transitar

por ese dolor y a soportar esa carga. No fingía, los sentía de verdad. Él era un hombre de vida y haber matado a una persona no le dejaba dormir ni vivir, y la culpa era como una bacteria que poco a poco le devoraba. La idea de perder la libertad le aterraba, porque de pronto la libertad era un órgano vital más, como el corazón o el pulmón. Cuando le declararon no culpable, se le fue el miedo, pero se despertó el católico que llevaba dentro y que nunca había dado señales de existir, y empezó a temer que hubiera otro juez que no fuera de este mundo y que le hiciera pagar lo que los jueces de la tierra no habían considerado responsabilidad suya. Pero pasó lo que pasa siempre, que el tiempo hizo que los días cayeran uno tras otro sin descanso y la herida se hizo costra y la costra, cicatriz. La piel que salió era piel nueva. A veces escocía, pero no le llegaba a doler. Se acostumbró.

Eso no le ocurrió en vida de Roberto. No lo tragó desde el principio, aunque pensó que sería uno más, que a Victoria se le pasaría, y tardó en darse cuenta de que la relación de Victoria y Roberto le había hecho daño, nada, un pequeño arañazo que con el tiempo se complicó y se hizo una llaga grande y purulenta, y así se quedó, abierta, como el primer día que supo que tendría que compartir a Victoria con él, aunque decir que la compartía con él era una forma de engañarse como se engañan los niños que se tapan los ojos o se esconden bajo las sábanas pensando que si no ven tampoco son vistos. La realidad era que no compartía a Victoria con nadie, porque no se comparte lo que no se tiene, y él no la tenía. Puede que no la tuviera ni siquiera Roberto, porque era inaccesible, pero si alguien estuvo cerca de hacerla suya, fue él. Roberto, que siempre estaba ahí, que de joven era guapo y de mayor se convirtió en un gordo medio calvo que se peinaba ridículamente hacia atrás para que el cabello largo le tapase el cráneo descubierto, pero que a Victoria le seguía pareciendo el ser más extraordinario del planeta porque le miraba con admiración lo mismo si explicaba cómo había resuelto una operación complicada que si lo que contaba era el mismo chiste de siempre, el de la pareja que está bailando y a ella se le escapa un pedo y muerta de vergüenza le pide a su acompañante que se quede entre ellos.

—Para nada, que circule, que circule.

Lo decía y se palmeaba los muslos, o la mesa si estaban

sentados, y si estaba muy animado, muy bebido o muy contento, se tiraba él mismo uno para rematar el chiste. Las dos mujeres, Victoria y Pilar, se morían de la risa y decían ay, qué tío, pero luego él, en casa, no podía cagar con la puerta del baño abierta porque a ella le daba asco, y si se le escapaba un pedo en la cama, Victoria se iba a dormir al sofá hecha un basilisco, porque una cosa era él y otra Roberto, y los de Roberto no olían u olían bien y los suyos daban ganas de vomitar. A él le ignoraba, por lo general, nunca le contaba un problema y la única consulta que le hacía tenía que ver con la cotidianidad de su vida: comemos pollo y cenamos pescado, vino tinto o blanco, poco más. A Roberto, en cambio, le pedía consejos, lo llamaba y le escribía a cualquier hora del día. Las palabras de Roberto eran como un bálsamo que calmaban cualquier dolor. Seguro que la mierda de lo de su padre se lo había contado ella por propia voluntad y no para ahuyentar una pesadilla como quien se deshace de un vestido que aprieta y hace daño. No le dolía que se tirase a su mujer, porque eso lo hacía él y lo hacía cualquiera que a ella le gustase, aunque también sospechaba que con el tiempo había dejado de buscar en más hombres lo que ya encontraba con Roberto. Fuera como fuese, con Roberto o también con otros, no había engaño. El sexo no era nada, no era lo contrario de la muerte, no era una forma de estar vivo. El sexo ni siquiera era una necesidad: era una posibilidad. Estaba convencido de que así lo vivía Victoria y así se había forzado a verlo él mismo. Tenemos la posibilidad de respirar conscientemente, de comer conscientemente, de dormir conscientemente, de ser felices conscientemente y de follar conscientemente. La diferencia estaba en el adverbio, en tener conocimiento de la acción y de sus consecuencias, porque uno puede hacer las cosas porque no le queda más remedio o hacerlas disfrutando, hacerlas como si fuera un mandato divino o hacerlas sabiendo que la comida nos da la vida y el sexo nos la aligera. Pensaba que Victoria se entregaba al sexo más para aliviarse que para disfrutar, y aunque realmente nunca se lo preguntó, estaba en lo cierto. El cuerpo, para Victoria, no era un templo ni tampoco el de los demás, eran solo instrumentos que ella utilizaba igual que el bisturí o el costótomo para operar. Hacer el amor no era más que una operación para mejorar la calidad de la vida, un acto mecánico que unía piezas cóncavas con piezas convexas que desembocaba en

un estallido efímero, breve, que compensaba el resto de segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años, en los que vivir no valía la pena. Por eso acumulaba esos instantes, para mantenerse en tierra. Para no saltar desde lo alto, como su padre.

Así que a él no le dolía el sexo, sino la complicidad, el afecto que se tenían y que con los años no hizo más que aumentar. Le costaba entender que eso durase tanto. Sabía muy bien lo que era el amor: hormonas, conexiones neuronales, la perfecta combinación de los estímulos con las carencias, la literatura y la imaginación. Lo sabía bien porque era médico, pero también porque Victoria se lo recordaba cada vez que él le reclamaba algo de cariño en su relación, algo que demostrase que eran más que compañeros de viaje, de cama, de casa. No seas gilipollas, le decía ella, que el amor no es más que un invento. Así era. Un invento, se repetía. Un invento que a algunos les funcionaba, como a Roberto, y a otros no, como a él. Por eso le odiaba, a él más que a Victoria, y por eso mantener la ficción de haberle querido le resultó más costosa que intentar superar que lo había matado.

Lo piensa ahora sin dolor. Se lo dice. Lo he matado. Lo maté. Le quité la vida, se la arrebaté. Se lo dice. Estaba vivo y le reventé el pecho con mi disparo. Lo piensa y lo hace sin remordimiento por primera vez, pero también lo piensa con un temor diferente por vez primera. Ya no teme a jueces de este mundo ni del otro porque ya sabe que el infierno está aquí, aquí adentro, dentro de él mismo, que el suyo ha sido tener lo que no quería, no querer lo que tenía, no saber cómo salir. Pero ahora está Tina y Tina es como un faro que le ilumina con una ráfaga de luz que le muestra la ruta segura para llegar a puerto. Si Tina le alumbra, se siente a salvo, pero si Tina permanece en la oscuridad, sabe que puede que se quede parado, perdido, inmóvil en ese tormento que es su vida. ¿Y si le cuenta que mató a un hombre? ¿Y si ella se marcha al saberlo? ¿Y si no cree que fue un accidente?

Imagina que se lo cuenta. El psicólogo se lo aconsejó. Que visualizara las situaciones que le dan miedo, que las viviera sin vivirlas, que saltara con red porque después del ensayo general la representación con público le sería menos costosa, así que en su cabeza queda con Tina en el Moma, por la mañana, por la noche, por la tarde, después de comer, sí, después de comer, a tomar un

granizado de café y una leche merengada, que no sabe si tienen, pero tampoco le importa porque para eso es un sueño que sueña despierto. Ella lleva una especie de caftán de flores con escote de pico que anuncia el nacimiento de sus pechos, y calza unas sandalias de cuña que le dejan descubiertos los dedos y que ciñen sus tobillos con unas tiras marrones. Los tobillos de ella se la ponen dura. Se esfuerza en dirigir la vista hacia la silla, en la que ha dejado un bolso de rafia con dibujos con colores que combinan con la ropa. Lleva el pelo recogido en una coleta, pero algunos mechones se le escapan de la goma y ella juguetea con ellos entre los dedos mientras habla. No deja de sonreír. Está contenta, de verle, de estar con él. Ha dudado mucho en llamarle, se lo confiesa.

—No sabía si querrías verme después de aquel sábado.

No tiene decidido si se ven dentro de un tiempo o si pasa en este momento, pero eso no afecta a su fantasía.

—Claro que quiero verte —le responde él—. Pero no sabía si tú querrías verme a mí.

Se ríen como adolescentes. La risa les quita los años y la vergüenza, y ella extiende su mano y cubre la de él.

—Me alegro de haberte llamado.

Ha sido ella quien ha dado el primer paso, la que le ha dicho que se muere por verle, directamente, sin paños calientes, y él quien ha respondido inmediatamente que sí, que dónde, que cuándo, y el tiempo ha pasado deprisa desde la llamada hasta que están sentados uno frente al otro en un local vacío, solo para ellos. El camarero antipático trajina en la cocina y les deja tranquilos, y los clientes, que por lo general llenan el Moma a la hora del café, ese día no están. La música suena, suave, el sol viene y va y a ratos ilumina el espacio y a ratos les cubre una sombra como para darles más intimidad. Tina está más guapa que nunca y él nunca ha sido tan feliz.

—No he dejado de pensar en ti —le dice ella—. No te vas de mi cabeza por más que lo intento, y lo intento con todas mis fuerzas, porque sé que lo que siento no va a ningún lado.

Él se muestra firme.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Niega con la cabeza y borra la pregunta—. Eso no lo sabes. Tampoco sabes que yo siento lo mismo que tú, que no puedo sacarte de aquí. —Se acerca una mano al

pecho y a la frente—. Pero yo no quiero que te vayas, yo lo que quiero es estar contigo.

Levanta la mano que ella mantiene aferrada a la suya y la besa. Ella sonríe. Él mueve su silla, se coloca a su lado y se acerca para besarle los labios. Tina se aleja un poco y le dice que no, que así no, que ahí no.

—¿Temes que nos vean? —pregunta él.

Tina niega con la cabeza varias veces.

—Temo no ser capaz de separarme de ti si me besas.

Le gusta esa red, ese ensayo, aunque se da cuenta de que le está saliendo bastante hortera. Se siente seguro, aunque intuye que en la realidad no podrá tachar las palabras que no suenan bien o que no le gustan. Sabe, lo sabe, que no se acercará despacio, con una media sonrisa dibujada en la cara. Que no le retirará uno de los mechones rebeldes que se escapan de la coleta, que no se lo colocará detrás de la oreja, que no dejará su mano ahí, en el hueco entre su mandíbula y su cuello, que no dejará que sus calores se fundan antes de que se fundan sus labios y ya no sean dos labios, dos bocas, dos lenguas, dos salivas, y se conviertan en una sola cosa húmeda, caliente.

Retira levemente su cara para comprobar que, en efecto, Tina está ahí.

—Qué bien besas —le dice ella.

Es algo que sabe, que besa bien. Lo sabe de siempre, aunque no se lo ha dicho nadie, y ahora se alegra de que sea Tina la primera que ponga palabras a esa realidad.

—Besas bien, eres divertido, eres empático, eres buen médico, buen hombre y eres muy guapo —dice Tina—, pero no sé nada más de ti.

Así que es el momento de que él le cuente toda la verdad, sin guardarse nada, sin mostrar su mejor cara, sin exagerar virtudes y sin achicar defectos, sin esconderse.

—Me llamo José Manuel. Tengo sesenta y tres. Estoy casado con una mujer que no me quiere y a la que yo no he sabido querer. No puedo decir que no he vivido, pero sí que me he dejado llevar por la vida a partir de un momento determinado, que en mi mente coincide con el tiempo que estoy con Victoria. Al principio no era así. Tenía muy claro lo que quería para mi vida: ser médico, ayudar a los demás a vivir mejor, más sanos, más felices. Pero luego todo se

complicó. Victoria no tiene la culpa, ya era así cuando la conocí y, como todos los que se enamoran, pensé que sería capaz de cambiarla, que conmigo sería menos distante, menos fría, y la realidad es que al final fui yo quien se acostumbró a esa frialdad, quien le dio rango de normalidad a todo lo que pasaba en nuestra vida.

Tina siente curiosidad.

—¿Y qué pasaba?

Él se encoge de hombros.

—Que vivíamos sin reglas y con libertad para hacer lo que nos diera la gana, juntos y por separado, pero que, en realidad, eso no era más que una excusa para no ver lo que pasaba: que entre nosotros no había amor y que, si lo había, era hacia otras personas.

Tina, oh, Tina es tan buena inocente que no entiende lo que él le está contando.

—Éramos una pareja abierta que vivía una relación abierta, pero hasta eso era mentira. Victoria estaba enamorada de otro hombre, de nuestro mejor amigo, y finalmente todo saltó por los aires.

Tina se lleva la mano que le queda libre, porque él no le ha soltado la otra, hasta la boca y se la tapa con un gesto de asombro.

—¿Qué pasó?

José Manuel duda. No sabe qué decir en este momento, porque, por muy ensayo general que sea, ese salto es demasiado complicado, aunque abajo, antes del suelo, le espere la red.

—Nos invitaron a una cacería. Yo no quería ir, pero me convencieron. —Teme estrellarse contra el suelo y que su cuerpo quede hecho un guiñapo ensangrentado—. Yo no tenía experiencia, él me sacó el permiso de caza haciéndose pasar por mí.

Piensa en decirle que fue un accidente, porque, al fin y al cabo, eso es también verdad, pero cree que, al menos en su fantasía, puede decir *la* verdad y no *una* verdad.

—Pero cuando le vi, agazapado, y me di cuenta de que le tenía a tiro me entró una cosa por el cuerpo que no sé ni describir. Me saludó con la mano y yo… no es que decidiera matarle, pero pensé: «Vete a tomar por el culo, pedazo de cabrón, vete a joderle la vida a otro, mamón de mierda, sal de nuestras vidas para siempre, hijo de puta». No pensé en matarle, ¿sabes? Fue un accidente, un accidente mental, porque mi mente no asimiló la consecuencia de la acción.

Solo pensé en insultarle, en despreciarle, en dejar de fingir que era mi amigo. Pero disparé, y le maté.

Tina le mira con espanto, con pena. Tina le mira, pero no sabe cómo. No imagina cómo puede mirarle Tina si le dice *la* verdad de esa manera, que no se la ha dicho nunca ni a sí mismo. Jódete, calvo cabrón, gordo de mierda, deja de peinarte hacia atrás y de abrocharte los pantalones por debajo del sobaco, deja de contar chistes de pedos, deja de follarte a mi mujer, deja de ser su mejor amigo. Jódete.

Muérete como el cerdo que eres, un cerdo y no un gorrino jabalí, un cerdo, un cerdo de mierda. Vete de nuestras vidas, de mi vida y de la de Pilar, que no se merece lo que le haces, o sí, por gilipollas, por quererte como te quiere Victoria, desde el primer día. Gordo, calvo, cerdo cabrón.

No sabe cómo le mira Tina, ni cómo se mira él a sí mismo, pero en ese momento suena su móvil y Tina, la de verdad, que a saber qué ropa lleva y si se le escapa un mechón de la coleta, le pregunta si quiere dar una vuelta por el museo esa tarde.

Han pasado nueve días desde que comieron, siete desde que Conchi le dijo que aceptase los cambios que le proponía la vida, y lo único que ha cambiado es su dieta. Es lunes. Es la realidad. Abandona el ensayo, recoge la red. Le dice que sí. Y ya no se pregunta más pero qué haces, pero qué estás haciendo.

# EL AMOR, PERPETUADOR DE LA ESPECIE

Los antropólogos sostienen que lo que conocemos como amor parece ser un estado evolucionado del primitivo instinto de supervivencia, que mantenía a los seres humanos unidos y heroicos ante las amenazas y facilitaba la continuación de la especie mediante la reproducción.

Si conservar al grupo con vida es el fin biológico más importante, es lógico que se confiera al amor un sentido muy elevado y trascendente, ya que esto contribuye a la perpetuidad de la especie.

Victoria está impaciente. Ángel también. No con la impaciencia de los enamorados, no por el mismo motivo, pero tienen ganas de verse. Como los enamorados, tienen necesidad de verse, los dos. A Victoria le urge conocer lo que Ángel ha averiguado para ella y él arde en deseos de contarle lo que ha conseguido saber. Ella necesita su información y él necesita saberse necesario para alguien, aunque ninguno de los dos lo explicaría en esos términos, porque ella no cree necesitar a nadie y él no piensa que sea tan patético.

Ella quiere saber la verdad y él quiere decírsela. Si les preguntasen al respecto, si les hicieran la pregunta concreta, dirían que es la verdad lo que nos hace libres, porque los dos coinciden también en el error: no es la verdad, sino el desconocimiento de la mayor parte de lo que ocurre a nuestro alrededor lo que nos permite seguir viviendo con moderada felicidad. Como esa anciana que añora a su amor de juventud y cree que el día menos pensado se lo encontrará al girar una esquina y mantiene la ilusión porque no sabe que ha muerto. O como el hombre que ignora que su mujer está enamorada de uno que no es él y vive la vida como si todavía le amara y no estuviera todo el tiempo pensando en el otro. O como la madre que no piensa que su hija la detesta. O como la hija que cree que su padre murió en un accidente de tráfico.

¿Querrían morir, Victoria y Ángel, de conocer que hay algo más que les une, además de Miguel? Ángel no, y Victoria mucho menos. Ella lo interpretaría como una traición de la vida, una más, y se replegaría dentro de su caparazón de rencor y distancia con el mundo. Ángel cambiaría de esfuerzo, pero se seguiría esforzando; ahora lo hace para mostrarse paciente y no dejar ver su desazón, y cuando pase lo que tiene que pasar, cuando Tina le diga: Ángel, tenemos que hablar, se esforzará en comprender lo que le está pasando a su mujer, porque cree que si consigue entender por qué pasan las cosas que pasan, es más probable que lo acepte sin dolor o con dolor razonable. Pero para eso aún falta, aunque tampoco lo

sepan.

Victoria ni siquiera se ha percatado de que José Manuel está raro, más raro de lo normal. No se ha dado cuenta de que apenas lo ve porque tampoco se ha dado cuenta de que en realidad lleva toda la vida ciega con él. Se despierta y ya se ha ido, y cuando vuelve lo encuentra en la cama, o en la ducha, o le dice que va a dar un paseo por Blasco Ibáñez sin más explicaciones y ella tampoco las pide. Victoria no puede pensar en él como si fuera una amante esposa, por más que hayan vuelto a tener sexo y por más que aquella vez que hablaron de separarse a ella se le abriese un agujero en el pecho, pequeño, pero doloroso, y reaccionase arrojándose a sus brazos cuando por fin regresó. Ahora solo puede pensar en lo que Ángel tiene que contarle después de que ella le contara toda su verdad.

Ángel, por su parte, la espera con ansia. Le ha pedido a Carlos que esté con él en el bar por si Victoria tiene preguntas que él no sepa responder. A Carlos le ha hablado de Miguel como si le contase una novela de misterio.

—Ella viene aquí para estar cerca del lugar donde su padre pasó los últimos años de su vida, pero —le dijo por teléfono— ¿te imaginas que podemos ayudarla a saber dónde está ahora?

Carlos no le encontró el punto. Él está centrado en las fosas comunes, en los asesinados contra la tapia de un cementerio, en los que yacen apilados cabezas contra pies, unos sobre otros, para ahorrar espacio en el agujero al que los arrojaron tiempo atrás, puede que incluso compartiendo bala para ahorrar también munición, en los que tienen sobre sus tumbas anónimas las tumbas de otros a los que sus familiares sí pueden limpiarles las lápidas y llevarles flores el día de los difuntos, así que la idea de encontrar el lugar en el que reposa un señor que se quitó la vida no le pareció suficiente para perder un segundo de su tiempo.

—Hombre, Carlos, parece mentira que digas eso —le reconvino Ángel—. Parece mentira. Lo que le pasó a ese hombre fue como lo que les pasaba a los que se morían en su casa porque les dejaban salir de la cárcel cuando estaban tan enfermos que les quedaban horas de vida. ¡Esos también fueron asesinados! —protestó—. Y a este señor lo torturaron tanto que le quitaron las ganas de vivir. Eso es lo mismo que si lo hubieran fusilado.

Carlos cabeceó.

—Por supuesto, eso es así. Me alegra ver que al final te hemos captado para la causa —sonrió—. Pero es que realmente voy muy mal de tiempo. Yo te digo lo que sé, pero a ella se lo dices tú.

Ángel estaba tan triste, tan cansado, que cuando dijo: «Bueno, vale, lo que tú quieras», Carlos pudo ver su tristeza y su cansancio a través del teléfono móvil, y cambió de opinión. Por eso ahora está acodado en la barra y habla con Javier mientras se zampa con apetito un bocadillo.

—Mira, ahí viene —dice Ángel cuando la ve.

Se le acelera el corazón, absurdamente. No le gusta, ni es su amiga, ni siquiera le cae bien. Y, sin embargo, la idea de ayudarla le alivia. Lo saca de ese pozo de negrura en el que se siente si piensa en lo que le está pasando con Tina. De alguna manera, cree que hacer algo por ella es hacer algo por todas las personas del mundo, y si hace algo por todas las personas del mundo, también estará haciendo algo por él mismo, como si fuera uno de los hombres justos de los que habla la Biblia. Eso le hace pensar en *La lista de Schindler*, y pensar en *La lista de Schindler* le hace pensar en Spielberg, y pensar en Spielberg le hace pensar en su mono, porque hace días vio un documental sobre su vida. Que no tenía amigos. Que sacaba malas notas. Que se metían con él por ser judío. Que de más mayor se hizo amigo inseparable de George Lucas, Francis Ford Coppola, Brian De Palma y J. J. Abrams. Que pronto destacó como director, y todo lo que ya se sabe. Pero también salían sus padres. Su madre, una anciana adorable de pelo corto y rubio, casi blanco. Su padre, un señor mayor. Hablaba de su madre, que estaba muy loca. Que cantaba y bailaba y que inventaba juegos sin parar, y una vez apareció en casa con un mono que había comprado en una tienda de animales, porque estaba deprimido. «Todos los niños querían un mono —decía la madre—, y los míos estaban muertos de miedo». El padre la miraba con cariño y decía: «A mí me gustaba el mono». Contaban que, a partir de un cierto momento, su madre estaba siempre triste y que su padre un día se puso a llorar. Se separaron. Su padre contó que su mujer se había enamorado del mejor amigo de él, y que fue ella quien decidió separarse y que ambos resolvieron hacer creer que el culpable había sido él. Ella era muy frágil, dijeron los dos, y así la protegerían. Steven contaba que

había estado quince años sin querer hablar con su padre y que en casi todas sus películas está presente esa herida. El resto del documental dejó de interesarle. Solo quería abrazar y abrazar a ese pobre hombre que a pesar de todo seguía mirando con cariño a la mujer que le había roto el corazón. Él nunca les compraría un mono deprimido a sus hijos y mucho menos Tina, pero ¿qué recordarán ellos, cuando se vaya? Le viene la imagen del hombre a la cabeza mientras Victoria se acerca, y también la certeza de que su mujer se irá.

Siente que va a echarse a llorar y se aparta la lágrima antes de que llegue a brotar por el lagrimal, y sale de la barra para recibir a Victoria.

Ella también está nerviosa, aunque no triste. Lleva una semana pensando que tal vez ese desconocido al que únicamente ha tratado porque le sirve el café con leche le acerque a su padre. Lamenta que hasta que él no se lo dijo no hubiera pensado que ella misma podía hacer algo más, buscarle hasta encontrarle, y le bastase la idea de pasar un rato cada miércoles en el lugar en el que alguna vez estuvo, como si fuera una cita secreta, como si ese secreto les uniera un poco. Le da la sensación de que lleva toda la vida esperando ese instante, y no desde hace una semana, cuando hacía tanto calor que el camarero le pidió por favor que entrase a resguardarse con el aire acondicionado, y una cosa llevó a la otra y acabó confesándole el motivo de sus visitas, y él le preguntó dónde estaba enterrado su padre y ella se descubrió respondiendo que no tenía ni idea.

—Mi hijo mayor se dedica a la arqueología forense y sobre todo trabaja temas de memoria democrática —le dijo Ángel—. Puedo preguntarle qué puedes hacer para localizar su tumba, si es que hay algo que se pueda hacer.

Ella le dijo que sí, sin darle demasiada importancia, pero conforme fueron pasando los días la posibilidad de tener un sitio de verdad donde estuviera su padre fue cogiendo fuste. Tener un lugar al que ir, un lugar en el que su padre entró entero y en el que su carne se pudrió hasta convertirse en polvo y se escapó por entre sus huesos, los que quedaran enteros; donde sus ropas se hubieran hecho andrajos que aún recordaran lo que habían sido, y no como el cuerpo, del que ya no quedaría rastro. Llevar a su madre a un sitio así y decirle: «Mira, mira dónde te traigo». Las primeras veces

que se lo imaginó, vivía la escena desde el rencor: «Mira, mira dónde te traigo, donde tú no quisiste traerme nunca». Pero poco a poco la rabia se fue diluyendo, y el verbo querer acabó en poder, pasando por desear (deseaste), decidir (decidiste), intentar (intentaste) y saber (supiste), y ahora solo piensa en que Ángel le diga cómo para poder saber dónde y llevar allí a su madre, tal vez con un ramo de flores, o tal vez con una bandera, o tal vez con un ramo de flores amarillas, rojas y moradas que formen una bandera. Se siente pletórica, pero se esfuerza en apartar de ella esa sensación que le recuerda tanto a la del embarazo, porque es un sentimiento diferente y no quiere emponzoñarlo con aquel, tan doloroso, aunque le resulta complicado porque no tiene tantos momentos felices en el saldo de su vida. Pensar eso, a esas alturas, cuando está más cerca del final que del principio, la pone triste y le hace tener un pensamiento pequeño, en letras minúsculas, en voz muy baja: su vida ha sido un desperdicio, no ha dejado huella, no ha sido una buena invitada, cuando se marche no habrá dejado el mundo un poco mejor que cuando llegó.

Le da un manotazo al pensamiento, plas, lo bloquea, mientras Ángel le presenta a Carlos, y Carlos, que será hábil con los muertos, pero es torpe con los vivos, se mete en materia sin paños calientes.

—Mi padre me ha contado la situación y tengo que decirle que va a ser muy complicado dar con el cuerpo de su padre.

Ángel desmiente al hijo.

—Pero lo vamos a intentar.

El hijo insiste en su primer diagnóstico.

—Lo vamos a intentar, pero va a ser muy complicado, porque ni siquiera sabemos en dónde fue enterrado. —Mira a Victoria—. Perdone que sea tan directo, pero no quiero que se cree falsas expectativas. Recuperar cuerpos de la represión franquista es una tarea complicada en la que los familiares están solos para todo, para hacerse cargo económico, para los trámites administrativos, para todo…

—Pero yo solo querría saber dónde está enterrado.

Carlos muestra extrañeza.

—¿Y dejarlo ahí si está en una fosa?

Victoria se encoge de hombros.

—Es que primero querría saber dónde está.

—¿Y si hay otras personas enterradas junto a él?

Victoria se encoge de hombros, otra vez.

—Bueno, si está en una fosa, doy por hecho que habrá otras personas con él, pero supongo que si sus familias no los han buscado antes, es porque no tenían interés en encontrarles.

A Carlos le cae mal Victoria.

—¿Como usted?

Victoria siente la hostilidad de Carlos, y no quiere complicar la ayuda que pueda prestarle.

—Yo no sabía que podía buscarlo hasta que tu padre me habló de ti, la verdad. Durante muchos años, mi madre me dijo que había muerto en un accidente de tráfico, y luego ya supe que se quitó la vida. Siempre pensé que a los suicidas los enterraban sin que constara su nombre y di por hecho que nunca daría con él. Pero ahora… me gustaría mucho saber dónde está, sí, y llevar a mi madre a ponerle flores. No sé lo que quiero hacer porque tampoco sé lo que puedo hacer, pero me conformo con saber que hay un sitio en el que está, aunque pueda parecer una estupidez.

Carlos sabe que no lo es, que enterrar a los muertos es uno de los primeros símbolos de humanidad en un pueblo, y que en el caso de muertes traumáticas es imposible que las heridas cierren si no se cumplen los ritos. Trata de hacer lo que siempre hace, ponerse en el lugar de las víctimas, y se esfuerza en pensar que la mujer que tiene delante lo es, pero, como no lo consigue, se imagina cómo será su madre, esa mujer que tuvo que criarla sola y que para protegerla la envolvió con una mentira. Ahí sí que encuentra espacio para la empatía, para la ternura. Pobre mujer, se dice, tan sola y con una hija que nada más verla se le nota que es una egoísta de manual.

—Necesitamos saber el nombre completo, la fecha del fallecimiento y la causa, si fue precipitado, ahorcado, si murió por impacto de bala… Todo lo que nos sea útil para diferenciarlo del resto.

Victoria toma notas en una libreta pequeña, roja, y asiente. Carlos continúa:

—Murió en 1956, ¿verdad? —Victoria dice que sí—. En ese caso, podría estar en un nicho, si la familia pudo pagarlo, en un panteón o en una fosa. Los dos primeros casos facilitarían mucho encontrarlo.

—La única persona que le quedaba viva fuera de la cárcel era mi madre, y cuando ella se enteró de su muerte llevaba ya muchos días enterrado quién sabe dónde.

Carlos aventura que estará en una fosa y vuelve a repetirle lo difícil que será localizarlo. No sabe por qué, pero Victoria está a punto de ponerse a llorar hasta que interviene Ángel y se le pasan las ganas.

—Vamos a intentarlo, Victoria. Y si no, en el peor de los casos, te quedas como estás: vienes aquí, te tomas el café con nosotros.

Victoria hace un gesto con la mano, despectivo, como diciendo bah, no sois suficiente ni tú ni tu hijo ni tu café con leche, pero Ángel es inasequible al desaliento.

—Y si quieres te puedes traer a tu madre, y podemos poner un ramo de flores debajo del monolito.

Victoria vuelve a hacer un gesto con la mano, despectivo, pero menos, como diciendo bah, eso no sería suficiente, pero ya que lo comentas tampoco está tan mal, y Ángel fuerza una sonrisa pensando en el mono de Spielberg, en su padre, en su madre, en el amigo que se interpone en el matrimonio, en las vidas rotas y en las argucias que la gente inventa para hacer como que no ha pasado nada y poder continuar.

Conchi le tiene aprecio a Ángel. A Tina la quiere, pero a Ángel le aprecia. No es lo mismo, porque para apreciar solo tienes que valorar las virtudes del otro y querer implica egoísmo. Te quiero. Yo, a ti, te quiero. Te quiero para mí, te quiero cerca de mí. Sabe que decir te quiero tiene que ver con un deseo que no tiene por qué ser merecido. Es más, en su caso, siempre ha querido más a quien menos se lo merecía. Querer de esa manera ha hecho de ella lo que es ahora, una solitaria desgraciada que finge que nada le importa, aunque en realidad todo la daña.

Quiere a Tina porque le conviene quererla, le compensa. Tina le hace bien, por eso la quiere con ella por encima de sus cambios de humor o del caos de una casa que deja en sus manos, o de la sensación de que tiene que estar siempre disponible para echar las cartas, para acompañar a su madre al médico, para recoger a sus nietos en la parada del bus, para escuchar sus lamentos por otro hombre que tal vez no valga la pena.

Tina es su amiga, su jefa, su protectora. Le ha dado trabajo, cobijo, consejo. Le pide que le eche las cartas, aunque sabe de sobra que Tina no cree que el futuro se esconda en una baraja. Tina ha mirado por su bien cuando ella se ha vuelto miope y no ha sabido ver el precipicio al que se abocaba. Ha cuidado de sus hijos cuando ha estado enferma o cuando se ha enamorado y no se los ha podido llevar a un fin de semana romántico o a unas vacaciones románticas o al viaje que fuera, pero romántico, y no le ha reprochado nada cada vez que ha vuelto del fin de semana, de las vacaciones, del viaje que fuera con el corazón roto o magullado y la confianza en la humanidad hecha añicos. Suerte que estaban Tina, y Ángel, y suerte que el tiempo pasaba rápido y ella se recuperaba pronto, lista para otra inevitable ruptura en el centro de su pecho.

Una vez Tina se la llevó quince días a Tárbena y dijo que eran dos semanas de chicas para hacer senderismo por la sierra de Bernia y respirar aire puro, y si les sobraba tiempo, acercarse a la playa a

Jávea o a Dénia, pero la realidad es que apenas salieron de la habitación. A Conchi le habían fallado las cartas, o a lo mejor no se las había echado y se había enredado con un gandul con el que la única precaución que tomó fue la de siempre: ponerse condón para no quedarse embarazada y dio resultado, porque embarazada no se quedó, pero el resto fue un desastre. El gandul se llamaba Jesús y había sido compañero de la escuela. Era pequeño y delgado, rápido como una lagartija. Ya entonces era un liante, pero cuando se reencontraron por Facebook ya no era un reptil enano que vivía entre los huecos de las paredes y se alimentaba de insectos, sino un cocodrilo de ojos hipnóticos, capaz de quedarse inmóvil durante horas para coger desprevenida a su pieza y comérsela. Jesús apareció un día en uno de esos grupos de antiguos alumnos del colegio del pueblo y entre el primer hola virtual y el viaje a Tárbena pasó poco tiempo, pero pasó también una trituradora que revolvió su vida y la dejó patas arriba. Porque resulta que el pequeño Jesús de mayor se volvió justo lo que necesitaba una mujer como ella, que estaba sola y que se creía de vuelta de todo, a mí me la vas a dar, a mí, que las cartas me advierten de lo que me va a pasar, a mí que tengo dos hijos de dos padres distintos que no saben que son padres, que uno tiene un hijo que se llama Vicente y el otro es padre de Andrés, como sus abuelos, que esos sí que eran buenos hombres y no como lo que hay por ahí, o como lo que yo me encuentro por ahí.

El Jesús adulto era guapo a rabiar, alto, moreno, fibroso. Tenía unos brazos que no sabías si servían para abrazar o para partirte el espinazo, y unos labios y una lengua, la madre del amor hermoso, que si te besaban te dejaba los tuyos como dormidos, y del sexo mejor no decir nada porque cualquier comparación o metáfora se quedaban cortas. La primera vez que se acostaron tuvo tres orgasmos y dolor de músculos durante varios días. Jesús era un empotrador que ya quisieran muchas mujeres, más jóvenes, más guapas que ella, pero mira, era de ella. Fue de ella tres meses. En esos tres meses Jesús le dio a probar el sexo del bueno y la cocaína y se enganchó a todo, a follar, a la droga, a Jesús. Jesús era camionero, o eso decía, y en ese momento estaba de descanso. Los tres meses que estuvieron juntos se apalancó en su casa, tuvo broncas a diario con Vicente y Andrés, que se fueron con su abuela

para evitar males mayores. Conchi empezó a estar enferma, cosa de nada, una gripe mal curada, un ataque de ciática, un cólico, y encadenó dos meses de bajas. Tina le preguntaba si la maltrataba y contestaba la verdad, que no, pero que quería pasar todo el tiempo en la cama con él porque sabía que eso no duraría mucho más. Cuando a Jesús lo volvieron a llamar para hacer un viaje con el camión, se fue y se llevó la televisión, el dinero que Conchi guardaba en un cajón, que era poco, pero que era todo el que tenía, el telescopio de Vicente y el microscopio de Andrés, y a cambio le dejó el corazón roto y una adicción a la coca de la que Tina trató de librarla con los paseos de Tárbena.

Así que quién es ella para juzgar a su amiga si la cabeza se le va detrás de otro hombre, quién es ella para recordarle que se ha enamorado sin saber nada de él, porque ¿qué otra forma hay de enamorarse que no sea el desconocimiento? ¿No es eso lo que nos hace caer rendidos de amor? No saber nada de la otra persona, que sea un mapa mudo en el que colocar ríos con sus afluentes, montañas con sus valles, provincias, ciudades, pueblos enteros. Nos enamoramos de un olor, de una sonrisa, de una mirada que activa a saber qué mecanismos que tenemos ocultos en nuestro cerebro y que nos hacen saber, sí, saber que es esa persona la que vamos a amar toda la vida. Después la ignorancia pierde fuerza, y aparecen las manías, los pequeños fallos, eso que todo el mundo tiene, quién no se deja la tapa del váter levantada después de mear, quién no es desordenado o descuidado, quién no paga con el otro un mal día en el trabajo, un fontanero que no llega a tiempo o que sí que llega, pero cobra una pasta por arreglar una tubería que se ha roto. O defectos mayores, de los que parece mentira que hayan pasado desapercibidos, los celos, la envidia, la mezquindad. O lo peor de todo. La infelicidad que aparece cuando ya es demasiado tarde, adónde voy yo con esta pinta, con este cuerpo, con este puñado de hijos, con esta hipoteca, con esta madre que tiene Alzheimer, con este hombre que si le dejo se muere.

Quién no se acuesta en la cama como en ese poema de Zahara que Andrés tiene pegado con chinchetas en la pared de su habitación: hay personas que duermen con personas mientras sueñan con otras personas que duermen con otras personas que sueñan con otras personas. Quién no es infeliz. Quién no se da

cuenta de que el olfato le traicionó, al principio, cuando todo era una promesa que aún no se había roto.

Al menos José Manuel no es un delincuente, y si las cosas salen mal, no le dejará en la ruina y con mono de él y de sus polvos en el más amplio sentido de la expresión. De no haber sido por Tina, Conchi habría caído en barrena, pero Tina actuó como actúan las amigas de verdad: se hizo cargo de su vida, dispuso de su tiempo y del de sus hijos y los instaló en su casa, al cuidado de Ángel; cogió vacaciones en el museo y tramitó las de Conchi en la contrata de limpieza y se encerró con ella en un hotel de Tárbena del que no salieron hasta que a Conchi se le quitaron las ganas de meterse el mundo por la nariz y de crear un nuevo mar a fuerza de derramar lágrimas. Pasearon por la sierra del Bernia, compraron nísperos en Callosa, se bañaron en el agua helada de las fuentes del Algar, lloraron a ratos, rieron a veces, hicieron promesas aun sabiendo que no iban a cumplirlas, no volveré a beber, no volveré a liarme con gandules, no haré esto nunca más por ti, porque sabían que Conchi volvería a beber y a liarse con gandules y que Tina estaría ahí siempre que la necesitara.

Al regresar ya estaba todo resuelto. En el comedor había una televisión nueva, otro telescopio en el cuarto de Vicente y un microscopio en el de Andrés. Por eso le tiene aprecio a Ángel, porque sabe que lo de la tele y lo de los otros cacharros fue cosa suya, que salió de él sin que nadie se lo pidiera. A ella nunca la ha querido nadie bien. Seguro que Ángel no sabe hacerlo de otra forma.

Tina no sabe la suerte que tiene. La vida de Tina es como un parque acuático con toboganes a los que te subes si te da la gana, no por obligación, y te deslizas al bajar, suavemente, sobre una colchoneta y no crees que se te va a salir el hígado por la boca de puro miedo. La vida de Tina mejora con el tiempo, cada vez más guapa, cada vez más lista, cada vez más libre. Con ese trabajo tan chulo, de ocho a tres, en un despacho acristalado nada más que para ella, frente a un ordenador, delante de una ventana por la que se cuela el sol si hace sol o sobre la que se estrella la lluvia si llueve. Una vez la llevó, a su museo, eso dijo, a su museo, como si fuera de ella, un lunes, que es cuando está cerrado al público. Le hizo de guía, que si los retablos, que si las vírgenes, venga vírgenes, en

tránsito, amamantando, con cara de buenas, que si San Roque, San Pedro, San Sebastián, que si retratos de señoras y señores vestidos de negro, que si escenas de martirios y crucifixiones… Gustarle solo le gustó uno que se llamaba *Amor de madre* y que retrataba a una mujer, o eso parecía según el título, que intentaba salvar a su hijo de una inundación. Tina le dijo que lo pintó Muñoz Degraín, aunque ella no lo recuerda, pero sí se acuerda de que no pudo evitar echarse a llorar al verlo porque se preguntó qué haría ella en ese caso, y no estuvo segura de que la respuesta fuera salvar a sus hijos y sacrificarse a sí misma, y para prueba no había más que ver que fue el hombre de Tina quien compró el telescopio y el microscopio que les robó el hombre que ella les había metido en la casa.

Por eso le tiene aprecio, a Ángel, y siente mucho lo que le va a pasar. Se lo han dicho las cartas. Le hizo una tirada en pirámide, que es mejor para las buenas noticias. Barajó pensando en él, Ángel, cincuenta y ocho años, Ángel, que no sabe lo que le espera, Ángel, ay, pobre. Colocó cinco arriba, cuatro en la segunda línea, tres en la tercera, luego dos y luego una. Las primeras filas ya daban en el clavo: el diablo y la torre, engaño, traición, enganche sexual, y ruptura. La carta de la luna no tardó en salir, menos mal, porque eso indicaba que lo oculto acabaría saliendo a la luz. Se iban a separar, porque lo aseguraba la carta de la justicia. Pobre Ángel, ignorante, sin saber que, en realidad, todo lo que le estaba pasando, y a ella también, estaba escrito de antes. La tirada dejaba bien claro que tanto él como la persona que le estaba traicionando, es decir, Tina, habían venido a este mundo para aprender una lección, porque lo aseguraba la rueda de la fortuna, que pronosticaba un cambio que llegaba por destino, por su karma. Por suerte para Ángel, acababa saliendo de una situación en la que le engañaban, que le tenía machacado, y, mira, lo que son la cosas, con los papeles del divorcio se montaba en el carro, literalmente, porque la penúltima carta era la del carro, y cogía las riendas de su vida y conocía a la que acabaría siendo el amor de su vida, que era la última, la del amor verdadero. Que sería lento, lo decía el tarot, que tendría mucho dolor, eso no se lo quitaba nadie, pero que la justicia y el amor acababan triunfando y salía mejor de lo que había entrado: más fuerte, más sabio, más justo y con una mujer mejor,

que para eso se lo decía el sumo sacerdote que era quien presidía la cúspide de la pirámide.

Le tiene aprecio y le da lástima cuando Tina le habla de él y también cuando Tina le habla de José Manuel. Se pregunta si no debería advertirle de lo que está pasando, decirle, eh, Ángel, Tina se ha enamorado de otro. O avisarle sin avisarle, sin decirle nada, preguntarle, por ejemplo, cuánto tiempo hace que no se van solos de viaje, o contarle que Tina le ha dicho que tiene ganas de que se vayan a un hotel de la ciudad y jueguen a que son amantes, aunque sea mentira. O preguntarle si no quiere que le eche las cartas e insistir cada vez que él le diga que no hasta que no le quede más remedio que decirle: va, venga, pesada, échamelas de una vez, para que se calle, y entonces, salga la carta que salga, le diga, uy, Ángel, que estás descuidando tu relación, que das demasiadas cosas por hecho, que una pareja es como una planta frágil que puede quebrarse por un golpe de viento o por una mañana que amanezca más fría de lo habitual. Él pondrá cara de extrañeza cuando oiga eso, como si lo viera, y entonces ella le dirá, pero no es culpa tuya, las cartas dicen que Tina tiene una insatisfacción muy grande dentro de ella, o a lo mejor no le dice eso. Puede que le diga solo que todavía está a tiempo, que la coja de la mano y se la lleve lejos, que la trasplante a una tierra nueva donde sus raíces prendan mejor. Cuando piensa eso, le da rabia Tina. La quiere, pero le da rabia. Es su mejor amiga, la hermana que no le ha dado la vida, pero, si pudiera, le daría un par de hostias para que espabilase.

Se siente culpable también. Al principio, la alentó, le siguió el juego, no la paró. Incluso se inventó la lectura de las cartas para fingir que la historia con el médico tenía futuro, porque le hacía gracia ver a su amiga tan ilusionada como una niña pequeña, y cuando se dio cuenta de que la cosa iba en serio, ya no fue capaz de convencerla de que seguir adelante era una locura. Entonces empezó a fijarse en Ángel; primero, para ver si se daba cuenta de que algo pasaba, si estaba más triste o más desconfiado, pero pronto se entretuvo observando el color de sus ojos, o cómo sonreía, o si se había cortado el pelo o si la ropa estaba empezando a quedarle grande, y Ángel perdió en familiaridad lo que ganó en humanidad. Dejó de ser familia, y empezó a ser un hombre. Un hombre que no merece lo que le va a pasar, que no debería más que recibir la

misma felicidad que da.

Tina tampoco merece la suerte que tiene. No se merece que la quieran tanto si ella misma no sabe querer. Le da pena Ángel. Le da tanta pena que a veces, cuando se desvela, se entretiene pensando en él y preguntándose de quién será ese amor tan grande que ha augurado el sumo sacerdote, y solo antes de dormirse, antes de que se le cierren los ojos y se abandone al sueño, se permite decirse que ojalá fuera el de ella porque está más que dispuesta a dárselo.

Hay gente incapaz de tocar una araña porque a algún antepasado le picó una, o que no puede comer setas porque un tatarabuelo murió envenenado. José Manuel lo ha leído alguna vez, pero no tiene claro si darle crédito a eso de la memoria genética porque él come, bebe y toca todo bicho viviente y no tiene constancia de haber heredado, o no, los traumas de nadie de su familia, pero en Victoria tiene todas las pruebas que avalarían las teorías de la epigenética. También sobre eso ha leído mucho, que para eso es médico. Su mujer es la prueba viva de que nuestros genes se ven afectados por dónde vivimos, qué hacemos con nuestra vida, las cosas que comemos y los daños que en el pasado han sufrido nuestros padres. Lo último, sobre todo.

Lo piensa y le da lástima. Una lástima nueva, reciente, nacida de ese sentimiento insólito que se parece tanto a la felicidad y que le lleva no solo a sentirse bien, sino a saberse superior. Desde su nueva atalaya sabe, lo sabe, que Victoria no tiene la culpa de ser como es. Que con las cartas que le repartieron al nacer no podía haber jugado la partida de otro modo. Y que, aunque tenga la culpa de todo, está exonerada de responsabilidad. Así lo piensa, exonerada de responsabilidad, lo mismo que constaba en la sentencia que le absolvía a él de haber matado a Roberto y que le dejaba libre porque no era responsable del desastre que había causado. Igual que Victoria. ¿Qué responsabilidad va a tener ella? Ninguna. Es una víctima más. Tiene ganas de decírselo. De decirle: Victoria, oye, abre tus ojos, mira hacia arriba y disfruta las cosas buenas que tiene la vida. Pero se contiene, contiene hasta el pensamiento, porque se imagina que, si le dice eso, Victoria no entenderá la profundidad del mensaje y se quedará en la superficie y le dirá: pero qué me estás diciendo, pedazo de hortera, qué haces cantándome una canción de Chayanne, y no tendrá ganas de decirle que no es de Chayanne, sino de René Touzet y que, de todas las versiones, a él la que más le gustaba era la de Elsa Baeza porque cuando tenía veinte años se

había enamorado locamente de ella y se pasaba las horas muertas mirándola en la portada del *Credo*.

Ahora que sabe lo que es el amor, se apiada de Victoria, pero el recuerdo de su vida junto a ella le inunda de pereza y las ganas de mostrarle el camino hacia la felicidad le desaparecen con rapidez. No le guarda rencor, se dice, pero que cada palo aguante su vela.

Se enfada. Con él. Con ella. Con todos los que echan la culpa a los demás de lo que sea que les pase. La culpa es de mis padres, la culpa es de mi mujer, la culpa es de mis hijos. Qué fácil es eso. Qué sencillo ocultarse tras el parapeto de otro culpable, pero ¿dónde empieza la primera responsabilidad?, ¿dónde está el primer culpable, el culpable original? Nadie lo busca para no arriesgarse a no encontrarlo y tener que aceptar que tus cosas son cosas tuyas y que el hombre que se tiró por el Miguelete bastante tuvo con asumir su vida como para cargar con la de una hija de cuya existencia no llegó a saber. Se siente como un adolescente, como un *adolestonto*, con esos cambios de humor y esas hormonas revolucionadas y no sabe a quién culpar, si a Victoria, que, en general, tiene la culpa de todo, o a Tina, que le ha trastornado el cuerpo. O tal vez tenga razón y el culpable sea solo él.

Se dice todo lo que se dice mientras espera que se haga la hora. Las cinco, como en los toros. No sabe por qué ha respondido eso cuando Tina le ha propuesto verse entonces.

«¿Nos vemos a las cinco?».

«La hora de las corridas».

Al verlo escrito en la pantalla del móvil, se dio cuenta de la soberana gilipollez que había puesto y se maldijo por actuar sin pensar precisamente con ella, él, que de tanto que piensa apenas actúa. Quiso borrar el mensaje, pero Tina ya lo había leído y el tiempo que tardó en contestar se le hizo eterno. Pensó que ella pensaría que era gilipollas y querría anular la cita, pero al final mandó los emoticonos del toro y de la flamenca: «🐂 💃». Y le dijo: «A las cinco te espero en la cúpula», y el asunto quedó zanjado.

José Manuel la quiere más después del susto, porque comprende que ella le comprende, que su conexión es real, que no hay nada que pueda separarlos ahora que se han conocido, como esos personajes de *Rayuela* que andaban sin buscarse, pero sabiendo que iban a encontrarse. La quiere, tanto que no sabe qué hacer con el

tiempo que le separa de ella. Por la mañana, cuando ha recibido el mensaje, ha sido sencillo porque los pacientes no le han dejado descansar: que si las alergias, que si la tensión, que si una herida infectada, que si colitis, gastritis, amigdalitis, todas las -itis a la vez se han aliado para que el tiempo volase hasta que la suerte le ha abandonado y se ha encontrado sin nada que hacer desde las tres hasta las cinco. Ciento veinte minutos, siete mil doscientos segundos, que ha dedicado a:

Pedir la comida, no comérsela y pagarla.

Volver a casa.

Ducharse.

Buscar ropa.

Descartar ropa.

Pensar en Victoria y perdonarla y cansarse de pensar en Victoria.

Imaginar la tarde que va a pasar con Tina.

Mirar por la ventana y ver la cúpula del museo debajo de la cual, dentro de un rato, se encontrará con la felicidad.

Desesperarse por lo lento que pasa el tiempo.

Sentirse estúpido por pensar estupideces.

Agobiarse porque se acerca la hora y no ha decidido qué ponerse y tiene la cama llena de la ropa que ha descartado.

Al final, se viste con unos vaqueros y una camisa blanca. Hace calor y se la arremanga y el espejo del ascensor le devuelve la imagen de un hombre joven y alegre al que le cuesta reconocer. Su reflejo es el de una persona enamorada que confía en que la vida le va a tratar bien. Sonríe. Se sonríe. Se devuelve la sonrisa.

Mientras tanto, al otro lado de la calle, cerca de la cúpula que José Manuel puede ver desde su casa, pero no exactamente debajo, un poco más hacia la derecha según la mira él, en el segundo piso de un edificio adyacente al principal, Tina ha sufrido la exasperante lentitud de los segundos y los minutos encadenándose uno tras otro hasta llegar a los dieciocho mil y los tres mil que han pasado desde que le mandó el mensaje hasta que podrán al fin encontrarse. Ella ha hecho la cuenta por matar el rato, sin saber que José Manuel ha recurrido al mismo truco por desesperación. Y también ha ido mucho al baño, no por aburrimiento, sino por descomposición, porque el egoísmo le ha sentado mal y le ha revuelto el estómago.

Ha tirado la comida que se ha llevado de casa, los canelones que sobraron el sábado, y al mirar los restos en la basura se ha acordado de Ángel comiéndoselos, de todas las veces que le ha visto comer. Ángel es agradecido, todo le sabe bueno, y si algo no le gusta dice, bah, no está mal, y se lo zampa en dos bocados para que no quepa duda. Se ha arrepentido del mensaje, del egoísmo, de todo lo que está a punto de hacer y ha estado a punto de volver a escribir a José Manuel, no, mejor de llamarle, de decirle la verdad:

—Esto es un error, José Manuel. Vamos a olvidarlo todo. Voy a cambiar de médico a mi madre, es mejor que lo dejemos estar.

Es lo que debería hacer. Pero. Ha guardado el teléfono en el cajón de su escritorio y se ha ido de su despacho para alejar la tentación de cambiar de planes y para repasarlos. Porque sus planes son claros. Piensa esperar a José Manuel, como le ha dicho, en la entrada principal, junto al mostrador, bajo la cúpula. Le dará dos besos. Quizá un tímido abrazo.

Le dirá:

—Mira hacia arriba.

Le contará mientras comienzan a caminar, lentamente, que es uno de los espacios que más le gustan del museo, que es verdad, y que reproduce el techo de la iglesia del antiguo seminario que estaba ahí, donde ahora están ellos. No se las quiere dar de erudita, porque no lo es, pero ha asistido a muchas visitas guiadas y ya se lo sabe casi todo. Que antes era un seminario, que en la guerra fue un hospital, que durante mucho tiempo se podían ver los hornos donde quemaban los miembros amputados de los pobres soldados.

Le dirá, lo tiene todo pensado, vamos de azul a azul, y antes de pasar a las obras de arte le llevará al patio del Embajador Vich y le contará que fue montado pieza a pieza con los restos de la casa original que se hizo construir con mármoles de Génova el que fuera embajador del rey en Roma, que se llamaba Jerónimo, y los que faltaban los hicieron nuevos. Se los señalará. Ese arco. Ese capitel. Dará por hecho que no sabe nada de lo que le cuenta, que es la primera vez que va al museo, como tantos.

Le dirá:

—¿No te da vergüenza, viviendo tan cerca? Seguro que si vas a Madrid, no te dejas nada por visitar.

Pero se lo dirá en broma, le reñirá cariñosamente, como se riñe

las primeras veces, cuando los defectos hacen gracia. Puede que no sea verdad, que haya estado alguna vez, pero confía en que será generoso y no la sacará de su error y la dejará mostrarse resuelta, ingeniosa, culta, como cuando ella finge que no sabe las cosas que le está explicando sobre cualquier tema y él se sorprende y le dice:

—¿Pero de verdad no sabías esto?

Y ella responde con una mentira como si estuviera diciendo solo la verdad.

—No, no tenía ni la menor idea.

Él hará lo mismo, y ella le hablará del gótico, del Barroco y del Renacimiento; de la pintura al huevo, de cómo los feligreses acuchillaban o quemaban con velas algunos personajes de las predelas de los retablos que narraban los tormentos a los santos porque para ellos eran como cuentos que les contaban los curas, y le explicará que las predelas son la parte más baja de los retablos y le revelará que muchas de las obras no eran de la mano que las firmaba, sino de sus talleres, ya ves, engaños ha habido toda la vida.

Le dirá, conforme avancen, que Sorolla es genial, pero que no es ni mucho menos el único de los pintores importantes que ha dado esta tierra, así lo dirá, esta tierra, y le llevará a ver a Fillol, que tanto le gusta, como él ya sabe. Cuando le hable de *El sátiro* y le explique cómo la niña se esconde detrás de su abuelo para delatar al hombre que ha abusado de ella, la piel se le erizará tanto que le dolerá y le entrarán ganas de llorar y él, probablemente, lo note y se enamore aún más de ella, atraído por su extrema sensibilidad. Recorrerán las salas permanentes, y también las exposiciones temporales porque hay una muy curiosa que habla de cómo las personas han querido perpetuarse, pasar a la historia, a través de los retratos.

—Qué pena —le dirá—, porque hubo una época en la que ni eso podían hacer los pobres porque no podían pagarse un cuadro.

Tardarán unas dos horas en hacer el recorrido. Lo tiene todo previsto. Lo ha ensayado, en su cabeza, durante todos esos segundos interminables. Se ha reservado lo mejor para el final.

—Estoy segura de que esto sí que no lo has visto nunca —le dirá.

Sonreirá o no, según se haya dado el resto del paseo. Abrirá una

puerta con su tarjeta de empleada y le mirará divertida. Puede que él pregunte:

—¿Dónde me llevas?

Y ella tratará de mirarle con picardía.

—Tranquilo, no va a pasar nada que no quieras que pase.

Le dirá eso, o algo parecido, que suene a broma mientras recorren el pasillo lleno de marcos vacíos apoyados en la pared, de pequeñas esculturas, un par de sillas, alguna escoba.

—Habrás oído alguna vez que esta es la segunda pinacoteca del país —él asentirá—, y eso es así por lo que se expone, pero sobre todo por lo que se custodia. Y lo que yo te voy a enseñar ahora son los almacenes.

Uno, para ser exactos, porque el museo tiene siete y a verlos todos sí que no les dará tiempo. A esas horas quedará poca gente. Tal vez se crucen con alguien de seguridad. Ojalá sea con el que le pone el doña delante del nombre, doña Tina, usted por aquí. Ojalá se lo diga. Si es ese, les dejará acceder al almacén y se quedará en la puerta y ella le tendrá que hacer un gesto con la mano, disimulado, para que se vaya, y si no se va, le tendrá que decir puede seguir con la ronda, Felipe, no se preocupe, que no vamos a robar nada y si nos lo llevamos, lo grabarán las cámaras. Se reirán. Lo tiene todo pensado. Cerrará con ellos dentro y dejará al mundo fuera, y empezará a sacar peines al tuntún porque de lo que hay allí no tiene ni idea. Si tiene suerte y le sale algo del gótico, le dirá lo de las flores.

—Antes de esa época no se pintaba la realidad, para qué, ¿verdad? Con todos los milagros que tenían por ahí no les hacía falta fijarse en la naturaleza o en las personas. Pero en el gótico se empezó con el realismo. —Se lo oyó decir una vez al director y le pareció curioso. Puede que le impresione—. Lo malo es que todo el mundo no servía para pintar todas las cosas. A uno se le daban bien las flores y pintaba flores; a otro se le daban bien las caras y pintaba caras; lo mismo con los animales o con las frutas y verduras… Eran cuadros Frankenstein, hechos a varias manos.

—Carmen Mola empezó en el gótico, entonces. —Se imagina esa broma y se parte de la risa porque José Manuel es ingenioso hasta en su fantasía. Baraja quedarse la ocurrencia para ella, pero se la cede. Que la diga él.

Abrirá y cerrará peines, dirá vaguedades, tonterías, y llegarán al final.

—Estamos entre el peine y la pared —dirá ella.

—En una encrucijada —rematará él.

Se mirarán a los ojos y los dos entenderán lo que va a suceder. Lo vivirán antes de que suceda, querrán que pase pronto y que tarde un rato, y lo disfrutarán mientras llega. Les brillará la piel, por el sudor, y también los ojos, por la excitación. Ella señalará con la mirada la cámara que les vigila, y le arrastrará detrás de los archivadores con fuerza, y él se dejará llevar dócilmente. Allí, ocultos, le acariciará la cara con la mano y dirá su nombre, Tina, Tina, varias veces, mientras se acerca. Sus bocas se ajustarán, sus lenguas se encontrarán, sus salivas formarán un solo flujo de lava caliente. Sus cuerpos encajarán como si siempre hubieran bailado juntos ese mismo baile. Las caderas, los muslos, los brazos; le desabrochará el sujetador con destreza y ella notará en su sexo húmedo el sexo duro de él. Tal vez le diga aquí no, José Manuel, o él dirá así no, Tina. Tal vez.

Son las cinco. La hora de las corridas. Qué poca gracia le ha hecho ese comentario. Pero cuando le ve entrar al museo, todo se le olvida.

Sonríe. Se sonríe. Y José Manuel le devuelve la sonrisa.

Las cartas no le salen buenas. Lo intenta, una y otra vez, con tiradas distintas. Hace dos montones, escoge uno y levanta las cuatro primeras. Baraja repitiendo su nombre, Conchi, su signo, escorpio, su edad, treinta y nueve, y pregunta si le irá bien en una nueva relación que quiere empezar. No. Lo intenta con la numerología. Mal. No es momento de iniciar nada ahora, ningún proyecto llegará a buen puerto y cualquier sentimiento le reportará dolor. Debe aprender a ser paciente porque las prisas no son buenas consejeras. Entre el corazón y la cabeza hay un equilibrio que no ha sido capaz de encontrar. Ella se dice que no es una experta, que se puede equivocar al interpretar lo que las cartas o los números le muestran, pero le da por el culo equivocarse todo el tiempo de la misma manera, en contra de lo que quiere que le pase, y también sabe que si las lecturas le hubieran salido buenas, estaría feliz y dispuesta a tirarle la caña a Ángel a la menor ocasión.

Porque ocasiones parece que no le van a faltar. A Tina le ha salido una urgencia en el museo, sin determinar, que la va a tener dos días sin aparecer por casa y Ángel ha caído enfermo. Todo es mentira. Lo de Ángel no, lo de ella. No lo sabe a ciencia cierta porque no se lo ha contado, pero se ha cruzado un segundo con ella en la carretera, cada una dentro de su coche, cuando Tina se marchaba a trabajar y ella iba hacia el ambulatorio, y a pesar de la distancia y de los cristales subidos, se ha dado cuenta de que tenía un brillo distinto en los ojos y en la piel. Le ha sonreído con una sonrisa inmensa, como si trabajar la pusiera contenta cuando siempre le ha tocado las narices hacer horas extras, que bastante tenía con quedarse una tarde una vez por semana. Pasa mucho tiempo en línea, pero a ella tarda horas en contestarle cualquier WhatsApp y ha dejado de pedirle que le adivine el futuro, como si ya supiera lo que el destino le tiene preparado. Le jode que no le cuente lo que sea que le esté pasando, cuando hasta hace unos días parecía que no podía vivir sin ella, sin hablarle de lo que sentía por

José Manuel o sin pedirle que le construyera con las cartas un futuro feliz con él, aunque fuera por unos segundos y se levantara, literalmente, sobre un castillo de naipes, pero ahora la ignora y la evita y no necesita nada de ella. En unos días su vida es otra. Ja. Se ríe, en voz alta, y Ángel la mira desde la cama.

Ángel le pregunta qué le pasa y ella responde que nada, que le ha venido algo gracioso a la mente y rebusca en su cabeza algo que contarle.

—Es un chiste, uno muy malo. Te lo cuento. —Deja un momento el trapo del polvo sobre la cómoda y se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. Resulta que es un médico, es de médicos. Me lo han contado en el centro de salud, ya sabes cómo son, que siempre están mirándose el ombligo. —Se calla. Se acuerda de la profesión de José Manuel y piensa que no debería haberle dicho eso, pero como ya no hay remedio decide continuar con el chiste—: Bueno, pues es un médico que no sabe pronunciar la erre. Se le muere un paciente que se llama Ramón Rodríguez y sale a decírselo a su familia y dice: «*Pod favod, famidiades* de *Damón Dodigez*», y cuando los tiene delante les dice: «*Damón* ha *muedto*», y suelta uno: «No me joda», y el médico contesta: «Ni *mejoda* ni *mejodadá*, ha *muedto*».

Conchi se ríe, pero a Ángel le cuesta y fuerza algo parecido a una sonrisa que se parece más a una mueca de disgusto. No es que no le haga gracia. Es que no tiene ganas de vivir, así que reírse le supone un esfuerzo que no puede asumir si pretende acometer tareas titánicas como seguir respirando. En esa casa ahora viven a velocidad de vértigo, todo ocurre demasiado rápido. El amor. La enfermedad. Las ganas de vivir y las de morir. Ángel no sabe lo que le pasa ni lo que quiere, pero su cuerpo reacciona como los de esas personas mayores que se rinden ante una infección repentina y los órganos van claudicando, poco a poco, sin pausa, hasta que fallan todos a la vez. Estando todavía Tina en casa, trató de levantarse y no pudo. Temblaba de frío y el termómetro marcaba cerca de cuarenta, pero Tina no se pudo quedar.

—No puedo quedarme —dijo sin que nadie le preguntara. A Ángel le dio una arcada y vomitó en la alfombra. Tina sacó el teléfono—. Le diré a Conchi que venga a ayudarte, y la cafetería que la atienda Javi. —Tina habló mirando a la mesita de noche,

porque a Ángel no se atrevía a mirarlo—. Es que no puedo entretenerme ni a limpiar el vómito, Ángel, lo siento…

Por eso está Conchi en la casa, poniendo orden, limpiando la habitación y preparando comidas mientras Tina está con ese otro hombre. Ángel solo sale de la cama para ir al baño y cuando vuelve del baño se acuesta otra vez hasta que le entran de nuevo ganas de mear. Conchi ha llamado a un médico con el que se entiende bien y le ha dicho que permanezca en la cama, que si aguanta sin mantas se quede con poca ropa, que tome líquidos y paracetamol y que si no mejora, irá a verle cuando acabe el turno.

Javi les dice a los clientes que su padre ha pillado algo, y está en lo cierto. Ha pillado algo, pero no un virus ni una enfermedad, sino un WhatsApp en el que un hombre que se llama José Manuel le decía a Tina que sus manos buscan hundirse en su pelo, acariciar lentamente la profundidad de su pelo mientras se besan como si tuvieran la boca llena de flores o de peces, de movimientos vivos, de fragancia oscura, y que, si se muerden, el dolor es dulce, y si se ahogan en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento, esa instantánea muerte es bella y que hay una sola saliva y un solo sabor a fruta madura y que la siente temblar contra él como una luna en el agua. Tina, a ese mensaje, contestó que solo quiere hablar con él, decírselo todo por primera vez, y que tendría que conocer toda su vida, que siempre fue la suya, aunque nunca lo supo, y que solo él conocerá su secreto, cuando esté muerta y ya no tenga que darle una respuesta, cuando esto que ahora la sacude con escalofríos sea de verdad el final. Dicho todo eso, él, José Manuel, abandonó el romanticismo y le contó que al día siguiente su mujer se iba a un congreso a Sevilla, que tendría la casa para él hasta el jueves, que por qué no inventa algo y se encierran allí a terminar lo que ha empezado esa tarde, y ella escribió un párrafo muy largo antes de meterse en el baño para darse una ducha rápida, pero a Ángel no le dio tiempo más que a leer una palabra, sí, antes de que Tina volviese a la habitación anudándose intranquila el albornoz, buscando su teléfono.

—¿Dónde está mi móvil? —preguntó.

Ángel lo señaló con la mano, y fingió que buscaba un pijama en el armario, para que ella no le viera morir. Era el primero de una larga lista de fingimientos, pero lo ignoraba mientras Tina le decía

la primera de una larga lista de mentiras:

—Mañana a primera hora empieza un curso en el museo, me lo acaban de decir, un tema imprevisto para que nos enseñen a solucionar un problema con el sistema informático. Menudo coñazo. Prácticamente me tendré que quedar a vivir allí un par de días. —Bostezó—. Estoy muerta. —Sonrió.

Dijo buenas noches y apagó la luz sin besarle, sin darle la oportunidad de preguntarle quién era ese que le escribía esas palabras contra las que ni él ni nadie podría competir, qué era eso que habían empezado esa tarde, por qué le mentía para terminarlo y, sobre todas las cosas, si a pesar de todo, de las palabras, de los comienzos y los finales, de las mentiras, le seguía queriendo o le quería lo suficiente como para hacer lo que tuviera que hacer y volver después a casa como si nada hubiera pasado.

Mientras Tina se duchaba, de nuevo, como si quisiera borrar una mancha de la piel, cuando todavía no había roto el nuevo día y el cielo aún era oscuro, su teléfono vibró anunciando un mensaje que le encogió el corazón. Se levantó de la cama y a tientas buscó el terminal en la mesita de su mujer. Tecleó la clave, deprisa, cuatro seises, y leyó que el día realmente inusual sería uno en el que nada inusual sucede y hoy iban a suceder cosas maravillosas, y como Ángel no quería nada maravilloso en ese día tan poco inusual, escribió eres un pedazo de hijo de puta, pero lo borró y luego borró también el que había mandado él.

Tina se fue deprisa, diciendo bah, no será nada. No se acercó a besarle ni a pasarle la mano por la frente, ni sugirió llamar al médico, tan solo a Conchi, que apareció temprano por la casa. Abrió con su llave, dijo que le había avisado Tina y lo llenó todo de olor a caldo hirviendo a fuego lento y del sonido del aspirador arrastrando la suciedad. De Tina, ni rastro.

—¿Quieres que vuelva a llamar al ambulatorio otra vez? —le pregunta Conchi, y sonríe—. Tengo enchufe.

La voz de Conchi le rescata un instante de ese agujero del tiempo en el que vive, le separa un milímetro de la certeza lacerante de saber que Tina es ya de otro, pero de inmediato vuelve a ese dolor que no se parece a nada que hubiera sentido antes ni tampoco al que preveía sentir cuando intuía hace menos de una semana, hace una vida entera, que a Tina le ocurría algo que tenía

que ver con él, con ella, con ellos. Cierra los ojos.

—Deberías ducharte —insiste Conchi—. Una ducha tibia puede que te baje la fiebre y, desde luego, te quitará el mal olor. Porque hueles fatal.

Inclina la cara, la ladea y se husmea la axila. Es cierto que huele a rayos, pero la idea de levantarse, desnudarse, abrir el grifo, colocarse en el plato de la ducha, dejar caer el agua por su piel hasta que resbale y se vaya por el desagüe como esta mañana se fue la que recorrió la piel de Tina llevándose quién sabe qué sabores, las huellas de quién sabe qué hombre, le provoca una arcada. La idea de ser tan débil le provoca otra. Se incorpora a toda prisa y vomita sobre la alfombra bilis amarilla y pegajosa y mientras la ve caer piensa que está arrojando su alma por la boca. Le cae una lágrima, del esfuerzo y de la pena, y Conchi se sienta a su lado y le pone una mano en la frente.

—Sigues ardiendo.

Va al baño y regresa con un termómetro que confirma sus sospechas.

—Mira. —Se lo enseña—. Tienes treinta y nueve y medio. Es una barbaridad.

Él la mira y quiere decirle un millón de cosas: que la verdadera barbaridad es que él sea tan mierda, que pensaba que afrontaría la situación de otra manera, con valentía. Que no sabe cómo va a salir de esa, que gracias por decirle que no se preocupara por la alfombra, que le duele la piel, que le martiriza haber leído lo que leyó porque sabe que contra un hombre que escribe así no va a ser posible luchar y vencer, que es una buena persona, que cómo es posible que todo pueda saltar por los aires en tan poco tiempo, que comprende que se haya enamorado de otro, que nos creemos fuertes y estables, pero no somos más que hojas agitadas por el viento, sometidas a él. Quiere decirle que la culpa ha sido suya por haberla descuidado, por haber dado por hecho que su amor estaba a salvo, por no haber querido salir a pasear con ella, ir al cine, a cenar, por no haberle escrito cartas de amor, por no follar cada día, cada dos días, cada semana, cada mes, al menos, por estar siempre trabajando o cansado de trabajar. Quiere decirle que está enamorado de ella como el primer día o más, porque ahora que sabe que la está perdiendo, ese amor que ya era un amor viejo ha

cobrado la fuerza de lo que acaba de nacer. Que hace solo tres días, tres días, leyó un reportaje sobre personas que se separaban casi en la jubilación y que salía el caso de un hombre que se había decidido porque su mujer le había obligado a comerse la última alita de pollo de la bandeja, y que él, hace tres días, hace una vida entera, se había reído, pero que ahora pensaba que ni siquiera tendría la oportunidad de tener esa pelea porque Tina se iba de su lado sin una crisis, sin un aviso. Querría decirlo. Hija de puta. Pero no puede. Mira a Conchi y se lleva la mano a la garganta porque tiene todas las palabras atragantadas, ahí. Las fuerza para que salgan, pero en lugar de esas se escucha pronunciar otras:

—Tina está con otro.

Conchi asiente.

—Eso ya no tiene remedio, pero lo de tu fiebre lo podemos arreglar. Vamos a darte un baño, por favor.

Se deja guiar como un niño chico, dócilmente, porque se siente así, como un niño o como un demente o como un trozo de carne sin voluntad. Conchi va y viene del baño, manipula los grifos hasta que el agua sale tibia, añade algo de jabón para que haga espuma, le ayuda a sacarse la camiseta por la cabeza y le pone el albornoz por los hombros para que no pase frío. Le mira el pecho, cubierto de vello canoso, y se muerde el labio porque se pone cachonda y no es el momento. Se arrodilla para quitarle el pantalón y quiere ser buena con él, buena para él. Quiere cuidarle, limpiarle las heridas, decirle que van a sanar, y que él la crea. Quiere hacerle reír, que nada le duela, y siente que su amor crece como crecen las cosas que son mágicas, sin explicación.

Ángel obedece en silencio las órdenes que ella da sin hablar. Levanta los brazos, estira las piernas, deja salir el suéter y no opone resistencia a que le baje los pantalones. Conchi intenta hacerlo como si fuera otra cosa, como si no estuviera frente a un hombre enfermo y roto, pero prenda a prenda le da una tregua a su imaginación y comprende que lo que tiene que hacer no es más que bajarle la fiebre. A Ángel le duele todo, tanto que no tiene capacidad para sentir demasiada vergüenza y se esfuerza en mirar a Conchi como si mirase a una enfermera, a una hermana. Ella le ayuda a entrar a la bañera, le pide que aguante unos minutos, le explica que la gente cree que para bajar la fiebre hay que meterse

en agua fría o darse friegas con alcohol.

—Pero es todo lo contrario. Tienes que tomar un baño templado para que el cuerpo siga hidratado, porque cuando tienes fiebre sudas y te deshidratas, y también para sentirte mejor.

Ángel no cree que haya nada capaz de hacerle sentir mejor. Lo dice.

—Eso no es verdad. Estamos diseñados para sobrevivir, Ángel. Ahora te parece que esto es lo peor que te ha pasado, y seguramente lo es, y que no lo vas a superar, pero ya te digo yo que no es así.

Ángel no cree que lo vaya a superar nunca. Lo dice.

—Eso tampoco es verdad. A todos nos han roto el corazón, Ángel. Continuamente la gente se enamora, se desenamora, empieza relaciones y las termina y el mundo sigue girando.

Ángel cree que nadie ha pasado por lo que está pasando él. Lo dice.

—¿Has oído hablar del dolormómetro?

Ángel no ha oído hablar. Lo dice.

—Obvio. Porque no existe. No hay un aparato que diga que tú sufres más que yo y que yo sufro más que ese de enfrente. Cada uno lleva lo suyo, cada uno arrastra sus golpes y se cura las heridas como puede, y si tiene suerte y cicatriza bien, cojonudo, y si no tiene suerte y la herida le duele cuando va a llover, pues se jode y sigue adelante. Eso hacemos todos. Eso, y apoyarnos en quienes están a nuestro lado.

Ángel cree que él no tiene en quien apoyarse, que su vida es Tina y que si Tina se va de su vida, su vida se queda vacía. Lo dice.

—Tienes a tus hijos, y a tus amigos, y también me tienes a mí.

Ángel se pregunta si, después de todo, Tina se irá o si volverá después de ese curso de informática en el museo. Lo dice.

—Pase lo que pase con Tina, Ángel, tienes que hacer el esfuerzo de pensar en ti mismo, en todo lo que tú eres al margen de tu mujer.

Ángel cree que no es nada al margen de su mujer. Lo dice.

—Eres un buen hombre, Ángel. Eres una persona honesta, divertida, trabajadora, coherente. Eres un buen padre y un buen amigo y eres un buen compañero. Cualquier mujer daría lo que fuera por estar contigo.

Ángel cree que cualquier mujer no, porque Tina ahora mismo

está terminando lo que fuera que empezó con el otro. No llega a decirlo.

—Si Tina siente algo por otra persona, o si cree que lo siente, no tiene nada que ver contigo, Ángel. Esas cosas pasan y no es culpa de nadie. Ni de ella, ni tuya. Es una fatalidad, nadie podía imaginarlo.

Ángel no cree nada. No dice nada.

—Ni siquiera las cartas lo vieron venir —dice Conchi. Se siente culpable por mantener la mentira, pero al mismo tiempo se siente bien por estar haciendo algo para remediarlo.

Los dos sonríen.

—Vamos, sal de la bañera. El agua se está quedando fría.

Le espera con el albornoz extendido, le frota para que entre en calor.

—Mientras te vistes, voy a subirte algo de caldo y otro paracetamol. Después del baño, de comer un poco y de dormir un buen rato sin fiebre vas a verlo todo de otra manera.

Ángel no lo cree. No cree que después del baño, de comer un poco y de dormir un buen rato sin fiebre vaya a ver de otra manera que su mujer le esté engañando con otro, pero no lo dice. Tampoco dice que le está costando la vida no preguntarle qué es lo que sabe o desde cuándo sabe lo que sabe. Solo la mira desde el fondo de su tristeza infinita y le da las gracias.

Conchi le quita importancia con un gesto de la mano y en su cabeza se dice que ojalá la próxima vez que le vea sin ropa, sea por un motivo diferente.

## EL AMOR ES VER, RECORDAR Y MEJORAR

Investigadores de la Feinberg School of Medicine de la Universidad de Northwestern de Chicago han demostrado que el cerebro distorsiona los recuerdos del ser amado, mejorándolos, añadiendo fragmentos de los sentimientos actuales cada vez que se recuerda el primer contacto con la persona amada. El flechazo es, pues, una invención de la mente, que reescribe el pasado para reforzar la decisión tomada en un momento concreto.

No quería que su casa pareciera la casa de Victoria, por eso, en cuanto ella salió, todavía de noche, para el aeropuerto sacó todos los trastos para limpiar y volvió a barrer y a quitar el polvo y a fregar con un friegasuelos diferente que no era el que Victoria llevaba eligiendo toda la vida. A tomar por culo el aroma cítrico. Bienvenido el olor a cian. También desinfectó los baños, a conciencia, como si Victoria fuera un virus o una bacteria de las que se adhieren a una superficie y puede contagiar el mal que esconden: las pocas ganas de vivir, el malhumor, la incapacidad de amar; encontró un juego de sábanas y otro de toallas que, por suerte, habían olvidado en el fondo del armario y permanecían tiesas y ásperas, pero vírgenes para que fuera Tina la primera en usarlas, aunque estuvieran pasadas de moda y olieran al plástico del envoltorio. Mientras trabajaba a conciencia, les otorgaba a las cosas un alma de la que las cosas carecían, lo sabía, pero el hecho de que Tina entrase en ese espacio de infelicidad era un milagro que había que reconocer y celebrar. Que se hubieran encontrado, que se hubiesen enamorado, los dos, el uno del otro, con la misma intensidad, era algo tan improbable que le daban ganas de buscar el contacto con David Hand y decirle que tenía toda la razón cuando escribió *El principio de improbabilidad*. Leyó ese libro con atención dispersa, en su época más oscura, sin entender bien lo que quería decir que los acontecimientos altamente improbables escondían tantas variables, tan diversas, que los convertían en los más probables de todos. Así era. La posibilidad de que Tina y él coincidieran en el mismo momento temporal y anímico, en el mismo espacio físico y mental, era tan remota que había resultado inevitable. Mientras desechaba de la casa los restos de su dueña para recibir a la que era dueña de él, trató de recordar las leyes de aquella teoría. Sacó el móvil del bolsillo para buscarlas y dejó sin contestar un WhatsApp de Victoria en el que le decía que ya estaba dentro del avión y que no se olvidase de sacar pan del congelador

para cenar. Le daba lo mismo el pan, el avión, Victoria. Le parecía que nunca se había sentido así, tan vivo, tan abierto a lo que la vida tenía que ofrecerle. En Google comprobó con regocijo que lo suyo con Tina cumplía todas las leyes: la de inevitabilidad, porque era inevitable que se enamoraran, porque por muy extraordinario que pareciera, cada día alguien se enamoraba, en algún lugar del mundo; la de los números realmente grandes, porque nada había más grande en el mundo que su amor; la de la selección, porque las coincidencias entre ellos eran infinitas; la de la probabilidad, que había hecho que su amor, tan improbable, fuera el más probable de todos; y la de suficientemente similar, porque la conexión entre ella y él era incuestionable. El día realmente inusual sería uno en el que nada inusual sucede, dijo el bueno de David Hand, y él le escribió ese mismo mensaje a Tina, a pesar de la inconveniencia de la hora porque aún estaría en casa, con su marido cerca, merodeando como el animal que trata de evitar, inútilmente, que otro le robe la presa. El día realmente inusual sería uno en el que nada inusual sucede, y hoy van a ocurrir cosas maravillosas.

Guardó el teléfono, satisfecho. Tina escribió una respuesta que luego borró, pero no le dio importancia. Pensó que no había sido capaz de dar con algo que estuviera a la altura y continuó con la tarea. Tiró todo lo que había en la nevera porque no soportaba la idea de que Tina, después de hacer el amor, quisiera comer algo y tomase cualquier cosa que hubiera elegido antes su mujer. Una fruta, un yogur, un bocadillo de jamón. Todo tenía que ser nuevo para Tina. Todo nuevo para ella. El olor de la casa, la comida, la ropa, él.

Primero quedaron en la playa, esta vez sí, porque ya eran amantes. Él había fantaseado con verla comer una de esas enormes tartas de La Más Bonita. Se la imaginaba palmoteando como una cría al ver a la camarera traerle el pedido, la *red velvet*, la *cheesecake*, quizá la de zanahoria, pero cuando llegó el momento se pidió una tostada con aguacate y un café con leche, porque, dijo, no tenía el estómago para comer dulce, y él la imitó. Tina se sentía feliz, pero no sabía cómo gestionar esa felicidad sintiendo también tanta angustia. Quería besarle, le dijo, pero también tenía ganas de echarse a llorar. Le contó que Ángel estaba enfermo y que le había dado mucha pena dejarlo en la cama con fiebre. José Manuel estaba

exultante. Tenía tantos sentimientos hacia Tina, tan variados, que no le quedaba espacio para ningún otro hacia nadie más, mucho menos hacia su mujer ni hacia el marido de ella. Todo le sobraba. Ángel que estaba enfermo, Tina que sentía pena por él, la camarera que tardaba en servirles, la pareja de chicas que hablaba en la mesa de al lado sobre los gemelos de una de ellas, que los quería, pero que eran un coñazo y que ojalá se hubiera gastado el dinero de la inseminación en un viaje al Caribe, los pájaros que se acercaban, descarados, en busca de las migas de pan que se desprendían de la tostada. Le quitó importancia a la enfermedad de él, seguro que no era nada, y trató de animarla con frases literarias. El amor, le dijo, es una maravillosa flor, pero hay que tener el valor de ir a buscarla al borde de un horrible precipicio.

Ella sonrió, por primera vez desde que se habían sentado, porque recordó el pellizco de su corazón cuando la noche anterior le escribió aquella cita de Cortázar, cuyas manos buscaban hundirse en su pelo, a la que ella pudo responder gracias a San Google, que le puso en el camino de Stefan Zweig. Solo quiero hablar contigo, decírtelo todo por primera vez.

—¿De quién es la frase? —le preguntó, dando un sorbo al café con leche.

—De Stendhal.

—Siempre he admirado a las personas que saben citar a los autores sin pestañear —dijo.

En realidad, los que citaban a los autores sin pestañear siempre le habían parecido unos pedantes, y el José Manuel que estaba frente a ella, el que vestía un polo negro de Lacoste y unos vaqueros desgastados y calzaba zapatillas de deporte le gustaba menos que el que le hablaba por teléfono o la besaba entre los peines del almacén. Nada salió como había planeado, excepto eso. Recorrieron el museo a trompicones entre los de mantenimiento, las de la limpieza y los de seguridad que les cortaban el paso cada dos por tres. Estaba nerviosa y no le salían bien las explicaciones, ni siquiera la de las flores del gótico, que no se la pudo contar porque solo le enseñó una Virgen con niño y un par de búcaros con frutas. José Manuel estaba distraído, se notaba que pensaba en otra cosa mientras ella se esforzaba en hablarle de las historias que había detrás de cada obra de arte. No hizo la broma de Carmen Mola, ni a

ella se le ocurrió, y no se cruzó con el vigilante que la trataba con respeto. Tenía la boca seca, le temblaban las manos, estaba deseando terminar porque nada era como había imaginado. Pensaba que su historia de amor había muerto antes de nacer, pero, justo entonces, él se acercó y la besó. Las cámaras debieron de grabar el beso. Dos bocas juntas, dos lenguas cerca, dos cuerpos asombrados, cuatro brazos incapaces de abarcar el mundo que se les quedaba pequeño. Se besaron un buen rato, de pie, delante de los cuadros, y cuando empezó a notar en su bajo vientre el bajo vientre de José Manuel, le llevó de la mano hasta el lugar en el que había fantaseado que dirían aquí no, o así no, pero tampoco esa fantasía se cumplió. Ninguno de los dos dijo para o frena y solo la irrupción del guardia impidió que la penetrase allí, así, de pie, con el vestido arremangado y los pantalones por las rodillas. Por la noche, en la ducha, se masturbó pensando en ese momento, porque ese José Manuel sí que le había gustado.

La Tina que estaba en la terraza de La Más Bonita tampoco era la que prefería José Manuel. No le hizo gracia que mencionase a su marido, que estuviera triste por él, que por su culpa no le apeteciera tomarse una tarta y ser igual a la Tina que había imaginado mientras limpiaba la casa, pero hizo el esfuerzo de recordar que la Tina de su imaginación, la que se comía la tarta con la inocencia de una chiquilla, no olía a bergamota ni tenía suave la piel ni, seguramente, se acostaría con él en cuanto acabasen de desayunar para terminar lo que empezaron el día de antes, tal como había escrito en ese WhatsApp, encerrado en el baño, mientras recordaba el beso, el roce de los cuerpos, la respuesta del suyo, tanto tiempo marchito y de pronto tan vivo, tan grande, tan dispuesto a abrirse camino para entrar dentro de ella porque no había otro sitio donde quisiera estar, y le daba lo mismo si era en un cuarto sin ventanas apoyado en una pared rodeados de cuadros de todos los tiempos y estilos. Cuando ella le contestó que sí, que algo inventaría para poder pasar el día entero juntos, todo el tiempo que fuera posible, porque no deseaba otra cosa en este mundo más que estar con él, y desnudarle, y que la desnudara, y hacer el amor como animales, le dijo a su mujer que se iba a dar una ducha y se masturbó pensando en ese momento, porque esa Tina sí que le había gustado.

Se hallaban muy cerca de hacer realidad sus sueños, y por más

que la realidad se empeñase en importunarles con minucias, ninguno de los dos estaba dispuesto a permitirle a la realidad ganar, por machacona que fuera. También en eso estaban de acuerdo.

Tina se esforzó en dejar de pensar en Ángel y José Manuel intentó dejar de pensar que Tina estaba pensando en él. Desayunaron. Hablaron, rieron, comentaron noticias del periódico y, de vez en cuando, se rozaron la mano cuando iban a coger una servilleta o la taza o la botella para añadir agua al vaso, y se miraban intuyendo que ese roce leve que les erizaba la piel no era más que la promesa de lo que iba a venir después. Al cabo de un rato, cuando ya cada uno había sacado de su cabeza lo que estaba empezando a dejar de gustarle del otro, salieron del local. Parecían de mejor humor mientras caminaban por el paseo y José Manuel le señaló con el dedo el lugar en el que se pasó un buen rato llorando por última vez, antes de conocerla.

—A partir de ahora, solo pienso llorar de alegría —anunció.

Tina sonrió y él le acarició el pelo y la cara. Se acercó para besarla, y la besó. A ninguno de los dos le importó la gente que pudiera verlos, ni se les pasó por la cabeza que alguien pudiera reconocerles. Solamente tenían ojos para ver ojos, lenguas para buscar lenguas, labios para aprisionar labios y neuronas para pensar en ojos, lenguas, labios. Él se separó de ella, apenas unos milímetros, para recitarle un poema de Daniel Barbadillo que le quemaba en la entrepierna.

—Te hago un *spoiler*: al final follamos.

En efecto, follaron. Al final del día, antes de comer y también después, y mientras caía la tarde, a punto de despedirse. Al principio, tímidamente, como pidiendo permiso, con torpeza, tanteando un terreno nuevo, como si buscaran muletas por si resbalaban y caían. Tina estaba nerviosa y se sentía culpable. José Manuel había tenido miedo a no estar a la altura y nada más llegar a casa se fue al baño y se tomó una viagra, pero no le dijo que su erección tenía más que ver con la química que con la física de su roce. Tina tampoco le dijo que estuvo a punto de no correrse la primera vez, ni la segunda, ni la tercera, que tuvo que completar sus caricias con las de ella para poder culminar la aventura con éxito. Pero sí que hablaron de lo mucho que les había gustado estar juntos, hablar sin mirar el reloj, arrancarse la ropa, acariciarse,

lamerse, comerse a besos, hacerse crecer, derramarse el uno en el otro, volver a empezar, convertirse en un libro en blanco, mejorar los capítulos de sus vidas en las que no quedaban bien parados, dibujarse enteros con el reflejo de la mirada del otro.

—Esto es como hacernos un Photoshop —bromeó José Manuel.

Ella rio con ganas y él, al oír su risa, la quiso con una fuerza sobrenatural. Se lo dijo.

—Te quiero, y quiero que empecemos a vivir juntos la vida que nos merecemos, y que seamos tan felices como infelices hemos sido hasta ahora…

Tina calló y él interpretó su silencio como una aprobación a sus palabras. Pero ella no había sido infeliz y no quería darle a su historia un final como ese. Su vida con Ángel había sido una vida tranquila, sin sobresaltos; una vida recorrida con mapa, sin dejar espacio para la sorpresa. Un viaje con un amigo que termina bien, con fotos bonitas y algún recuerdo que colocar en un estante del comedor o en la puerta de la nevera. ¿Había sido feliz? Sí. Feliz con la felicidad de los pequeños momentos, de la paella que todos aplauden, de una noche de sábado que salen y lo pasan bien, de tener un problema y alguien que te escuche y no te juzgue al llegar a casa, de comprender que todo podría ser peor, porque nadie muere en un accidente de moto, de saber que la salud les acompaña, y también la suerte. Con esa felicidad había sido feliz y no supo cómo decirle a José Manuel que estaba equivocado. Así que no le dijo nada.

Llegó a casa tarde, dolorida, con la piel de la cara desollada y la vagina escocida. Se acostó sin cenar y se fue a la cama de inmediato sin darse cuenta de que su marido fingía dormir, a su lado. Ni se acordó de preguntar cómo estaba. Tampoco se fijó en la nevera vacía de la casa de José Manuel, ni en sus sábanas sin estrenar, ni pudo darse cuenta de que todo olía diferente porque no sabía cuál era su olor habitual, pero al poner la alarma del móvil le entraron ganas de releer todos los mensajes que su amante le había enviado y no pudo evitar notar que alguien que no era ella había borrado el que José Manuel mandó a las seis cincuenta de la mañana. Y ya no pudo dormir.

Todo lo que podía salir mal salió mal. José Manuel no paraba de repetírselo mientras recorría la distancia que separaba su casa del horno de la esquina, donde pensaba comprar ensaimadas de chocolate, empanadillas de tomate y de habas con longaniza y un buen roscón de reyes, que ahí lo tenían todo el tiempo, y Tina le había dicho alguna vez que le gustaría que siempre fuera Navidad para poder comer roscón a todas horas. Quería complacerla, consolarla, hacerla sentir bien. Un poco de dulce, muchos abrazos y algo de conversación era su plan para que olvidara que su marido les había descubierto. El poder de la ternura frente al caos.

Era su segundo día juntos. Ni siquiera habían pasado una noche entera en la misma cama, ni su amor se había consumido en largos días que forman tristes semanas que acaban convertidas en meses y años de amor y mentiras, de pasión y de frustraciones, hasta que uno de los dos, o los dos, comprenden que aquel amor que llegó para transformarlo todo había acabado como terminan los demás: convertido en otra cosa que les seguía compensando o, en el peor de los casos, muriendo. El tiempo de su amor podía medirse aún en plazos cortos. Hacía treinta y seis horas que se habían besado por primera vez y menos de un día que al fin habían follado y, sin embargo, ya estaban quemadas todas las etapas de los amantes. Una semana había sido para ellos como diez años para cualquier otro, como los años de perro que valen siete veces los de los humanos. Antes de ayer no sabían cómo eran sus cuerpos ni por separado ni juntos, y hoy su marido ya lo sabía todo.

Le pesa el cuerpo. Le cuesta caminar, mover una pierna y luego la otra, y avanzar. Se dice que es porque ayer movió tanto las caderas que es posible que se haya luxado la cabeza del fémur, pero sabe que realmente es porque le fatiga anticipar problemas que no esperaba. Había imaginado una vida sencilla. Había pensado que el futuro con Tina estaría lleno de luz. Había sido inocentemente tonto, cierto, porque vivir no es fácil nunca, y ahora, esa mañana

soleada pero todavía fresca, ha salido a comprar comida cuando lo que había previsto para esa misma hora era repetir las proezas de ayer y mejorarlas. Pedirle que se colocase sobre su cara y comerle el coño, que no les había dado tiempo, ávidos como estaban de arañar y de entrar en el cuerpo del otro; correrse entre sus tetas, que Victoria siempre le ponía mala cara por si le manchaba el pelo y había dejado de hacerlo; ponerla a cuatro patas y metérsela por detrás; asomarse al balcón y hacerlo ahí mismo, a lo loco, con la vecina de al lado limpiando los cristales y la gente, abajo, paseando entre las pagodas, los chopos blancos y los álamos negros. Mira los árboles desde una perspectiva distinta a la esperada y los plátanos de sombra y las jacarandas le dan por el culo.

Cuando iba a terapia, su psicólogo le dijo que la tristeza no era más que el desequilibrio entre los estímulos negativos y los positivos, así que decide sentarse en la terraza de un bar, y se pide un cortado, para templar los ánimos, pero el estímulo es más malo que bueno y se pone triste porque le hace pensar en que la velocidad con la que vivido su amor les ha robado la oportunidad de conocerse, de descubrirse, poco a poco. Se pregunta si su amor será cierto o no será más que una fantasía fruto de haberse dejado llevar por ese carrusel de sensaciones. Las sensaciones no son certezas, eso también se lo dijo el psicólogo. Las certezas se basan en el conocimiento de la realidad y él, ¿qué sabe de ella? Nada. Casi nada. Sabe que cuando se corre se muerde el labio inferior, le aprieta con las piernas y gime muy despacio, como si quisiera quedarse todo el placer ahí adentro, pero desconoce si el café le gusta solo o cortado o con leche. Conocen los titulares: más carne que pescado, a quién han votado en las últimas elecciones, pero ignoran el cuerpo de la noticia, el detalle. Si es de primitiva o de bonoloto o detesta los juegos de azar; si es de sol o de sombra; de Vicente Fernández o de Luis Miguel; si es de cantar o de bailar, de mar o de montaña, de «o» o de «y».

Siente tristeza y siente cansancio. Hace unos minutos que sostiene a una pareja que se sentía menos culpable en el engaño que en la honestidad, que ayer, cuando no sabía que su marido lo sabía, parecía estar cómoda con la traición y se despidió de él con la promesa de que mañana volvería y sería mejor, y que hoy, al saberse descubierta, no es capaz ni de acostarse con él ni de

encontrar consuelo ni de cumplir lo prometido. Se pregunta si no se habrá precipitado, si no habrá soñado un sueño y lo habrá confundido con la realidad. Recuerda a una paciente que fue a su consulta porque el psicólogo le había prescrito antidepresivos y necesitaba que el médico le hiciera una receta. Su novio la había dejado en París. Se lo contó sin que le preguntara, porque para entonces de Narosky no quedaba nada y las almas y los cuerpos le daban lo mismo. Mientras tecleaba el nombre del medicamento, vortioexetina, y se preguntaba en silencio por qué el psicólogo le habría recomendado una medicina ya antigua, la chica le contó entre lágrimas que había sido amante de ese hombre cuatro años y que cuando se separó se fueron a pasar un fin de semana a París, pagado por ella, por cierto, y que mientras miraban desde un puente las aguas del Sena, que eran oscuras y estaban turbias, le confesó que lo suyo había sido un error y que hasta ahí habían llegado. Hasta allí, dijo, tan lejos, hasta la capital del amor, para romperle el corazón. Que lo tenía roto, destrozado, que no podía dormir ni comer ni pensar en que llegaría un día en el que confiaría de nuevo en otro ser humano. Que estaba enfadada porque se lo podía haber dicho más cerca de casa, de sus amigos, de la gente que la quería y la hubiera sostenido, y no habría tenido que ir a refugiarse para llorar en la Casa de Cataluña de París, cerca del río y del bulevar Saint-Germaine.

—¿La conoce?

José Manuel negó con la cabeza, aunque sí la conocía y también había ido a visitar una exposición para guarecerse en una tarde lluviosa, porque no quería darle conversación. Ella continuó con su cháchara triste. Que volvió al hotel y él ya se había marchado. Que el armario vacío de sus cosas fue lo más doloroso que había visto en su vida, aunque de todos modos se hubiera tenido que vaciar en unas horas, de la ropa de los dos. Que no podría volver a ser feliz. Él creía que no la escuchaba, pero ahora, sentado en la terraza del bar, mientras ve a los clientes de otras mesas tomar el desayuno o el almuerzo o una cerveza, es capaz de reproducir la conversación como si acabara de oírla. El psicólogo le había preguntado qué cosas había dejado de hacer por sentirse tan triste, y ella le respondió que había dejado de vivir, que no quería morirse, pero que la vida le daba lo mismo.

—Con lo que a mí me ha gustado la vida —le dijo.

Él levantó la mirada del ordenador y, por fin, le dijo lugares comunes: que la terapia la ayudaría, que la medicación le permitiría dejar de rumiar esos pensamientos, que la vida era una fábrica de hostias, y que ella tenía toda vida por delante para superar ese revés. Lo recuerda todo, y el recuerdo le produce vértigo. Vértigo de no estar en el mismo momento, de tener que arrastrar a una persona infeliz porque no les sobra tiempo. Esa chica tenía toda la vida por vivir, le dijo la verdad, pero a ellos les queda poco recorrido. Tienen más pasado que futuro, y no se le ocurre peor manera de desperdiciarlo que lamentando hacer daño a otra persona para vivir plenamente el tiempo que les quede juntos o por separado. Y, sin embargo, ahí ha dejado a Tina, acurrucada en el sillón blanco inmaculado en el que ayer él quiso follar para vengarse de Victoria, llorando de pena por el marido al que engañó sin remordimientos. No le gusta esa Tina. La triste, la hipócrita. No le gusta haber volatilizado, tan rápido, la pirámide del amor de Sternberg que tan bien le encajaba antes. Intimidad y pasión aún pueden mantenerla. Pero compromiso ya falla porque no sabe si conserva la decisión de defender ese amor en los malos momentos. Otra fase recorrida a la velocidad de la luz, la de descubrir defectos insalvables en la persona que creías amar en otro tiempo. Ayer.

Mira el reloj.

En Sevilla, Victoria gira la muñeca y ve la hora. Son las nueve menos diez y se pregunta si será demasiado pronto para llamar a Ángel a San Miguel. Podría escribirle, pero no pensó en pedirle el móvil, así que tendría que llamar a la centralita y pedir que le pasaran con la cafetería. No debe ser difícil. Ella salva vidas, abre cuerpos y los cierra. Se ríe. Seguro que puede contactar con el camarero de un bar que, en ese momento, es el ser más importante del mundo para ella. El congreso ha comenzado, pero no ha ido, ni piensa aparecer. Le pareció buena idea tomar algo de distancia, despejarse, alejarse de su madre, de su marido, de los restos de su padre y pensar en ella misma durante dos días. Podía haber dicho la verdad, que necesitaba tiempo para ella, y a José Manuel le hubiera parecido bien, pero estaba acostumbrada a mentir y la mentira le salió sin darse cuenta. Ahora se arrepiente, de no ser sincera con José Manuel y de haberse marchado. Nada más llegar al hotel

Inglaterra y abrir la ventana de su habitación, la imagen de la Giralda de la catedral le trajo a la mente a su padre y por más que se dijo que el Miguelete se parecía a esa torre como un huevo a una castaña, la idea no se le fue de la cabeza. ¿Qué hago yo aquí?, se preguntaba sin parar. ¿Qué hago yo aquí, en lugar de estar poniendo orden en mi vida? Trató de organizar sus ideas, pero su cerebro, siempre tan obediente, se había declarado en rebeldía y los pensamientos campaban a sus anchas.

Piensa en José Manuel un poco. No sabe pensar en él de otra manera más que así, poco. Estar con él no le costaba trabajo, y dejarle se le hacía cuesta arriba, sobre todo después de la última de sus peleas. No recordaba el motivo. Ella le amenazó con romper y él se marchó dando un portazo y pasó el resto del día intentando contactar con cualquiera que la hiciera sentirse si no bien, al menos mejor. Le escribió un par de WhatsApp a un compañero con el que alguna vez había echado un polvo y no le contestó; fue a comer a una terraza de un griego de la calle Conde Almodóvar y nadie reparó en ella, y en casa pasó la tarde intentando conectar con uno de esos solteros maduros de las aplicaciones para ligar que anunciaban en televisión. Todos le parecían viejos y ella no debió de gustarle a nadie porque ninguno la reclamó y pasó el resto de la tarde haciéndose a la idea de que, para el frío que hacía fuera, su marido no estaba tan mal. Cuando llegó José Manuel, se echó en sus brazos, fingió quererle y puso todo su empeño en hacerle el amor. Quedarse sola después de tanto tiempo no le apetecía. Los años habían pasado uno tras otro, rápidamente, hasta acabar formando una vida entera al lado de alguien a quien no amaba. Qué buena letra para un bolero. Alguna vez, con Roberto, habían fantaseado con dejar a sus parejas e intentar algo juntos, pero lo descartaban siempre. ¿Para qué? ¿Para tener lo que ya tenían y mancharlo de monotonía? ¿Para hacer intercambios con otras parejas, para encontrar a otros que les gustasen más y volver a casa con hastío para cenar juntos, ver una serie y dormir? No querría que Roberto hubiese muerto, pero su muerte les evitó que muriera su amor. Es egoísta, mala persona, no está bien hecha. No necesitaba irse a Sevilla para descubrirlo. Tal vez si de verdad su padre hubiese sido comerciante de hilos y telas y su madre hubiera podido contarle historias de amor de las de verdad, anécdotas, miserias, luces,

sombras, si hubiera tenido un referente, tal vez entonces no habría sido un ser humano tan horrible. No responsabiliza a sus padres. Pero quizá ella no sea la única que tiene la culpa.

Piensa en qué cambiará su vida al saber dónde estaba enterrado su padre. Se pregunta si le servirá para cerrar el círculo y empezar de nuevo o si el suyo era de los viciosos y, una vez conocido el lugar de su sepultura, se martirizaría con algo distinto que vendría seguido de un martirio diferente, y no se supo contestar, pero continuó estando segura de que necesitaba tener un sitio al que llevar unas flores y decirle: «Eh, menuda la liaste con ese salto». Como médico, porque no le gusta olvidar que lo es, se dice que esa necesidad es como cuando un organismo necesita comer dulce porque estamos cansados o estresados o bajos de glucosa. El cuerpo es sabio, dicen, y a ella le da por el culo porque el cuerpo no era sabio. Sabios eran los que estudiaban para curar a un cuerpo que enfermaba y se rendía frente a infecciones y se deterioraba por el inexorable paso del tiempo. Recuerda el caso que le refirió un compañero que trataba a un hombre con una enfermedad mental que tenía miedo a que sus padres envejecieran y congelaba los relojes para detener el tiempo. Sonríe, con una ternura que en aquel momento no supo sentir. ¿Quería ella pararlo? No. Quería algo más difícil todavía: darle marcha atrás, volver a 1956, ser su madre, ser ella, ser ella dentro de su madre sin que ninguna de las dos lo supiera; llevar un ramo de flores; llorar; enfadarse; conformarse; despedirse; saber la verdad, decirla; seguir adelante como una familia normal. Y si no podía hacer que la vida girase sobre sí, al menos intentaría darle a ese momento del presente la dignidad del pasado. Aquí estamos, le diría, no estás solo, dejaste huella, no te hemos perdonado, pero lo vamos a intentar.

Piensa que es absurdo pensar en ese instante de esa manera. Ella, que es una mujer de ciencia, de carnes y huesos, de arterias y aortas, no puede darle ese rango mágico a lo que no es más que la reparación de una anomalía. Aquí estás enterrado, ahora lo sabemos. ¿Qué será lo siguiente? —se pregunta—, ¿ir a una vidente a que le echase las cartas? Se ríe. Empieza a llover.

En Miraval, el cielo está nublado. Conchi consulta el pronóstico en el móvil, pero no da lluvias. Nubes y claros todo el día. Presiente un dolor de cabeza que ya le martillea las sienes. La cabeza le duele

con frecuencia últimamente. Tina le dice que es por la presión atmosférica, y ella le contesta que si acaso se le ha pegado algo de su novio el médico. Pero eso era antes, cuando fantasear con un enamoramiento era divertido para las dos, cuando la pregunta era qué diferencia había entre desearlo o hacerlo, o cuando no había duda ninguna sobre la necesidad de fantasear, de guardar secretos, de tener una vida propia, aunque estuviera escondida, enterrada, encerrada en un cajón con siete llaves y fuese una vida de mentiras, de jugar a las casitas cambiando las casitas por fantasías en habitaciones de hotel. La cabeza hoy no le va a doler por el día plomizo, sino por la noche toledana que ha pasado dando vueltas en la cama, viendo pasar todas las horas, una tras otra, hasta que la oscuridad ha dejado paso al amanecer triste y gris. Se ha sentido gilipollas mientras trabajaba, y no ha podido evitar no esmerarse demasiado en la consulta de José Manuel, aunque sabe de sobra que ese cursillo de Tina hará que el médico no trabaje esa mañana. No ha querido tomar nada con las compañeras, que se han ido al Moma desayunar. Ha decidido ir a nadar, pero cuando está en la puerta de la piscina cambia de idea y toma el camino que la lleva a casa de Ángel. Lo piensa así, a casa de Ángel y no a casa de Tina, por primera vez en su vida, pero pasa de largo porque sabe que nada bueno la espera allí adentro. Se lo han dicho las cartas, que se las ha echado cuando se ha cansado de dar vueltas en la cama, sin dormir, que no tiene nada que hacer, y lo mismo le dice su sentido común: que no tiene nada que hacer. Pero no puede evitar sentir lo que siente por más que sepa, por la quiromancia y por todo lo demás, que lo suyo con Ángel no tendrá ni principio ni final. Ha hecho con ella misma lo que le tiene dicho a Tina que no hay que hacer, y ha insistido con las preguntas en busca de una respuesta que no ha querido llegar, porque el futuro escrito en las cartas se ha mantenido impasible, con la firmeza de un testigo que dice la verdad en un interrogatorio. Ángel no dejará de querer a Tina, Ángel no querrá nada ni con ella ni con nadie cuando Tina le abandone por José Manuel.

Aun así, lo acepta, que no la querrá. No le queda más remedio y lo acepta. Le basta con lo que ella siente, con ese sentimiento tan nuevo, tan diferente a nada que haya sentido antes, todas las otras veces que ha creído estar enamorada. Le basta con esa necesidad de

saber que está bien, de hacer todo lo posible por conseguir que esté bien. Tiene suficiente con querer verle y tratar de cuidarle. Es un sentimiento limpio y bueno que la vuelve limpia y buena, generosa. Qué más da si no la besa, qué más da si no la quiere, qué más da si no se la folla. El amor que ella siente le trae la promesa de que hay otra forma de amar, una que tal vez no duela, o que no duela tanto, y que tal vez acabe bien.

Ángel siente mucho dolor, aunque, en honor a la verdad, el paracetamol, el caldo de Conchi y las horas transcurridas le han hecho efecto. Cuando Tina se ha ido de casa, él estaba aún dormido y se ha evitado el daño de verla marchar, aunque también por el mismo motivo, por no estar despierto, no ha podido ver su preocupación al salir de casa. Tal vez se hubiera alegrado o tal vez no, porque el paso vertiginoso del tiempo le ha hecho llegar a conclusiones que ayer ni imaginaba. En su duermevela afiebrado ha recorrido un camino que en otras circunstancias le hubiera llevado semanas o incluso meses. Ayer pensaba que no quería perder a Tina y que le fuera infiel le daba lo mismo, solo quería recuperarla, que no se fuera, que volviera junto a él. Hoy su pensamiento ha evolucionado a otra cosa.

Nunca ha engañado a su mujer, pero quizá porque no le han acompañado las circunstancias. Las compañeras del banco no le atrajeron nunca y al parecer era recíproco porque nunca nadie le hizo una señal, por pequeña que fuera, que hiciera que saltasen sus alarmas. Sus salidas, sus vacaciones, sus ratos de ocio, siempre le pillaron acompañado: primero Tina, luego Tina y Carlos, después Tina, Carlos y Laura y, al final, Tina, Carlos, Laura, Javier y, en ocasiones, su suegra. No se quejó nunca, todo le parecía bien. No imaginaba su vida de otra manera, sin mujer, sin hijos, sin suegra. Pero ¿y si hubiera sido diferente? ¿Y si, en una de esas temporadas en las que a Tina no le apetecía tener sexo y parecían más hermanos que esposos, se hubiera encontrado con una mujer que le riera las gracias y que se lo quisiera ligar? Si tal cosa hubiera ocurrido, ¿qué habría hecho él? ¿Habría fabricado excusas para alejarse o se habría dejado querer hasta acabar queriendo también?

Sigue enamorado de Tina, pero no recuerda cómo eran los comienzos, o los recuerda mal. Una vez Tina se lo dijo, que siempre deberíamos estar empezando para no perder la ilusión, y Ángel

contestó que todo lo pasado se engrandece, que al principio todo era un campo de minas a punto de estallar, por sorpresa, y decía la verdad porque él lo había vivido así, con temor. Temor a que Tina no le quisiera, temor a que se diera cuenta de que estar con él había sido un salvavidas, un plástico hinchado de aire que te impide el hundimiento, que no la dejaba agobiarse por la llegada de los hijos y darse cuenta de que eso no era lo que de verdad quería. Por eso lo hacía todo fácil, para que el tiempo pasara y los envolviera como una caricia suave, como una sábana recién planchada que todavía huele bien, y con tanto esfuerzo se acostumbró a ser un dique, un freno, un acceso a lugar seguro, una zona franca, lo que fuera que Tina necesitase para estar bien.

Así lo recuerda, tal vez no con demasiada fidelidad. Quizá no fue tan santo ni tampoco tan buena persona como le gusta pensar, puede que solo haya sido un pobre hombre asustado que no ha dado su bondad generosamente, sino por egoísmo, para no perder, para no perderla. Pero es seguro que el principio estuvo lleno de pellizcos en el estómago, de no tener ganas de comer, de perder el sueño. De darle vueltas a la cabeza para tratar de gustarle más, de imaginar un futuro lleno de luz, de risas, de alguna lágrima, de un poco de sufrimiento y de inmensa felicidad, de volverse un poco loco, de no querer parar, de necesitar más, pero no más de cualquier cosa, más de lo mismo, como los drogadictos que no dejan de buscar la sensación de la primera dosis.

Sabe que eso debe de ser lo que ha encontrado Tina con el hombre que quiere hundir las manos en su pelo y terminar lo empezado, y que seguramente ese hombre ya haya hundido las manos en su pelo y haya terminado, varias veces, lo que empezaron el lunes. Se pregunta quién es él para impedirle sentir ese sentimiento nuevo y para obligarla a quedarse con el otro, ya gastado. Se dice que tal vez haya una persona dispuesta a luchar por él, con él, para ser un dique, un freno, un acceso a lugar seguro, una zona franca, lo que sea que él necesite para estar bien. O mejor aún, puede que exista una persona que le arranque pellizcos a su estómago y le quite las ganas de comer y el sueño también y le devuelva ese chute y le haga perseguir esa sensación una y otra vez. O puede que no haya nadie más, nunca, que tenga que ser él mismo el que se sostenga y se reconforte y envejezca solo sin que la

persona que duerme a su lado se duerma soñando con otros dedos acariciando su cabeza, con otros besos, con otro cuerpo.

Ninguna alternativa le gusta esa mañana. Ni la de enamorarse de nuevo ni la de ser un maduro solitario. Lo que sí sabe es que no quiere seguir así. No porque le haya sido infiel, ni tampoco por esa mierda de la deslealtad, como si fidelidad y lealtad pudieran ir separadas en casos como el de ellos. No quiere seguir así porque no está dispuesto a mantener el esfuerzo, ya no le sirve, ya no le compensa quererla de esa manera. Así ya no.

Lo decide entre las ocho y cuarto y las nueve y media. A las diez le escribe Conchi y le pregunta cómo está y responde que mejor, y no miente. A la una, abre con su llave y desde abajo le dice ya estoy aquí, Ángel, he traído arreglo para hacer sopa de pollo como en las películas, y se ríe, y Ángel sonríe en la cama por primera vez en dos días como si sonriese por primera vez en la vida, y se dice y por qué no.

Tina regresa de noche y no se imagina lo que va a pasar. Está decidida a aceptar lo que sea, porque si algo ha aprendido en ese día tan largo, es que todo puede ocurrir. Cualquier cosa, inesperada o no. Tampoco es capaz de pensar en lo que quiere que suceda. Que su marido la espere despierto, dispuesto a hablar. Que esté enfadado, ofendido, dolido y humillado. Que le recrimine lo que ha hecho, que le exija saber quién es el hombre con el que se escribe y con el que ha pasado el día de hoy, el de ayer. Que llore. Que le pida que se marche, que le suplique que se quede. Que quiera otra oportunidad, y luego una más y después la última y que nunca tenga suficiente y vuelva a empezar y la martirice con recuerdos del pasado y que la atormente fingiendo enfermedades o deseos de morir para que no le pueda dejar. Que no quiera volver a verla y desde la distancia predisponga a sus hijos contra ella, mirad vuestra madre lo que me ha hecho, y que a través de un abogado que no sepa nada de los viajes que han hecho o de lo felices que han sido en su casa le reclame la mitad del coche en el que viajaron y le diga que parte del hogar en el que rieron es ahora de él y que se la tiene que comprar si la quiere entera o se la tiene que vender para que él sea el dueño. Que esté dormido, que finja estar dormido, que haga como que no ha pasado nada, que por la mañana le dé el beso de buenos días y le prepare el café y le deje la flor, y la vida siga en una sucesión de días sin grandes penas ni grandes tristezas y el instante final la encuentre deseando haber tenido otra vida, una vida distinta, una vida interesante como la que tendría sin beso, sin café, sin flor, o tal vez, morirá añorando la calma de los días iguales, aunque fueran grises. Podría llorar. Pero se ríe sin saber por qué. No sabe nada.

Da una vuelta más, dos, tres, en la rotonda y se entretiene mirando los conejos que campan a sus anchas desde quién sabe cuándo. Recuerda todas las veces que sus hijos, de pequeños, la hacían rodar y rodar para verlos y contarlos y sorprenderse de que

hubiera tantos, de que fueran tan monos, de que nunca salieran a la carretera y de que nadie los cazara para hacer la paella de los domingos. Sus hijos ya no son los niños que se entusiasmaban con los animales en la glorieta; se curan sus heridas. Si todo estalla, se encogerán de hombros y seguirán adelante mientras ella y Ángel se rompen, o se enfrentan, o se destrozan, porque esa es la ley de la vida: sobrevivir a los padres, a sus muertes, a sus miserias. Mi madre se ha ido con otro hombre. Mi madre ha dejado a mi padre por otro. O peor: mi madre se ha vuelto loca y lo ha puesto todo patas arriba a su edad. ¿Eso es lo que ha hecho? ¿Ponerlo todo patas arriba, a su edad? Puede que sí. Todo. Patas arriba. A su edad.

No se arrepiente. Tal vez lo que tenía no era suficiente, aunque fuera bueno, una buena vida, una buena relación. Tal vez necesitaba salirse del redil, dejar de hacer lo correcto, no pensar en los demás y renunciar a vivir con comodidad porque la comodidad la estaba matando. Volver a sentirse especial, única, imprescindible. ¿Lo fue para Ángel? Sí, probablemente, pero no se trata de su marido, sino de ella, que ha vivido mucho tiempo en un traje que le quedaba pequeño, que la asfixiaba, que le hacía daño. No culpa a Ángel y tampoco cree que José Manuel tenga el mérito de la transformación que empezó hace unas semanas, esa metamorfosis de gusano a mariposa solo para gustarle, para que la quisiera, para volver a sentirse el punto de apoyo necesario para mover el mundo. Tampoco José Manuel tiene la culpa de que la revolución haya resultado fallida, de los cambios que ha sufrido en ese día desde que por la mañana descubrió que su marido les había descubierto hasta ese momento, en el que no se decide a entrar en casa porque no sabe cómo enfrentarse a lo inevitable. No han sido más que dos personas desesperadas por sentir amor, por ver el amor reflejado en el otro. Cambiar tanto para volver a estar igual. Mover el mundo para dejarlo en el mismo punto. Tanto. Tan rápido.

Le resulta curiosa la relatividad del tiempo. Nunca la ha entendido, hasta ahora. La física se le atragantó en el instituto y, por suerte, no volvió a tener nada que ver con ella, pero hoy comprende que nada depende de uno mismo ni de su velocidad porque todo ocurre en relación a otro cuerpo y los cuerpos con los que se ha comparado hasta este momento han hecho del suyo un viaje lento que ahora transcurre a la velocidad de la luz. ¿Cuánto

tiempo hace que conoce a José Manuel, que le pasa lo que le pasa? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que el lunes se besaron, desde que hicieron el amor por primera vez, desde que se despidieron con el cuerpo en carne viva? ¿Cuánto desde que esta mañana se encontraron y ella le dijo mi marido lo sabe, cuánto desde que él se fue de la casa para comprar un roscón de reyes que le alegrase la mañana porque comprendió que el sexo ya se les había vuelto insuficiente para solucionar los problemas? Poco tiempo. Mucho tiempo.

Salió a buscarle al poco rato. También en eso los minutos fueron distintos, se acortaron, y le bastaron unos pocos segundos para comprender que estaba a punto de echarlo, todo, a perder. Sin pensar en lo absurdo que era pasar de un estado de ánimo a otro con semejante inmediatez, fue a su encuentro con otro talante porque la idea de quedarse sin José Manuel era mucho más terrorífica para ella que la de malgastar esa oportunidad que le brindaba la vida cuando menos la esperaba: la de ser otra persona, mucho más parecida a la que le hubiera gustado ser, una que fuera valiente, que no se dejara llevar. Una que fuera feliz.

No le importó estar cerca del museo, poder encontrarse con alguien que a esas mismas horas la creyera enferma, mucho menos con Ángel si hubiera decidido ir a buscarla a ese curso inventado para decirle: mentirosa, te pillé. Caminó a pasos rápidos por la acera, buscando a su amor entre la gente como si fuera una adolescente atolondrada y no una señora mayor. Llevaba un vestido de flores que parecían expeler su aroma a cada paso y se sentía extrañamente feliz, no como cuando, hacía un rato o hacía toda vida, había compartido con José Manuel, entre lágrimas, el terror de saberse descubierta. No. Nada de eso. Caminaba como una mujer valiente que se ponía el mundo por montera y que en cuanto se encontrase a su amante le iba a decir: ya que todo es absurdo, seamos absurdos nosotros también, y vayamos arriba a echar el polvo de nuestras vidas.

Lo vio sentado en la terraza de un bar, con la mirada perdida, viendo a la gente pasar. Del roscón de reyes, ni rastro. Antes de hacer el amor tres veces ya habían aparecido las excusas para alejarse. Sonrió, triste. José Manuel también parecía triste, apesadumbrado, como si la relatividad hubiese jugado en su contra

y la comparación con los otros cuerpos le hubiera dejado mal parado. No se arrepintió de su actitud al encontrarle porque ya había salido del piso arrepentida. En eso el tiempo había sido su aliado y su vertiginosidad la había curado del miedo y la había convencido de que lo que le pasaba, lo que les pasaba a los dos, lo que les removía, lo que les transformaba había ocurrido y tenían la obligación de exprimirlo hasta la última gota. Se sentó junto a él y le tomó de la mano. José Manuel trató de sonreír, pero le salió una mueca fea que le envejeció y le convirtió en un marido y no en un amante recién estrenado.

Tina trató de ofrecerle su mejor versión para compensar la lamentable actuación que había tenido en su casa.

—Lo siento —le dijo—. Me he asustado mucho cuando he visto que Ángel había leído tu mensaje. Me he quedado paralizada.

José Manuel estaba también asustado. De ella, de sí mismo. Tal vez se había precipitado y había confundido el amor con el deseo, a Tina con un salvavidas que quizá no necesitaba tanto como había creído. Pensó que debería acompañarla a su coche, darle un par de palmadas en la espalda y decirle: vuelve a casa con tu marido, Tina, finjamos que esto no ha pasado. Pero la idea de haberse equivocado, otra vez, le daba más miedo todavía. Para quien tiene miedo todo son ruidos, ya lo dijo Sófocles. Pensó en decírselo, mira, Tina, oímos ruidos porque tenemos miedo, pero no le pareció una frase adecuada para el momento y se decidió por Shakespeare para salir del paso.

—De lo que tengo miedo es de tu miedo.

Ella se rio porque recordó que era un pedante, y José Manuel, que ignoraba el motivo de la risa de ella, se contagió de su gesto alegre. Su risa llegó hasta él como una ráfaga de viento que se lleva la basura que se ha acumulado en un rincón de una calle limpia y que no es nada, pero hace feo. Volvió a quererla, a comprenderla, a sentirse parte de algo grande y milagroso que merece la pena salvar. Volvió a sentirse parte de algo loco y pensó bendita locura que desordena lo que estaba ordenado. Se lo dijo. Estamos locos, Tina.

—Todo ha ocurrido demasiado rápido —dijo ella, a modo de disculpa.

José Manuel se sintió inexplicablemente fuerte y sabio y trató de

aclarar sus dudas.

—Tina, las cosas que cambian la vida pasan siempre rápidamente. Conoces a alguien y te enamoras, compras un décimo de lotería y te toca, alguien te hace daño y te rompe el corazón. Naces y mueres en un instante. Todo eso no ha pasado nunca y de pronto, pasa. Creemos que controlamos la vida, que controlamos el tiempo, porque usamos una agenda en la que escribimos que a las diez tienes una reunión con el director del museo y que a las doce te va a llamar el médico de tu madre, pero ¿qué pasa si en esa reunión el director te dice que te va a despedir o cuando cuelgas de esa llamada descubres que estás sintiendo algo que no te esperabas? —Tina encogió los hombros—. La vida pasa rápidamente. Parpadeas y has perdido tu oportunidad, Tina. Esto nos ha pasado así porque no hay otra manera de que pase, ¿no te das cuenta?

—¿No te das cuenta tú de que puede que hayamos corrido demasiado?

José Manuel negó con la cabeza, varias veces, para convencerla a ella y para convencerse también a sí mismo, que hacía unos segundos estaba pensando en dejarlo todo correr.

—No tenemos veinte años, Tina. No nos sobra el tiempo ni para perderlo ni para ir a tientas ni somos unos ignorantes que lo desconocen todo de la vida. Tú y yo ya sabemos qué es lo que no queremos: no queremos ser infelices, vivir a medias. Queremos querer y que nos quieran, solo eso.

—Yo no soy infeliz, José Manuel. A mí me quieren, y quiero también.

Entonces fue él quien se rio.

—Tina, te quieren y quieres, pero no te es suficiente con eso. Tal vez te has pasado la vida dejándote llevar, dejándote querer, y eso está bien, no pasa nada. Hay gente que con eso tiene bastante, que no se hace preguntas ni se cuestiona si eso es todo, si vivir es eso, si no hay nada más. Pero hay otros que no pueden, Tina. He visto a muchos en la consulta. Pacientes que vuelven una y otra vez porque les duele algo en medio del pecho o en la boca del estómago, no demasiado, un poco, una leve molestia que no se les va, como un cosquilleo, y yo les receto analgésicos o les digo que salgan a nadar o a caminar, pero a las pocas semanas vuelven porque no se les quita, y yo les cambio la receta y les prescribo otro calmante

distinto, aunque sé que no se les va a pasar. Esa gente casi siempre viene con una sonrisa, o con prisa porque tienen que hacer montones de cosas. Es gente amable que vive para los demás, que se desvive por los demás, que aprovecha la consulta para contar algo de los hijos o de las parejas, gente a la que no le gusta discutir, que se deja llevar por la vida o por las decisiones de otros, que cree que es feliz porque lo tiene todo y no le falta nada y que cree que ese dolor que no llega a ser dolor, pero que es molesto se le va a ir con un paracetamol o un ibuprofeno. ¿Sabes de lo que te hablo?

Tina creía saberlo, pero le dijo que no.

—Me preguntan qué es y yo les digo que son nervios, pero no son nervios, Tina. Es rabia, y miedo, y tristeza, y cobardía. Es gente insatisfecha, Tina. Gente que no puede disfrutar de lo que tiene ni de lo que ha tenido ni de lo que tendrá, no que no sabe: que no puede. Y, ¿sabes por qué no puede? —No esperó a la respuesta de Tina—. Porque, en el fondo, todas esas personas saben que no han elegido, que solo se han dejado llevar. Que cuando alguna vez han estado a punto de escoger, de cambiar de rumbo, les ha dado miedo o pereza y han seguido por el camino que decidieron otros o que decidió el mismo destino. ¿Te suena de algo lo que te estoy diciendo?

Tina bajó la mirada porque la historia de los pacientes de José Manuel le resultaba familiar. Un hombre que aparece cuando el hermano se va. Tres hijos que llegan sin buscarlos. La hipoteca. Las obras. Los planes, los viajes. La vida que pasa. El dolor de estómago.

—A la vida hay que echarle huevos, Tina. Hay que estar a su altura. Es la única forma de que se pase ese dolor.

Quizá él también fingía un valor que no tenía, como le pasaba a ella, y decidió creerle. Le dijo que sí, que tenía razón, que estaba en lo cierto. Le dijo que se acabara el café, que volvieran a casa. Le dijo que no pensaba en otra cosa más que en follar con él hasta que les abandonaran las fuerzas, que no quería perder tiempo, y él la besó allí mismo, en la terraza del bar, como si fueran lo que no eran, una pareja de verdad y no dos personas asustadas. Le dijo que no quería dejarse llevar, que necesitaba tomar las riendas y decidir por una vez en su vida. Tenía miedo, también se lo dijo, pero se sintió valiente por un instante que duró todo el día, y esa valentía la

ayudó a cumplir todo lo que había dicho en esa mesa de bar. Hicieron el amor, hablaron, comieron, rieron y lloraron un poco también. Se hicieron promesas y prometieron cumplirlas. Empezar una vida juntos, no sentirse culpables por lastimar a sus parejas, ser valientes. Ir al cine, a cenar, hacer viajes, aburrirse, tener un perro, hacer el amor todos los días o al menos besarse a diario, mudarse a la playa, vivir, ser felices.

No ha tenido dudas mientras ha estado con él, ni tampoco al meterse en el coche ni al arrancarlo para separarse de él y regresar a su otra vida, a la que han decidido juntos que debe acabar para que comience otra, ni cuando ha pasado por delante del museo, ni cuando ha dejado atrás la ciudad. Pero conforme se acercaba a Miraval, al pasar por la rotonda (de los cojones) de los (putos) conejos, ha empezado a notar esa molestia justo en el lugar donde José Manuel lo había descrito. En la boca del estómago, en medio del pecho. Ese dolor, el del miedo. Sabe que no está a la altura de la vida, y eso le duele. Pero lo otro le duele más. Equivocarse, precipitarse, irse a un lugar del que no sepa regresar. Descubrir que la felicidad no es lo que ella pensaba, y que no vale la pena tanto esfuerzo, y que no le compense saber que ha provocado un daño tan grande, tan irreversible, a Ángel, a sus hijos, a su madre, que se va a quedar con su planta baja al lado de una casa en la que ya no vivirá su hija. Tal vez si tuviera más tiempo, si no tuviera que cambiar de vida justo ahora, si pudiera esperar algo más. Pero tampoco. No es cuestión de tiempo. El mundo le viene grande y la vida se le hace bola, y antes de detener el coche no es capaz de imaginar lo que va a pasar, pero sabe que está dispuesta a aceptar lo que sea que pase. Lo que sea que Ángel diga, o lo que sea que Ángel haga, que esté despierto, que finja dormir, que la eche de casa, que la abrace. Lo que sea, menos decidirlo ella, menos provocarlo ella, menos arrepentirse ella.

Entra en la casa a oscuras. Se desviste en el baño sin saber si hace o no hace ruido porque solo puede escuchar el atronador latido de su corazón. Se hidrata la cara porque, como ayer, la tiene en carne viva y cuando entra en su dormitorio observa la figura del cuerpo de su marido tumbado en la cama. Se acuesta a su lado. Ninguno de los dos duerme.

Ángel tiene mala cara. No ha dormido, nada. Pero Victoria no lo sabe. Victoria, de hecho, no piensa que tenga ni buena ni mala cara ni se da cuenta ni se le ocurre preguntarle si está bien o si está mal porque lo único que tiene en el pensamiento cuando entra a la cafetería y se lo encuentra preparando un cortado y un carajillo para una pareja que está terminando de almorzar es: menos mal, aquí está. En esa extraña relación, ella solo recibe y aún no ha empezado a preguntarse qué es lo que puede dar.

A las cuatro de la madrugada se ha presentado en el aeropuerto, cansada de dar vueltas en la cama sin conciliar el sueño, arrepentida de haberse marchado a Sevilla para pensar teniendo en Valencia tanto por hacer. A esa misma hora, en otros lugares están ocurriendo otras cosas. Un anciano muere y un bebé nace, y un hombre que no sabe que sus sueños no se van a cumplir se levanta para ir al baño y una pareja finge dormir porque no sabe cómo afrontar un engaño. Cosas grandes y pequeñas que por grandes y por pequeñas cambian la vida de las personas, pero Victoria no lo sabe, y si lo supiera, le daría lo mismo.

Ha hecho la maleta, ha liquidado la cuenta del hotel y ha recorrido el camino en taxi sin ni siquiera caer en que podía comprar el billete o planificar el regreso desde el teléfono móvil sin arriesgarse a quedarse tirada en San Pablo queriendo estar en San Miguel. Ha tenido suerte: faltaba poco para embarcar el vuelo de las nueve menos cuarto y quedaban plazas, y antes de darse cuenta ya estaba metida otro taxi que la llevaba al santo al que quería encomendarse. Hace juegos de palabras porque está nerviosa.

Tiene prisa. Ella misma se sorprende por esa inquietud, porque hasta hace unas horas no sabía que no podía esperar más. Pero es así: no puede esperar más. Necesita saber, ya, en ese instante, qué es lo que ha pasado con el cuerpo de su padre. Necesita que Ángel se lo cuente y si Ángel no se lo puede contar, necesita que le diga quién puede poner punto final a ese tiempo que dura ya tanto, una

semana, media vida, la vida entera, y que tanto daño ha hecho, aunque no lo haya sabido, hasta ahora. Se lo pregunta, si ha sido el tiempo el que la ha dañado, aunque sabe de sobra que no, que el daño infligido tiene solo un responsable y que, si lo hay, si es culpa de una persona, la responsabilidad no es más que suya.

Cuando José Manuel estuvo enfermo lo acompañó un par de veces a la terapia. El psicólogo trataba de desenredar su sentimiento de culpabilidad y le hablaba a menudo de la autocompasión. A ella, entonces, aquello le producía fastidio y lo de compadecerse de uno mismo le sonaba a ser demasiado indulgente con los propios errores. Podía comprender que José Manuel se sintiera mal por arrebatarle la vida a otro hombre, no era ningún monstruo, pero no entendía que le costase tanto superarlo. La vida y la muerte van de la mano. Los tres eran médicos, debían saberlo.

—Roberto caminaba por la cuerda floja, no estaba en su peso, le gustaba comer y beber más de la cuenta —le decía—. El día menos pensado su corazón hubiera dicho hasta aquí y se hubiera parado de golpe.

José Manuel no se conformaba.

—Sí, pero a ese corazón lo detuve yo.

Ella perdía la paciencia con facilidad. Bastante se esforzaba en recorrer su propio camino, mantenerse al lado de la fría cordura que conocía. Le costaba mantenerse al lado de una persona tan débil y atormentada, y estaba convencida de que su malestar no nacía de la pena ni de la culpa, sino del miedo. Miedo a ir a la cárcel, miedo a vivir cargando con sus acciones. A veces le entraban ganas de gritarle: afronta lo que has hecho, pedazo de cabrón, pero se callaba porque no era de buen tono levantar la voz en la consulta del médico.

Detestaba las flaquezas de José Manuel, su incapacidad para afrontar el dolor. A menudo se preguntaba si le había disparado adrede, pero lo descartaba porque era demasiado cobarde para apretar el gatillo y seguir viviendo, si es que lo que tenía podía llamarse vida, siempre dormido o llorando, hinchado como una bota, sin ánimo para nada. Se esforzaba, en ocasiones, por sentir algo que no fuera esa hostilidad, pero no le nacía. Pensaba que era porque su fortaleza lo rechazaba del mismo modo que el sistema inmune del cuerpo busca y destruye los objetos que pueden dañarlo,

pero ahora, hoy, esta mañana, mientras espera a que Ángel termine de servir los almuerzos para acompañarla al cementerio, comprende que lo que su cuerpo no dejaba pasar no era más que su propio reflejo. Odiar a José Manuel era una forma de no odiarse a ella misma. Ella es la odiosa, la enferma. Comprende, ahora, hoy, esta mañana, que su entereza no era más que el disfraz de su miedo, que su frialdad no era más que una estúpida coraza para evitar el daño. Que su organismo habrá evitado resfriados, pero la ha dejado sin riñón. Lo dice en voz alta.

Ángel la oye decir: «Sin riñón» desde el otro lado de la barra, y Victoria descubre entonces los cercos azulados que le bordean los ojos y duda si preguntarle qué le pasa, pero no dice nada y él agradece que no le diga: pero cómo estás, qué te ha pasado. No son amigos. No se conocen. No quiere contarle que su mujer le está poniendo los cuernos, ni la conversación que ha tenido con ella esa madrugada, breve y fría. Aquí no ha pasado nada, todos cometemos errores, lo importante es lo que hemos construido juntos. Podemos intentarlo. Intentémoslo. Hagámoslo, aunque ninguno de los dos lo tenga del todo claro. No quiere hablarle de Conchi, dentro de su cabeza mientras recomponía los restos de su matrimonio en la misma cama en la que unas horas antes se había besado con ella como dos adolescentes patosos y excitados.

Si pudiera, daría marcha atrás y no saldría con Victoria a ningún sitio, mucho menos al lugar al que irán en cuanto se quite el delantal y deje organizada la cocina para que a Javi no se le aturulle el menú del mediodía. Hoy es jueves, toca arroz al horno. Está cansado, despistado, y si no llega a ser por su hijo, se habría olvidado de añadir los garbanzos al hacer el sofrito. Javi lleva dos días atendiendo solo el negocio sin que se haya notado su ausencia. Tres, si contamos el de hoy, que ha ido ya a trabajar supuestamente recuperado de su indisposición, pero lo único que hace es estorbar, porque está torpe y tiene sueño y la cabeza en otra parte, así que, en realidad, lo del menú es una excusa para alargar el momento de salir de la cafetería con Victoria. No es que no quiera hacerle el favor. Es que hace mucho calor, y tiene mucho sueño, y cuando lleguen al cementerio y les estén esperando Carlos y su amigo, el jefe de servicio de cementerios del Ayuntamiento de Valencia, no le van a decir nada bueno a Victoria y a él, con lo que tiene encima,

no le viene bien ser portador de malas noticias.

Podría contárselo, ahorrarle el viaje. Carlos se lo ha pedido: díselo tú, papá, que no me apetece salir de la oficina, pero él, con la noche que ha pasado, no tiene ganas comerse ese marrón. Ese pensamiento le trae a Conchi a la cabeza. A Conchi y a su sonrisa. A Conchi y a su mirada brillante. Se sorprende por pensar en ella y no en Tina, en lo difícil que será cumplir lo acordado por la noche, pero es Conchi quien ocupa su cabeza. Conchi ofreciéndole consuelo y caldo de pollo, y aguantándole el llanto, y diciéndole que todo va a estar mejor, que todo va a ir bien, que todo se va a arreglar. Conchi apareciendo ante sus ojos como nunca antes había aparecido, como si fuera otra persona diferente a la que era la amiga de su mujer, otra distinta a la que trabajaba en casa, diferente a la que adivinaba el futuro con las cartas. ¿Lo habría visto, alguna vez, en alguna tirada? ¿Sabría ella, de alguna manera, las cosas que pasaron ayer, las que quizá volverán a pasar en cuanto tengan oportunidad? Seguro que no, porque lo que ha ocurrido entra en el ámbito de las cosas que no se pueden prever. Tan inesperadas, tan rápidas. Si le hubieran preguntado a él mismo, hace un par de días, se habría reído. Y, sin embargo.

Sonríe. Victoria interpreta esa sonrisa como el anuncio de que se van y se levanta del taburete. Ángel decide no prolongar más el trámite. Da un par de instrucciones a Javier sobre las reservas, las raciones para llevar y las horas a las que acudirán los clientes para comer, aunque espera llegar antes de que la gente vaya al bar y sabe que no es su hijo el que necesita que alguien le diga lo que debe hacer. Eso, si acaso, él, que en menos de cuarenta y ocho horas ha visto cómo su vida daba varias vueltas de campana. Le da reparo, algo de pudor. Vuelve a Conchi, que conoce sus mierdas en todos los sentidos porque les ha limpiado la casa y habrá escuchado a su mujer quejarse de él, que sabrá cómo es el hombre con el que se está acostando, que hasta hace nada no tenía los ojos preciosos ni la boca carnosa ni las tetas en su sitio ni se la ponía tan dura al darle un abrazo, no llores, Ángel, o sí, mira, llora, desahógate, cuenta conmigo para lo que necesites. El abrazo se hizo largo, intenso, puede que mágico, porque obró el milagro de revivir lo que parecía muerto. Dónde has estado hasta hoy, Conchi. Qué bien besas. Qué alegría tan inesperada. Conchi. Se empalma, otra vez. Se

avergüenza. Se ríe.

Victoria le ve reír sin ton ni son y da por hecho que la risa de él tiene que ver con el problema de ella, con su resolución. Se ríe porque sabe que adonde la lleva es adonde quiere ir, a la tumba de su padre, porque sabe que la va a hacer feliz, que le va a hacer un regalo de los que duran toda la vida, de los que la cambian. Conduce en silencio, y ella tampoco sabe qué decir. Las gracias se las ha dado muchas veces, muchas esa mañana y muchas desde que le dijo que la podía ayudar. Piensa que ha pronunciado más veces esa palabra, gracias, en los últimos días que en su vida entera y piensa que ha sido una egoísta y una mala persona, pero que todavía está a tiempo para cambiar. Vuelve a recordar al terapeuta de José Manuel, y le viene a la cabeza aquella vez que le habló de la roca y el coral.

—Si pones una roca en el microscopio, no verás nada —le dijo —, porque la roca está muerta. Pero si pones un trozo de coral, observarás movimiento porque el coral está vivo y está en permanente cambio. Los corales son animales que actúan como plantas y que mueren como rocas. Mientras estás vivo, José Manuel, puedes crecer, y si creces, puedes cambiar de actitud, puedes modificar los hábitos que te dañan.

A ella le gustaba pensar que era una roca y le dio por el culo que el psicólogo dijera que su entereza venía de la ausencia de vida, pero hoy, ahora, dentro de un coche en silencio en el que se escucha la música melódica de Cadena Dial, mientras observa conducir a un desconocido que la lleva a cumplir un sueño absurdo, se empeña en pensar que es un coral con esqueleto de roca. Que puede crecer. Que puede cambiar.

—Ángel, ya te he dado las gracias muchas veces, pero no me canso de dártelas. No tendrías por qué hacer esto por mí, por una desconocida —le dice el coral en el que quiere convertirse.

—Si todos ayudan a sostener el cielo, una persona no se cansa —responde, por decir algo.

—Qué bonito —dice ella, también por llenar el vacío.

—Lo he leído esta mañana en Facebook, en una frase de aforismos africanos. Quiere decir que, si nos ayudamos unos a otros, es más sencillo —le explica él. Cambia un poco el gesto, se le vuelve algo más triste y continúa hablando—: Sobre lo de ayudar a una

desconocida, en realidad, Victoria, todos somos desconocidos. Incluso las personas de las que crees saberlo todo son un misterio.

Ella tiene la tentación de preguntarle qué le pasa, si alguien le ha lastimado, si la vida se le ha vuelto una decepción, pero no ha cambiado lo suficiente y no le sale.

—Yo no he ayudado nunca a sostener nada —se lamenta.

—Eres cardióloga, seguro que has impedido que el mundo se le caiga en la cabeza a más de uno —la consuela Ángel.

Victoria niega con un gesto. No le parece suficiente haber impedido muertes que de todas formas acabarían por llegar. No es más que un monstruo insensible que quiere cambiar y es demasiado torpe para saber hacerlo.

—¿Nos espera tu hijo allí? —pregunta.

Ángel asiente en silencio, aunque en el último momento Carlos ha decidido no salir de la oficina en la que planifica la siguiente excavación y le ha dejado el asunto a su amigo, que les recibe en la puerta principal del Cementerio General. Enfrente venden flores y lápidas y muy cerca todavía está instalado un circo sin animales desde la última Navidad. Hace calor. No demasiado. De la carpa del circo sin animales llegan los ecos de una canción infantil.

Fernando Garrigós les expone la situación mientras camina. No tiene mucho tiempo, les dice, le espera una montaña de papeles en el despacho.

—Cuando Carlos me explicó el caso de su padre, lo primero que pensé fue que su cuerpo había quedado para la ciencia, pero comprobé los registros de la época, los libros de las fosas y los de los enterramientos, y encontré una anotación que coincide con lo que usted le contó a Carlos.

Saca el móvil del bolsillo del pantalón y le muestra la fotografía de una hoja amarillenta en la que está escrito a mano: Miguel González Puig, precipitado, 3 de agosto de 1956.

Victoria piensa en todos esos días 3, en todos esos meses de agosto, que ha pasado por esa fecha como si fuera una fecha sin importancia y aunque para ella los aniversarios nunca han significado nada, se rompe un poco, se agrieta la roca que todavía no ha dejado de ser.

—Los suicidas de esa época podrían estar en un nicho, en un panteón o en una fosa, pero, en el caso de su padre —le dice a

Victoria—, que, si no me ha explicado mal mi amigo Carlos, que no ha podido venir, como nadie se hizo cargo de su cuerpo, sus restos fueron a dar a una fosa común que está en la sección quinta derecha.

—Entonces, ¿podemos saber dónde está enterrado? —pregunta, tontamente, Victoria.

—Sí, claro, en la sección quinta derecha —responde Ángel.

—¿Y podremos exhumar sus restos de esa fosa común? —vuelve a preguntar Victoria.

—En este cementerio hubo épocas en las que se construyó de forma errática. Puede ver las zonas de panteones, los bloques de nichos más antiguos…, pero en épocas recientes, no en la actual, se levantaron secciones sobre otras existentes con anterioridad —explica el jefe de servicio, que se detiene en un pasillo entre las tumbas—. Y eso es lo que se hizo sobre la fosa común en la que enterraron a su padre, en los años setenta.

Victoria no entiende.

—Entonces, ¿dónde está él?

Fernando Garrigós señala con el dedo la placa que indica que están en la sección quinta derecha, compuesta por más de doscientos nichos a varias alturas.

—Aquí mismo, debajo de esta construcción.

Victoria mira a Ángel.

—¿Qué tengo que hacer para sacarlo de aquí?

El jefe de servicio mira a Ángel, entre apenado, porque le entristece que Victoria no pueda rescatar los restos, e incrédulo, porque no puede creer que no entienda lo que le está diciendo.

—No puede, han construido encima.

Victoria descubre, en ese momento, lo que antes no sabía: que quiere sacar a su padre, llevárselo de ahí, dentro de una caja pequeña cubierta con la bandera republicana mientras suena el *Himno de Riego* o *La Internacional*. Quiere levantar el puño mientras canta, el izquierdo o el derecho, no sabe bien cuál, porque no sabe si su padre era comunista o socialista, y quiere que deje de ser un cobarde que se arrebató la vida de un salto y se convierta un héroe que pagó demasiado caro tener principios, tener corazón. Un hombre que en lugar de morir matando, murió dando vida. Se le recolocan los principios y se le diluyen los finales. La roca que es, o

que creía ser, se agrieta, se parte por la mitad, se precipita al vacío de no saber ni lo que es ni lo que quiere ser. Las palabras se agolpan en su garganta, se quedan ahí unas encima de las otras, la ahogan. Ve pasar su vida ante sus ojos, como si fuera a morir, aunque sabe que no es la muerte lo que la espera, sino la rabia de comprender, demasiado tarde, que lo ha echado todo a perder.

# EL AMOR Y EL ODIO

El amor y el odio son muy parecidos, con la indiferencia como el opuesto de ambos. Normalmente hacemos ambas cosas: amamos y odiamos al mismo tiempo a la misma persona.

José Manuel está tumbado en el sofá, desnudo. Le gusta sentir el contacto de la tela en su piel, le relaja esa suavidad que nunca ha podido disfrutar. Lo tapizaron con tela Bronx por empeño de Victoria porque era la más resistente, aunque no tenían niños ni mascotas que lo aconsejaran en lugar de un sofá de piel, que era lo que él quería, igual que quería perros y niños y tumbarse en pelotas en el sofá y Victoria no le dejó. Una vez leyó una entrevista de una escritora cubana exiliada que decía que lo que más añoraba era escribir desnuda en su balcón mirando el malecón y sentir la caricia de la silla en su coño, y hoy, tantos años después, comprende a lo que la literata se refería: a esa libertad del tenerlo todo perdido, del ya todo me da igual, del hacer o decir o escribir lo que a uno le salga de los huevos. En su caso es estar en pelotas y sudado sobre la tapicería de microfibra, un buen rato además.

Ha dormido a trompicones y se ha despertado temprano y no ha sabido qué hacer. En el ambulatorio ha dicho que está enfermo y se ha cogido una baja de tres días. No miente. Está enfermo. Enfermo de cansancio por tanto follar y enfermo de rabia porque sabe que pasará mucho tiempo antes de que vuelva a cansarse por tanto follar. No ha dormido mucho en dos días. Ha dado vueltas en la cama. Ha visto pasar las horas. Las sábanas son ásperas y dan calor. No se había dado cuenta antes, cuando Tina estuvo en la cama con él porque cuando Tina estuvo con él solo podía pensar en lo suave que era la piel de su cuerpo, pero sin Tina no puede evitar comprender que todo lo que tiene es malo, basto, insuficiente. Lo mismo le ha pasado con la nevera, cuando se ha levantado de la cama cansado de dar vueltas a un lado y a otro. La nevera está vacía, y lo que queda no le apetece. No quiere leche ni zumo ni tampoco tiene ganas de comerse las piruletas de queso que Tina cocinó. ¿Cuándo? ¿Ayer? ¿Antes de ayer? ¿Hace un rato? El tiempo ha dejado de contarse en segundos, minutos y horas. Es lento y a la vez pasa rápido. No sabe qué día es. Ha tirado las piruletas a la

basura y en un arrebato, ha tirado también la bandeja de secreto ibérico, el queso y el *foie* y la botella de El Miracle que tenía en la encimera, pero luego ha rescatado el vino y se lo ha bebido en la terraza mientras amanecía.

La vida cambia deprisa. Eso le dijo a Tina para convencerla de que no necesitaban tiempo para pensar en empezar algo juntos, de que la vida les corría prisa, y eso fue lo que le dijo ella para terminar con él. La vida cambia deprisa. Se lo escribió a las cuatro y treinta y dos de la madrugada. A esa misma hora, se levantó para ir al baño, pero no miró el móvil y lo leyó mucho después. Lo lleva pensando todo el día. Todo ese tiempo que él vivió con despreocupación, feliz, reconciliado con la vida y con la idea de vivirla, y todo se había ido ya a la mierda. Durmió, remoloneó en la cama un buen rato, se duchó y en la ducha le vino a la cabeza el día anterior, el recuerdo de Tina, tan dócil después de la crisis, tan deseosa de hacerse perdonar que se dejó hacer todo lo que él propuso, hasta lo de hacerlo en el balcón, que fue a lo que más pegas puso porque le daba reparo que les viesen los vecinos. Pero lo de sentarse a horcajadas sobre su cara y lo de ponerse a cuatro patas y dejar que se la metiera por detrás no solo no le costó esfuerzo, sino que le gustó. En unas horas había hecho realidad todas sus fantasías porque Victoria era liberal para acostarse con otros, pero con él tenía suficiente con el misionero o con ponerse ella encima y para de contar.

Fue a la cocina, desayunó, se asomó al balcón, miró la cúpula del museo y se imaginó a Tina trajinando en su despacho. Le entraron ganas de escribirle, de decirle que la quería, que la quería mucho, que la quería tanto, que la quería de una manera que decir que la quería no era suficiente, y que la deseaba tanto que le quemaba la piel y que no se veía capaz de esperar ¿cuánto?, ¿cuánto tiempo?, el tiempo que fuera era demasiado porque necesitaba verla en ese instante, ya, en ese preciso momento, necesitaba estar con ella, dentro de ella, ser su siamés. Cosas así. Su cabeza bullía de palabras de amor, de palabras cursis, de palabras obscenas que en la boca de los amantes se vuelven palabras cursis también, pero no llegó a escribir ninguna porque al encender su móvil leyó el último WhatsApp que Tina le había mandado. La vida cambia deprisa y nuestra vida juntos acaba de terminar. Se le

revolvió el estómago, y vomitó.

La llamó varias veces y encontró su teléfono apagado o fuera de cobertura. Tardó un rato en caer en la cuenta de que la podía llamar al museo, pero allí le dijeron que estaba enferma y a él le pareció que le subía también la fiebre y se dejó caer en el sofá, débil y asustado. Se quitó la ropa. El pijama y los calzoncillos acabaron tirados en la alfombra y sobre la mesa de centro se le enfrió el café que no se acordó de tomar, como la primera vez que se vieron. La vida es un largo verso que siempre acaba rimando, lo leyó una vez en un periódico, y era verdad, solo que la rima de su vida había terminado siendo asonante, insuficiente, llena de fealdad.

A Tina no le llegaron ninguno de los mensajes que le escribió, ni los de desconcierto ni los de súplica ni tampoco los de enfado, aunque estos últimos los borró porque, en realidad, no pensaba que fuera una hija de la gran puta que le había jodido la vida. Incluso alterado, incluso con el corazón hecho añicos, incluso queriendo morir, sabía que Tina no había sido capaz de ser valiente. A la vida hay que echarle huevos, le había dicho al tratar de convencerla, pero ella, finalmente, no había podido hacerlo.

Le asustaba perderla, le angustiaba no saber en qué escenario transcurriría su historia. Tal vez Ángel la habría convencido de que era absurdo empezar una vida nueva cuando la que tenían ya estaba en el último acto, o puede que la hubiera atemorizado con amenazas que no era capaz de imaginar porque no la conoce tanto como para saber a qué teme, o tal vez la hubiera matado. Esas cosas pasan. Y si la había matado. Puso las noticias a las horas en punto, pero no hablaban más que de la ola de calor, de la crisis energética, de las ratas que campaban por las calles como si fueran las dueñas, de un artista que había pintado un mural y nadie se lo quería comprar.

Tina seguía viva, o al menos la Tina de siempre. Tan solo había muerto la que había nacido para estar con él, la que había creído que era posible una vida nueva, una vida en la que ella tomara la iniciativa, sin ponerse en el último lugar, en la que no le temblara la voz para decir quiero esto ni tampoco la mano para cogerlo. Esa Tina murió sin que José Manuel lo supiera al poco de despedirse de él, cuando llegó a su casa y se tumbó en la cama al lado de su marido que fingía dormir. No en ese instante, no inmediatamente.

Fue poco a poco, mientras esperaba a que Ángel se diera la vuelta y le dijera qué has hecho, Tina, quién es ese que pretende hundir sus dedos en tu pelo, qué es eso que le quieres contar por primera vez, de dónde vienes, qué esperas que haga o que diga, y, lo que más temía que le preguntara: qué es lo que quieres hacer.

Se imaginó viviendo con José Manuel un día, una semana, dos, tres, el resto de la vida. Tal vez vivir con José Manuel no fuera como soñar con vivir con José Manuel. Un día, cuando ni siquiera se habían besado, él le dijo que el mundo con ella estaría lleno de luces y de música y que no pararían de reír y llorar de felicidad, pero tal vez exageraba o mentía o quizá sería verdad y su vida juntos fuera un carrusel de emociones. Se imaginó que José Manuel se despertaba siempre contento, contento de estar vivo y de verla por la mañana. A primera hora, ya estaba empalmado y lo primero que harían todos los días sería follar, antes de lavarse los dientes, y él le gastaría una broma, o dos, y le diría así adelantamos faena. A ella eso le gustaría. Le gustaría sentirse tan deseada, abrir los ojos por la mañana como si no estuviera cerca de los sesenta y fuera aún una mujer joven. Sentarse en la silla de su despacho satisfecha de buena mañana. A veces, lo harían otra vez después de comer, o antes, si no les importase que la comida se les quedase fría. Y si por la noche no tenían bastante, volverían a hacerlo a la hora de irse a dormir y se dormirían agotados de tanto sexo y a la mañana siguiente se despertarían con tranquilidad, y desayunarían zumo, café, tostadas con queso de untar y mermelada, y se despedirían en el ascensor con un beso profundo y húmedo que les haría, a los dos, lamentar no haber echado un polvo nada más despertarse. No es que el sexo fuera a ser lo único que les uniera, pero les uniría sobre todas las demás cosas porque se pasarían todo el día follando o pensando en hacerlo. También irían al cine, y al teatro, y a hacer la compra y saldrían a cenar y a pasear por el centro y harían planes y los cumplirían. Planearía cambiarse de casa, porque, aunque vivir en Blasco Ibáñez le facilitaría la vida a la hora de ir a trabajar, sobre todo a ella, y aunque juntos habrían redecorado el piso en un par de días, a ella le daría la sensación de que Victoria podía aparecer en cualquier momento porque ese sería, al fin y al cabo, su hogar. Buscarían algo de alquiler, sin compromisos. José Manuel encontraría varios apartamentos porque tendría más tiempo y más

interés, uno en la calle del Salvador que está enfrente de las Cortes y otro en la calle Libertad, muy cerca de la calle del Salvador y de las Cortes. Desde cualquiera de los ella podría ir andando a trabajar y ambos tendrían nombres que a él le hacen gracia, pero a Tina le parecería que las calles son demasiado oscuras y muy estrechas, llenas de turistas y políticos que iban a los plenos, y no le apetecía vivir allí ni por la oscuridad ni por los turistas ni por los políticos. Discutirían, porque una cosa es decidir la postura para follar y otra el lugar en el que vivir, y a él le disgustaría que ella fuese tan tozuda porque le recordaría a Victoria, pero zanjaría la discusión diciendo que no tenían prisa, que ya encontrarían el sitio ideal. Quizá la playa, sugeriría, y ella pensaría que la playa queda lejos y también tiene turistas, pero no diría nada porque tampoco querría alargar la discusión. También planearían viajar a las islas griegas. Ella aún no conoce Grecia, y aunque él ha ido varias veces no conoce más que la península. Tina diría que Corfú, por la novela y por la serie, estaría bien, pero José Manuel se entretendría buscando vuelos y hoteles en Ítaca porque con Ítaca le pasaría como con los nombres de las calles de los alquileres, que le gustaría viajar a Ítaca igual que le gustaría vivir en Libertad. De vez en cuando, citaría autores para reforzar sus tesis o para manifestarle su amor y a ella cada vez le daría más por el culo esa manía de parecer más listo que el resto. La libertad no es más que la oportunidad de ser mejor, le diría al visitar el piso de dos habitaciones, baño en *suite*, salón comedor con cocina abierta, aseo de cortesía y vistas al ficus de las Cortes Valencianas, y cuando hablaran sobre los viajes regresaría a Daniel Barbadillo para decirle que no podían ir al fin del mundo porque cualquier lugar con ella es el principio del mundo, y, por supuesto, recitaría a Kavafis, varias veces.

Le gustaba esa Tina imaginada, esa Tina con ganas de hacer planes y de llevarlos a cabo, salir, viajar, cenar, hacer el amor. Le gustaba más que la antigua, siempre cansada, insatisfecha y triste, que nunca tenía suficiente fuera lo que fuera lo que la vida le diera, pero hacia las cuatro de la mañana se preguntó cuánto tardarían ellos en dejarse vencer por el peso de las cosas que se repiten un día tras otro y se convierten en monotonía. Cuánto tardaría en decirle que dejase de recitar las frases de otros y empezase a decir frases suyas. Cuándo se daría cuenta él de que bajo su amabilidad se

escondía su miedo, a fallar, a no estar a la altura, al rechazo. No rellenar la botella de agua, no tirar de la cadena, no prestar atención a las chorradas del otro. Cuándo eso sería un defecto insalvable. Cuánto tardarían ellos en dejar de mirar en la misma dirección y cada uno vería un lado, el suyo, y no serían dos frente al mundo, sino uno contra el otro, enfrentados, enredados en defectos y manías. Cuándo empezaría a echarle la culpa de que sus hijos dejen de llamarla para la comida de Navidad porque tendrían que escoger entre ella y su padre y su padre siempre sería mejor opción. Cuánto tardaría él en pensar que Victoria tenía mejor cuerpo, más conversación, más mundo. Se anticipó a sus reproches, los que no había escuchado todavía. Pero en qué estás pensando. Pero quién crees que eres. Pero no te das cuenta. Pero no ves lo que te va a pasar. Pero no ves que no ha valido la pena. El miedo lo llenó todo y no dejó espacio al amor. No es tan fuerte. Amar necesita mucha energía y es energía lo que le falta. Esa es la única verdad. Tina había descubierto a los cincuenta y siete años que la verdad no es necesaria para vivir. Que basta con una parte, una parte pequeña. Que la verdad es como el cerebro del ser humano, que incluso estando infrautilizado, que incluso usando solo el diez por ciento de su capacidad como dicen que dijo Einstein, es suficiente para que hayamos salido de las cavernas para llegar a la luna. Sabe que es una tontería, lo del diez por ciento. Que si no se sabe la capacidad del cerebro, tampoco se puede saber la parte que se gasta ni hasta dónde se puede llegar. Que en la caverna se vivía mejor que en la luna, porque si en la cueva te podía devorar un dinosaurio, en la luna no se puede respirar. Ella sabe que una parte de ella morirá en ambos casos, en la cueva y en la luna.

A las cuatro y diecisiete de la madrugada, Ángel se da por fin la vuelta en la cama y la mira, y cuando la mira, ya sabe cuál de las dos Tinas sobrevivirá.

Finalmente, a pesar de la falta de noticias y del dolor de saber que la ha perdido, José Manuel claudica. Ya no piensa que nadie haya muerto. Si acaso alguien está cerca de la muerte es él, que no está muerto, pero se quiere morir. De pena, pero sobre todo de vergüenza, una vergüenza absurda que sabe que no tiene por qué sentir, pero la siente. Recuerda todas las llamadas antes de que se conocieran, tal vez no todas, las primeras no las recuerda, pero sí

todas desde el día en que se puso a llorar y él quiso saber más de esa mujer. Recuerda cómo ensayaba las conversaciones encerrado en el baño, hablando frente al espejo como un gilipollas. Una vez Victoria le oyó murmurar desde la cama y le gritó qué haces, qué farfullas, ya estás enfadado otra vez, y él se puso rojo como un tomate y le dijo que estaba recitando una poesía y para disimular, recitó la primera que le vino a la cabeza, una de Àngels Gregori que le encantaba, «*Prec*»:

*Que si tremoles, que siga jo qui et faça tremolar,*
*que t'envoltes de gent que et provoque rialles,*
*però que sempre siga amb mi amb qui rigues més.*
*Que no caigues mai, però si caus,*
*que siga jo qui estiga al teu costat.*
*Que viatges tant que arribes a confondre els oceans*
*i t'acostumes plàcidament a les diferències horàries.*
*Que reconegues el gust del cafè de cada lloc on vages.*
*Que tot siga bell per difícil que semble,*
*com un moble lleig que amb els anys*
*li hem anat trobant la gràcia i el costum.*
*Que no busques mai fins al fons de les coses*
*(normalment, la gent no hi arriba mai,*
*fins al fons d'allò que s'escapa de les mans).*
*Que no t'ensorres, però si ho fas,*
*que tingues sempre a prop sortides d'emergència.*
*És allà on t'espere jo, al fons del passadís,*
*com s'esperen els extintors per apagar els incendis,*
*vigilant i en alerta per estendre't llargament la mà.*

Y al acabar de recitarla se puso a llorar porque comprendió que era eso justamente lo que él quería: que si temblaba, fuera él quien la hiciera temblar, que se rodeara de gente que le provocara risas, pero que fuera siempre con él con quien riera más. Que no cayese nunca, pero, si caía, que fuera él quien estuviera a su lado. Que viajara tanto que llegase a confundir los océanos y se acostumbrase plácidamente a las diferencias horarias y reconociera el gusto del café de cada lugar donde fuera. Que todo fuera bello por difícil que pareciera, como un mueble viejo que con los años le hemos

encontrado la gracia y la costumbre. Que no buscase nunca hasta el fondo de las cosas porque normalmente la gente no llega nunca hasta el fondo de eso que se escapa de las manos. Que no se hundiese, pero que, si lo hacía, que tuviera siempre cerca salidas de emergencia porque era allí donde él la esperaba. Lloró ese día, y llora ahora, lágrimas amargas y ridículas, por haberla perdido y por haber perdido la posibilidad de esperarla allí, al fondo de ese pasadizo, para tenderle la mano largamente y decirle: vamos.

Recuerda las citas que se apuntaba en una libreta para que no se le olvidaran y poder decírselas o escribírselas en cuanto tuviera ocasión; las veces que se anticipaba situaciones para no acobardarse si se daban de verdad; los mensajes encriptados que deslizaba en cualquier conversación que no parecían decir lo que de verdad decían, te quiero, necesito verte, no dejo de pensar en ti, y que solo otra persona que sintiera lo mismo hubiera sido capaz de descifrar. Tal vez Tina no los entendió nunca, no ha podido preguntárselo. Tal vez Tina nunca sintió lo mismo y únicamente se dejó mecer por el amor que sentía él, por esa necesidad de quererla, de que le quisieran, de ver la medida de su valía en el reflejo de la mirada de otro. Quizá Tina no se dio cuenta de que él no era en realidad un hombre de sesenta y tres con ganas de arañarle al tiempo los que serían los últimos años, sino un niño asustado, un adolescente ardiente, un joven impetuoso. Que no era más que una vida sin vivir del todo que esperaba tener con ella la oportunidad que no había tenido y que ahora ya nada de lo que podría haber sido podrá llegar a ser.

Se queda dormido, en un duermevela inquieto del que se despierta sudado un par de veces por una ambulancia que suena en la calle, por el claxon de un conductor impaciente que le devuelve a la amarga realidad, y también por la mano de Victoria que le zarandea y su voz que le pregunta qué haces en el sofá, José Manuel, qué haces desnudo, pero no se lo dice enfadada, sino sorprendida de encontrarlo así, tumbado, con la mano rozando el suelo, la ropa desperdigada, los ojos cerrados y la expresión tranquila. Nunca le ha visto así. Ha pensado que había muerto y al ver que no, no ha sabido si se sentía aliviada o lo contrario.

Está cansada. La falta de sueño y el exceso de emociones le están pasando factura. Tampoco ha comido, le fallan las piernas de

repente y se sienta al lado de José Manuel. Le mira, y no reconoce su cuerpo desnudo. Piensa que tal vez debería reñirle por pasarse sus órdenes por el forro de los huevos, literalmente, y estar llenando el sofá de su sudor y sus pelos, pero le faltan ganas. Le da pereza también hablarle de su viaje y de su regreso; no encuentra motivos para contarle que, al salir del cementerio y pensar en volver a casa, no volvió a esa, sino a la de la calle Turia, porque lo único que quería era meterse dentro del regazo de su madre y llorar hasta quedarse sin lágrimas y volverse pequeña, diminuta, invisible y ser capaz de encontrar las palabras justas para expresar la única certeza que conocía. Me equivoqué, mi mundo se hunde. No quiere compartir con él que su madre la acogió como si siguiera siendo la misma niña que tantas veces acunó, y que allí, en el diminuto hueco de su pecho, encontró el espacio para respirar profundamente, soltar lastre y dejar de hundirse.

Se pregunta qué ha pasado ahí, quién es ese hombre, qué verá él cuando la mira a ella, si será capaz de intuir o de saber todo lo que esconde, todo lo que guarda, si conocerá a la Victoria de verdad o se conformará con la de mentira. Se pregunta qué sabe de él, qué saben el uno del otro en todos los espacios que no comparten, en todo lo que no sea desayunar y tomar un yogur antes de irse a la cama, en mantenerse lo más alejados posible durante la noche, no rozarse siquiera. Nunca han compartido un silencio cómodo, mucho menos uno cómplice. Se pregunta qué pasará si se ponen a hablar.

Se pregunta muchas cosas, y, sin embargo, lo que pregunta en voz alta es algo que ni siquiera ha llegado a pensar:

—¿Fue un accidente lo de Roberto?

Responde sin dudar:

—No.

Se miran, entre perplejos y aliviados.

—Deseé verle muerto miles de veces. Deseé que muriera, Victoria, no solo ese día. Deseé verle muerto miles de veces porque el mundo sin él era un mundo mejor. No le soportaba, no soportaba lo que significaba para ti, ni el desprecio con el que trataba a Pilar o la condescendencia que tenía siempre conmigo, pobre José Manuel, que es médico de familia, pobre José Manuel, que no sabe vivir la vida… Así que, no, no fue un accidente porque yo quería verle muerto. —Ambos bajan la mirada—. No fue un accidente, o sí, no

lo sé. No lo confundí con un jabalí, eso sí lo sé. Sabía perfectamente que era él cuando le disparé. Estaba agachado, escondido, con esa cara de gilipollas, que no sé qué viste en él, porque era un gilipollas integral. Estaba aburrido, enfadado, no quería estar en esa mierda de cacería, y me daba pena que el jabalí pasara por allí y le pegásemos un tiro. Pensé, seguro que lo mata él, y me lo imaginé haciéndose el chulo meses y meses, ridiculizándome. Me lo imaginé diciendo cosas como yo maté al jabalí mientras José Manuel estaba acojonado en su puesto, porque yo estaba acojonado por si le disparábamos y el jabalí herido nos atacaba. Entonces pensé cuánto me gustaría que le pasara a él, que el jabalí se lo llevara por delante. Pensé, si se quita la gorra y se coloca el pelo para que le tape la calva, le pego un tiro. Era tan improbable que lo hiciera que cuando se quitó la gorra y se colocó el pelo con la mano sobre la calva me dije, joder ahora tengo que hacerlo, porque tenía que hacerlo, no podía fallarme a mí mismo, defraudarme, así que me dije, bueno, si no sé disparar, si no tengo puntería, si me ha sacado la licencia por internet, si ni siquiera quiero estar aquí, si no sé si voy a saber apretar el gatillo. Así que, a veces lo miro así, lo recuerdo así, y me digo que sí, que fue un accidente, porque fue un accidente, una puta fatalidad que se tocase la calva, que supiera apretar el gatillo, que le diera…

Victoria asiente en silencio porque no quiere no darle la razón. La muerte de Roberto no fue un accidente, pero ha pasado tanto tiempo siendo intransigente que ahora solo quiere decir: te comprendo, te creo, no voy a juzgarte más. Está cansada de mantener la posición de defensa. Se ha pasado la vida luchando contra gigantes que no estaban más que en su imaginación porque no eran sino molinos de viento, como Alonso Quijano, y no quiere compartir con él la triste figura. Así que lo dice, en voz alta:

—Fue un accidente, José Manuel.

Lo piensa de verdad. Fue un accidente. Esas cosas pasan, continuamente. A un conductor se le resbala el pie cuando va a acelerar, una mujer se cae por las escaleras de su casa, un toldo sale volando de un balcón. La gente sufre y la gente muere por casualidades que suceden una tras otra y que todas juntas forman la tragedia. Quién va a pensar que el fruto de una morera pegado a la suela del zapato va a terminar matando a un padre de familia que

regresa del trabajo, o que un suelo recién fregado que no se ha terminado de secar romperá la base del cráneo de una mujer mientras piensa si se pondrá un vestido de flores o el otro, el rojo, y que no sabe que no llegará a usar ninguno de los dos, o que una llamada inoportuna para cambiar de compañía eléctrica hará que el operario se olvide de colocar el último tornillo de un parasol que impactará contra una pareja de ancianos que toman el sol en un banco del parque. Esas cosas pasan. Todo el tiempo. A Roberto, le pasó.

Ni su madre ni ella han dormido demasiado. Han preferido hablar, ponerse al día, pedirse perdón, perdonarse.

—Yo no creo en el perdón —le dijo su madre—. A ver, no creo en el perdón que se pide y se da, y hasta la próxima. Yo creo en el perdón de verdad, en el que cierra la puerta.

—¿Y ese cuál es? —le preguntó.

—Pues el que cierra la puerta y deja que sigas adelante. ¿Tú sabes cómo cazan a los monos en la selva?

Sonríe al recordar a su madre y le hace la misma pregunta a José Manuel.

—Ni puta idea —responde él—. Y no sé a qué viene eso ahora, Victoria, la verdad. Me la pela bastante, sinceramente.

—Los cazadores meten un plátano en el hueco de un árbol y el mono que lo agarra con su mano no puede volver a sacarla por donde la ha metido. Hay monos listos que sueltan el plátano y se van por donde han venido, sin plátano, pero vivos. Y hay otros que se empeñan en agarrar el plátano, que no lo sueltan, y se quedan ahí hasta que llega el cazador.

José Manuel la mira y le acaricia la mano.

Pregunta de nuevo algo que no había pensado.

—¿Quieres que nos separemos, José Manuel?

Él no duda la respuesta.

Y la vida cambia. Rápidamente.

# AGRADECIMIENTOS

Dicen que escribir es un trabajo solitario, pero no es verdad. Ni es un trabajo, ni es solitario. Escribir es una tabla de salvación, un lugar seguro, un hogar para las personas que, como yo, no podrían vivir sin la literatura.

Tampoco es solitario porque mientras he escrito otras personas no me han soltado de la mano para que no se me olvidase lo que soy: una escritora.

En la puerta de La Alhambra una gitana nos leyó la mano a Julia Ruiz, Alicia Piquer y a mí en los últimos días del verano de 1997. Nos predijo una amistad que duraría toda la vida, y nos advirtió que la nuestra sería una vida larga. Aquí seguimos, las tres, por suerte. Gracias por ser, por estar y por permanecer.

No pudieron hacer ese viaje Mónica Ramírez, Xelo Montesinos, Isabel Costa, Éncar Ferrando y Sonia Villar, pero sin duda están en las líneas de mis manos porque ni mi vida ni mis novelas serían las mismas sin ellas.

En aquellas vacaciones encontré a Rafa Hueso, que es mi lector más crítico y mi muy mejor amigo desde entonces y que puede que no sepa cuánto le agradezco ambas cosas.

Gracias a Carmina Palau, por hacerme sentir parte de su maravillosa familia y por tantos otros motivos que haría falta un libro entero solo para explicarlos.

A Luis Andrés, gracias por continuar en mi vida desde el primer día que entré en su librería y por hacerme mejor a mí y a mis libros.

No sé si decir gracias es suficiente para todo lo que le debo a Carmina Prats, por recorrer cada día doscientos kilómetros, por cuidarme, por aguantarme, por rescatarme. Y por quererme.

A Àngels Gregori, millones de gracias, por ser tan gran amiga como gran poeta y por dejar que incluyese su poema *Prec* en esta novela.

A Rafa Vayá, como siempre y más que nunca, gracias por llevar treinta años manteniéndome del lado de la alegría.

A Daniel González Serisola y a Salva Broseta, gracias por prender fuego a la vida conmigo en estos últimos años. Sin vosotros no habría podido salir adelante.

Gracias a Pedro García-Reyes y a Fernando Delgado. Por todo. Por tanto.

Paqui Cuenca y Nicolás Sánchez también leyeron el manuscrito y me dejaron El Moma como escenario del libro igual que me lo han dejado como escenario de mi vida. Os quiero.

A Susana Fortes, mil gracias. En otra vida, viendo una estrella fugaz, debí pedir encontrarte en el camino porque la suerte de mi vida es que estés a mi lado. Gracias por todas las veces que has desplegado una red para que no se me cayera el mundo encima.

A mis *monos* (Rosana Alcayde, Iñaki Espeso, Tano Espinosa, Cristina Hoya, Miguel Montesinos, Mónica Moreno y Víctor Nebot) y a mis *Fernandas* (Montse Alabarta, Piedad Alujer, Gemma Castillo y Ana Sanz). Por tanto. Por todo. Gracias especiales a Piedad, por ayudarme con Conchi y por pintar un buen futuro para mí.

Gracias también a Antonio Bravo y Pilar Cabo, dos de los primeros lectores de esta novela. A Antonio Bravo, además, le agradezco haberme mostrado a Fillol y haberme enseñado el significado de la palabra lealtad.

Lola Carrasco, buscadora de números y letras. Gracias, amiga.

Fernando Garrigós, gracias por encontrarme el lugar exacto en el que reposarían los restos de Miguel en caso de haber existido y de haberse precipitado desde lo alto de la torre del Miguelete.

A Miguel Perelló, gracias, por darme las herramientas para encontrarme cuando me perdí.

A Adolfo García Ortega, gracias por todas las palabras dichas, por todo tu apoyo y por todo tu afecto.

A Esteban González Pons, puente entre dos mundos, millones de gracias.

A Miryam Galaz, gracias por poner corazón en este «corazón imprudente». No sería lo mismo sin tu cariño.

A Paco Roca, no solo por su portada. Por su generosidad, por su talento, por su amistad. Y por su portada.

Gracias a Antonia Kerrigan. Antonia fue mi agente, y mi amiga,

durante doce años. Sigo en su agencia, y ella sigue en mi corazón.

Gracias a Silvio Rodríguez, Elsa Baeza, Los Chunguitos, Julien Clerc, Jimmy Fontana, Jaimie Cullum, Arvo Pärt, Ara Malikian, John Williams, Los Ramones, Sade, Rigoberta Bandini, Paul Alone, Guitarrica de la Fuente y el resto de los artistas, cantantes y compositores que han formado la banda sonora de *El corazón imprudente*. Sin música no habría novela.

Y, al fin, y de nuevo, gracias infinitas a mi familia, que me ha sostenido, animado, aguantado y apoyado. Gracias a Tony, que ni me lee ni me leerá. Gracias a Mari Carmen, la hermana que no me dieron mis padres y que me dio mi hermano. Gracias a Carlos por seguir riendo y llorando conmigo. Gracias a Carmen, que por fin ha leído una de mis novelas. Gracias a Joana, que me deja notas deseando éxito por cualquier rincón.

Y gracias a mi madre, que murió el 23 de febrero de 2022, que todavía se emocionaba cuando decía que su hija era escritora, y que estaba segura de que sería capaz de terminar esta novela cuando yo temía haberme olvidado de cómo escribir. Las madres no se equivocan, nunca. Y por eso esta novela es para ella.



CARMEN AMORAGA (Picanya, Valencia, España, 1969) es licenciada en Ciencias de la Información. Su carrera literaria y su carrera como periodista han transcurrido siempre paralelas. Ha sido columnista del diario *Levante* y colaboradora en tertulias de radio y prensa periódica.

En 1997 obtuvo el II Premio Ateneo Joven con su primera novela, *Para que nada se pierda*. En 2007 resultó finalista del Premio Nadal con la novela *Algo tan parecido al amor*, y tras el nacimiento de su primera hija, escribió el ensayo *Todo lo que no te contarán sobre la maternidad*. En 2010 quedó finalista del LIX Premio Planeta de Novela con *El tiempo mientras tanto*. Obtiene el Premio Nadal de Novela 2014 con su novela *La vida era eso*. Tras tres años sin publicar, en 2017 sale a la luz su novela *Basta con vivir* y en 2023 publica *El corazón imprudente*.